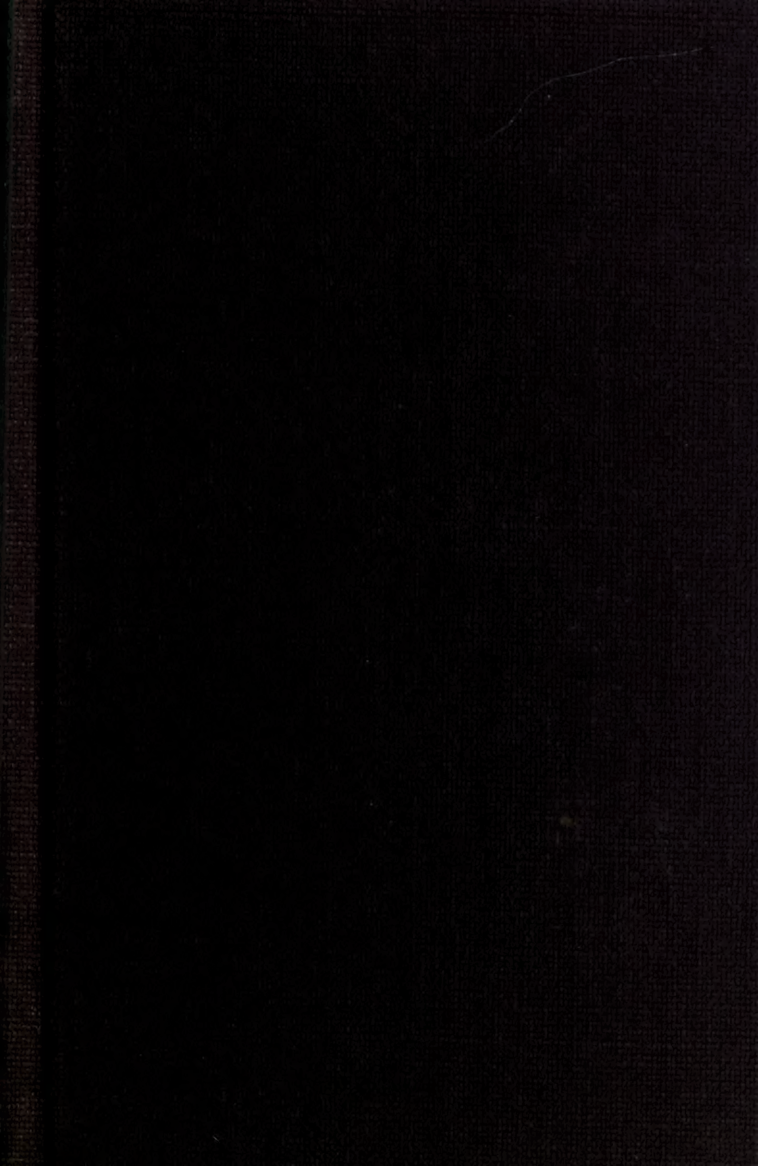


[Comedias]

Vol. 31

EL PROTESTANTE,

drama en dos actos,

TRADUCIDO DEL FRANCÉS.



Madrid: 1838.

Imprenta de los Hijos de Doña Catalina Piñuela,

CALLE DEL AMOR DE DIOS, NÚMERO 7.

PERSONAGES.

EL CONDE DE BEAUREPAIRE. (60 *años*)

EL MARQUES DE LEYRAC. (50 *años*)

ADOLFO DE KERSAINT. (24 *años*)

LEFÈBRE. (50 *años*)

DE LA REYNIE.
DE RANCÉ. } *Jueces.*
DE ROSMADEC.

MARÍA DE BEAURÉPAIRE. (19 *años*)

ACTO PRIMERO.

El Teatro representa un jardin; á la derecha del actor habrá un pabellon, á la izquierda un grupo de árboles.

ESCENA PRIMERA.

EL MARQUES DE LEYRAC. LA REYNIE. *Ambos salen por la izquierda. El Marques viene delante despidiendo al Juez.*

Reyn. Vuelvo á deciros, Señor Marques, que desde que S. M. señaló tutores á todas las huérfanas protestantes, y en su consecuencia vos fuísteis nombrado el de la Señorita de Beaurepaire, ha dispuesto que estas tutorías estuviesen bajo la vigilancia inmediata de un magistrado. Durante vuestra permanencia en Bretaña, sin duda habrá ejercido esa vigilancia algun juez breton; ahora que habeis venido á fijaros en Paris, y dependeis de su parlamento, me toca á mí ese cargo, y debo cumplir con él. . . .

Marq. Ya os he dicho que cuando gusteis os entregaré las cuentas de la tutoría.

Reyn. Verdad es; pero me perdonareis os recuerde que aunque me habeis prometido muchas veces presentarme esas cuentas, todavía no he tenido el gusto de verlas.

Marq. No debeis estrañarlo, porque necesito ponerlo todo muy á las claras; y como no soy legista, entiendo poco en tales asuntos. Ademas hasta aho-

ra jamas se me habia exigido cosa alguna de esa especie, y estaba muy lejos de sospechar que tenia que someterme á semejante exámen.

Reyn. No sois el único que tiene que someterse á esa revision de cuentas, Señor de Leyrac, y por consiguiente no debeis ofenderos.

Marq. Qué quereis, soy muy delicado en puntos de honor, y aunque en rigor no tengo ningun inconveniente en presentar esas cuentas, no deja de estrañarme sin embargo que lá ley sujete á las personas de distincion á tales formalidades. Me parece que mi nombre solo ofrece todas las garantías necesarias para...

Reyn. Estoy muy lejos de decir lo contrario.

Marq. Yo siempre he servido lealmente á mi Rey.

Reyn. Lo creo.

Marq. Cuando los protestantes fueron declarados rebeldes, dí una prueba de obediencia á S. M.: me hice católico.

Reyn. Lo sé.

Marq. Creo que estas son pruebas de lealtad.

Reyn. Yo, Señor Marques, no pretendo negar ni la nobleza de vuestro nombre, ni vuestra adhesion al Rey, ni mucho menos que hayais cumplido fielmente con vuestros deberes; pero mi obligacion es asegurarme de ello. Bien sabeis que vuestra tutoría es una de las mas importantes. El Conde de Beaurepaire ejercia un gran influjo en los protestantes de Bretaña, debido no solo á sus elocuentes escritos, en los que habia defendido los derechos de aquella secta, sino tambien á sus cuantiosos bienes. El patrimonio de la Señorita de Beaurepaire debe ser de gran valor, y ademas de este magnífico palacio que posée en Paris, posée tambien en su provincia fincas de gran valor.

Marq. Así es en efecto.

Reyn. Estoy persuadido de que el Señor Marques se habrá desvelado por la conservacion y mejora de los bienes de su pupila, que los habrá conservado exentos de toda carga, y que en nada habrá desmerecido su valor.

Marq. Ciertamente... yo... (*Algo turbado.*)

Reyn. Por lo mismo, aguardo con entera confianza las pruebas y documentos que garanticen su buena administracion.

Marq. Dentro de algunos dias estarán en vuestro poder.

Reyn. Cuento con esa promesa, Señor Marques, y os suplico nuevamente me disimuleis.

Marq. Servidor vuestro. (*Váse La Reynie.*)

ESCENA II.

MARQUES, *solo.*

Aborrezco estas gentes de toga... y sobre todo á ese Reynie. Sin duda habrá oído hablar del atraso de mis negocios, de mis pérdidas en el juego, y por eso me pide con tanta obstinacion esas malhadadas cuentas. Entregué todos mis papeles de tutoría á Mr. Lefèbre, hábil procurador, con la esperanza de que arreglaria este negocio, y hoy he sabido que es hechura de la Duquesa Dubarry. Le he mandado llamar para recogerle los papeles, porque Dios sabe lo que la Duquesa favorita sería capaz de intentar contra mí si llegase á haberlos á las manos. Desde que el Rey se ha dignado nombrar á mi pupila camarista de la Delfina, la pobre muger no perdona medio de hacerme daño; ha sido causa de que se me nie-

gue la restitucion de unos bienes que fueron confiscados á mi familia en otro tiempo. Por fortuna, segun dicen, ha perdido el favor. Acabo de recibir una carta del caballero de Severin, en la que me anuncia que el Duque de Choiseul ha subido nuevamente al poder. Ahora tengo esperanza de conseguírlo todo... riquezas, valimiento.

ESCENA III.

DICHO. MARIA *que sale sin verle.*

María. No hay nadie... Ya puedo llamar al pabellon, y ver si Adolfo...

Marq. Sois vos, María?

María. Ah! Mi tutor.

Marq. No esperaba hallaros en el jardin. La Corte toda se sorprendería, si supiese que la linda Señorita de Beaurepaire se esponia de ese modo al ambiente fresco de una tarde de otoño.

María. Creo que en la Corte (*Sonriéndose.*) se cuiden muy poco de lo que hace una pobre muchacha de provincia como yo.

Marq. Y por qué? La acogida que os ha dispensado la hermana del Rey, la Delfina de Francia, debe probaros todo lo contrario; por lo mismo, me figuro que no echareis de menos la Bretaña.

María. Quien sabe? Me gusta mas aquella vida, quizá porque estoy mas acostumbrada á ella, y si quereis que os hable con franqueza, muchas veces me echo en cara los cortos ratos de placer que hasta ahora he disfrutado en Paris.

Marq. Cómo?

María. Me parece que siendo como soy, el último vástago de una familia tan desgraciada, no debia entregarme como los demas á fiestas ni diversio-

nes; mi alegría sienta mal en este palacio sombrío que encierra tantos recuerdos tristes. No puedo olvidar que mi padre vivió aquí durante su juventud, y antes de retirarse á Bretaña: todo me le trae á la memoria en estos sitios.

Marq. Siempre con los mismos pensamientos! Empleais la viveza de vuestra imaginacion en atormentaros. Cruel es sin duda la pérdida del Conde, pero teníais cuatro años cuando os le arrebataron, y ya han pasado quince desde aquel suceso.

María. Ah! si mi padre hubiese muerto en mis brazos, si no me quedase duda alguna de que le habia perdido para siempre, tal vez al cabo de mucho tiempo me hubiera familiarizado con esa idea; pero no existe prueba alguna de su muerte, y han sido vanas todas las pesquisas para encontrar sus restos y sepultarlos al lado de los de nuestra familia. Qué quereis que os diga? bien sea instinto ó credulidad, os confieso que aun á despecho de la razon, siempre conservo una esperanza vaga.

Marq. Ya sabeis, sin embargo, que es enteramente ilusoria. Cuando se publicó el edicto contra los protestantes, vuestro padre se negó á obedecerle; atacado en su castillo por las tropas del Rey, pereció en él con todos sus compañeros y familia; vos sola fuísteis libertada por vuestra nodriza, gracias á un acontecimiento inesperado.

María. Sí, ya sé que mi esperanza no es mas que un sueño; pero no puedo renunciar á ella. A veces me hiela el corazon, aun enmedio de un baile, la idea de que mi padre existe, sufre en el destierro ó gime en el fondo de algun calabozo; y cuando vuelvo de una funcion y entro en este antiguo palacio tan sombrío, me miro cubierta de seda y flores, entre los góticos cuadros de sus vastos sa-

lones; cuando contemplo este retrato de mi madre, única memoria que me ha quedado de mi infancia, me siento sobrecogida de pronto por una especie de vergüenza y remordimientos; entonces sí, que echo de menos nuestra vida de provincia tan tranquila, tan dichosa; nuestros paseos por los valles y las veladas en que nos leía Adolfo de Kersaint.

Marq. Yo creía que Mr. Kersaint no habia renunciado á distraeros con sus lecturas, porque ayer le ví aquí con vos, y llevaba un libro en la mano. Es preciso que no olvideis que esas familiaridades suelen criticarse en Paris.

María. Y qué importa? ¿No es Adolfo pariente vuestro? ¿No ha sido siempre mi preceptor y me habeis acostumbrado á mirarle como hermano? ¿No era su padre amigo del mio? ¿Quién ha de estrañar nuestra amistad cuando sepa todas las relaciones que nos unen?

Marq. Todo eso es cierto; pero Adolfo no tiene posicion alguna en el mundo; le hice secretario mio porque siempre es cómodo tener quien escriba correctamente, sobre todo hoy dia que se han empeñado en que todo caballero sepa ortografia! Ortografia! Otra invencion de los filósofos, y que debemos en gran parte á ese truan de Voltaire!... Pero mi secretario no es persona con quien debe alternar la Señorita de Beaurepaire... aquí es preciso observar con mas rigor que en ninguna parte, las distancias que entre las diversas clases ha establecido la sociedad.

María. Ah! entonces quisiera ya estar lejos de aquí.

Marq. La hermana del Rey os ha honrado con su aprecio desde que os presentaron á ella; os recibe con la mayor familiaridad, y os dispensa mil bondades. El mismo Rey ha reparado en vos... y no

habeis sabido aprovecharos de esa predileccion.

María. No os entiendo.

Marq. Hace pocos dias... el Rey se dignó hablaros delante de mí, y á pesar de sus atenciones, no supísteis que contestarle.

María. S. M. me preguntó únicamente que cómo estaba.

Marq. Pero con qué gracia!...

María. Con la misma que todos los demas.

Marq. Cómo!.. no os ha cautivado la elocuencia y finura de su Magestad: su presencia noble y elegante.

María. Si os he de hablar con franqueza, no he notado nada de eso. El Rey me ha parecido por el contrario, viejo y taciturno.

Marq. Viejo! el Rey! por Dios no digais esas cosas en la Corte sino quereis comprometernos.

María. Cómo?

Marq. Un Rey nunca es viejo! Es preciso que advirtais que es el que concede las pensiones, nombramientos, cruces, y honores.

María. Y eso qué nos importa á nosotros?

Marq. Qué oigo! Por ventura no habeis tenido alguna vez en vuestra vida sueños de ambicion... no habeis deseado nunca tener riquezas ó valimiento?

María. Sin duda que sí... siempre que he visto alguna familia desgraciada á quien hubiera querido socorrer, algun amigo á quien hubiera querido proteger... ¿Cuál es la muger que en tales casos, no ha dicho una vez por lo menos en su vida, quién fuera Reina!

Marq. Quién sabe? se han visto en el mundo cosas tan extraordinarias... ¿Cuando una muger es jóven, bonita, y se vé obsequiada en la Corte mas caba-

lleresca y galante de Europa, cual es la de Francia... no debe desesperar de nada. Qué es esto? quién viene á interrumpirnos?

ESCENA IV.

DICHOS. UN LACAYO.

Laca. El Procurador Lefèbre desea hablar al Señor Marques.

Marq. Está bien; que entre.

María. Os dejo solos. (*Aparte.*) Volveré cuando no esté aquí.

Marq. Pensad en lo que os he dicho. (*La acompaña hasta la salida.*)

ESCENA V.

DICHOS. LEFÈBRE.

Lefèb. Estaba con su pupila. Quisiera saber las intenciones del Marques, y si lo que he oido decir hace poco en casa del Duque de Richelieu es verdad. Yo lo averiguaré. (*Aparte.*)

Marq. Señor Lefèbre, tengo el (*Acercándose.*) mayor gusto en veros.

Lefèb. Os doy gracias por vuestra (*Saludándole.*) bondad, Señor Marques. Hace rato ya que estaria aquí si no me lo hubiese estorbado un fuerte reten de soldados que ocupa la calle.

Marq. Andarán registrando casas para descubrir el paradero de algun preso fugado.

Lefèb. Justamente.

Marq. Son cosas que suceden á menudo por estos barrios: estamos á un paso de la Bastilla, y su propio reloj nos sirve para contar las horas. Vamos,

Señor Lefèbre: traeis ahí esos papeles? Habeis examinado el proyecto de cuentas que os entregué?

Lefèb. Relativo á los bienes de la Señorita de Beaurepaire? — Sí Señor, me ha parecido todo muy claro.

Marq. De veras?

Lefèb. He visto que habeis administrado los bienes de vuestra pupila—á lo grande, que os hallais algo apurado para dar cuentas exactas, y que quisiérais evitar cualquier reclamacion para no perder un cargo tan... en una palabra, guardar lo mas que se pudiere y volver lo menos posible! Esto es lo que se llama cuenta de tutor... nosotros estamos hartos de hacerlas.

Marq. Habeis tenido un estraño modo de interpretar misintentos, señor Lefebre: no penseis que os he consultado acerca del mejor modo de justificar mi conducta, y manejo de intereses, durante la tutoría, mas que con el objeto de ponerme á cubierto con el parlamento, y tomar las precauciones oportunas.

Lefèb. Pues, eso es justamente lo que yo he querido decir. Vaya, vaya, si nosotros estamos al corriente de esas cosas, mejor que nadie; las precauciones constituyen la probidad de los curiales. Por lo demas, lo que vos deseais es sumamemente fácil.

Marq. Si, eh!

Lefèb. Todo es fácil en un pais donde hay justicia; con algun dinero se consigue lo que es posible, y por lo que hace á lo imposible, todo se reduce á pagarlo un poco mas caro. Sin embargo, dejando á un lado lo del parlamento, hay ademas otras precauciones que tomar segun acabais de decir muy bien. La Señorita de Beaurepaire puede tomar estado, y como parece que el Señor Marques no

ha hecho distincion ni diferencia alguna entre sus bienes y los de su pupila, sin duda por cariño hácia esta, un marido descortes y mal criado pudiera exigir cuentas exactas.

Marq. Se las daria.

Lefèb. No lo dudo, dar cuentas es cosa fácil; pero sería preciso dar tambien los bienes, y eso ya muda de aspecto; quizás entonces tendríais que quedar en deuda con la Señorita de Beaurepaire.

Marq. Pero tendré para satisfacerla los bienes que fueron confiscados á mi familia, y que van á serme devueltos.

Lefèb. Ah! eso es otra cosa... Si teneis alguna buena proteccion para conseguir que el Rey os conceda esa gracia...

Marq. Al menos ya no podrá oponerse á ello la Dubarry.

Lefèb. En efecto, dicen que está en desgracia.

Marq. Y no creo que eso sea muy de vuestro gusto, Señor Lefèbre.

Lefèb. Por qué? porque soy su agente? Nada de eso. Si la Dubarry está en desgracia, no por eso tendrá menos negocios, ni menos pleitos; tal vez sea al contrario. Confieso que la quiero porque la debo cuanto tengo, á pesar de que sea muy plebeyo el ser agradecido. Por lo demas, como nada puedo, nada aguardo. Si tuviese alguna hermana, hija, ó pupila, tal vez... (*Movimiento del Marques.*) Acerté en mis sopechas. (*Aparte.*) Pero no por eso dejo de creerme (*Alto*) feliz, sabiendo que el Señor Marques tiene mas interes que yo en ese cambio, y que se cuenta entre los amigos del Duque de Choiseul.

Marq. Quién ha dicho eso? Cuidado que vuestras suposiciones tienen un viso de curiosidad.

ESCENA VI.

DICHOS. EL LACAYO.

Laca. El Caballero de Severin manda á deciros que el Señor Duque de Choiseul espera en su casa.
Marq. El diablo te lleve. (*Aparte.*)
Lefèb. Señor Marques, parece que ese Lacayo hace tambien suposiciones, eh?
Marq. Bien está. (*Váse el Lacayo.*) Amigo Lefèbre, deseo que traigais cuanto antes las cuentas que os confié, quiero volverlas á revisar.
Lefèb. Os las devolveré al punto, Señor Marques; pero tenia tambien que hablaros de la venta de esa hacienda de Bretaña... he encontrado comprador, y como parece que es cosa que urge, necesitaria hoy mismo nuevos informes... aquí traigo los títulos... (*Enseña unos papeles.*)
Marq. Avistaos con Mr. de Kersaint mi secretario: habita en ese pabellon.
Lefèb. Está bien. (*Váse el Marques.*)

ESCENA VII

LEFÈBRE, *solo.*

No, no me habia engañado: la Señorita de Beaurepaire tiene un tutor escelente... Voy viendo que los informes que me dieron en Bretaña son verídicos. Cuando me entregaron esas cuentas de tutoría para que las arreglase, quise averiguar con... quién me las habia... parece que mi cofrade el de Rennes conocia á fondo los asuntos y persona del Marques, porque me ha proporcionado pormeno-

res circunstanciados acerca de él, de su pupila, y de su secretario. Me ha servido como se debe á uno de la profesion. Hé aquí las semblanzas de todos ellos. 1.° (*Lée.*) «El Marques de Leyrac, disipador, servil y jugador, capaz de vender hasta el honor por un despacho, y su pupila por una pension. 2.° La Señorita María de Beaurepaire, bondadosa, sencilla, ignorante de las maldades del mundo, y de una ingenuidad que podrá ser causa de su perdicion en la Corte. 3.° Adolfo de Kersaint, jóven de escelentes prendas que ama á la Señorita de Beaurepaire y es amado de ella". Adolfo de Kersaint... Sí, este debe ser!... Su padre fué mi protector, y á él debo los primeros diez escudos que tuve en mi vida, y con los cuales emprendí mi viaje á Paris. — Nunca olvidaré aquel favor. He de averiguar si es cierto que ama á María... Ah! alguien sale del pabellon... me parece que es justamente el número tres.

ESCENA VIII.

DICHO. ADOLFO. *Adolfo deteniéndose en el dintel de la puerta al ver á Lefèbre, y cerrándola de pronto tras sí.*

Adolf. Ya debe haber salido el Marques, y... ¡Gente aquí!

Lefèb. Os buscaba, Señor Adolfo de Kersaint, porque no hay necesidad de preguntaros el nombre habiendo conocido á vuestro padre: basta miraros. — Yo me llamo Lefèbre.

Adolf. Ah! el Procurador nombrado por el Marques para....

Lefèb. No, sino un pobre aldeano, por quien vues-

tro padre se interesó en otro tiempo, y al que quité de las manos el arado para proporcionarle alguna instruccion, un desgraciado para quien obtuvo una plaza de escribiente en casa de un notario, y que á fuerza de trabajo y paciencia ha llegado á ser Procurador de los tribunales de Paris.

Adolf. En efecto, tengo una idea de haber oido vuestro nombre en mi niñez.

Lefèb. A poco tiempo de haber perecido vuestro padre á bordo del navío que mandaba, supe la noticia de su desgraciada muerte; pero ignoraba que hubiese dejado hijo alguno, hasta que ayer llegó á mi noticia.—Señor Adolfo, yo no soy noble; pero tengo algun derecho á vuestra confianza y amistad... mi presencia os trae á la memoria una buena accion de vuestro padre! ¿Quereis darme la mano?

Adolf. Con toda mi alma.

Lefèb. Disponed de mí; poco puedo, pero estoy pronto á serviros.

Adolf. Os doy las gracias, Señor Lefèbre, y creed que si llega la ocasion reclamaré esa oferta.

Lefèb. Así lo espero... pero tenemos que ocuparnos de ciertos asuntos, y el tiempo urge. El Marques me dirige á vos para ciertos informes.

Adolf. Estoy á vuestras órdenes.

Lefèb. Tengo algunos documentos que presentaros, y necesitaré hacer apuntaciones y tomar notas... Si gustais entraremos en vuestra habitacion. (*Hace un movimiento para encaminarse al pabellon.*)

Adolf. No... perdonad. (*Deteniéndole.*) Está todo desordenado, y...

Lefèb. Bah! quién hace caso! El desórden es el elemento de los de mi profesion.

Adolf. Pero... estamos bien aquí. (*Mas apurado.*) Sentémonos debajo de esos árboles.

Lefeb. Ah! con que teneis la costumbre (*Mirándole.*) de arreglar vuestros asuntos al fresco... Bueno, bueno... entiendo. Segun parece he venido á haceros mal tercio?

Adolf. No penseis tal cosa.

Lefeb. Vamos, á qué viene disculparse! estais en la edad. Cuando yo era escribiente os aseguro que me hubieran hecho muy mala obra si hubieran querido entrar en mi boardilla á ciertas horas. Ea, está convenido, quedémonos aquí. (*Aparte mirando al pabellon.*) Daria cualquier cosa por saber... Pero ahora caigo en una cosa. (*Alto.*) Vuestro pabellon no tendrá tal vez puerta al otro lado... Si mi presencia os hace mala obra, decídmelo, porque no quiero estar aquí bloqueando esa puerta; yo sé las atenciones que se merecen las Señoras...

Adolf. Os repito que no hay nada (*Con impaciencia.*) de lo que pensais.

Lefèb. Ah! bueno, bueno. Ja! ja! (*Rie.*) Vos no os acordareis de vuestro padre... Tambien era muy galante... Sabeis que no ha sido poca dicha que no hayan rodeado este palacio y hecho pesquisas como en las casas inmediatas: los soldados no os hubieran creido como yo, probablemente, y quién sabe si al registrar...

Adolf. Qué decís? Han registrado (*Muy conmovido.*) las casas inmediatas?...

Lefèb. Cuando yo vine entraban en la que está contigua á este edificio por órden del Gobernador de la Bastilla.

Adolf. Qué oigo! (*Aparte.*)

Lefeb. Buscaban á un preso que se fugó ayer.

Adolf. Dios mio! (*Levantándose.*)

Lefeb. Pero qué teneis? esa noticia os ha alarmado.

Adolf. Nada de eso.

Lefèb. Por ventura la persona que se oculta en ese pabellon?...

Adolf. Mas bajo.

Lefèb. Ah! ahora lo entiendo todo... Pero sabeis á lo que os esponeis? El hecho solo de haber acogido á ese preso, de haberle hablado, puede ser causa de que vos tambien concluyais vuestra vida en la Bastilla. Y quién es ese hombre que ocultais á la ley?

Adolf. Ese hombre... no sé... yo mismo lo ignoro.

Lefèb. Cómo!

Adolf. Me paseaba esta mañana por esa calle de tilos con la señorita de Beaurepaire, cuando vimos de repente un hombre que se arrojó de lo alto de las tapias del jardin. Al oir el grito que dió María nos hizo seña con la mano, y corriendo hácia nosotros esclamó: «salvadme, salvadme.» Su acento, su palidez, el desórden de sus vestidos, daban á entender que acababa de librarse de un gran peligro. Le dirigí algunas preguntas, y supe de él que acababa de fugarse de la Bastilla... lo demas era fácil de adivinar. María, trémula y conmovida, me suplicaba que le socorriese, y yo lo deseaba tanto como ella. En fin, no pudiendo echar mano de otro sitio mas seguro, le hice entrar en ese pabellon, donde habito yo solo. Ha pasado en él todo el dia escondido, y esperando una hora ó una ocasion favorable para salir sin riesgo á procurarse un asilo mas seguro.

Lefèb. Y no le habeis preguntado nada?

Adolf. Estaba tan débil que no pensé mas que en prestarle los socorros que necesitaba; el sueño se apoderó de él á breve rato, y hará algunos instantes que se ha despertado.

Lefèb. Está ahí?

Adolf. Sí; pero sin duda ha estado preso mucho tiempo, porque desde que vió los árboles y el cielo, me ha sido casi imposible detenerle: su alegría es un verdadero delirio: he necesitado prohibirle que saliese, casi á la fuerza, porque no oye, ni escucha nada... En fin, le he dejado para ver si no habia nadie en este jardin, y podia salir un momento sin aventurarse mientras el Marques está ausente.

Lefèb. Pero no puede continuar aquí por mas tiempo sin perderse y perderos tambien. ¿Qué pensais hacer?

Adolf. No sé: aguardaba ver á María para consultarla... Y vos qué me aconsejais?

Lefèb. Apurado es el caso! Si hubiéseis dado asilo á algun gran delincuente... aunque en verdad, eso no puede ser... si fuera criminal no estaria en la Bastilla. En fin, sea como sea, creo muy acertado averiguar su nombre... conocer sus intentos... sus esperanzas de salvacion.

Adolf. Decís bien.

Lefèb. Entremos... yo le interrogaré.

Adolf. Eso es... Con tal que no (*Mirando hácia el foro.*) vengan á interrumpirnos.

Lefèb. No descubro á nadie. (*Saliendo hácia el foro.*)

Adolf. Pues entremos.

Lefèb. Aguardad... abren la puerta.

Adolf. Él es.

Lefèb. Silencio.

ESCENA IX.

DICHOS *al foro.* EL CONDE *sale del pabellon vacilante y apoyándose en la pared: tiene la barba crecida y blanca, el vestido desordenado, el rostro pálido y aviejado.*

Cond. Se han marchado... (*Escuchando.*) no he podido sujetarme á estar ahí por mas tiempo... necesito respirar el aire libre... ver el sol. (*Mira al rededor de sí y dá un grito de alegria.*) Ah! árboles... flores... el cielo... Oh! Cuan bello es todo esto... cuan dulce respirar aquí! Dios mio! te doy las gracias. (*Se deja caer sobre un banco cerca del pabellon.*)

Adolf. Que imprudencia ! (*Acercándose.*)

(*El conde se levanta y hace una esclamacion al ver á Lefèbre.*)

Lefèb. Nada temais.

Adolf. Me prometísteis aguardar hasta mi regreso... Considerad que os pueden sorprender aquí.

Cond. Teneis razon, debí no haber salido ; pero ha llegado hasta ese pabellon donde yo estaba el perfume de las flores... he oido el ruido de los árboles, y no he podido resistir ! Oh! dejadme un instante cerciorarme de que estoy libre... de que existo ! Se me figura que salgo de una larga y penosa enfermedad; todo me parece nuevo, todo brilla en torno mio! el aire me adormece... siento que su frescura penetra hasta mis venas. Me encuentro débil en medio de tanta felicidad, y mis ojos se arrasan en lágrimas... Oh! Dios mio! Dios mio! Cuan dulce es ser librey poder mirar al cielo !

Adolf. Pero advertid...

Lefèb. No destruyais sus ilusiones (*Bajo á Adolfo.*) El Marques está en casa del Duque de Choiseul; tardará en venir porque se trata de intrigas. Es preciso que sepamos á quien habeis salvado y si esto podrá comprometeros demasiado... Situaos de centinela para ver si viene alguno: entre tanto yo le interrogaré con mas libertad... mi edad tal vez le inspirará mayor confianza que la vuestra; ademas yo estoy mas ducho que vos en esto de informaciones.

Adolf. Como gusteis; pero cuidad sobre todo de que no salga de aquí porque es el sitio mas retirado del jardin.

Lefèb. No temais. (*Váse Adolfo.*) Acabo de saber que la casualidad os ha traido aquí, y deseo seros útil. Salís de la Bastilla?

Cond. Sí señor.

Lefèb. Cuánto tiempo habeis estado bajo sus murallas?

Cond. Quince años! lo oís? quince años pasados en un calabazo del tamaño de una tumba, y contados minuto por minuto! quince años sin oir mas voz que la de un carcelero que venia á hacerme á una hora fija la misma pregunta, ó la misma ofensa; sin ver mas luz que un débil rayo que entraba á recordarme todas las mañanas que aun habia un sol para los hombres libres!.. Ah! sin duda hubiera sucumbido al peso de tantos dolores, si no hubiese hallado medio de distraerme trabajando: podia escribir!... Dios tambien se apiadó de mí sin duda, porque todos los dias me concedia una hora de ensueños y delirio; entonces desaparecian los muros de mi prision; me sentia rodeado de recuerdos de lo pasado; instantes deliciosos y terribles á la vez, pero siempre deseados, porque la idea devoradora de mi encar-

celamiento se desvanecia por entonces ; en aquella hora no vivia , soñaba.

Lefèb. Y cómo os pudísteis escapar?

Conde. Ah! esa es cosa que parece imposible al hombre libre. Es un enigma que á pesar de mil evasiones, aun no ha podido adivinar el opresor. En vano es triplicar murallas y puertas, fabricar hierros y cadenas , el encarcelado posée una cosa que es mas fuerte aun que el hierro, el roble y la piedra ; la paciencia. Oh ! no podeis figuraros lo que es entregarse á un pensamiento único, concentrar en él toda su inteligencia , y aprovecharlo todo para él. Lo que al principio habia parecido imposible , llega á parecernos posible , y aun fácil despues. Dios solo podria valuar la perseverancia y valor de un preso ! Cinco años de espera, de vigilias y terrores , he necesitado para preparar mi evasion. He desgastado la piedra grano por grano: he abierto poco á poco y con mis uñas el camino que me prometia la libertad. En fin , logré abrirme un paso por debajo de las losas de mi calabozo , y vine á parar á los fosos de la Bastilla, y de allí á este jardin. Lo demas ya lo sabeis.

Lefèb. Pero no ignoran vuestra evasion, y hace un momento os buscaban cerca de aquí. Cuáles son vuestros proyectos ? Cómo esperais salvaros?

Conde. No lo sé. En tanto que me hallaba entre las paredes de mi calabozo, no tenia mas que esta idea «huir !" Todas las noches me dispertaba creyendo ver el dia , oir el rumor de las calles , sentir el aire libre que me bañaba el rostro ; pero ahora desde que he visto el cielo , desde que he respirado este aire , no sé que languidez se ha apoderado de mí ; me encuentro sin fuerza , sin voluntad , entregado á la embriaguez de verme salvo,

y quisiera morir aquí, enmedio de los árboles, y bajo los rayos del sol.

Lefèb. Sin embargo, es preciso sobreponerse á ese abatimiento.

Cond. Para qué? Ahora quisiera saber para qué he huido? Para qué tantos trabajos y afanes por conseguir una salvacion inútil? Porque, ay de mi! dentro de poco no sabré que hacer de esta libertad tan deseada. Me encuentro como un muerto que resucitase al cabo de quince años. ¿Qué iré yo á buscar en este mundo, donde no tengo una sola persona á quien amar?

Lefèb. Pero y vuestra familia?

Cond. Mi familia? no la tengo.

Lefèb. Entonces, vuestros amigos?

Cond. Tampoco los tengo.

Lefèb. Ni familia, ni amigos?

Cond. No; todos han perecido... y por un gran crímen. Por no haber querido renegar de sus creencias: querian adorar á Dios segun se lo inspiraba su corazon.

Lefèb. Ya entiendo, érais protestantes?

Cond. Sí. Yo vivia feliz y tranquilo en mi provincia, ocupado únicamente de mis estudios, que me habian valido algun renombre, cuando fué nombrado ministro el Duque de Borbon. Entonces empezaron, como ya sabreis, las persecuciones contra los protestantes. Por mi parte me resigné á sufrir el destierro, y me preparaba ya á alejarme con mi familia, cuando un dia me dijeron que era preciso que huyese solo. Mis hijos ya no eran cosa mia, debia entregarlos para que fuesen educados como católicos! entregar á mis hijos!

Lefèb. Y qué hicísteis entonces?

Cond. Algunos amigos, perseguidos como yo, se reu-

nieron en mi casa, decididos todos á rechazar violencia por violencia. Entre tanto yo habia dirigido varias reclamaciones al parlamento de Bretaña, y tenia algunas esperanzas. Creia como hombre tranquilo y estudioso, que la razon era mas fuerte que la espada, hasta que un dia! —Oh! me parece que fué ayer segun lo presente que aun está en mi memoria. Nos hallábamos reunidos rezando las oraciones de la tarde; el reloj dió las nueve, y de repente oimos gritos, tiros y ruido de armas: el castillo habia sido atacado por los soldados del Rey, y los caballeros que custodiaban las puertas habian sucumbido á sus golpes.

Lefèb. Qué es lo que oigo? Y ese combate solo duró una hora ¿ no es verdad?

Cond. Sí.

Lefèb. Fuísteis separado de vuestros hijos; todos vuestros amigos cayeron á vuestro lado, y el castillo fué entregado á las llamas?

Cond. Es verdad.

Lefèb. Vuestra familia pereció en el incendio.

Cond. Qué! sabeis?

Lefèb. Fué en Bretaña? hace quince años?... Entonces vos sois el conde de Beaurepaire?

Cond. Quién os ha dicho mi nombre?

Lefèb. El Conde de Beaurepaire, vos! Ah! señor Conde, Dios sin duda es el que os envia á esta casa. Mirad, mirad bien en torno vuestro, reparad en donde estais! no reconoceis estos sitios, ese pabellon, este jardin?

Cond. En efecto...

Lefèb. No adivinais que estais en vuestra casa, en vuestro propio palacio?

Cond. Sería posible?

Lefèb. Sabed que toda vuestra familia no ha perecido como creíais!...

Cond. Qué decís?

Lefèb. Uno de vuestros hijos ha sobrevivido á aquel desastre.

Cond. Uno de mis hijos! Ah! cuál? cuál? oh! no! no me lo digais!

Lefèb. María.

Cond. Mi hija viva. (*Vacila y se deja caer sobre el banco.*)

Lefèb. Ah! he hecho mal en anunciaros tan repentinamente esa noticia.

Cond. Tengo una hija! oh! yo creo que sueño ó que delirio. Señor, decidme por Dios que no estoy loco, no lo estoy, no es verdad? no es verdad que me habeis llamado por mi nombre, y me habeis dicho que tenia una hija? (*Levantándose.*) María! dónde está!... quiero verla.

Lefèb. No es posible, Señor Conde, ni la hora, ni el sitio, son á propósito. El descubrimiento de este secreto la causaria ademas una emocion funesta tal vez. Considerad que va en ello vuestra salvacion, y la de vuestra propia hija quizá.

Cond. De mi hija?

Lefèb. Sí; no tengo tiempo para esplicarme mas claramente; sabed tan solo que su tutor el Marques de Leyrac, habia fundado proyectos ambiciosos sobre su belleza.

Cond. Ah!

Lefèb. Pero nosotros estorbaremos que lleve á efecto sus proyectos: para esto es preciso no comprometer el éxito de mis diligencias con ninguna imprudencia. Juradme que aun en el caso de que viérais á vuestra hija antes de mi regreso, no os daríais á conocer.

Cond. Luego está aquí?

Lefèb. Yo no he dicho eso.

Cond. Oh! no me lo oculteis! Por verla tan solo, mandaria á mi corazon que no latiese, á mi voz que no temblase; mirad, Señor, no la hablaré si quereis; pero dejadme verla.

Lefèb. Es imposible, Señor Conde, no está aquí. Oid, alguien viene.

Cond. Es la jóven que me socorrió ayer.

Lefèb. Dios mio! La Condesa María. (*Aparte.*)

Cond. Si fuese ella... (*Aparte.*)

Lefèb. Entrad, Señor Conde. (*De pronto.*)

Cond. No, no.

ESCENA X.

DICHOS. MARIA.

María. No temais. Aun no ha vuelto el Marques, los criados están lejos, y Adolfo los observa: todavía podeis acompañarnos algunos instantes.

Lefèb. No importa, mejor sería...

Cond. No, dejadme aquí. (*Mirando á María.*)

Lefèb. En realidad no voy á conseguir (*Aparte*) nada, y puedo estar empleando mejor el tiempo en otra parte. Adolfo no le pierde de vista! Corramos á casa de Richelieu. (*Bajo al Conde.*) Acordaos de lo que nos habeis prometido; la menor imprudencia puede perderos! Va en ello vuestra libertad, y la honra de vuestra hija.

Cond. No lo olvidaré. (*Estremeciéndose.*)

Lefèb. Haced que se entre (*Bajo á María.*) lo mas pronto que podais, y hablad lo menos posible: (*Alto.*) al momento estaré de vuelta. (*Vàse.*)

Cond. María! (*María se vuelve.*) os llamais María, no es verdad?

María. Sí.

Cond. María! Ah! dejadme miraros, os lo suplico.

María. Estais muy conmovido.

Cond. Sí, esa era su frente pura, sus ojos... los ojos de su madre.

María. Qué decís? os trae mi rostro á la memoria.

Cond. Una hija... una hija hermosa como vos... de vuestra misma edad, y que tenia vuestro mismo nombre. (*Aparte.*) O Dios mio! dadme fuerzas para interrogarla sin descubrirme. (*Alto.*) María, respondedme: y vuestra familia?...

María. Soy huérfana, Señor.

Cond. Huérfana? desde hace mucho tiempo?

María. Desde mi primera infancia. Me acuerdo apenas de mi padre, así como entre sueños, y no he conocido de mi madre mas que esta imágen que jamas se apartará de mí.

Cond. Un retrato... de vuestra madre?

María. Sí señor.

Cond. Enseñádmele, enseñádmele. (*Dá un grito.*) Ah! mi... (*Aparte.*) Y mi promesa! No... no.

María. Qué teneis? ese grito... esa palidez... ¿que teneis?

Cond. Nada; una semejanza que me ha traido á la memoria... nada, repito.

María. Ah! (*Mirándole con atencion y casi asustada.*) me habeis llenado el corazon de amargura: vuestro acento y vuestras miradas me habian hecho creer un instante... Yo no sé por que me ha parecido reconocer en vos algo que me recuerda mi niñez; ha resonado en mi oido una voz, cuyo sonido conocia.

Cond. O Dios mio! María.

María. Sí, esa es la misma voz con que él pronunciaba mi nombre en las veladas, cuando yo iba á sentarme sobre sus rodillas.

Cond. Recordais todavía esos tiempos?

María. Oh! aun me parece estarlo viendo todo. Estábamos delante de una gran chimenea de nuestro pais, en cuyo hogar chispeaba el fuego. A un lado estaba sentada mi nodriza é hilaba al compas de una antigua cancion de Bretaña; al otro mi padre leía la biblia; á corta distancia del suyo habia un asiento que se quedaba siempre desocupado.

Cond. El de vuestra madre.

María. Cómo sabe él esto! (*Aparte.*)

Cond. Y mas allá... Jorge... Arturo...

María. Los nombres de mis hermanos! (*Aparte.*)

Cond. Nobles jóvenes que fueron vilmente asesinados.

María. Oh! luego vos lo sabeis todo? (*Fuera de sí.*) Quién sois? por piedad respondedme, porque siento en mi alma una aguda sospecha! Oh! no, no os escapareis: aquí me teneis á vuestros pies. Respondedme por piedad! vive mi padre aun? vuestras manos tiemblan... llorais... una palabra, una sola palabra. (*El Conde abre los brazos sin articular una palabra. María se arroja entre ellos y grita.*) Ah! padre mio!

Cond. Sí, tu padre, tu padre... Oh! repite esa palabra; cuando la pronuncias, mi corazon se deshace de alegría. Maria, me has vencido: queria ocultarte la verdad, lo habia prometido, y no he tenido fuerzas para ello. Ah! quiero gozar de mi imprudencia al menos. (*La estrecha entre sus brazos.*) Hija mia! Oh! cuán dulce es volver á pronunciar este nombre!

María. Es posible que seais vos! Ah! mis esperanzas eran sin duda inspiracion del Cielo! Dejadme contemplaros; necesito cerciorarme de que no es un sueño; dejadme acariciar vuestras manos, vuestros nobles cabellos blancos... Pobre padre, cuanto os han hecho sufrir! (*Coje la cabeza del Conde entre sus manos y la besa.*)

Cond. Ah! ahora los desafio á todos; que vengan, esta vez me han de matar antes que separarme de tí.

María. Dios mio! esas palabras me recuerdan que estais proscripto! que os buscan tal vez, y si os sorprendiesen aquí volverian á prenderos. Perderos otra vez sería darme la muerte. En nombre del Cielo retiraos, padre mio.

Cond. No me apartes de tu lado, déjame verte aun.

María. Si viniese alguno... Cielos!

ESCENA XI.

DICHOS. ADOLFO *corriendo.*

Adolf. El Marques.

María. Ah!

Adolf. Escondeos pronto.

María. Es demasiado tarde; os va á ver.

Adolf. Detras de estos árboles.

Cond. Sí. (*Se oculta detras de la espesura de la derecha.*)

Adolf. Aquí está ya.

María. No sé lo que me pasa.

ESCENA XII.

DICHOS. EL MARQUES.

Adolf. Adolfo, (*Leyendo unas cartas.*) acabo de recibir estas cartas, á las cuales teneis que contestar.

Adolf. Está bien. (*Le saluda y entra en el pabellon.*)

Marq. Daos prisa. María, os traigo una buena noticia.

María. Cuál?

Marq. Me habeis manifestado varias veces deseos de ver una gran funcion en Versalles.

María. Sí señor.

Marq. Estais convidada á la que se celebra mañana.

María. Cielos! (*Aparte.*)

Marq. Temí al principio no poderos presentar, porque varios asuntos del mayor interes me obligan á detenerme en Paris; pero la Duquesa de Grammont, hermana del de Choiseul, me ha ofrecido acompañaros ella misma.

María. Y lo habreis rehusado. (*Con viveza.*)

Marq. Por qué? al contrario, he aceptado; debe venir á buscaros de un momento á otro: hoy mismo saldreis para Versalles. La Duquesa de Grammont tiene habitacion en palacio; aun no os quedará tiempo hasta mañana de hacer vuestros preparativos para la funcion, y la Duquesa os ayudará con sus consejos.

María. Dios mio! (*Aparte.*)

Marq. Pero qué teneis? parece que este viage os disgusta.

María. Perdonad, pero...

Marq. Nunca lo hubiera creido.

María. Como no me esperaba un viage tan repentino... No me siento bien, y desearia quedarme.

Marq. Por cierto que es raro capricho. Teneis algun motivo secreto que os detenga?

María. Yo.

Marq. Lo dais á sospechar. Parece que las lecturas de Adolfo ejercen sobre vos un encanto inesplicable. Pero he prometido que acompañaríais á la Duquesa, y quiero que cumplais mi promesa. Ademas, vuestra presencia es indispensable en Versalles.

María. Cómo?

Marq. La Señorita de Montmorency que debia bailar en la comparsa del Príncipe está gravemente

enferma, y la Duquesa de Grammont ha conseguido ese honor para vos; el Rey lo ha sabido y espera veros.

María. El Rey!

Marq. No dudo, Señorita, (*Con gravedad.*) que os mostrareis digna de vuestro nombre.

María. Qué idea... (*Aparte.*) sí... (*Alto.*) Decidme, en estas fiestas podrá cualquiera acercarse al Rey?

Marq. Sin duda.

María. Y será fácil encontrar una ocasion de hablarle solo?...

Marq. Nada mas fácil.

María. Podré pedirle el perdon (*Ap.*) de mi padre. Señor Marques, estoy pronta á acompañar á la Duquesa.

Cond. Qué es lo que dice?... (*Sacando la cabeza.*)

Marq. Ah! al fin lo habeis pensado mejor; entonces no perdais tiempo para prepararos, porque vais á marchar inmediatamente. Venid. (*Ofrece la mano á María para salir.*)

Cond. Deteneos! (*Presentándose.*)

María. Ah!

Marq. Qué es esto?

Cond. No llevareis esa jóven á Versalles.

Marq. Quién es este hombre?

Cond. Uno que ha adivinado vuestros proyectos, y que no os dejará llevarlos á cabo.

Marq. Qué significa...

Cond. Oh! ya me entendeis... no me pidais que me esplique con mas claridad. Hay secretos cuya infamia es preciso ocultar á una alma candorosa. Esta jóven está bajo mi proteccion, y no se separará de mí.

Marq. Y con qué derecho?

Cond. Con un derecho que vos no podeis disputarme, Marques de Leyrac.

Marq. La Señorita de Beaurepaire, me ha sido confiada. Soy su tutor.

Cond. Y yo soy...

Marq. Quién?

Cond. Su padre!...

María. Ah!

Marq. El Conde! Es imposible; ó ese hombre está loco, ó es un impostor.

ESCENA XIII.

DICHOS. LEFÈBRE.

Lefèb. Ni uno ni otro, Señor Marques.

Marq. Pues qué?

Lefèb. Ese hombre es el Conde de Beaurepaire en persona, que ayer estaba preso en la Bastilla.

Marq. Y hoy es prófugo?

Lefèb. No, hoy ha sido indultado por el Rey.

Todos. Indultado!

Lefèb. Aquí está la real órden (*Entregando un papel al Conde.*) que lo acredita.

Cond. Soy libre, libre, María. (*La estrecha contra su corazon.*)

María. O padre mio!

Lefèb. Ha bastado presentar la súplica al Rey. La ha firmado manifestando que se alegraba mucho poder hacer algo en obsequio de la linda pupila del Marques de Leyrac.

Marq. Todo se ha perdido. (*Aparte.*)

Lefèb. Ah! se me olvidaba. Ademas del perdon del Rey, traigo los papeles que el Señor Marques me habia pedido.

Marq. Dádmelos. (*De pronto.*)

Lefèb. No es posible. Son cuentas de tutoría y conciernen á Mr. de Beaurepaire. (*Se las entrega al Conde, y el Marques hace un movimiento de despecho.*) Es preciso dar al César lo que es del César. Segun veo, Señor Marques, habeis olvidado el evangelio desde que os hicísteis católico... por conviccion... El Conde debe examinar esas cuentas como tutor natural de su hija.

Cond. Ah! cuanta felicidad inesperada... Nunca hubiera creido tener fuerza suficiente para soportar tantas emociones á la vez, y sin embargo... siento que la dicha reanima mi espíritu... Una tranquilidad que hasta ahora he desconocido se ha apoderado de mi alma... María! (*La tiene la mano.*) Monsieur Lefèbre! (*Idem la otra.*) Ah! esta es la hora mas dulce de mi vida. (*Se oyen dar las cuatro primeras campanadas de la nueve.*)

Lefèb. Y lo raro es, que tal vez será la primera hora de alegría que ha dado el reloj de la Bastilla desde que se construyó. (*Dan las nueve. El Conde escucha con atencion, y las cuenta en voz baja: su rostro toma insensiblemente la espresion de un enagenamiento mental.*)

Cond. Las nueve! Ah!... Ah!... van á venir. (*Vacila.*)

María. Padre mio! (*Corriendo á él.*)

Lefèb. Qué teneis, Señor Conde?

Cond. Ellos son... no oís sus gritos? Sangre!... arrebatarme mis hijos!... nunca... Deteneos!... perdon!... perdon!... (*Cae sobre un banco.*)

María. Cielos! qué funesto delirio!

Lefèb. Qué significa esto?

Marq. Ah! (*Levantándose con orgullo.*) me habia engañado. Aun no está todo perdido. (*Cae el telon.*)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

El Teatro representa un salon gótico. Puerta al foro, y dos laterales. A la izquierda del espectador habrá una mesa y sillas; sobre la mesa un reloj.

ESCENA PRIMERA.

EL MARQUES, *sólo.* (*Leyendo una carta.*)

«Querido Leyrac: Veo por vuestra apreciable, que »no habeis descuidado medida alguna para despo- »jar hoy mismo de la administracion de los bienes »al Conde de Beaurepaire; pero que su hija no »quiere venir á Versalles. Me parece que he en- »contrado el medio de vencer su obstinacion, y »de obligarla á presentarse esta misma noche en la »Corte. Sin embargo tengo que hablar todavía al »Duque de Choiseul, para obtener su autoriza- »cion. Probablemente quedará todo arreglado an- »tes de dos horas, en cuyo caso pasaré á buscar »á la Señorita de Beaurepaire. = El caballero de »Severin.'' No entiendo ni una palabra de esta carta.—Sin embargo si él logra sacarme adelante... Ah! repararé todas mis pérdidas; quién sabe entonces á dónde irá á parar la fortuna de mi pupila, y por consiguiente la mia! Lo que mas interesa en este momento es asegurar la interdiccion del Conde! Creo que es ya cosa segura... Los in-

formes que me han dado los médicos de la Bastilla son exactos; lo mas importante era conseguir que la visita judicial se hiciese en hora oportuna, y ya lo he conseguido gracias á mi actividad. Ahora estoy seguro del buen éxito de mi plan.

ESCENA II.

MARQUES. LEFÈBRE. UN LACAYO.

Lefèb. Repito que quiero entrar. (*Al lacayo.*)

Laca. No puede ser.

Lefèb. Si no me dejas pasar, te pongo un pleito... Sabes tú lo que es un pleito?

Laca. Pero Señor....

Lefèb. Mira que te demando en justicia, es decir, que te hago gastar hasta la camisa en papel sellado.

Marq. Qué ruido es ese?

Lefèq. Es el primer pedimento de un pleito que voy á entablar contra este perillan porque no me quiere dejar pasar.

Marq. Estraño mucho que no haya obedecido mejor la órden que le tengo dada.

Lefèb. No, no le riñais... Me ha recibido con toda la insolencia que podíais apetecer. (*El Marques hace una señal al lacayo para que se marche.*) Pero gracias á Dios hace mucho tiempo que tengo relaciones con las gentes de alta alcurnia, y por consiguiente, estoy ya muy acostumbrado á esta clase de recibimientos.

Marq. Me hareis el favor de decirme qué motivo os trae á mi casa?

Lefèb. Creo estar, Señor Marques, en una que no os pertenece.

Marq. Cómo?

Lefèb. No habiendo decidido la justicia quien ha de administrar los bienes de la Señorita de Beaurepaire, ignoraba que esta fuese vuestra casa.

Marq. Mentecato! (*Aparte.*)

Lefèb. Ademas debe hacerse aquí la informacion. Por lo tanto asistiéndome el derecho de presenciar el acto, como agente que soy del Conde, he tenido á bien venir, y he venido.......

Marq. Efectivamente, no recordaba que el Señor Lefèbre se habia declarado protector del Conde.

Lefèb. Su procurador querreis decir, en cuya calidad acabo de dar ciertos pasos y tomar varios informes... Ahora mismo vengo de la Bastilla.

Marq. De la Bastilla?

Lefèb. Sí señor, y por cierto que he tenido la desgracia de no ver á nadie... Mas previendo esto mismo tomé la precaucion de pasarme antes por palacio, donde me han informado de que habeis puesto en juego todos los resortes para poneros á cubierto de los caprichos de la justicia, escogiendo desde luego los jueces y la hora para proceder á la informacion legal.

Marq. Al grano, caballero, al grano.

Lefèb. Ahora bien, como buen curial profeso un principio inmutable, á saber; el de querer siempre lo contrario de lo que quiere la parte adversa... aun cuando no haya ninguna otra razon; por lo que, como el Señor Marques habia deseado tener ciertos jueces, he creido que estaba en nuestro interes no tenerlos, en cuya atencion me he tomado la libertad de recusarlos.

Marq. Vos? y qué os importaba?

Lefèb. Ademas, como habíais señalado una hora fija para la informacion, he creido que la hora no debia ser muy á propósito, y la he hecho variar.

Marq. Es posible!

Lefeb. Tan posible, que los tres nuevos jueces son los Señores Rancé, Rosmadec y Reynie, y qué el interrogatorio que debia hacerse dentro de una hora vá á empezar inmediatamente.

Marq. Eso no puede ser. (*Mira el reloj*) Con qué lentitud anda ese reloj! La informacion no puede hacerse ahora: nadie me ha dado parte de ese cambio.

Lefèb. En asuntos familiares no es tan de rigor como en los demas el dar estos avisos. Sin embargo, venia con el objeto de participároslo. (*Aparte*.) Si será mas importante de lo que yo sospechaba esta variacion de hora?

Marq. Os equivocais si creeis que yo ceda tan fácilmente; no conozco á los nuevos jueces... y puede asegurarse que á estas horas estarán vendidos.

Lefèb. Si no es que el Señor Marques los tiene ya comprados.

Marq. Yo no compro á nadie... por lo tanto de ningun modo me someteré á su juicio.

Lefèb. No obstante, la sentencia llevará aparejada ejecucion.

Marq. Dice bien. (*Aparte*.) (*Alto*.) Quereis que os hable con franqueza, Señor Lefèbre? pues sabed que me ha faltado poco en mas de una ocasion para haceros apalear por mis criados.

Lefèb. Oh! nunca hubiera creido que el Señor Marques me quisiera dar esa ventaja sobre él... Una paliza á un procurador es caro bocado.

Marq. Sin embargo, muchas ganas se me pasan de hacer ese gasto.

Lefèb. Dios me libre (*Apartándose con prontitud y haciendo intencion de irse*.) de daros motivo

para que en ninguna ocasion me acuseis de haber contribuido á vuestra ruina.

Marq. Deteneos, no tengais cuidado... Bien mirado, este es un tuno (*Aparte.*) temible. (*Alto.*) Hablemos como buenos amigos, Señor Lefèbre; qué interes teneis en hacerme la guerra? En una palabra, qué esperais sacar en limpio del pleito que habeis entablado contra mí?

Lefèb. Yo... espero ganarle!..

Marq. Y si le perdeis?

Lefèb. Tal dia hará un año... Otros pagarán las costas... y yo... me quedo tan procurador como antes.

Marq. De veras? pero no habeis pensado que tambien hay calabozos en la Bastilla para un procurador.

Lefèb. Y tanto como lo he pensado. Aun cuando no hubiera mas sitio que el que ha dejado vacante el Conde de Beaurepaire.

Marq. Vamos, (*Conteniéndose*) hablemos con calma.

Lefèb. Hace ya largo rato que no me falta.

Marq. Ni travesura tampoco, Señor Lefèbre; sin embargo, no conoceis el mucho daño que os estais haciendo.

Lefèb. De veras?

Marq. Puede haber tal mudanza de cosas, que cambie su aspecto enteramente.

Lefèb. Muy posible es! Los astrólogos alemanes anuncian la venida de un cometa que vá á echar el mundo á rodar.

Marq. Dejaos de bromas. Os estoy hablando con la mayor formalidad... Qué premio esperais por los buenos servicios que estais prestando á la Duquesa Dubarry?.. Segun lo que yo he podido averiguar deseais una plaza de juez en el Chatelet... y si yo os la prometiese?

Lefèb. Creeria que no pensábais en dármela.

Marq. Eh? (*Picado.*)

Lefeb. Que quereis, soy perro viejo. Si gozáseis del poder necesario para darme ese empleo, seríais bastante poderoso para no necesitar de mí... Permitidme, pues, que os añada que será inútil en este momento toda tentativa para ganarme. La guerra está declarada, las probabilidades son cuando menos iguales, y aun no está en uso abandonar sus banderas antes de la derrota... Despues ya es otra cosa. Ademas que yo, como todas las personas que lo entienden, soy entusiasta por el que vence; por lo tanto si el Señor Marques sale vencedor, me tendrá á sus órdenes.

Marq. Este bribon me va á volver loco. (*Aparte.*)

ESCENA III.

LOS MISMOS. UN LACAYO.

Laca. Los Señores magistrados.

Lefèb. Ah! los jueces encargados de hacer la informacion.

Marq. Mucho falta aun para la hora. (*Aparte.*)

ESCENA IV.

LOS MISMOS. REYNIE. ROSMADEC. RANCÉ.

Marq. Bien venidos, Señores! (*Aparte.*) Si pudiese ganar tiempo. (*Alto.*) Doy mil gracias á la casualidad por haberme proporcionado el honor de conocer á unos magistrados tan distinguidos.

(*Durante este tiempo Lefèbre ha dado una órden al lacayo, el que al principio parece negarse;*

mas despues se decide á obedecer, y entra en el cuarto del Conde de Beaurepaire, que es el de la derecha del actor.

Lefèb. En efecto, el Señor Marques debe estar muy agradecido á la casualidad, porque hace una hora no esperaba tener la honra de ver á estos caballeros tan pronto.

Marq. Mañana mismo os entregaré las cuentas que me habeis hecho el honor de pedirme, Señor de Reynie.

Reyn. Me lisongeo que el Conde de Beaurepaire podrá examinarlas por sí mismo. Doloroso sería que su prision hubiera destruido sin esperanza un talento tan poco comun, y que el autor del hermoso libro *sobre la reforma de los parlamentos* hubiese perdido la razon para siempre. Esto no obsta para que os dé las gracias por vuestra honrosa solicitud, y si desgraciadamente el Conde no pudiese encargarse de la tutela, me tendreis á vuestras órdenes... Sabrá ya el Conde nuestra venida?

Marq. Como se ha adelantado la hora, me temo que no esté todavía en estado de presentarse. Sin embargo, voy á hacer que le pasen recado.

Lefèb. Es inútil, ya he hecho yo que le avisen.

Marq. Este hombre es el diablo (*Aparte.*) en figura de procurador!

ESCENA V.

LOS PRECEDENTES. EL CONDE. MARIA Y UN LACAYO.

Laca. El Señor Conde y su hija.

Marq. Qué mudado está. (*Aparte.*) (*El Conde se presenta con un trage negro de protestánte, pero de hechura un poco antigua.*)

Cond. Acabo de saber que estábais aqui, y aunque es-

toy guardado de vista, y tratado como loco no sé en virtud de que órdenes... he venido voluntariamente.

Reyn. El Señor Conde de Beaurepaire nos perdonará lo que pueda tener de humillante ó doloroso nuestra comision, haciéndose cargo de que venimos á cumplir con un deber. Tened la bondad de sentaros. (*Los jueces se sientan al rededor de la mesa; el Conde lo está enfrente de ellos á un lado del Teatro; tiene á su derecha á su hija, y á su izquierda Lefèbre. El Marques está á la izquierda de este último.*) El Señor Conde sabrá el motivo que nos trae...

Cond. Sí señores... sé que me acusan de locura, para arrancar de mi lado á mi hija; pero estoy pronto á probar que no he perdido los derechos de padre! Señores, interrogad al anciano como á un niño, al desgraciado como á un criminal; aquí le teneis en vuestra presencia pronto á responder... con la cabeza descubierta... humilde y paciente cual conviene al que espera que le hagan justicia.

Reyn. No lo esperais en vano, Señor Conde... y estad seguro que nada de cuanto nos han podido decir disminuirá en lo mas mínimo la imparcialidad con que venimos á buscar la verdad. Felices nosotros mil veces, si esta os fuere favorable.

Cond. Así me hacen esperarlo los nombres de mis jueces, porque esos nombres han sido siempre acompañados de recuerdos honrosos... Señor de Rancé, uno de vuestros antepasados fué el que dió esta contestacion sublime á una órden dada por Médicis. «He consultado á mis oficiales y sol»dados, y no he podido encontrar entre ellos un »solo asesino." Señor de Rosmadec, diez años consecutivos ha combatido vuestro padre al lado del mio en los ejércitos. De vos, Señor Reynie,

solo conozco la divisa de vuestras armas; pero sino recuerdo mal, se leen en ellas estas dos palabras: «Valor, justicia." Ya veis que conozco á mis jueces, y que los aprecio.

Lefèb. El exordio no es del todo (*Bajo al Marques.*) disparatado para un loco, eh?

Marq. El tiempo camina con pies (*Ap.*) de plomo.

Reyn. Recordais, Señor Conde, lo que pasó ayer?

Cond. Sí; recuerdo que despues de haber encontrado á mi hija, y haber sabido que estaba ya libre, mi alma no pudo resistir á tan fuertes impresiones. Durante algun tiempo, un sueño terrible se apoderó de mí, y cuando desperté de él supe que decian qne estaba loco.

Reyn. La agitacion causada por tan violentas sensaciones, esplica sin duda vuestro corto delirio, Sr. Conde; pero durante este delirio habeis prorrumpido en amenazas. ¿Ocultais acaso en vuestro corazon algun sentimiento de odio, algun proyecto de venganza?

Cond. Ni el odio, ni la venganza pueden abrigarse ya en mi edad, porque no está lejos el dia en que debo dar cuenta á Dios de todas mis acciones! Ah! confieso que ciertos recuerdos erizan todavía mis canas; pero cuando no tengo bastante fortaleza para perdonar, recurro al olvido, apartando la vista de lo pasado. Cuando el odio ó los resentimientos agitan mi corazon, busco y encuentro la calma en las páginas de mi biblia.

Reyn. Y ahora que estais libre, cuáles son vuestros proyectos para lo venidero?

Cond. Mis proyectos!... no los habeis adivinado? Pienso volver á Bretaña con mi hija; reedificaré allí la casa de mis padres: Oh! no reedificaré un castillo cual en otros tiempos existió, porque la

fuerza y la guerra defienden mal las familias... edificaré, sí, entre sus ruinas la habitacion que conviene á un anciano y á una niña... cuyo humilde aspecto ni aterrorice al sencillo pasagero, ni atraiga sobre sí la animosidad del poderoso. Allí volverán de nuevo para mí los dias felices que ya no esperaba gozar; y estrechando á mi hija contra mi corazon, daré gracias al Señor por haberla devuelto á mis brazos.

María. Padre mio! padre mio!

Cond. Ciertamente, Señores, no querreis destruir estos dulces proyectos. Si estoy loco, ya veis, soy un loco pacífico, un loco feliz. Hé aquí mi fuerza y mi razon, no me separeis de ella! Si entre vosotros hay tal vez algun padre, le recordaré que este es mi último hijo, mi hija que he llorado durante quince años, y que parece salir hoy de la tumba para mi consuelo. Qué digo?... es mas que hija, es un don del cielo, un milagro! Ah!... no priveis de esta alegría á mis ancianos dias, ni me arranqueis el último amor que Dios me ha conservado sobre la tierra; no, no, es imposible que tal hagais, porque habeis prometido hacerme justicia. Conservo toda mi razon, y tengo derecho para vivir al lado de la hija de mis entrañas!...

María. Oh! padre mio! jamas os abandonaré.

Reyn. No molestaremos por mas tiempo (*Despues de haber consultado con los jueces.*) al Señor Conde. Creemos estar ya bien enterados.) *Los jueces se levantan.*)

Marq. Se levantan ya! (*Aparte.*) y la hora se acerca. Cómo los detendré?

Lefeb. Si le queda alguna duda al Señor Marques, puede salir de ella en el acto. Existe un medio infalible para probar la memoria y el buen juicio del

Conde, á saber; que examine aquí brevemente en presencia de todos las cuentas de tutela.

Reyn. No es necesario. Con vuestro permiso nos retiramos á la habitacion immediata para deliberar.

Marq. Permitidme, señores. (*Mirando al reloj*) Voy á cumplir con un deber desagradable pero necesario. Como tutor de María debo cuidar de que no se comprometan sus intereses. Sé cuan lisongera será para ella la decision que la vuelva á los brazos de su padre; pero yo debo enterarme detenidamente para que no produzca consecuencias funestas.

Reyn. Hablad.

Marq. Mucho me alegraria que los largos infortunios del Conde no hubieran alterado su razon; sin embargo, convendria saber si se le puede hablar impunemente de lo pasado.

Reyn. En efecto.

Marq. Conozco cuan cruel debe serle hablar de los amigos y parientes que comprometidos por él en su rebelion, perecieron á su lado.

Cond. Marques de Leyrac... (*Agitado.*)

Marq. Pero juzgo necesario traer á la memoria del Conde, circunstancias que le recuerden el desastre que precedió á su prision.

Cond. Basta ya. (*Mas agitado.*)

Marq. Ya veis su agitacion. (*A los jueces.*) El tiempo debia haber mitigado el doloroso recuerdo de aquella catástrofe. Porque hace ya quince años que por este mismo tiempo y á esta misma hora!... (*Señalando al reloj.*)

Cond. Las nueve. (*El Conde mira el reloj y parece luchar con un enagenamiento mental, busca á su hija, la abraza, despues la rechaza y todas sus*

facciones toman la espresion de un frenesí no muy intenso.)

María. Dios mio! padre!

Lefèb. Señor Conde.

Cond. Las nueve! Ola! (*Delirando*). Amigos, corred. (*Dá un grito.*) Ah! fuego, fuego... Salvad á mis hijos... miradlos allí... Jorje! Arturo!... Todo vá á desplomarse! Dios mio!.. Salvad á mis hijos... valor, no desmayeis... ah!...

María. Padre, padre, volved en vos. (*Volviéndose á levantar, y abrazando la cabeza de María con ambas manos, la dice con dulzura.*)

Cond. Quién eres tú, pobre jóven? Quieres ser amiga de mi hija? Te llevaré á su lado! la tengo escondida muy lejos de aquí... en un valle de Bretaña.

María. Padre!...

Cond. Cuidado còn que lo digas... porque has de saber que quieren arrebatarme á mi María! han prometido entregarla al Rey... pero yo... escucha... no he hallado mas que un medio de salvarla... Voy á matar al Rey!

María. Ah! (*Dando un grito.*)

Reyn. Desgraciado! qué es lo que dice?

Cond. Oh! estoy seguro que implorará piedad, que me pedirá perdon! perdon á mi!... (*Se rie convulsivamente.*) Oh! cuantas mas lágrimas vierta mas golpes le he de descargar. A cada puñalada le diré: «Rey, esta es por mis amigos asesinados, esta por mi encarcelamiento y mis penas, esta es por mis hijos!"... Quisiera tenerle veinte años moribundo entre mis manos.

María. Callad, callad!... (*Los jueces hablan bajo entre sí.*)

Cond. Pues qué? me han oido? (*A María.*) Ah! esos hombres son ellos, no es verdad?

Reyn. No nos conoceis, Señor Conde?

Cond. Son ajentes del Rey. Retiraos, verdugos de mugeres, asesinos de niños...

María. Padre mio!...

Cond. Retiraos... hijos mios — huid, huid.

María. Cielos! pierde el sentido.

Lefèb. Se ha desmayado!

Marq. Es el fin de la crísis..

Reyn. Nuestra presencia cuando vuelva en sí tal vez renovará su delirio... desgraciadamente nada mas nos queda que saber. (*El Marques acompaña á los jueces hasta la puerta de la izquierda del actor.*)

Lefèb. Es cosa estraordinaria! (*Aparte.*) tan cuer do esta mañana—hace un instante y ahora...

Marq. Y bien, Señor Lefèbre, (*Volviendo dice bajo á Lefèbre*) qué os parece, he ganado el pleito?

Lefèb. Quien sabe, Señor Marques...

Marq. Veamos lo que han decidido, y apresuremos el viaje de María. (*Váse por la izquierda.*)

Lefèb. Oh! aquí hay gato encerrado. Insistir el Marques en la eleccion de la hora... ese delirio repentino... Poco he de poder ó no me la han de jugar... La Bastilla está algunos pasos de aquí... Corramos. (*Vase por el fondo.*)

ESCENA VI.

EL CONDE. MARIA.

María. Padre! (*Inclinada hácia su padre.*) Sus labios se agitan. Ha abierto los ojos. Ah! ya vuelve en sí.

Cond. Dónde estoy? Hija mia!...

María. Me ha conocido.

Cond. Qué ha sucedido? (*Procurando recordar lo que ha pasado.*) Creo que hace un instante estaban interrogándome unos jueces aquí mismo..= Qué les he contestado, dime? Lloras! Ah! Ya me acuerdo... este sueño terrible del que ahora despierto... sí, es el sueño que hace quince años me asalta todos los dias á la misma hora! es un sueño tranquilo, y mudo las mas veces, pero furioso, cuando una grande emocion ha agitado mi alma. Ah! todo lo comprendo ahora... Dios mio! van á arrebatarte de mi lado! María! dónde están mis jueces? Quiero hablarles.

ESCENA VII.

LOS MISMOS. ADOLFO.

Adolf. Ahora no podeis entrar, Señor Conde, están deliberando.

Cond. Es preciso que yo los hable.

Adolf. No lo intenteis, porque no os dejarán salir de este cuarto.

Cond. Qué decís?

Adolf. Han autorizado provisionalmente al Marques de Leyrac para que cuide de vos.

Cond. Ah! ya entiendo, me encierran aquí porque me quieren tener preso, porque me veo destinado á estarlo toda la vida!... De ese modo mi hija volverá al poder del Marques de Leyrac! María! oh! eres perdida!

María. Qué oigo?

Adolf. Cómo?

Cond. Perdida, sí. Sabed que el Rey la ha visto, y que la llama á su Corte. Nada os dice este viage á Versalles?...

María. Ah!

Adolf. Cielos!

Cond. Qué será de tí, abandonada, lejos de tu padre que no podrá aconsejarte ni defenderte! Dios mio! Dios mio! Ni un solo medio me queda para salvar á mi hija! Pobre huérfana, no tienes nadie que te ampare. (*Se deja caer sobre un sillon.*)

María. Nadie! (*Con desesperacion.*)

Adolf. María!

María. Ah! vos me defendereis (*Dirigiéndose á él.*) Adolfo, vos, no es verdad?

Adolf. Aunque fuese á costa de toda mi sangre! ¿No sabeis, María, que mi vida es vuestra?

Cond. Qué oigo? (*Los dos jóvenes se estremecen y se halagan uno á otro.*) Ah! ya comprendo. (*Coje á María por la mano y se separa con ella á un lado.*) María! mírame! Oh! no te sonrojes: nada temas; los momentos son preciosos. Respóndeme con sinceridad. Amas á ese jóven? (*María se echa en sus brazos.*) Bien! bien! (*Se acerca á Adolfo.*) Adolfo, vuestra familia me es conocida, y sé que sois un caballero. ¿Me dais palabra de hacer feliz á esta jóven si os la confio?

Adolf. Ah! Señor Conde!

Cond. Advertid que no basta aquí un amor vulgar! María es huérfana y es preciso que seais para ella toda una familia! Si no os sentís con bastantes fuerzas para sufrir sin ceder, no acepteis el depósito de este tesoro.

Adolf. Solo os diré que creo poder corresponder dignamente á la felicidad que me ofreceis.

Cond. Entonces dadme esa mano. (*Se la dá.*) La tuya... (*A María y se los acerca.*) Hijos!

María. Vuestra bendicion, padre mio! (*Quiere arrodillarse.*)

Cond. Recibidla en mis brazos! (*Vivamente.*) en mis brazos! Las caricias de un padre no son acaso la mas dulce bendicion? María! ahora ya tienes un defensor!

Adolf. Tiene dos, Señor Conde: porque vos no os separareis de nosotros! Si se pronuncia esa interdiccion la haremos revocar.

Cond. No lo espereis. La razon puede abandonarme, y hacer que triunfen mis enemigos. Para nada os puedo servir ya: no penseis mas en mí. Haced feliz á mi hija; hé aquí vuestro mas sagrado deber en lo sucesivo.

María. Y podré acaso ser feliz sin vos?

Adolf. Considerad, Señor Conde, que vos solo teneis el derecho de defender á vuestra hija, y por lo tanto Mr. de Leyrac no lo reconocerá ciertamente en mí.

Cond. Sí, ya sé que se opondrá á vuestra union; para él será tan temible el esposo como el padre. Volveria á empezar la lucha entre vosotros... es preciso que me dé su consentimiento para esta boda. He pensado un medio... decidle que deseo hablar con él un instante; podreis añadir que estoy ahora tranquilo y sereno.

Adolf. Voy al punto. (*Vase.*)

Cond. Me veo precisado á obrar así. (*Aparte.*) Dios me ayudará. (*Va á cerrar la puerta del fondo y la de la derecha.*)

María. Que hace? (*Aparte y mirándole sorprendida.*) Aun estais triste y pensativo, (*Alto.*) padre mio.

Cond. No, hija querida, ahora estoy tranquilo, y soy muy feliz porque te he asegurado un apoyo... Amas mucho á Adolfo ¿no es verdad? ámale siempre así, hija mia; no tengas mas pensamientos que los suyos, ni abrigues otro amor mas que el suyo;

mira que tu felicidad depende de él en lo sucesivo, solamente de él.

ESCENA VIII.

LOS MISMOS. EL MARQUES.

Marq. Decís que me quiere hablar? (*Desde el bastidor.*) qué tendrá que decirme? Si esta conversacion me sirviese al menos para que María se separase de él un instante... El caballero de Severin la espera y... Veamos.

Cond. María, déjanos solos un momento.

María. Que os deje?

Marq. Perfectamente! (*Aparte.*)

Cond. Tengo que hablar con el Señor Marques. (*La abraza con la mayor ternura.*) Vete, hija mia, vete. (*Dominándose.*)

Marq. Parece que se le ha pasado (*Aparte.*) enteramente el delirio. (*La sigue hasta la puerta y la mira largo tiempo.*)

Cond. ¿Habeis tenido á bien concederme la conferencia que os he pedido? (*Mr. de Leyrac estará un poco adelantado en la escena: y el Conde que ha acompañado á su hija está en la puerta de la izquierda.*)

Marq. No adivino lo que el Señor Conde tiene que decirme.

Cond. Voy á hablaros de María... Se trata de su porvenir, y vos sois su tutor.

Marq. Hablad, Señor Conde.

Cond. Lo que acaba de suceder me ha convencido de que yo no era ya un apoyo suficiente para mi

hija; la he buscado un protector mas seguro, y he tenido el gusto de encontrarle. María va á casarse con Adolfo de Kersaint.

Marq. Cómo! Es imposible que se verifique ese enlace.

Cond. Y por qué?

Marq. Porque no es digno de vuestra hija, y yo no lo consentiré jamas como tutor suyo.

Cond. Ya yo lo sabia. (*Con viveza.*) Es decir que vos sois el único obstáculo que se opone á la felicidad de mi hija.

Marq. Si es eso todo lo que (*Queriendo salir.*) teníais que decirme, no tomareis á mal que me retire.

Cond. Oh! no os movereis de aquí. (*Impidiéndole el paso.*) Ahora estais en mi poder, Marqués de Leyrac.

Marq. Qué decís?

Cond. Ah! no habeis temido (*Delante de la puerta con los brazos cruzados.*) agotar mi sufrimiento olvidando sin duda que la paciencia se acaba cuando se acaban las esperanzas. Me habeis obligado á escoger entre la salvacion de mi hija ó vuestra muerte... (*Tira de la espada.*) Pues bien; está hecha la eleccion.

Marq. Quereis asesinarme! (*Retrocediendo.*)

Cond. Podria hacerlo impunemente, porque, segun decís, estoy loco. Mi mano descargaria sobre vos el puñal sin temer el oprobio ni el castigo, porque al mandarme á una casa de locos, me habeis asegurado vos mismo la impunidad. Mas vos tambien teneis espada, defendeos...

Marq. Conde, la cólera os ciega... escuchadme... Es imposible que vos, cuyo carácter apacible...

Cond. Yo... soy loco! No lo habeis dicho así?

Marq. Considerad las fatales consecuencias de este duelo...

Cond. Estoy loco, os repito, defendeos.

Marq. Dejadme. (*Quiere salir.*)

Cond. Oh! no espereis huir; no llameis, porque será en vano. Estoy en mi casa, conozco todas las salidas... y están muy lejos los que pueden socorreros, Señor Marques de Leyrac. (*Acercándose á él.*) Ah! sois un cobarde! (*Movimiento del Marques.*) ¿Temeis por ventura no poder matarme? Ignorais que he sido toda mi vida un hombre pacífico, estudioso, que apenas sé tener una espada en la mano? Estais tan ciego para no ver que mis cabellos son blancos, y que mi mano tiembla? Quereis aun mas ventajas sobre mí? hablad, poned vos mismo las condiciones que necesitais para tener valor! pero hablad pronto, Marques de Leyrac, porque me canso de esperar! Hablad, ú os obligaré, mal vuestro grado, á defenderos.

Marq. Ni deseo ventaja alguna, ni menos batirme con vos.

Cond. Oh! os batireis (*Acercándose á él colérico.*) porque es preciso... os insultaré al fin de tal modo, que no podais menos de batiros! Para obtener satisfaccion de un caballero, en algun tiempo bastaba una palabra, una mirada tan solo. ¿Tendré que apelar ahora á los últimos ultrages para hacer perder el miedo á un vil cortesano como tú?

Marq. Volved en vos. Conde. ¿Qué utilidad podeis sacar de este desafio? Creeis por ventura que con mi muerte conseguireis que entreguen vuestra hija á su nuevo protector? María ya no está en mi poder.

Cond. Qué oigo?

Marq. Al entrar yo aquí, estaba esperándola el caballero Severin, que venia á reclamarla de órden del Rey.

Cond. María... (*Dejando caer su espada.*) robada por el Rey.

María. Padre mio! padre mio! (*Desde dentro.*)

Cond. Ah! (*Corre á la puerta del fondo, la abre y María se echa en sus brazos.*)

ESCENA IX.

LOS MISMOS. MARIA, *despues* KERSAINT.

María. Padre mio!

Kers. Nada temais, Señor Conde. (*Entrando.*) El caballero de Severin acaba de decidirse á volverse sin María. Aquí teneis á Mr. Lefèbre que os esplicará...

ESCENA X.

LOS MISMOS. LEFÈBRE *entrando por la izquierda.*

Lefèb. Albricias, Señor Marques.

Marq. Qué hay?

Lefèb. Dejadme respirar... He venido de la Bastilla corriendo como un gamo,.. no puedo mas.

Marq. Qué es lo que dice?

Lefèb. Sí señor, de la Bastilla. El Señor Marques la habia hecho esta mañana una visita, y le habia sido tan agradable que yo he querido proporcionarme el mismo gusto. Oh! ya he adivinado por que insistíais tanto en la hora de la informacion. Tambien he visto yo los médicos, y he tenido mi consulta.

Marq. Una consulta?

Lefèb. Sí señor, aquí la traigo, firmada por tres doctores: en ella consta un hecho que os causará tanto placer como á mí; á saber: que el Señor Conde no está loco. (*Todos hacen un movimiento.*) No, Señor Marques; los tres aseguran que la melancolía que se apodera del Conde todos los dias á la misma hora, solo toma el carácter de enagenacion mental cuando recibe alguna fuerte emocion (y ciertamente no la recibirá todos los dias tan fuerte como la de hoy) pero sin embargo de esto, le deja en su cabal juicio para dedicarse á sus negocios; pues que solo es el acceso pasajero de una fiebre que la felicidad curará..

Adolf. Y habeis presentado esa consulta á los jueces?

Lefèb. Me duermo yo en las pajas! y con comentarios *ad hoc*. Pero no es eso solo. El Señor Conde habia olvidado en la Bastilla un manuscrito que yo me he apresurado á presentarles como un documento que por sí solo es una prueba plena..; á saber... la continuacion de su hermosa obra, no concluida aun, sobre la reforma de los parlamentos.

Cond. En efecto... y bien?

Lefèb. Y bien; los Señores jueces han creido que hay muy pocos sabios en su cabal juicio capaces de escribir lo que vos habeis escrito mientras estábais loco.

ESCENA XI.

LOS MISMOS. RANCÉ. ROSMADEC. REYNIE.

Reyn. Señor Conde, (*Al Conde.*) la declaracion de tres acreditados facultativos, que uno de vuestros amigos nos ha presentado, ha venido á esplicarnos lo que habíamos visto; comprendemos, pues, que

esos cortos enagenamientos, triste fruto de vuestras desgracias, deben cesar con ellas, y que solo servirian á prolongarlos las medidas desagradables que se tomasen. Persuadidos ademas que por ningun título pueden perjudicar ni á vuestros intereses, ni á los de vuestra hija, hemos creido que no podíamos despojaros de vuestros derechos de padre.

María. Ah! (*Echándose en los brazos del Conde.*)

Reyn. Si nos quedase alguna duda, bastarian á disiparla las profundas meditaciones en que habeis empleado el ocio de vuestra larga cautividad. (*Le entrega un manuscrito.*) Nos lisongeamos, pues, que la paz y la tranquilidad os permitirán acabar un trabajo tan glorioso para vos, como útil para la Francia.

Lefèb. Aquí entre los dos, Señor Marques, (*Al Marques.*) me parece que este negocio le podeis contar ya con los muertos.

Marq. Apelaré de vuestra sentencia, Señores, y el Duque de Choiseul á quien voy á ver...

Lefèb. A dónde? á la Bastilla... Deteneos... deteneos, que tambien traigo una consulta para vos. (*Le entrega una órden.*) leed.

Marq. Una órden de prision... á mí. (*Leyendo.*)

Lefèb. A vos, Señor... Por haber tomado parte en las maquinaciones del Duque de Choiseul: aquí teneis justamente á los agentes de justicia... (*Trayéndole al proscenio.*) Si á esto se agregan las pruebas de la malversacion de los intereses de vuestra pupila, me parece, Señor Marques, que ocupareis por mucho tiempo el calabozo del Conde.

Marq. Soy perdido. (*Se queda confuso.*)

Lefèb. Así lo creo, y todo hombre de bien se felicitará por ello. (*A los de justicia.*) Señores,

haced vuestro deber. (*Los de justicia se acercan á él, le quitan la espada y se le llevan.*) Señor Conde, nada teneis que temer de ese hombre en lo sucesivo; y en cuanto á vuestra locura, ya lo habeis oido, la felicidad os curará.

Cond. Acepto esa esperanza con el consuelo de que cualquiera que sea (*Cogiendo la mano á Adolfo.*) mi suerte, dejo á mi hija un buen protector... (*Cae el telon.*)

FIN DEL DRAMA.

LA

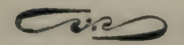
PROSA DE LA VEJEZ,

JUGUETE COMICO EN UN ACTO,

POR

FERNANDO URZAIS.

Representado por primera vez eu el Liceo de Guanabacoa.



HABANA.

IMPRENTA "LA ANTILLA,"
CUBA NUMERO 51.

1866.

PERSONAS.

La Marquesa del Clavel (65 años).	Srita. Dª Rosa Marrero y Caro.
Inés (su sobrina, 18 años)........	Sra. Dª Martina Pierra de Poo.
Arturo (24 años)........	D. Alfredo Torroella.
Simon (30 años)..................	D. José Poo.
Nicolasa (criada de Inés)........	Srita. Dª Ramona de Pancorvo.
Perico (criado de Arturo)........	D. Antonio Enrique de Zafra.

La accion pasa en el Cerro, en la época actual.

A la modesta y sentida poetisa cubana Srita. Doña Rosa Marrero y Caro, en prueba de fraternal afecto.

EL AUTOR.

ACTO ÚNICO.

El teatro representa, en primer término, una galería de la quinta de la Marquesa en el Cerro, con una reja al frente que limita el jardin en el foro. — Puertas laterales en la galería: la de la derecha da á la sala principal, y la de la izquierda á las habitaciones interiores. — Es de tarde, á la puesta del sol.—Al levantarse el telon aparece Perico por el jardin, y se acerca á la reja.

ESCENA I.

Perico.

Atraviesas el jardin,
Y á un lado... ¡Tate La puerta
Se la dejaron abierta!
Entrémos sin miedo y sin......
[*Va á entrar, y retrocede.*]

¿No estará la vieja en casa?
¡Maldita la indecision
Que me pone de planton!
¡Nicolasa!... ¡Nicolasa!... [*Llamando.*]
¡Voto á Cribas con mi amo!
Solo se lo sufro á él,
Pues que me carga el papel
Como Perico me llamo.
Que es ¡vive Dios! bochornoso
Andar con estos quehaceres...
¡Al diablo con las mujeres!

ESCENA II.

Dicho, Nicolasa.

N. ¿Llamabas, Perico hermoso?
P. Buenas tardes, prenda mia,
Luz de la luz de mis ojos,
Bello campo sin abrojos.
¿Oiste lo que decia? [*Receloso.*]
N. No por cierto, buen Perico.
¿Acaso hablabas de mi?
Respóndeme. ¿Hablabas?
P. Si.
[*Ap.*] Por poco me pierdo el pico.

[*Alto*] Hablaba de mis amores
Contigo, y que eras hermosa
Mas que el clavel y la rosa,
Y mas que todas las flores.

N. *Sabeis* muy bien adularnos
Para que pronto os amemos;
Pero nosotras *sabemos*
Como *sabeis* olvidarnos.

P. Te juro por San Calixto
Que te amo con toda el alma.
[*Quiere abrazarla.*]

N. Sosiéguese, y tenga calma. [*rechazándole.*]
¡Vaya que es el mozo listo!

P. [*Ap.*] ¡Ay, qué mujer tan ingrata!
Pues lo mismo todas son .
Os dan, sí, su corazon,
Pero en cambio quieren... plata.
¿Por no haber nacido rico
Tengo ¡Dios! que conformarme?
[*Transicion.*] Pues si yo para matarme
No nací. ¿Verdad, Perico?
[*Alto.*] ¿Me dices, paloma bella,
Si hay contestacion?

N. Si tal.
Aquí, en este delantal
Traigo una carta de ella.

P. ¿De tu ama?

N. Sí, por cierto,

Y para el buen D. Arturo [*le da la carta.*]

P. ¡Qué alegría! Te aseguro
Que al verla se queda tuerto.
A propósito, Colasa.
Des que á tu linda señora
Quiere mi amo, no hay hora
De sosiego en nuestra casa,
Antes todo su placer
Era admirar la belleza,
O, entre manos la cabeza,
Escribir mucho y leer.
Mas hoy la decoracion
Ha mudado.

N. ¡Qué maldad! [*burlona.*]
¿Dó esta la felicidad
Que busca su corazon?

P. ¡Si vieras cuántos suspiros
Le arranca fiero el dolor!...
Antes que me atrape amor
Prefiero morir á tiros.
Perdona, paloma mia,
Si, estúpido te ofendí,
Yo... yo me muero por tí.
[*Ap.*] No sé si me moriira.

N. Pues yo por nadie me muero,
Mucho ménos por los hombres,
No, Perico: no te asombres.

P. [*ap.*] ¡Quién se morirá primero!

(*Alto.*] Colasa, te quiero mas,
Que mi amo á tu Señora.
N. ¡Silencio!
P. ¡Qué seductora!
[*Queriendo tomarle una mano,*]
N. D. Pedro Perez, ¡atrás!
[*Con dignidad comica.*]
P. [*de rodillas.*] Oye, ingrata, ¿No me ves
A tu plantas humillado?
N. No olvide el señor criado,
La carta de Doña Inés. [*se vá.*]

ESCENA III.

Perico.

[*Levantándose.*] La carta de Lucifer.
¡Qué muchacha, voto á tal!
Sea por bien, ó por mal,
Siempre gana la mujer.
¡Calla! El amo y D. Simon,
Este, cual siempre, contento.
Por Dios que merece el don.
Ya se vé... Si es tan atento...
[*Frota los dedos índice y pulgar de la mano de-*

recha: accion que suple á la palabra dinero.]
[*Se oculta.*]

ESCENA IV.

Dicho, Arturo, Simon. (*por el fondo.*)

A. Tienes razon, caro amigo.
Ha tiempo que llegué á ver
Un ángel......
S. Una mujer.
A. Si no callas, no prosigo.
Hermosa cual azucena.
Son dos carbunclos sus ojos,
Un clavel sus labios rojos,
Pelo negro, tez morena.
¡Oh, cuán bella criatura!
Es mas flexible su talle,
Que la flor que allá en el valle
Mece suave el agua pura.
S. Pues si acompaña el dinero
Al ángel que me has pintado,
Debe ser... digo... un bocado...
A. ¡Calla, por Dios, majadero!
Ni siquiera tiene un duro.
S. Muy buena será la chica;

Pero no la cambio, Arturo,
Por una vieja,... si es rica.
A. Me has prometido no hablar,
Y me estás interrumpiendo.
S. Pero hombre ¿No estás viendo
Que ya empiezo por callar?
A. Calla pues.
S. Soy todo orejas.
¡Os adoro, feas viejas,
Con tal que tengais que dar!
A. Pues yo no cambio por ella,
Del mundo el mayor tesoro.
Simon, yo desprecio el oro
Ante una mujer tan bella.
S. ¡Sopla, qué barbaridad!
P. Este pliego me entregó
Nicolasa.
[*Saliendo del escondite, y entregando la carta á Arturo.*]
A. ¿Contestó?
¡Mátame, felicidad!
[*Toma la carta enajenado.*]
"Querido Arturo" [*leyendo.*]
¡Inés mia! [*representando.*]
[*leyendo.*] "Yo te amo con toda el alma"
"Pero no puedo"... ¡Dios! [*representando.*]
S. Calmă.
A. [*leyendo.*] "Casarme, porque mi tia"...

[*representando.*] ¡Maldita contestacion! [*Sigue leyendo en voz bajà.*]

S. [*á Perico.*] ¡Qué tia tan inhumana!
¿Has tomado la mañana?

P. Direis la tarde...

S. ¡Bribon!
¿Y quisieras?...

P. Sí, señor,
Pues hoy he corrido mucho.

S. Este muchacho ya es ducho.
Haria un buen corredor.
Toma y bebe á mi salud.
[*Le da una moneda.*]

P. Dios le guarde muchos años. [*váse.*]

A. ¡Ilusiones! ¡Desengaños!
¡Corrupcion, vicio, virtud! [*Hablando solo.*]

ESCENA V.

Arturo. Simon.

S. Díme, chico ¿tú estás loco?
¿Has perdido algun sentido?

A. Yo creo que sí, querido,
O al ménos, me falta poco.

S. ¡Qué! ¿La chica no te quiere?
¿Hay por medio algun rival?
A. Cállate, Simon: no hay tal.
Dice que por mí se muere.
S. Pues no comprendo, en verdad,
Si ella te quiere por dueño,
Quién pueda trocar tu sueño
En terrible realidad.
A. Hora me comprenderás.
Tiene por tia una vieja
Muy rica, que no la deja
Casarse.
S. [*Inspirado,*] ¡Te casarás!
A. ¡Dios!
S. ¡Prepárate, lechuza!
Dicen que es duro lo añejo;
Mas verás si yo te dejo
Suave como una gamuza.
A. Dí ¿qué pretendes hacer?
Yo pobre, la vieja rica...
S. Bien: así tendrás la chica,
Y además con que comer.
A. Si yo no busco dinero.
Lo que deseo es su mano.
S. Respóndame usted, hermano,
¿Se vive sin lo primero?
Las gentes enamoradas
Sueñan con las ilusiones;

Mas despiertan sin doblones,
Y se quedan sin tajadas.
Luego pidiéndoles pan
Aparecen los chiquillos,
Que sin esos amarillos
Ilusiones comerán.

A. No te burles, no seas cruel.

S. Ya estoy serio: dime ahora
El nombre de esa señora.

A. Doña María Clavel.

S. [*ap.*] ¡Ay Quilla, mi dulce vieja!
Feliz harás á mi amigo.
[*alto.*] Arturo, grita conmigo:
¡Que viva!

A. ¡Simon!

S. Mas deja
Te cuente un lance...

A. ¿Y despues?

S. Te juro por mi amistad
Hacer tu felicidad.
Serás marido de Inés.
[*ap.*] Empiezo bien, pues yo creo
Que la tia de su amada
Es la vieja encartonada
Que ví ayer en el paseo.
He de ponerla en un tranco,
Que ha de reir y llorar.
La voy á domesticar.

A. Estoy esperando el lance.
S. El paseo de Tacon
Es tal vez, chico, en la Habana,
El único sitio propio
Para que se ensanche el alma
De aquel que desque amanece
Hasta el fin de la mañana,
Corriendo de un lado al otro
Suda, patea y trabaja.
Allí la tarde es hermosa;
Allí la brisa impregnada
Del perfume que á las flores
Roba veloz al besarlas,
Viene á azotar dulcemente
Nuestras feísimas caras,
Despues de rezar ¡dichosa!
Las de las lindas cubanas.
Esta mitad de nosotros
En el quitrin recostadas,
Os llevan á cada vuelta
Del corazon una *laja*,
¿Y quién resiste, querido,
A la purísima llama
De sus ojos?... ¡Quién pudiera
Besar sus labios de grana!
Mirando aquellas beldades
Muy entretenido estaba,
Cuando siento que una mano

Caia sobre mi espalda.
Vuelvo pronto la cabeza
Para saber quién me llama,
Y me encuentro frente á frente
¿Sabes con quién? Con Villalva,
Que con el cuello estirado
Y haciendo dos mil monadas,
Un magnífico carruaje
Con el dedo señalaba.
Una mujer iba en él.
Parecia una sultana.
Qué linda cara... de léjos.
Al acercarse... ¡qué cara!
De los ojos cuyo brillo
Parecia que quemaba,
Uno era pequeño y sucio.

A. Y el otro?

S. De porcelana.
La blancura de su rostro
Que como nácar brillaba...

A. ¿Era cascarilla pura?

S. Acertaste: una lechada.
¡Qué pelo! Gracias á Pepe
Gonzalez, que allá en la Habana
En el arte de pelucas
Como ninguno trabaja.
¡Y qué orejas! ¡Qué nariz!
¡San Bartolomé me valga!

Quiere meterse en la boca.
A. Tal vez está constipada,
Y busca donde abrigarse.
S. Pues, chico, tambien la barba
Va buscando el mismo abrigo.
A. Tendrá *la reforma*
S. ¡Calla!
Luego oculto entre los pliegues
De una magnífica talma,
Nube, albornoz, ó argelina...
Escucha, Arturo: llevaba...
A. ¿Algun perrito faldero?
S. Espera, chico, ¡Ya escampa!
Una señora joroba,
A. Grande como una espingarda.
A. Libradme, Señor, amen. [*Santiguándose.*]
S. Vamos, te asustas por nada.
Pues mira: de su calibre,
No hay cañon en la Cabaña.
A. *¡Vade retro!* [*Retrocediendo.*]
S. Es poeta,
Y la ha encontrado prosaica.
Para mí, toda es poesía.
Es una mujer...... ¡Qué ganga! ...
Y luego cintas y bucles,
Y el malakoff, la castaña,
Y sortijas y alfileres,
Y toda oliendo á...... guayaba.

A. Simon, tú te has vuelto loco.
S. Arturo, no está casada
Y tiene un par de millones.
¡Eh, Simon, á enamorarla!
A. Amigo mio, detente.
S. No, Señor: no escucho nada,
A. Por nuestra santa amistad.
S. ¡Dos millones! ¡A la carga!
(*Váse corriendo.*)

ESCENA VI.

Arturo.

Yo estorbaré, por mi vida,
Tan atroz calaverada.
¡Casarse con una vieja!
Esto de locura pasa.
(*Corre detrás de Simon.*)

ESCENA VII.

Inés. Nicolasa.

I. El amor es mi esperanza.
Es la estrella que me guia.

Con su luz, el alma mia
La felicidad alcanza.
Con un corazon de fuego,
Con mil placeres soñando,
Ora alegre, ora llorando.........

N. Señora, por Dios, la ruego......
(*Asustada y mirando hácia el foro.*)

I. (*sin oirla.*) Marchité mi juventud,
Destrocé mi pobre pecho,
Pero esta pasion no ha hecho
Que se aje mi virtud.

N. Señora ¿que está usté hablando?
Si llega á oirla su tia......

I. ¿Qué he dicho, querida mia?
¡Gran Dios, estoy delirando!

N. Está usté hablando de amar,
De ensueños y de placeres,
Sin saber que las mujeres
Nacímos para llorar.

I. Sí, tienes mucha razon.
Mas me asustas, Nicolasa.

N. Señora, aquí en esta casa
Se guarda en el corazon
El amor, y hay que sufrir
Sin soltar solo una queja:
Que todo puede una vieja
Cuando se empeña en lucir.

I. Tu lenguaje te desdora.

¿Se habla así de las ancianas?
Respeta, al ménos, las canas.

N. Si se las tiñe, señora.

I. Pues respete, señorita,
Siquiera sus muchos años.

N. ¿Cuándo con torpes engaños
A docenas se los quita?

I. Dejémos esta cuestion,
Que es por demás enfadosa.

N. Pues hablemos de otra cosa.
¿Habrá esta noche en Tacon
Opera, drama ó zarzuela?

I. Sufrirte mas es muy duro.

N. ¿Hablaré de D. Arturo?

I. Habla bajo, picaruela,

N. Ha parado una volante
A la puerta.

I. Están llamando.
Vete á abrir.

N. Ya voy volando. (*abre.*)

S. (*dentro.*) Se puede entrar?

I. Adelante.

ESCENA VIII

Dichas. Simon.

S. [*Entrando muy precipitado, tropieza con N.*]
Perdon, hija mia.

N. [*ap.*] ¡Jesus! [*alto.*] No hay de qué.
S. [*ap. por Inés.*] ¡Si parece un ángel!
[*alto.*] A los piés de usted.
I. Beso á usted la mano.
S. [*ap. perplejo, rascándose la cabeza.*]
¡Ay, ay!
I. Siéntesé,
Y.........
S. Tengo que hablarla. [*se sienta.*]
I. ¿Es mucho?
S. Sí, á fé.
I. Entónces, mi tia
Pronto ha de volver......
S. Entre tanto hablemos,
Bellísima Inés. [*con soltura.*]
Aunque sea la visita
Para esa buena señora,
[*ap.*] Simon, qué la digo ahora.
[*alto.*] Es para usted, señorita.
I. No comprendo, caballero,
Pues yo no tengo el honor......
S. Soy emisario de amor.
N. [*ap.*] ¡Ay, qué duro tiene el cuero!
I. [*levantándose*] Si se viene usté á chancear
A mi casa, caballero.......
S. [*ap.*] Vaya: he sido un majadero.
I. Yo no estoy para aguantar......
[*Hace como que se vá.*]

S. [*ap.*] He sido un bruto. [*alto.*] Señora,
Voy á explicar mi venida.
Una persona querida,
Un infeliz que la adora......
I. ¡Caballero! [*volviéndose con altivez.*]
S. Don Arturo
De Sandoval, buen amigo......
I. [*con interés.*] ¿Qué?
S. Se ha empeñado conmigo
Puesto que tiene tan duro
El corazon esa tia,
Sabiendo que soy agudo,
Del caso lo peliagudo,
Y además mi sangre fria,
Y mi cariño de hermano,
Y......
N. Escupa usted.
I. [*ap.*] ¡Santa Rita!
S. En que pida, señorita,
Por él esa blanca mano.
I. ¡Y qué! ¿Piensa conseguir?......
S. ¿De...... de su tia el permiso?
¡Vaya un grande compromiso!
I. Se lo voy á usté á impedir.
S. Inesita......
N. ¿Y qué razon?......
S. ¡Y él que como un loco la ama! [*ap.*]
I. Tengo que apagar la llama

Que arde aquí en mi corazon.
N. Comprendo: para curar
La herida que en ese pecho
El amor, aleve, ha hecho......
I. Amigos, quiero olvidar
Tan malhadada pasion:
Quiero desunir los lazos......
S. ¡Doña Inés!
I. Aunque á pedazos
Se me caiga el corazon.
[*Esto bastante exajerado.*]
S. Pues yo no comprendo nada
De lo que ha expuesto, señora.
I. Me comprenderá usté ahora.
Mi tia no está casada......
N. (*á Simon ap.*) ¿Qué dice usted, caballero?
S. Que el negocio se complica.
Y si se empeña la chica......
Pero calla...... El calesero
Está esperando. Me voy
A buscar á nuestro amigo,
Para traerle conmigo.
¡Se han de casar, por quien soy!
(*Saluda y se vá.*)

ESCENA IX.

Inés, Nicolasa.

I. ¡Oh, es muy duro el castigo
Que me impongo! ¡Santo Dios!
N. Pues ahora vienen los dos.
I. (*distraida.*) ¿Quién?
N. D. Arturo, y su amigo.
(*Durante los primeros versos, la marquesa habrá entrado por la puerta del fondo, y salido por la de la izquierda.*)
N. (*que la vé.*) Ha llegado la señora.
I. ¿Y entró en su cuarto?
N. Si tal.
I. Nicolasa, estamos mal
Si llegan ellos ahora. (*Toma un libro.*)

ESCENA X.

Dichas, la Marquesa.

M. Buenas tardes, hija mia.
¿Cómo sigues de tus males?

I. Bien. A usted no le pregunto,
Pues lo veo en el semblante.
M. Deja á un lado la lectura,
Porque, Inés, tengo que hablarte.
Y usted, Nicolasa, vaya
A mi habitacion, y apague
La luz que dejé encendida,
Y despues recoja el traje
De casa de la modista......
¿Entiende usted? La *madame*
Que vive...... ¡Qué! ¿No recuerda?
En la esquina de la calle
De Compostela.........
N. (*ap.*) ¡Caramba!
¡Vaya una vieja!
M. ¿Qué hace?
N. Ya voy, señora..... [*ap.*] Permita
Dios que.........
M. Jem, jem! (*volviéndose.*)
N. Al instante.
Váse.

ESCENA XI.

Inés. la Marquesa.

M. Tu madre, que en Gloria esté,
Mi Luisa, mi pobre hermana,

A la hora de su muerte
Me encargó que te guardara,
Aún á costa de mi sangre,
Del mundo y sus asechanzas.
Se lo prometí, querida,
Y he de cumplir mi palabra.
A este exordio, Inés hermosa,
Le pones muy mala cara.
Tú me dirás (lo concibo)
"¿A qué viene esta andanada?"
Ha tiempo que he reparado
En tu tristeza: estás pálida,
Siempre huyendo de las gentes,
Y suspirando por nada.
Pasas el dia leyendo
Novelitas, versos, dramas......
¿Te lo digo de una vez?
Niña: estás enamorada.

I. Si lo estoy, querida tia.
¿Hace algo malo el que ama?

M. No por cierto, si al que quiere
El dinero lo acompaña.

I. ¡El dinero! Sí, señora.
Eso es el cuerpo y el alma
De la sociedad del dia.
El amor...... no *vale* nada.

M. El amor no se conoce;
No existe ya, niña cándida.

Este siglo ha concluido
Con las ideas románticas.
I. Pues maldito el siglo sea.......
M. ¡Contén la lengua, muchacha!
I. Que con su avaricia cubre
Los sentimientos del alma.
(*Llaman á la puerta.*)
M. Están llamando.
I. (*ap.*) Son ellos.
¡Santo ángel de mi guarda,
Socórreme!
M. Abre la puerta,
Hija mia, á los que llaman.
(*Inés abre.*)

ESCCENA XII.

Dichas, Arturo, Simon.

S. ¿Tengo, tal vez, señora, el alto honor
De hablar con la Marquesa del Clavel?
M. (*ap.*) ¡Ay, Vírgen santa del Pilar, es él!
(*alto.*) Soy vuestra servidora.
S. Servidor.
Señora, le presento á D. Arturo

De Sandoval, Mucílago y Tejada,
Conde del Tornasol, marqués de Bada,
Títulos y apellido á cual mas puro.
Y á tí, querido amigo, te presento
A la bella Marquesa del Clavel,
Hermosa y rozagante como él,
Y de candor y gracias un portento.

(Arturo se inclina, y vá á colocarse al lado de Inés.)

M. (*á Simon*) Caballero, quisiera yo saber
A qué debo apreciar vuestra visita.
S. Es que desde que os ví, veloz se agita
Mi corazon, de amor y de placer.
(*ap.*) ¡Sóplate esa!
M. ¿A quién pretendeis amar?
S. Señora......
M. Vamos: tal vez estais loco.
S. (*de rodillas.*) ¡Por compasion!
M. (*ap.*) ¡Jesus! Yo me sofoco.
S. (*ap.*) Ya cayó. (*alto*) Con que es locura adorar?
M. Levantaos por piedad, (*con dulzura.*)
Que sois, creo, hombre de juicio.
S. (*ap. levantándose.*) Aquí empieza el sacrificio.
M. Dí: ¿me amas *de verdad?*
A. (*á Inés.*) ¡Mi bella Inés, prenda mia!
I. ¡Arturo, mi dulce bien!
A. ¿Tú me amas mucho tambien?
I. Lo mismo que el sol al dia.

S. (*á la M.*) Yo te amo mas, bella Quilla,
Que ama la abeja á la rosa;
Y mas que la mariposa
A la agreste florecilla.
En fin, mas que el labrador
Ama su rústico techo:
Tengo grabado en mi pecho
Con letras de fuego, amor!
M. No prosigas, embustero,
Que me estás martirizando.
Simon, mira cuán ligero
Mi pecho está palpitando.
(*Le toma una mano y la coloca sobre su corazon.*)
S. ¡Hermosa! ¿Habrá criatura
Tan feliz como yo ahora?
M. ¡Jesus!
S. (*ap.*) ¡Qué caricatura!
(*alto.*) ¡Qué bella, qué seductora!
[*Va á abrazarla.*)
M. (*rechazándole.*) Simoncito, poco á poco.
Si mi pecho palpitaba......
S. (*anhelante.*) ¿Significa?
M. (*enajenada.*) ¡Que te amaba!
S. ¡Quilla! ¡Quilla! ¡Yo estoy loco!
(*La besa una mano.*)
(*ap. con repugnancia.*) Esta vieja es de carton.
M. Simon del alma, te quiero.....
Fuistes ¡ay! mi amor primero,

Y tuyo es mi corazon.

S. Señora, adios!

M. ¡Detenéos!

Simon ¡por Dios! yo estoy loca!

S. (*ap.*) ¡Ay Vírgen santa, qué boca!

M. (*fuera de sí.*) ¡Oh, qué dulces devaneos!

A. (*á Inés.*) Inesita, te amo

Con toda el alma.

I. Des que te ví, mi Arturo,

Perdí la calma.

A. ¡Ay! Si esta vieja

No se opusiese tanto......

Mas no nos deja.

S. (*á la M.*) ¡Ay, Marquesa. Te amo

Con tanto fuego,

Que si no me echas agua

Me abraso luego.

M. ¡Mi bien amado!

Si te acercas......

S. ¡Hermosa!

M. Saldrás quemado.

A. (*á Inés.*) ¿Me prometes ser mia,

Linda trigueña?

¿No respondes?

I. Arturo...... (*turbada.*)

Si usted se empeña...... (*con zalamería.*)

A. ¡Ay, prenda mia!

Deja besar tu mano.

I. Pero mi tia......

A. No temas, niña, nada,
Que ella no nos vé.

I. Toma entónces la mano.

(*Al ir Arturo á besar la mano de Inés, vuelve la cabeza la Marquesa y los vé. Inés separa precipitadamente la mano, y Arturo da el beso en el aire.*)

A. ¡Ay, que se me fué!
(*ap.*) ¡Maldita vieja!
Con la miel en los labios,
Buen Dios, me deja.

M. ¿Qué es eso?

I. ¡Jesus!

A. ¡Adios!

S. (*á la M.*) No ha sido nada, mi bella.
El es tan galante...... y ella
Tan linda...... mira: los dos
Harian una pareja,
La cosa mas seductora.
Ella le ama, y él la adora.
(*ap.*) ¡Ablándate, perra vieja!

M. ¿Y qué me dices con eso?
¿Eh, picaron?

S. ¿Qué te digo?
Deja casar á mi amigo,
Y perdónales el beso.

M. Bien: pronto será su esposa

Inés, y aquese desliz
Les perdono.

S. Sé feliz,
Ya que has sido generosa.
(*ap. á la M.*) Aunque es un gran caballero
En títulos y en honores
Arturo, es de esos Señores,
Aunque nobles, sin dinero.
Y como tienes millones
Y un corazon tan humano,
Pónles, prenda, en cada mano
A puñados los doblones.

M. Así lo haré, bien amado,
En honor de nuestro enlace.

S. (*ap.*) Todo esta vieja lo hace
Creyendo que me ha pescado.

M. (*á Arturo.*) He sabido, caballero,
Que amais á Inés: en buen hora,
Casaos con ella.

A. Señora......

S. (*ap. á la M.*) Lárgale ahora el dinero.

M. (*á Arturo.*) Y como sé con dolor
Que escaso estais...... perdonad.
Cinco mil pesos tomad
En un vale al portador.

(*Toma de una cartera un vale que entrega á Arturo.*)

S. (*ap á Arturo.*) Ya conseguiste la mano

Tan deseada, querido;
Pero, chico, me he metido
De cabeza en un pantano,

A. Tal vez palabra la diste
De casamiento, Simon,
Y tu jóven corazon
Por mi bienestar vendiste......

S. ¿Qué trapisonda, qué enredo
Estás armando, muchacho?
Verás cómo la despacho
Antes que reces un credo.
(*á la M.*) Me parece que ya es hora
De quitarme la careta.
Os formé una jugarreta,
Que ha salido bien, Señora.
Hace ya tiempo, Marquesa,
Que á Inés, D. Arturo ama
Con una pasion tan pura,
Tan verdadera, tan santa......

M. Está bien, pero en materia
Entremos, si á usted le agrada,
Que ya, Señor, para exordio
Con lo que usté ha dicho, basta.

S. Para explicar sus ideas
Tiene el hombre la palabra,
Así como tiene el toro
Para defensa las astas.
Por tanto, Señora mia,

Escuche usted con mas calma
Si quiere entenderme algo
De lo que tengo que hablarla.
M. Ya escucho á usted, caballero.
S. Otra cosa no esperaba
(*á A. por la M.*) La Señora es tan amable,
Tan seductora, tan......
M. [*con sequedad.*] Gracias.
S. Iba diciendo, Señora,
Que los jóvenes se amaban
Uno al otro, y sin embargo
Era amor sin esperanzas.
Parece extraño ¿no es cierto?
Pues es la verdad, bien clara.
¡Pobres! Querian casarse,
Y una vieja lo estorbaba.
¿No acertais quién era ella?
¿No lo acertais? ¡Qué desgracia!
Era una vieja mas fea
Que un cobrador de mesadas;
Que las cuentas de los sastres,
Y antípoda de la *guagua*,
Que es la *mujer* mas bonita
Que se conoce en la Habana.
M. Estoy viendo con dolor
Que os burlais de las ancianas,
Cosa propia, caballero,
De gentes mal educadas.

S. Respeto la ancianidad,
Amo y venero las canas;
Pero me burlo, señora,
De viejas estrafalarias
M. (*picada.*) No entremos en discusiones
Que la cuestion es pesada.
S. No se hable pues del asunto,
Y dóblese aquella página.
Viendo, pues, que el casamiento
Una vieja lo estorbaba,
El arreglo del negocio
Lo eché sobre mis espaldas
Y Señora......
M. ¡Qué vergüenza!
S. Me he llevado el gato al agua.
Pues señor: en la alameda
De Tacon me paseaba
Ayer tarde, cuando veo
Dirigirse hácia la Habana
Un bello coche, tirado
Por yeguas americanas......
M. El golpe ha sido seguro.
S. ¿Oh Marquesa! .....
M. Basta! Basta!
Vilmente habeis abusado
De mi amor......
I. (*ap.*) ¡Cielos!
S. (*ap.*) ¡Aguanta!

M. Rob......
A. ¡Señora!
M. Si el dinero
De aquese modo se quita,
Gozadlo en paz, Señorita (*á Inés.*)
Buen provecho, caballero (*á A.*) (*Solloza.*)
A. Yo, Señora, aun tengo brazos
Para ganar el sustento.
Así os devuelvo al momento
Ese vale en mil pedazos.
(*Rompe el vale y lo arroja á los piés de la M.*)
Recogedlo á vuestros piés,
Que no necesito el oro
Cuando tengo este tesoro. (*abraza á Inés.*)
I. ¡Arturo del alma!
A. ¡Inés!
S. (*á la M. con mucha zalamería.*)
Y bien ¿qué dices después
De esa tan bella leccion?
M. (*limpiándose las lágrimas.*)
Que hizo en mí la reaccion
Tan noble desinterés.
Y lo digo con franqueza
¡Cuán necia he sido y qué loca!
Toda mi fortuna es poca
Comparada á su nobleza.
S. ¿Lo has olvidado todo?
M. Sí.

S. Pues al que te ha ofendido
Perdona, que arrepentido
Te lo pide de este modo.
(Se arrodilla: Arturo é Inés lo imitan.)
M. (levantándolos.) Todos estais perdonados
Y con mi afecto contad,
Dios os dé felicidad,
Y os haga buenos casados.
(á Inés) Las viejas, querida mia,
En las canas, á la vez
Mostramos prosa y poesía,
Poesía en la sencillez,
Y pro.... contempla en tu tia
La prosa de la vejez!

CAE EL TELON.

[Cruz, Ramón de la]

LA PRUEBA FELIZ.

COMEDIA EN UN ACTO.

Para el mas corto empleo
De su caudal el hombre en un topacio
Con el anillo de oro
Le exâmina despacio,
Y aprecia su valor en el Contraste;
Y siendo mas tesoro
El corazon, que no hay caudal que baste
A resarcir su pérdida, le emplea
Luego en lo que desea,
Sin el menor exâmen de su precio.
¡Oh error el mas freqüente, y el mas necio!



PERSONAS.

LA CONDESITA, *sobrina de*
D. GERONIMO, *Caballero anciano.*
D. JACINTO.... } *Caballeros petimetres.*
D. BERNARDO. }
ISABEL, CRIADA.
OTRAS DOS CRIADAS.
PABLO, PAGE.

La Escena es en Madrid.



Sala decente con estrado y espejos, &c. la Condesita con rica bata de tontillo, adornada lo posible, y peynada al ultimo gusto. Isabel ayudandola a bestir, y otras Criadas.

CRIADA I.ª

Vaya, Señora, que está
hoy grandemente el peynado.

ISABEL.

Qualquier cosa que se ponga
mi Ama, le cáe de pasmo.

CONDESITA.

¡Qué lisonjeras que sois!

ISABEL.

Nos hace Usia un agravio;
pues defienden los espejos,
y mejor que no ellos quantos
la ven, que Usia es hermosa,

y petimetra de rasgo.

CONDESITA.

¿Quién fue á llamar á mi tio?

ISABEL.

Señora, el Page. Don Pablo. *grita.*

Sale Pablo.

PABLO.

¿Qué manda Vmd? *á Isabel.*

CONDESITA.

¿Qué te ha dicho
mi tio?

PABLO.

Se está acabando
de vestir su Señoria.

ISABEL.

Pues es un asunto largo,
y continuo.

Sale Don Geronimo.

D. GERONIMO.

Menos hoy.
¿Siempre has de estar murmurando
de mí, Isabel?

ISABEL.

Quiero á Usia
mucho, y por disimularlo,
murmuro.

D. GERONIMO.

Ya te conozco.

ISABEL.

Es un talento bien raro
conocer á quien en casa
ha nacido, y se ha criado.

PABLO.

Como yo; que no tuvimos,
ni tendremos otros Amos.

D. GERONIMO.

Si Dios quiere.

PABLO.

Se supone.

D. GERONIMO.

Pues decirlo, y confesarlo.

CONDESITA.

¿Viene vmd. de mal humor?

D. GERONIMO.

Nó, hija mia, que le traygo
muy bueno, ¿qué es lo que mandas?

CONDESITA.

Deseo que concluyamos
la conversacion de anoche.

D. GERONIMO.

Hasta las doce no salgo
hoy.

CONDESITA.

Pues sobra mucho tiempo.
Id á hacer labor un rato
todas, menos tu, Isabel. *se van las criadas.*
Y estate á la puerta, Pablo,
y avisa si viene alguno.

PABLO.

Apenas sienta los pasos.

CONDESITA.

Que para los dos en casa
no hay asunto reservado;
y mas éste, que quizá
se sabrá mañana.

D. GERONIMO.

Vamos
á ver que es lo que esta noche
sobre el asunto has soñado:
¿quál de los dos ha vencido,
Don Jacinto, ó Don Bernardo?

CONDESITA.

Respondame vmd. primero.
Ya que estamos en el caso
de haber recaido en mí,
por los ocultos y altos
juicios de Dios, nuestra casa;
pues habiendo profesado

en la Religion mi hermana,
el título y mayorazgos
que á ella por mayor tocaban,
como única, ha renunciado
en mí: ¿no me dexareis
la libertad, entre tantos
como ansiosos la pretenden,
de elegir para mi mano
el dueño con quien yo juzgue
hacer mas feliz mi estado?

D. GERONIMO.

Nó, sobrina de mi alma;
es mucho lo que te amo
yo para que consintiera
padecieses un engaño.

ISABEL.

Y mas en quanto á maridos,
Señora, que está observado
que duran poco los buenos,
y son eternos los malos.

CONDESITA.

¿Nuestro propio corazon
será capaz de engañarnos,
tio?

ISABEL.

Sí Señora: á muchos

los engaña á cada paso.

CONDESITA.

¿A quiénes ?

ISABEL.

Que lo confiesen
los viejos enamorados.

D. GERONIMO.

Calla, Isabel, que es bastante
serio el punto que tratamos.
Jamás las pasiones, hija, *á la Sobrina.*
por buen camino guiaron
al fin.

CONDESITA.

Quando las pasiones
son verdaderas, y quando
en la eleccion del objeto
muchos dias meditamos,
ellas tambien son capaces
de hacernos felices.

ISABEL.

Bravo.
¡Mas ay, que dicen que calle!
ya se me habia olvidado.

D. GERONIMO.

¿Y quién te asegura á tí
que tu concepto no es falso?

CONDESITA.

¿Habrá contra la eleccion
que tengo hecha en Don Bernardo
de Sandoval, que arguir?
Su nacimiento es muy claro;
sus riquezas bien notorias;
su valor acreditado;
su genio muy divertido;
y amables figura y trato.
Diga vmd. qué le disgusta
en él, que yo no lo hallo.

D. GERONIMO.

Su carácter.

CONDESITA.

Lo mejor
que él tiene es eso.

D. GERONIMO.

Despacio:
perdona mi ingenuidad.
El es en todo afectado,
está lleno de sí mismo,
es con el igual muy vano,
y con el pobre insolente,
en el pensar temerario,
en el hacer aturdido,
y en el hablar desbocado.

En fin, es tan incapaz
de amar con juicio y conato,
como á propósito para
seducir un pecho incauto.
Te vuelvo á pedir perdon,
si de este modo te hablo,
Sobrina; pero no quiero
que pases por los trabajos
que otras Damas.

CONDESITA.

¿Quáles, tio?

D. GERONIMO.

Que porque las adularon
sus parientes, en materia
que se interesaba tanto,
los placeres de ocho dias
lloran despues muchos años.

CONDESITA.

Yo estimo vuestras finezas,
tio, pero hablemos claro:
vmd. me quiere espantar
con el disforme retrato
de Don Bernardo, porque
en casarme está empeñado
con Don Jacinto de Azagra.

D. GERONIMO.

No me atreveré á negarlo.
Su modestia, el esplendor
de su espíritu bizarro,
su talento, su opinion,
y otras virtudes que callo,
porque conozco que con
la comparacion te canso,
me han movido á preferirle;
y tambien haber hallado
en él mas pruebas de amante,
que en el otro casqui-vano.
Pero aunque te diré siempre
mi dictamen, sin embargo
no temas que use jamás
de mi autoridad; ni en pago
de la ternura con que
me intereso en tu descanso
y tus venturas, jamás
solicite otro agasajo
de tí, que el que condesciendas
á una pretension que traygo;
y despues dueño absoluto
de tu destino te hago.

CONDESITA.

Vmd. Señor, lo es muy mio,

y de todo lo que valgo :
¿qué me mandais ?

D. GERONIMO.

Que esos hombres
á una prueba reduzcamos,
que acrisole sus ideas
y su amor , antes de darnos
á partido con alguno
de los dos ; equivocados.

CONDESITA.

Tio mio , no será
facil que pueda explicaros
mi gozo y mi gratitud ;
que así tambien me habeis dado
con eso el medio mejor
de afirmarme , y afirmaros,
en la buena fé y constancia
con que ama Don Bernardo.
Aunque de uno y otro ya
¿qué prueba es la que yo aguardo?
El me ha hecho un absoluto
sacrificio voluntario
de las mas hermosas Damas
de la Corte : ha renunciado
por mí paseos , Comedias ,
juegos , tertulias , saraos,

y quanto hay ; y no algun dia,
que ha que me corteja un año.

ISABEL.

Pues á fé que en el presente,
Señorita, es necesario
gran tiento con los cortejos:
porque los domina un astro
que los disuelve, los mata,
ó los tiene agonizando.

CONDESITA.

Calla. ¿Ha visto vmd. los pliegos
que me ha escrito este verano
desde Trillo?

D. GERONIMO.

Sí, hija mia:
escucha lo que he pensado.
Tu sabes la semejanza
(que casi toca en milagro
nuevo de naturaleza)
tuya con tu hermana, tanto
que aun los que mas os trataban,
mil veces se equivocaron:
pues este es todo el apoyo
de mi proyecto. Finjamos
que Narcisa, (que ya está
por los vínculos sagrados

que sabes, destituida
de los derechos humanos)
estando cerca del dia
de profesar, ha variado
de vocacion, se ha salido
del Monasterio, y que quando
se esperaba la noticia
(como en efecto ha llegado)
ayer de su profesion,
la vimos á nuestros brazos
llegar impensadamente:
y que ya del sobresalto,
ó del sentimiento, al ver
con su venida frustrados
todos tus brillos y obsequios,
te sobrevino un desmayo:
que pasaste retirada
toda la noche en tu quarto:
que al amanecer te fuiste
con el Gentil-hombre anciano
y el Capellan á un Convento,
habiendo juramentado
á los dos de no decir
donde quedas, hasta tanto
que tu voluntad ligases
para siempre con el santo

religioso velo. Mas:
tu has de trocar el peynado,
te has de vestir como estaba,
siempre que la visitamos,
tu hermana allá de seglar,
respecto haberte enviado
algunos vestidos suyos,
al pensar en renovarlos,
para medida...

ISABEL.

Yo tengo
uno en mi cofre guardado
justamente.

CONDESITA.

Vé á sacarle
al momento.

ISABEL.

Voy volando:
yo voy con el tio á medias,
si los dos apuestan algo. *vase.*

D. GERONIMO.

Y te has de quitar tambien
ese afeyte colorado,
que os soleis poner por moda.

CONDESITA.

Aquí me viene de pasmo;

pues la unica diferencia
que hay, es ser algo mas baxo
su color; pero yo creo,
Señor, que ha de ser en vano
la astucia; porque un amante
tiene muy fino el olfato,
y aunque sus ojos se duerman,
está el corazon velando.

D. GERONIMO.

¡Ay Condesa de mi vida!
si Jacinto, ó Don Bernardo
te aman verdaderamente,
lo veremos apurado
con observar la impresion
primera, que al oir el fallo
de tu ausencia para siempre,
en sus semblantes notamos.

CONDESITA.

Eso es verdad; pero ahora,
si nos vemos en el caso
de acreditar igualmente
su amor verdadero entrambos,
¿insistireis siempre por
Don Jacinto?

D. GERONIMO.

Ni por quanto

tiene el mundo ; pues si advierto
tus deseos bien fundados ,
en vez de contradecirlos ,
verás que te los aplaudo.

CONDESITA.

Por Dios no se pique vmd.
quando vea desayrados
sus temores ; pues lo mismo
será entender Don Bernardo
que ha perdido la esperanza
que tenia de mi mano ,
que renunciar para siempre
el mas ventajoso lazo
de amor. Lo que unicamente
siento yo , es el trabucazo
que lleva , de que quizá
resulte ponerse malo.

D. GERONIMO.

Bien presto , si lo merece ,
le curará el desengaño.

CONDESITA.

¡Si lo merece ! ¡Ah!

Sale Isabel.

ISABEL.

Ya pronto
está el vestido : ¿le saco ?

CONDESITA.

Nó, que allá me vestiré.
Interin veme quitando
de la cabeza diamantes *se sienta, &c.*
y cintas. Lo que yo hallo
mas dificil entre todo
para este solemne acto,
es imitar bien la voz
de tiple semitonado,
que regularmente todas
de los Colegios sacamos.

ISABEL.

Lo ensayaremos primero,
Señora.

Sale Pablo.

PABLO.

Coche ha parado.

D. GERONIMO.

¿Quién será?

PABLO.

El de Don Jacinto
sin duda, que trae caballos.

D. GERONIMO.

Pues vete tu á la antesala,
dale la noticia al paso
de que Narcisa ha venido,

y que Leonor se ha escapado :
y finge algun sentimiento.

PABLO.

Dexelo Usia á mi cargo ,
que se lo diré de modo
que ha de entrar aquí llorando. *vase.*

D. GERONIMO.

Despachate tu á vestir.

CONDESITA.

Vmd. le hará mientras salgo
la visita.

D. GERONIMO.

Se supone.

CONDESITA.

Vamos á vestirme. *vase de prisa.*

ISABEL.

Vamos.
Yo echaré á mis compañeras
por acá de quando en quando
afligidas y llorosas ,
para dar mas fuerza al chasco. *vase.*

D. GERONIMO.

Me conformo. Don Jacinto
era con efecto. Hagamos
la Pantomima.

Sale Don Jacinto.

D. JACINTO.

Señor

Don Geronimo, ¿qué raro *sorprendido:*
acontecimiento es este
que ahora me acaba Don Pablo
de contar?

D. GERONIMO.

Querido amigo,
vos encontrareis un cambio
bien particular en casa.

D. JACINTO.

Leonor...

D. GERONIMO.

Nos ha abandonado
Leonor.

D. JACINTO.

¿Pero de qué forma?
¿En qué Convento, en qué Claustro
se ha escondido?

D. GERONIMO.

No lo sé.

D. JACINTO.

¿Vmd. no lo sabe? Alabo
vuestra paciencia, Señor.
¿Pues qué hacen vuestros Criados,

vuestros amigos, y todos
los vecinos de este barrio,
que no han minado ya el mundo
en su busca?

D. GERONIMO.

Es excusado,
amigo; ni ella lo quiere,
ni yo tampoco lo hallo
útil, en las circunstancias
que ella lo ha determinado.

D. JACINTO.

¿Mas de qué pudo nacer
designio tan temerario
y pronto en esta Señora?

D. GERONIMO.

Yo lo lloro, y no lo alcanzo.
Lo mas que, despues de darle
muchas vueltas, sospechamos,
es que al verse despojada,
con el arribo impensado
de Narcisa, de los bienes,
títulos y mayorazgos
en que habia consentido,
y la habian lisongeado;
tomó este partido, sin
detenerse á consultarlo

con nadie. Y yo la disculpo :
porque las Damas de un alto
nacimiento , que no tienen
riquezas con que obstentarlo ,
que están á merced solteras
de algun pariente cercano ,
y para casarse cuentan
con un dote muy escaso ;
por lindas que sean , hacen
un papel muy desayrado.

D. JACINTO.

Vos podeis hacerla rica.

D. GERONIMO.

Mis bienes son vinculados ,
Amigo.

D. JACINTO.

Me penetrais
con el mas agudo clavo
el corazon. ¿Es posible
que á su amor acostumbrado ,
su ternura , y su respeto ,
abandoneis sus alhagos ;
y una sobrina que apenas
conoceis , ni habeis tratado ,
consuele vuestro dolor?

D. GERONIMO.

Mi Don Jacinto , templaos ,
que ni á nosotros ni á ella
aprovecha vuestro llanto ,
ni aprovechará tampoco
mi diligencia ; y veamos
si podemos hallar medio
los dos para consolarnos.
No ignorais que poseia
su corazon Don Bernardo ,
y por mas que yo esforzaba
vuestro mérito , anhelando
á tener tan buen Sobrino ,
eran mis oficios vanos ;
pues dexadme , que quizá
sereis mas afortunado
con la Condesa...

D. JACINTO.

Señor ,
¿qué me proponeis ?

D. GERONIMO.

¿Acaso
es esta menos amable ?
En la hermosura , en el garvo
de las dos , no dudan qual
es de la otra retrato ?

Al punto que la veais
bien sé yo que ha de gustaros.

Salen las Criadas.

CRIADAS.

¡Ay Señorita de mi alma! *tristes.*

D. GERONIMO.

¿A dónde vais así?

CRIADA 1.ª

Estamos
sin sombra.

CRIADA 2.ª

Aquella alegria
con todas, aquel agrado...

ISABEL.

Mentís,
que es mas bella esta otra,
y tiene mas agasajo.

D. GERONIMO.

Isabel, dí á mi Sobrina
que salga.

ISABEL.

Voy de contado. *vas. y las otras pasan.*

D. JACINTO.

¿Qué vais á hacer? yo os suplico
que me ahorreis el embarazo
de ponerme á los pies de una

Señora qué no he tratado.

D. GERONIMO.

Si quiero yo que veais
á la Condesita. Vamos,
que una copia de Leonor
con quarenta mil ducados
de renta, y grandes talentos,
merece verse despacio.

D. JACINTO.

¿Creeis que son las riquezas
las que á Leonor me inclinaron? *serio.*

D. GERONIMO.

No; pero á un pobre pupilo,
que suyo no tiene un quarto,
hasta que muera su madre,
esta boda era un hallazgo.

D. JACINTO.

Quedad con Dios, y excusadme
con la Condesa. *serio.*

D. GERONIMO.

Aguardaos,
que eso toca ya en desprecio,
despues de haberla avisado.

D. JACINTO.

¿Qué la diré yo?

Sale la Condesita con un habito simple, peynada igualmente, y sin color, como turbada : y detras Isabel.

D. GERONIMO.

Sobrina,
ya sabes que hemos hablado
de los sugetos que son
en la Corte Don Bernardo
Sandoval, y Don Jacinto
de Azagra, que es el que ufano
llega á ponerse á tus pies;
tiempo ha que la casa entrambos
freqüentan, y tu presencia
espero no ha de alejarlos.

D. JACINTO.

Sea Usia bien venida. *suspirando.*

CONDESITA.

Y Usia muy bien hallado.

D. GERONIMO.

Amigo, dadme licencia
por un instante : sentaos,
que pronto vuelvo. Es preciso
que te acostumbres al trato
de las gentes, Condesita.
Si viniere Don Bernardo,
que me avisen. *vase.*

ISABEL.

Bien está:
el hombre está atolondrado.

D. JACINTO.

¿Qué la diré? Yo conozco,
Señora, que no me hallo
capaz de reconocer
los méritos que os ha dado
el Cielo... mas vuestro tio
ha querido incomodaros
por fuerza.

ISABEL.

Todos los viejos,
por lo comun, son pelmazos.

CONDESITA.

Pues yo tengo, Caballero,
por venturoso presagio
para mí, en aquel instante
que á gozar del mundo salgo,
empezar por conocer
á una persona que tanto
estima el tio.

D. JACINTO.

Qué malas
ideas ireis formando
del mundo, si las formais

por mí, que estoy en estado
solo de huirle... Señora,
perdonad... que batallando
mis penas interiormente
con mis pasiones, en vano
me esfuerzo á que sean atentos
con vos mi rostro y mis labios.

CONDESITA.

No ignoro que estaba Usia
de mi hermana enamorado
furiosamente.

D. JACINTO.

Y haré
vanidad de confesarlo.
¿Podia con indiferencia
nadie ver aquel dechado
de gracias, en que Dios hizo
de su poder soberano
la mayor obstentacion?
Aquel espíritu blando,
aquel genio siempre igual,
aquel carácter bizarro,
noble, justo.. perdonad,
que no sé lo que me hablo,
y olvido que á una hermosura
otra le estoy alabando.

ISABEL.

Viva : esto es ver el amor
en los hombres rebosando !
lástima es no recogerle
para remedio en un jarro ,
y atemperar á los muchos
que están secos como palos.

CONDESITA.

Yo me avergüenzo ; porque
juzgo que me estais mirando
como origen principal
del destino desgraciado
de mi hermana , y me vereis
siempre con odio y enfado.

D. JACINTO.

No seré yo tan injusto ,
Señora : y si en mi quebranto
caber puede algun alivio ,
lo será solo el miraros
compadecer mis angustias ,
y lamentar el infausto
sacrificio de la vida ,
que eternamente le hago
á mi memoria infeliz.
Vuestro tio es un tirano
amigo. En el propio instante

que atraviesa con el dardo
de esta desgracia mi pecho,
me presenta apasionado
á vuestros pies: me propone
aspirar á vuestra mano...

CONDESITA.

¿Ese desatino ha hecho? *viva.*
Pues estaba delirando
mi tio. ¿Puedo ser digna
yo de esa ventura acaso? *tierna.*

D. JACINTO.

Señora, vos teneis todas
las conveniencias y aplausos
de vuestra hermana. Teneis
mas, que es todos sus encantos,
sus gracias, sus atractivos...
pero no sois ella; y quanto
no sea ella, para mí
no es cabal, ni puedo amarlo.

CONDESITA.

Pues yo creo que mi hermana,
segun me habia informado,
no ós hacia toda aquella *tierna.*
justicia de que yo os hallo
muy digno.

D. JACINTO.

Sé que estimaba
mucho mas á Don Bernardo.
Señora, no soy tan necio
que no lo hubiera observado.

CONDESITA.

De ese modo, ¿qué perdeis?
siendo cierto que entre ambos
hubiera elegido al otro
para dueño de su mano.

ISABEL.

No nos cansemos: esa es
la mosca que la ha picado,
y la obligó de repente
á dar tan enorme salto.

D. JACINTO.

¿Qué pierdo? Verla contenta.
Hubiera entonces llorado
solo mi amor, y ahora gimen
amor y piedad su estrago.
¿La Dama que nació á ser
el adorno mas gallardo
de la Corte, y las delicias
de todo el género humano,
conducida de su propia
desesperacion á un claustro?

¿Qué conseqüencia, Señora,
me está cruel anunciando
mi corazon? Yo no sé,
no, como de imaginarlo
solamente no fallezco.
Permitid que retirado
vaya á ocultar mi dolor,
y dar corriente á mi llanto;
sin parecer mas grosero,
donde he parecido ingrato. *vase.*

CONDESITA.

¡Ay Isabel, qué le queda
que decir á Don Bernardo,
despues de oir á Don Jacinto!

ISABEL.

Lo veremos en llegando:
y ya llego, que sin duda
con el tio viene hablando
aqui.

CONDESITA.

¡Qué amor! qué constancia!
¡qué fidelidad!

ISABEL.

Oygamos
ocultas como se explica
el otro.

CONDESITA.

Ya dudo, y callo.

ISABEL.

Yo callaré; mas no dudo
que éste quedará tiznado. *se ocultan.*

Salen Don Geronimo, y Don Bernardo petimetre afectado.

D. BERNARDO.

Todas las mugeres son
beletas de campanario,
que á las dos miran á Pinto,
y á las tres miran al Pardo.
¿Con qué se nos vuelve al mundo
la que habia renunciado
sus pompas?

D. GERONIMO.

Sí, amigo mio.

D. BERNARDO.

¿Y aquí en confianza hablando,
á lo menos es bonita?

D. GERONIMO.

¿No oisteis decir á quantos
conocen las dos hermanas,
que son dos vivos retratos
una de otra?

D. BERNARDO.

Sí : es verdad :
ya se me habia olvidado.
¡Pobre Leonor ! y lo siento ,
porque yo la quise algo.

D. GERONIMO.

Ya lo conocia yo.

D. BERNARDO.

¿Con que ahora los mayorazgos
vuelven á Narcisa , y queda
la otra baylando el peláo ?

D. GERONIMO.

Por derecho incontrastable.

D. BERNARDO.

¿Sabe Vmd. que es un gran chasco
para una Dama que estaba
criada con aparato ,
divertida , y con el novio ,
como se dice , en la mano ?

D. GERONIMO.

Sin duda.

D. BERNARDO.

En quanto á heredar ,
amigo , es muy mentecato
quien cuenta con los parientes ,
hasta verlos enterrados.

D. GERONIMO.

Puede ser que en el Convento
hayan tal vez ponderado
la fortuna de su hermana,
y que se estaba tratando
su boda con el sugeto
mas brillante y mas bizarro
de la Corte, y fue la envidia,
la que á su pompa la traxo.

D. BERNARDO.

Puede ser... pero acabemos,
ya que habemos comenzado.
¿Despues que estotra ha venido,
esa especie se ha tocado
entre los dos? La verdad.

D. GERONIMO.

Poco á poco: que yo aguardo
que ella os hará la justicia
que mereceis de aquí á un rato.

Sale la Condesita, é Isabel.

Pero ya sale: sobrina,
por el ayre y por el garbo
ya conocerás que es éste
el brillante Don Bernardo
de quien te hablaba tu hermana.

D. BERNARDO.

Soy muy rendido criado
de Usia. Es mejor. *ap. á D. Geronim.*

D. GERONIMO.

Me alegro.

CONDESITA.

Viva Usia muchos años.
¡Ay Isabel! *ap. las 2.*

ISABEL.

¡Ay Señora!

CONDESITA.

¿Qué haré?

ISABEL.

Paciencia, y tragarlo.

D. GERONIMO.

Disimulad el estilo,
Señor, de quien se ha criado
en unaCiudad...

D. BERNARDO.

Me muero *sentados.*
por estilos Ciudadanos.

ISABEL.

El tal Señor es de aquellos, *ap.*
que como llenen el pancho,
tanto provehco les hace
lo dulce, como lo agrio.

D. GERONIMO.

Perdonen vmds. y hablen *retirado.*
mientras yo estas cartas abro.

CONDESITA.

Yo estaré muy desayrada
por fuerza en qualquier estrado,
y se burlarán.

D. BERNARDO.

¿De qué?
Señora, bien al contrario,
usurpareis á las Damas
quanto hubieren conquistado
hasta ahora. Buena prueba
es la que me está pasando
á mí, que á la primer vista
luz de vuestros ojos ardo.

CONDESITA.

¿Pues y mi hermana Leonor,
á quien con extremos tantos
amais, segun ella dice?

D. BERNARDO.

Me precio de cortesano,
Señora; pero respondo,
sin hacerla mucho agravio,
que el que ella lo haya creido,
no es estar yo enamorado.

CONDESITA.

¿Pues qué, no la amais? *ansiosa.*

D. BERNARDO.

¡Con qué
ansia, con qué sobresalto *tierno.*
lo decis! Fuera yo indigno
de merecer agradaros,
si no hablara con igual
sinceridad.

CONDESITA.

Explicaos.

D. BERNARDO.

Tal vez se nos representan
en sueños objetos varios
y confusos, que se admiran
hermosos en despertando:
y yo entre Leonor y vos
estoy en el mismo caso.
Aquella produxo en mí
el objeto simple y vago
de mi amor: su voz, su talle,
su belleza, prepararon
mi corazon al respeto,
y finezas que consagro
á la deydad que distingo
ya despierto, y que idolatro.

CONDESITA.

¡Ah pérfido!

D. BERNARDO.

¿Suspirais?

ISABEL.

Mi Ama está como el muchacho
que entra en el huerto á hurtar peras:
quisiera darse un hartazgo
porque le gustan, mas teme
la estaca del hortelano.

CONDESITA.

¿Pues á los pies de Leonor
mil veces no habeis jurado
un amor firme?

D. BERNARDO.

Es verdad.

CONDESITA.

¿Pues cómo faltais ingrato?

D. BERNARDO.

Juramentos de costumbre
regularmente son falsos:
y en conociendo á Madrid
mejor, no hará Usia caso
de esas vagatelas.

ISABEL.

Toma,

eso acá nos lo tragamos
sin mascar, como las viejas
en visita el pan tostado.

CONDESITA.

¿Y no alabasteis mil veces
su disposicion, su garbo,
su hermosura?

D. BERNARDO.

Sí Señora;
pero estaba contemplando
al mismo tiempo, que todo
dependia del ornato,
arte, estudio y presuncion:
y yo apuesto quanto valgo,
á que en este trage simple
con que inspirais vos agrados,
ella en vez de admiraciones,
inspirará desengaños.

CONDESITA.

Yo me muero, Isabel mia. *ap. las 2.*

ISABEL.

Tambien yo me estoy finando
de rabia por no poder
abanzarle, y arañarlo.

D. GERONIMO.

Creo que la Condesita

no os ha parecido barro,
amigo.

D. BERNARDO.

Es divina en todo.
Y si pudiera mostraros
la impresion que hizo en mi pecho
su bella imagen...

CONDESITA.

¡Ah falso! *ap.*

D. BERNARDO.

Abreviarais compasivo
el tiempo...

D. GERONIMO.

Aguardad un rato.
¿A qué nuestro Don Jacinto
vuelve aquí tan sofocado?

D. BERNARDO.

Sus noticias y su bolsa,
siempre adolecen de atrasos.

Sale Don Jacinto alegre y eficáz.

D. JACINTO.

Dadme mil veces, Señor
Don Geronimo, los brazos.
Luego que salí de aquí,
fui á mi casa volando:

me eché á los pies de mi madre ;
la confié todo el caso
de Leonor : escuchó atenta :
y movida de mi llanto ,
mi pasion y mis extremos ,
ó quizá tambien temblando
mi pronta muerte , permite
que Leonor y yo vivamos
en su casa : nos señala
hasta doce mil ducados
de sus rentas , mientras viva :
y la dexo deseando
ya el dia de nuestra union.
Vamos á buscarla , vamos.
¿A dónde está el Capellan?
¿dónde el Gentil-hombre anciano
que la conduxeron ? Todos
venid conmigo , y postrados
á sus pies , interceded
porque dexe su obstinado
desden conmigo ; quizá
la venceremos ; y quando
no me quiera como esposo ,
á lo menos consigamos
que reciba estos obsequios
de mí , como de un esclavo.

CONDESITA.

Generoso Don Jacinto,
Leonor os está escuchando,
y conoce que vos solo
sois el digno de su mano.

D. JACINTO.

Señora...

ISABEL.

Miradla bien.

D. GERONIMO.

A fé que no fuera malo *á Isabel.*
hacerselo creer al tonto.

D. JACINTO.

Compadeceos de mi estado
infeliz, y no os burleis
de mis suspiros amargos.

CONDESITA.

Limpiad á esos tiernos ojos
con mi propio lienzo el llanto, *tierna.*
y conocedme mejor,
así como yo he logrado
conocer en este corto
tiempo que me he disfrazado,
al hombre mas despreciable, *á D. Ber.*
desagradecido y falso:
y al mas virtuoso, mas *á D. Jac.*

fino, y desinteresado.

D. JACINTO.

¿Podré creer esta ventura?

D. GERONIMO.

Desde luego confirmadlo
con la carta de Narcisa,
que avisa haber profesado. *la enseña.*

D. BERNARDO.

Juro á brios que me clavé.
Voy á montar á caballo,
y á correr Cortes: á Dios,
Madrid, para muchos años. *vase.*

PABLO.

El hombre corre que vuela.

ISABEL.

Tal cohete lleva en el rabo.

CONDESITA.

¿Estais convencido?

D. JACINTO.

Sí.

D. GERONIMO.

¿Dónde se ha ido Don Bernardo?

PABLO.

Mientras leian vmds.
echo á correr como un gamo.

ISABEL.

Debe de ser tan ligero
de pies, como de los cascos.

CONDESITA.

¿Qué gracias, tio y Señor,
suficientes podré daros?
A vuestro amor y cordura,
debo el esposo que gano
tan digno, y la libertad
del peligro de mi engaño.

D. JACINTO.

Yo muero de agradecido,
de alegre, y de enamorado.

D. GERONIMO.

No hubiera tantas mugeres
en el dia suspirando,
si supieran igualmente
descubrir los hombres falsos,
y dexar sus verdaderos
amantes recompensados.

ISABEL.

Muy bueno está el documento;
mas yo creo, sin embargo,
que le tomaremos pocas,
temerosas de quedarnos

4

ACTORES.

El Coronel d' Herby, *Sr. Antonio Ponce.*

El Mayor Belford, *Señor Alexandro Aguirre.*

Prattle, Médico, *Señor Josef Oros.*

Emilia, *Sra. Mariana de la Bermeja.*

Isabel, su hermana, *Señora Rosa Garcia.*

Matilde, Francesa, *Sra. Joaquina Briones.*

Un Lacayo, *Señor Santiago Casanova.*

La Scena es en Londres en casa de Emilia.

ACTO PRIMERO.

SCENA PRIMERA.

Salon en casa de Emilia: Matilde en trage de hombre, y Emilia con una carta en la mano.

Emil. La recomendacion de mi hermano es muy poderosa para conmigo. Serénese vm., señorita, y cuente en todo con mis facultades.

Mat. Disimule vm. mi turbacion, señora. ¿Cómo podré sin una confusion extrema ponerme en presencia de vm. con un disfraz como éste?

Emil. Sosiéguese vm. El ayre de vm. y sus modales me anuncian que todas sus acciones pueden fácilmente justificarse. Por ahora no pretendo que vm. me informe de las particularidades de su historia: aguardo á mejor ocasion, quando se halle vm. mas tranquila.

Mat. ¡Ah, señora! mi propio interés me obliga á comunicárselas. Yo me llamo Matilde, y soy hija de un médico Francés establecido en Bela-isla. Durante el último sitio un Oficial Inglés fué peligrosamente herido; y mi padre, despues de la capitulacion, le recibió en casa para prestarle sus

auxîlios mas de cerca. El estado del Extrangero, su ayre noble, el mérito de su persona...

Emil. Aviváron sumamente en vm. la compasion. Cosa muy natural. Prosiga vm., señorita, que ya este principio vá granjeándola mi inclinacion.

Mat. La proporcion de verme todo el dia hizo que el Oficial encontrase agradable mi trato. Yo habia pasado en Inglaterra los primeros años de mi vida, y así podia entenderle y contextarle en su lengua nativa. Deseando vivamente mi amante juntar su suerte con la mia, descubrió sus sentimientos á mi padre, y le rogó que nos uniese. Pero, ¡ay! mi padre estaba poseído de estas preocupaciones tan comunes á una y á otra nacion; despreció las ofertas del Extrangero, le echó de casa, y me mandó que le olvidase. ¿Pero esto estaba en mi arbitrio? ¡Ah! ¿cómo era posible que le borrase yo de mi memoria quando nos unian ya las promesas mas solemnes?

Emil. Situacion verdaderamente penosa... Pero, disimule vm. mi curiosidad: ¿puede saberse el nombre del Oficial?

Mat. Tenga vm. la bondad de no instarme mas sobre este particular. La prudencia, no sé qué temor, la vanidad tal vez me persuaden á no des-

cubrir el nombre de mi amante, en tanto que él mismo no me asegura la constancia de sus sentimientos. Su hermano de vm. sabe...

Emil. Basta, señorita: no puedo ménos de aprobar esa reserva: mas pienso que no tendrá vm. fundamento para creerse olvidada ó desdeñosa.

Mat. No: ¿pero un corazon tierno y apasionado puede jamas estar sin inquietud?

Emil. Continúe vm., señorita.

Mat. El Oficial Inglés fué llamado á su patria por las órdenes de sus Xefes; partió penetrado de dolor, y me dexó sin consuelo. Una nueva afliccion vino entónces á colmar los pesares que me causaba su ausencia; mi padre me instaba fuertemente en favor de otro, y me reducia á la desesperacion: mi pasion, la inflexîbilidad de mi padre... me avergüenzo de confesarlo... Extraviada léjos de mí misma, echando el deber y la razon en olvido, conducida por mi amor únicamente me arresté á huir, y abandoné la casa de mi padre. Salí sin contratiempo de Bela-isla, y me embarqué en un buque Inglés que me conduxo á Portsmouth donde creía yo encontrar á mi amante, segun me lo habia asegurado en sus cartas. Discurrid ahora, señora, quál sería mi

confusion y desconsuelo al saber que tres dias ántes habia salido para el sitio de la Habana.

Emil. ¿El sitio de la Habana? ¡O Dios! este sitio me interesa vivamente. Pero siga vm.

Mat. Sola en un país extrangero, sin consejo, sin amigos, temerosa de las diligencias de mi padre, y expuesta á ser descubierta si averiguaba mi retiro, me pareció necesario ocultar mi sexô. Mi timidez y mi inquietud llamáron la atencion de su hermano de vm. y sospechó mi disfraz. La dulzura de su carácter y sus arregladas costumbres me inspiráron confianza, y no me detuve en descubrirle los motivos de mi residencia en Inglaterra. El entónces, amigo de mi amante, compadecido de mis penas, y concibiendo mis temores, tuvo la generosidad de dirigirme á vm., señora. ¿Se dignará vm. en obsequio suyo dispensar su proteccion á una jóven imprudente y desgraciada?

Emil. No burlaré yo ciertamente sus esperanzas ni las de vm. Cuente vm. en todo con mi amistad y mis oficios: su situacion de vm. me compadece, y nada omitiré para suavizarla.

Mat. Voy prontamente á dexar este trage: él me ha traído con la mayor inquietud, desde el ins-

tante en que su hermano de vm. me hizo conocer con quánta facilidad podia ser descubierta.

Emil. Luego que haya vm. tomado el que conviene á su sexô, mi casa la servirá de asilo; y mi hermana y yo unirémos nuestros esfuerzos para hacerlo agradable.

Mat. Señora, la bondad de vm...

Emil. Cese vm. ya de afligirse; y que tenga yo el gusto de verla ménos melancólica.

Mat. A su lado de vm. no podré dexar de estarlo ménos. Permítame vm. que me retire un momento para ponerme en estado de volver delante de vm. con mas decencia.

Emil. Sí; mas entretanto no consiento en privarme de la satisfaccion de ver á vm. Yo tengo gentes; y las visitas de vm. no serán reparables. Venga vm., si gusta, á comer conmigo.

Mat. Acepto con mucho gusto el favor de vm.: á Dios, señora.

Emil. A Dios, por dos horas á lo mas.

SCENA II.

Emilia sola.

Emil. Tierna y desgraciada jóven: la compadezco

en verdad. Creía yo que nadie podia compararse á mis inquietudes; pero en su situacion, ¡quánto mas crueles y pesadas que las mias serán sus penas!

SCENA III.

Emilia é Isabel.

Isab. Sea enhorabuena, Emilia: acabo de encontrarme á un Militar el mas galan... Pero qué, ¿tan pronto le favoreces con una conferencia privada? ¿una conversacion tan larga á la primera visita?

Emil. Formalmente, hermana: ¿qué tal te parece? ¿te ha gustado?

Isab. ¡O! de ningun modo. Los ojos baxos, el ayre tímido, el andar sosegado, la continencia modesta, las manos blancas y sin pelo de barba. Y bien, dime, ¿por quién has conocido á ese pulido juguete?

Emil. Por nuestro hermano: es un regalo que te hace.

Isab. ¿Regalo, y para mí? ¿Qué quieres decir con eso?

Emil. ¿No te ofreció Jorge al despedirse que se acordaría de tí?

Isab. ¿Y qué?

Emil. Ahora cumple su palabra, y te envia á este lindo muchacho para que lo hagas tu marido.

Isab. ¡Marido! muñeco querrás decir.

Emil. No tal, Isabel; si es un guerrero, un discípulo de Marte.

Isab. ¿Guerrero? quita allá; es prodigar demasiado ese nombre el dárselo á estos entecillos afeminados: ¿lo merecen ellos por ventura? Yo, hermana mia, quiero un Militar que sea capaz de amarme, de protegerme, y aun de imponerme respeto si fuese menester. Si tuviera yo por marido á este delicado juguete, le colocaría en mi gabinete entre las figuras de china, encargando mucho á mis criadas que no llegasen á él, no sea que se quebrase.

Emil. Si piensas de ese modo, no sé cómo has de componerte con mi hermano. En fin, toma la carta, léala, y encárgate de contestarle.

Isabel leyendo alternativamente alto y baxo.

Isab. "La persona que te entregará ésta, mi que- »rida Emilia, es una señorita jóven." ¡Una señorita jóven! ¡bueno! ¡bueno! ¡qué maliciosa eres hermana! "cuyo estado es digno de tu compasion; »la recomiendo á tu proteccion, y cuidado. No

»la hagas muchas preguntas; pronto estaré de »vuelta, y te instruiré." Que me maten sino es ésta alguna de sus queridas.

Emil.. No; me consta lo contrario. Es una Francesa, que se llama Matilde: sus aventuras son un poco romancescas: amaba á un jóven Inglés, que se halla ahora en el sitio de la Habana...

Isab. ¿De la Habana? me linsojéo que no será el Coronel de Herby.

Emil. Si el Coronel se hubiese hallado en la toma de Bela-isla, no dexaría ya de estar con cuidado

Isab. ¿Qué me has de dar si te doy noticias de él?

Emil ¡Noticias! ¿de quién?

Isab. Del Coronel de Herby.

Emil. ¿Qué dices?

Isab. Acabo de recibir un billete.

Emil. ¿Billete? ¿de quién? ¿de dónde? ¿de qué parte?

Isab. ¡Ah! ¡qué conmocion tan agradable!

Emil. Isabel, mi querida hermana, dime por Dios.

Isab. Miéntras estabas tú con la Extrangera, vino un criado del Mayor Belford, y me dexó una carta para tí; y yo me he tomado la libertad de abrirla.

Emil. Pues bien, dámela pronto; ¿dónde está?

¿qué has hecho de ella?

Isab. Vamos, sosiégate: no contiene cosa particular. El Mayor te besa los pies, y pide permiso para visitarte á mediodia de parte del Coronel.

Emil. ¿De parte del Coronel? ¡O Dios mio! ¿de su parte? ¿por qué no viene él mismo? ¿qué quiere decir? ¡O cielo! yo me muero de temor.

Isab. Vaya tú nó lo entiendes. Este recado solo quiere decir que el Coronel no ha llegado todavía.

Emil. ¡Ay hermana mia! tambien puede significar mil accidentes terribles y funestos.

Isab. Nada de eso. Si el Coronel hubiese muerto, ¿cómo el Mayor habia de pedir permiso para visitarte de parte suya?

Emil. ¿Pero no puede haberle sucedido alguna desgracia? ¡Ay hermana mia! es mucha fatalidad amar tiernamente á un hombre cuya vida sin cesar está expuesta... tal vez algun acontecimiento imprevisto... ¡O! Dios me libre...

Isab. No te atormentes de ese modo; ni te estés alimentando de idéas tan lúgubres. Yo no te puedo perdonar esas flaquezas. Pero al fin, pongámonos en lo peor. ¿En qué puede venir á parar todo? en un amante mas ó ménos. En tu edad, esta es una pérdida que se repara fácilmente.

Emil. Vaya, yo creo que estás loca. ¿Es esta ocasion de chancearte? algun dia pagarás esas burlas bien caro. ¿Esperas conservar siempre esa indiferencia de que te envaneces? pues te engañas; tú tambien amarás, tú dexarás de ser insensible; y quando una pasion desinteresada, pura, verdadera señoree tu alma, entónces sí que experimentarás, que sin el objeto amado no hay en la vida ni placer ni felicidad.

Isab. Verdaderamente, Emilia, que no puedo ménos de admirarte. ¿Ni placer ni felicidad sin el objeto amado? Vaya, que no es tu amor tan romancesco. Has hecho eleccion de un hombre bien parecido, gallardo, sensible, de un natural dulce, rico, estimado en el mundo, y distinguido en su clase. Todas las jóvenes te envidian tu conquista; y vienes ahora con ese ayre de gazmoña hablándonos de una pasion pura y desinteresada.

Emil. Pues bien, Isabel: si ese hombre se viese ahora abandonado de sus amigos, perseguido por la suerte, privado de los dones de la naturaleza y de los favores de la fortuna, le preferiría con todo eso al primer grande del reyno.

Isab. Qualquiera enmedio de la abundancia imagi-

na que sufriría fácilmente las privaciones que se presentan entónces en cierta lejanía. Los amantes discurren que la felicidad á que estan acostumbrados iría con ellos aunque fuese á un desierto: mas, mas...

Emil. Creeme, Isabel; si en él no la encontraban, tampoco enmedio del mundo hubieran sido felices. Lo repito, quando una vez se llegó á entregar el corazon, ningun acontecimiento, circunstancia ninguna puede autorizar para volver á tomarlo. Me despreciaría á mí misma, si me creyese capaz de una perfidia semejante.

Isab. Mucho decir es, hermana mia.

Emil. Pues digo mucho ménos de lo que pienso.

SCENA IV.

Las mismas y un Criado.

Criad. Señora, el Mayor Belford.

Emil. Que pase adelante. ¡Ay hermana mia! el susto no me dexa respirar.

El Criado se marcha.

SCENA V.

Belford y dichas.

Belf. Señoras, á los pies de vms. Me alegro de hallar á vms. con salud, y tan bellas y amables como siempre.

Isab. Nos alegramos de que haya vm. llegado con felicidad: mas denos vm. quanto ántes noticia de su amigo: ¿cómo lo pasa el Coronel?

Belf. Bien, señoras; muy bien! pero...

Emil. ¿Pero qué? Mayor; nada es capaz de explicar mi sobresalto: ¿se halla en Inglaterra?

Belf. Sí, señora.

Emil. ¿Y en Londres?

Belf. Sí, señora.

Emil. ¿Y por qué me priva del gusto de verle?

Belf. Dentro de un instante le tendrá vm., señora.

Emil. ¡Ah! ya respiro.

Isab. Ya ves, Emilia...

Belf. El Coronel ha querido... ha juzgado necesario: me ha rogado que me anticipase para prevenir á vm.

Emil. ¿Para prepararme? ¡ó Dios! ¡prepararme! ¿y á qué?

Belf. A verle, señora: á no alterarse demasiado á su primera vista.

Emil. ¡Alterarme! vm. me asusta mas á cada instante. ¡Ay! ¿qué ha sucedido?

Belf. Nada: casi nada; una friolera.

Emil. ¿Será acaso?...

Belf. Un acontecimiento el mas natural: un favor de Belona: la fortuna de la guerra como dicen los Franceses: en una palabra, señora...

Emil. ¡Qué tormento! acabe vm. de explicarse por todo aquello que mas ama.

Isab. Vaya, hable vm. Mayor; ¿á qué viene el tenernos suspensas?

Belf. Bien conocen vms. el valor del Coronel. Se expuso ánimosamente; salió con felicidad de muchas acciones, pero no es posible tenerla en todas: ahora últimamente en el sitio de la Habana...

Emil. ¿Qué, señor?

Belf. Recibió varias heridas, y una ó dos de ellas han tenido conseqüencias desagradables.

Emil. ¿No acaba vm. de decir que está bueno?

Belf. Al presente sí, señora.

Emil. ¿No hay temor de que las heridas pongan su vida en riesgo?

Belf. No señora, de ningun modo; se lo aseguro á vm.

Emil. Continúe vm., Mayor.

Belf. Como decia; sus dos heridas mas peligrosas... Por Dios, señora, no se altere vm.

Emil. ¡Ah! no quiera vm. tenerme en esta penosa incertidumbre. Las dos mas peligrosas...

Belf. Son en la cara y en la rodilla.

Emil. ¡O cielos!

Belf. La una le ha privado de un ojo, y la otra le ha reducido á la necesidad de salvar su vida con la pérdida de una pierna.

Emil. Yo me muero.

Isabel sosteniéndola.

Isab. ¡Pobre Emilia! no ha podido resistir á la violenta agitacion de su alma ¿Por qué la ha anunciado vm. tan de repente esta desventura?

Emil. Temí causarla una inquietud excesiva: y al cabo ¿no era preciso prepararla ántes que viese al Coronel?

Emilia llorando.

Isab. ¿Ha perdido, dice vm., una pierna y un brazo?

Belf. Un brazo no; aguarde vm.: no es un brazo, sino un ojo.

Emil. ¿Un ojo? peor todavía. ¡Pobre d' Herby!

Belf. Es muy digno de lástima sin duda. ¿Pero en fin no era forzoso sacrificarlo todo á la conservacion de la vida? ¿No se da vm. por contenta de que la haya conservado?

Emil. Se han conservado sus dias, respira, vive; vm. tiene razon: me debo tener por muy dichosa. ¡Desventurado d' Herby! ¡Ay! ahora la compasion debe juntarse á la ternura, y unirme mas estrechamente á él.

Belf. A la verdad, señora, no está muy mal; mucho mejor acaso que vm. se lo figura en su idéa. Con el auxîlio de una cinta negra su rostro está muy poco desfigurado; y se ha puesto en lugar de la suya una pierna de resorte, colocada con tanto artificio, que fuera de una ligera irregularidad en el andar, no se nota mutacion alguna en su persona; y le aseguro á vm. que esta desgracia no ha alterado ni su salud, ni su buen humor.

Emil. Vm. me aníma: nada es mas capaz de consolarme. Pero su cuerpo era tan gallardo... sus ojos tan bellos, tan brillantes, tan llenos de calor, de sentimientos... ¡Ah señor! ¡qué pérdidas!

Belf. Grandes son á la verdad, pero él no muestra sentirlas mucho. En vez de afligirse de su esta-

do, se gloría de él. Quando vm. le vea, conténgase vm. señora, detenga sus lágrimas, y tome un ayre firme y entero. Si vm. le dexa percibir todo su sentimiento, será causarle mucho pesar, y aun avergonzarle.

Emil. ¡Pobre Coronel! Conozco su sensibilidad. Es menester contemplarle y aun ocultar mi dolor. Me costará mucho, pero no importa; emplearé todos mis esfuerzos para convencerle de que le amo. El exîste, él vive: ¿no basta esto para consolarme de todo lo demas?

SCENA VI.

Un Criado y dichos.

Criado. El Coronel d' Herby, señora.

Emil. ¡O Dios mio!

Isab. Procura serenarte ántes...

SCENA VII.

El Coronel d' Herby, Belford, Emilia é Isabel.

Herby. Mi amable, mi querida Emilia, ¿es posible que vuelvo á ver á vm.?

El Coronel trae un ojo cubierto con una cinta negra; y arrastra una de sus piernas remedando muy al natural el modo de andar de un cojo, que lleva pierna postiza.

Emilia le mira, y exclama.

Emil. ¡O d' Herby!

Herby. Despues de una larga y penosa ausencia tengo al fin la satisfaccion de volverme á ver á su lado de vm. Con una mano ya prometida la traigo un corazon apasionado y sincero. Por lo que hace á lo demas de mi persona, bien vé vm. el caso que hago. *A Isabel.*

Señorita, me alegro de ver á vm. ¡O Emilia! ¡mi querida Emilia!

Emil. ¡O d' Herby!

Herby. ¿Qué veo? ¿vm. llora?

Isab. No debia vm. haber venido tan pronto. Apenas habia vuelto en sí del primer golpe que acaba de recibir.

Herby. Mi impaciencia no me permitió diferirlo mas. Pero qué ¿llora vm., Emilia? ¿es que siente vm. el volverme á ver?

Emil. Sí; siento el verle á vm. tan desgraciado.

Herby. ¡Desgraciado! ¿habla vm. de veras? He

conservado mi vida consagrada á amar á vm., no he perdido ni mi ternura ni mi alegría.

Emil. Me alegro que haya vm. conservado su vida.

Herby. Lo creo; no puedo dudarlo. Pero míreme vm., mi amada Emilia: ¡ Ah! vm. vuelve los ojos; no se atreve á fixarlos en un pobre Militar mutilado. ¿ Esta ligera mutacion de mi persona hará en vm. una impresion capaz de alterar sus sentimientos?

Emil. Jamas, Coronel, jamas. La sensibilidad que muestro por las desgracias de vm., no es ciertamente una señal de indiferencia.

Herby. ¿ Mis desgracias; señora? no dé vm. ese nombre á los gloriosos indicios de una noble profesion. ¿ Un Militar podrá afligirse de mostrar los testimonios de su esfuerzo en estas honrosas señales de su profesion y valor? Le aseguro á vm., Emilia, que no trocaría esta pierna, que he debido al socorro del arte, por la mas bella de todo el reyno.

Emil. ¿ Es posible que una desgracia tan grande le haga á vm. tan poca impresion?

Herby. ¿ Y por qué le ha de hacer á vm. tanta? ¿ Es por ventura mi amor ménos ardiente y ménos tierno? Aun quando hubiese perdido la mitad de

mi cuerpo, me tendría aun en mas que tantos jóvenes fatuos como abundan en la corte y en la ciudad. Estos son como unas plantas endebles, que nadie se atreve á tocar temeroso de marchitarlas: pero de una encina robusta y elevada puede desgajarse un ramo sin peligro de dañar al tronco; el xugo de que su corazon está lleno, repara bien pronto las pérdidas, y le restituye toda su lozanía.

Emil. ¿Pero no queda alguna esperanza? Es menester consultar á los facultativos mas hábiles, y no omitir diligencia alguna... ¿Está vm. seguro de que ese ojo se haya perdido absolutamente?

Herby. Sí, señora; perdido sin remedio. ¿Qué importa? otro me queda; y todos me aseguran que veré con él mas claro.

Isab. ¡Graciosa reparacion!

Emil. ¡Ah! no puedo mirarle sin el mas vivo dolor.

Isab. ¿En qué accion quedó vm. tan maltratado!

Herby. En el castillo de la Habana: el ataque fué vivo; por las dos partes se combatió con ardimiento. De veras que he sentido al pobre Velasco; morir como él, es vivir para siempre: ¿no envidias tú su suerte, Mayor?

Belf. Estoy contento con la mia, Coronel.

Isab. Tiene razon.

A Emilia.

Me parece que estás muy abatida, hermana: ¿cómo te hallas?

Herby acercándose á Emilia.

Herby. Consuélese vm., querida mia, consuélese vm.: se lo suplíco por nuestro amor.

Emil. Cruel guerra, azote del género humano; ¡quántas lágrimas haces derramar!

Herby. Y bien; ¿sin ir á la guerra no está qualquiera expuesto á mil accidentes los mas desagradables? ¿Podia ser muerto en un desafio, romperme la cabeza en la caza, ponerme gotoso, valdado; que sé yo. No se afliga vm. mas, ó me hará en efecto muy desgraciado.

Emil. ¿Dexar de afligirme? eso no es posible. Pero esté vm. cierto de que mi estimacion hácia vm. no se ha disminuído en lo mas mínimo.

Herby. Mi estimacion hácia vm.: ¡qué lenguage tan frio! ¡Ah mi querida Emilia! no me tenia vm. acostumbrado á él.

Emil. ¿Y estoy yo en mí por ventura? Bien vé vm. mi alteracion: yo no me siento buena; permítame vm. que me retire.

Herby. No intento detener á vm.; pero ántes de

dexarme, señale vm. el dia de mi felicidad. Diga vm., querida mia, ¿quándo se dignará asegurar mi ventura con el precioso don de su mano? Me mira vm., suspira, calla. ¡Ah! hable vm. sin reparo. El amor hace milagros; y á pesar del estado en que me veo, tal vez animado por la alegría, podré baylar en mi boda.

Emil. ¡Válgame Dios! ¿tiene vm. humor para chancearse? Pero yo estoy mala: acompáñame, mi querida Isabel.

Isab. Voy al instante á suministrarla los socorros que necesita. No la estreche vm., Coronel; déxela vm. tiempo para serenarse y volver en sí.

Herby. Sea enhorabuena, señora. El cuidado de vm., y la reflexîon tranquilizarán su alma: unirémos despues nuestros esfuerzos, y espero que lograrémos consolarla. A Dios, amada Emilia, á Dios por algunos momentos.

Emilia sale apoyándose en su hermana.

SCENA VIII.

D' Herby y Belford.

Herby. Y bien, Belford, ¿qué piensas de su llanto? ¿podrá resistir esta prueba?

Belf. Qué sé yo; mucha dicha será que la resista, y á fé mia que no lo mereces: á no ser porque temo que perdieses el juicio, desearía que te dexase.

El Coronel toma su ayre y postura natural.

Herby. ¿Con que ello tú no puedes aprobar mi modo de manejarme? ¿pues qué encuentras en él de tan irregular?

Belf. Todo; ya te lo he dicho. Tu proyecto es ridículo, tus idéas absurdas; es positivamente jugarte una pieza á tí mismo, y segun todas las apariencias, vas á perder el corazon de una muger muy amable.

Herby. Esta delicadeza excesiva...

Belf. Te causará muy bien un arrepentimiento muy amargo. Bien sabes que yo amo y soy correspondido; ni el tiempo, ni la ausencia, ni los inconvenientes desalientan mi corazon, ni entibian mi cariño: tú mismo eres testigo de mi constancia y fidelidad; pero si á mi querida le ocurriese el capricho de turbar los dulces momentos de nuestra reunion por una experiencia de mis sentimientos semejante á ésta, te aseguro que la saldría muy mal; desde el mismo instante dexaría de amarla. Te lo digo una y mil veces, Coronel; te expo-

nes á hacerte infeliz.

Herby. No, Belford: esta prueba afianzará mi felicidad. Antes de unir para siempre mi suerte con la de una compañera, quiero asegurarme de que no habrá acontecimiento capaz de privarme de su ternura.

Belf. Por vida mia que no hay paciencia para escucharte ¿De qué nacen tus dudas? quando todo concurre á convencerte de que esta amable jóven siente hácia tí la pasion mas viva y mas sincera.

Herby. Acaso será así; pero ignoro todavía sobre qué basa está fundada esta pasion.

Belf. Sobre su locura, creo yo.

Herby. Hablo seriamente, Mayor.

Belf. Hablas ridiculamente, Coronel.

Herby. No conseguirás persuadirme. Pretendo ser amado independientemente de los dones de la naturaleza, y de las ventajas de la fortuna; quiero ser amado por mí mismo; quiero estar seguro de que privado de atractivos y de bienes, de empleos y dignidades, Emilia pretendida por otros muchos, no se detendría en preferirme á los mas ricos, los mas amables y los mas distinguidos.

Belf. Vé ahí el discurso mas admirable, la metafi-

sica mas delicada que en toda mi vida he oído; la habrás sin duda aprendido en el curso de tus expediciones sobre las costas de Francia, porque los Ingleses no se alimentan jamas de semejantes visiones. Con que ello tú quieres inspirar sentimientos desnudos de todo interés personal; ¡cosa en verdad admirable! si es que yo comprehendo tus idéas, tú pretendes que tu querida te amo por amor de tí solo, y no por amor de sí propia ¿No es esto?

Herby. Eso es precisamente.

Belf. Pues bien, amigo: es una pretension ridícula.

Herby. ¿Cómo?

Belf. Lo que tú quieres, es imposible. Emilia no puede pensar de esa manera: tus pretensiones son extravagantes, y fuera de la naturaleza de las cosas.

Herby. ¿Y podrás probármelo?

Belf. Con mucha facilidad. Bien sabes que soy tu amigo. ¿Pero de qué nace esta amistad? De la satisfaccion de vivir con un sugeto apreciable, de un carácter igual, corazon honrado, costumbres irreprehensibles; nuestro natural y nuestros principios convienen, y así nuestra amistad nos hace felices. Si alguno se atreviese á atacarte, á costa de mi vida defendería yo la tuya: pero muda de

conducta, hazte despreciable, falta á lo que debes al honor; y si entónces te atreves á llamarte amigo mio, al otro dia te rompo la cabeza.

Herby. Yo lo creo, Mayor. Pero al fin, si mi querida no me ama por mí solo, ¿cómo podré estar seguro de que otro no la inspire los mismos sentimientos?

Belf. En nombre de la sana razon, si alguna te ha quedado, te pido que me digas, ¿quién es ese diablo de *tu solo*, de que tanta cuenta haces? ¿Tus qualidades naturales y adquiridas no componen tu sér? ¿Esa figura atractiva que no descuidas, el ingenio, las habilidades, la nobleza, los bienes, y una reputacion sin mancha, no forman ese todo que llamas *tu mismo*? Esas prendas que realzan el mérito de tu persona han inspirado á Emilia unos sentimientos, que tu amor, tus obsequios, y el trato han hecho preciosos y habituales. Ella ama en tí... ella te ama: con esto se dice todo.

Herby. Despacio, Mayor, que no nos entendemos: me explicaré. Todo aquello que puedo perder sin dexar de exîstir, no es precisamente yo. Afeado, destruído, sordo, mudo, baldado exîstiría aun, no sería semejante al que soy; pero con todo eso

sería el mismo, y quisiera ser amado y amado como ántes.

Belf. ¿Es posible que delires de esa suerte? Eso es lo mismo que si despues de haberme presentado una rica tela de la India, le quitase el mercader las flores, la despojase de los bordados, y quisiese obligarme á comprarla, sosteniendo que el fondo era el mismo.

Herby. Amigo, no me hace fuerza. El matrimonio es un estado penoso ó agradable, y no se puede reflexîonar bastante ántes de empeñarse en él. Para prevenir los disgustos y las inquietudes á que nos expone, es menester por lo ménos asegurarse bien del amor y felicidad de la compañera que se elige.

Belf. Bueno, bueno; el matrimonio es un juego de suerte, en el que tanto se debe á la fortuna como á la prudencia. Yo me guardaría muy bien de casarme con una coqueta, una gazmoña, y ménos tadavía con una que padeciese flatos; y á pesar de todas mis precauciones acaso mi muger tendría luego todos estos defectos. Creeme, amigo; el carácter está sujeto á tantas alteraciones como la salud.

Herby. Ese inconveniente nadie puede evitarlo.

¿Pero quándo he de experimentar el corazon de Emilia, si no lo hago ahora? ¿aguardaré al tiempo en que tenga mas interés en engañarme? Despues de casado será preciso alejar toda sospecha, y contribuir yo mismo á alucinarme; una felicidad que deriva del error su orígen, podrá satisfacer á un hombre vulgar; pero á tu amigo, Belford, á tu amigo... Pero, ola: ¿quién viene? Sería bueno que me descubriesen...

SCENA IX.

Dr Herby, Belford y Prattle.

El Coronel vuelve á tomar con su postura y movimientos la actitud de un cojo.

Prat. Servidor de vms., señores: acabo de recibir una noticia muy sensible. La señora de casa está indispuesta, muy desazonada: han ido á buscarme, y me han rogado que viniese al momento: hoy por la mañana tengo quarenta visitas que hacer, y todas urgentes; pero he venido volando á socorrer á la amable Emilia. En verdad, Mayor, me alegro sinceramente de vuestro feliz regreso. ¿Quién es este caballero Oficial? ¿tengo el honor de conocerle?

Belf. Creo que no: es un amigo mio, que ha salido un poco maltratado de la campaña.

Prat. *Fructus belli*, Mayor, *fructus belli*: sin ir á la guerra, se experimentan cada dia los accidentes mas funestos. Ayer, Milord Kelter, uno de los Pares mas antiguos del reyno, y sin lisonja el mejor cochero de Londres, ¿no se rompió la cabeza al baxar de su misma berlina?

Herby á Belford.

Herby. Procura auyentar de aquí á este impertinente hablador.

Belf. La enferma aguarda con angustia vuestros socorros, señor Prattle; acuda vm., vaya vm. sin detenerse.

Prat. Tiene vm. razon, voy al instante.

Herby. Gracias á Dios.

Prattle vuelve, y dice:

Prat. Al propósito, señores, saben vms. la noticia...

Herby. Todavía...

Belf. No sé nada.

Prat. Lo crèo: muy pocos lo saben. Es un secreto.

Belf. Pues siendo así, no quiero saberlo.

Prat. Pues yo sí quiero confiárselo á vm. conozco su discrecion, y un amigo de vm. no puede serme sospechoso.

Belf. No, no; no nos confie vm. nada.

Prat. Perdone vm., Mayor, que se lo he de decir.

Belf. Pero la enferma...

Prat. Al instante la pongo buena. Sepan vms. que ayer tarde... Cuidado con no sacarme por texto. Lady Julia, esta viuda rica casó con aquel jóven Irlandés, buena pieza, bien hecho... ¡Ah! vms. le conocen: ha hecho tanto ruido, se ha hablado tanto de él...

Belf. Que me maten si sé quien es.

Prat. ¡Qué! no conoce vm. otra cosa. Es aquel á quien sucedió aquella ridícula aventura con la señorita, señorita... ayúdeme vm., no se me ocurre su nombre. ¿Qué? ¿no se acuerda vm.? la mas linda muchacha de Inglaterra, sobrina de Milord, Milord: ¡ó Dios mio! ese Lord que hizo un casamiento tan extravagante, cuya viuda tuvo aquel ruidoso pleyto... por vida mia, la hermana de aquel Duquecito afeminado que se moria de flatos... ¿ha caído vm.?

Belf. Ménos que nunca.

Herby. ¡Qué relacion insoportable!

Prat. Señorita, señorita... ya me ocurrirá su nombre; volvamos ahora á Lady Julia. Sus amigos es-

tán indignados, sus parientes furiosos; y á fé mia que el caso está pidiendo justicia. ¿Pues qué? ¿estos aventureros han de venir impunemente á robar las solteras, enamorar las viudas, y seducir las casadas? ¿y qué diablos nos dexan á nosotros que hacer?

Belf. Dice vm. bien, Doctor: es un atentado contra nuestros derechos y nuestras libertades, y el gobierno debería tomar providencia.

Prat. Bueno vá: ¿pues se halla en las dos cámaras ni un adarme de sana razon? Ahora que hablamos de gobierno, ¿qué dice vm. de la mutacion de Ministros? De mal en peor: ¿no es eso? Bien sabrá vm. por qué influxo...

Belf. Yo acabo de llegar, nada sé, y nada quiero saber. La enferma perderá la paciencia; el tiempo es precioso, y yo no le tengo para escuchar á vm. mas.

Prat. Vaya vm. enhorabuena, Mayor: á bien que volverémos á vernos, y hablarémos. Me gusta su conversacion de vm.: habla vm. como un ángel. Voy á ver á la señorita Emilia. Su amigo de vm. es un hombre singular: mas quede vm. con Dios.

Se va, vuelve, y dice.

La señorita Hasting. ¡O! bien sabía yo que me

habia de acordar: sobrina de Milord, Milord... voy á pensar en ello allá dentro.

Belf. ¡Y qué importa!

SCENA X.

Belford y d' Herby.

El Coronel vuelve á su situacion natural.

Herby. Vaya con mil diablos el hablador importuno. ¿Pero tan mala está Emilia? ¿Será posible?

Belf. Deberías morirte de vergüenza de causarla tantas pesadumbres.

Herby. Yo sabré resarcírselas. Por vida mia que me irrita que sea su médico este miserable Prattle; es capaz de asesinarla con sus necias historietas.

Belf. Es un médico á la moda.

Herby. Gracias á Dios que no me ha conocido. Es una gazeta andante: lo mismo es confiarle un secreto á este majadero, que ponerlo en los papeles públicos. Pero vámonos pronto, no sea que ocurra otro contratiempo.

Belf. Mejor sería que entráras, lo confesases todo,

y pidieseis perdon. Mira lo que haces, d' Herby; tal vez te arrepentirás quando ya no sea tiempo: teme que Emilia...

Herby. No te canses; ya estoy resuelto: si cede á la experiencia, soy perdido sin remedio: pero si resiste, seré feliz para toda mi vida.

ACTO SEGUNDO.

SCENA PRIMERA.

Emilia en un sofá triste y abatida: Isabel á su derecha: Prattle al otro lado.

Isab. ¿Cómo estas, Emilia? ¿Me parece que te vas aliviando?

Emil. Un poco mejor me siento; gracias á tu tierno cuidado.

Prat. Mi específico; ¿no es así? ¿dónde siente vm. dolor todavía?

Emil. En la cabeza.

Prat. ¿En la cabeza? bueno. ¿Es el dolor violento?

Emil. Muy violento.

Prat. ¿Muy violento? bien va: ¿y la palpitacion?

Emil. Insoportable.

Prat. ¿Insoportable? perfectamente. No tenga vm. cuidado; entiendo la enfermedad, y sabré atajarla. Estas enfermedades de nervios son producidas por la humedad del clima; nada mas comun entre nosotros: todas nuestras damas lo padecen. Lady Arthur por poco se muere el otro dia. Lady Isabel está muy mala un mes ha: y la pobre señorita Carlota ha perdido el juicio.

Isab. Noticias muy consoladoras por cierto. Pero dígame vm. algo de la señorita Crompton: ¿Cómo está?

Prat. Enteramente buena. Con recetarle á Milord Cranford, se desvaneciéron todos sus males. Ocho dias hace que están casados; á ella le vá muy bien con el nuevo régimen; pero el novio, se dice, que recela una recaída.

Isab. ¿Es cierto, que Sir Jhon pasa al mediodia de Francia para restablecer su salud?

Prat. Que se vá no tiene duda; pero que su salud sea el motivo, eso es cuento. Sir John está tan bueno como yo; pero sus asuntos están en un atraso lastimoso. Sus acreedores le fatigan, le cercan, y le obligan á dexar su patria para buscar un cielo mas benigno.

Isab. ¿No te parece, Emilia, que es el Doctor un

sugeto muy divertido? Sabe las anécdotas mas secretas del lugar.

Prat. ¿Y cómo no las he de saber, señoras? Los primeros personages de la Corte me buscan; tengo sus casas abiertas, y disfruto de la mas alta consideracion. Todos se compiten en darme muestras de amistad, aprecio y confianza; no hay sugeto mas estimado, mejor tratado, mas bien quisto; pero tambien ninguno hay tan formal, tan mirado...

Isab. Ni mas modesto tampoco. ¿No sabe vm. nada particular del sitio de la Habana?

Prat. Nada, si no es el regreso de los Oficiales. Ayer encontré al Coronel d' Herby; y hoy he visto aquí al Mayor Belford con un amigo suyo, que está bien estropeado á la verdad.

Emil. ¡Ah! vm. no lo ha conocido: ese Oficial era el Coronel d' Herby.

Prat. ¿El Coronel d' Herby?

Isab. El mismo, Doctor.

Prat. Perdonen vms. señoras; que eso no puede ser. Yo conozco muy bien al Coronel, y el sugeto á quien he visto en tan lastimoso estado...

Emil. ¿Pues qué ignora vm. el terrible accidente?

Prat. ¿Qué accidente, señora?

Emil. Sus heridas, sus funestas heridas.

Prat. Por vida mia, señora, que yo he leído todas las listas de muertos y heridos; y el Coronel...

Isab. ¿Y qué importan las listas? Es cierto y constante que ha perdido un ojo y una pierna en el sitio de la Habana.

Prat. ¡Ah! ¡Dichoso d' Herby!

Isab. ¿Pierde vm. el juicio?

Prat. ¡Cómo por cierto! si ha hecho por allá estas pérdidas, es responsable al estado del secreto con que ha podido reemplazarlas, porque no se le conoce.

Emil. ¡Que no se le conoce!

Prat. Que me maten, señora, si el Coronel no tenia ayer tarde los dos ojos mas hermosos, y las dos piernas mas ágiles que en mi vida he visto. La facultad seguramente le pedirá su receta.

Emil. ¿Isabel, alcanzas tú?... ¿sería incierto?... ¿Qué seguridad tiene vm., Doctor?

Prat. El testimonio de mis mismos ojos, señora. Ayer ví llegar al Coronel á la puerta de Mylady Portlad su tia; baxó de la berlina con mucho brio, y subió ligeramente la escalera: y la misma señora me ha dicho hoy, que nunca le ha visto tan bueno... Pero aguarde vm... vaya; ya caigo. ¡Ah!

por vida mia; la pieza es graciosa: ¡ah! ¡ah! ¡ah! ¡qué singular humorada!

Isab. ¿De qué se rie vm.?

Prat. Este Oficial con la cinta negra en el ojo... en el salon... por el otro lado me parecia conocerle. Vaya, vaya. ¡El Coronel disfrazado de este modo! ¡Y el Mayor cómo disimulaba! El lance es cómico. ¿No le parece á vm. muy gracioso?

Isabel haciendo que rie.

Isab. ¡O! y mucho. Pero si vm. quiere creerme, no diga vm. nada, Doctor: el Coronel tendrá sus motivos.

Prat. ¿Yo decirlo? ¡qué disparate! tocante al secreto, soy un Fracmason. Pero me retiro; me quedan veinte señoras que visitar hasta mediodia. ¡ó! á fé mia que las divertiré bien.-El pulso, señorita.-Este pulso está agitado: ¡mejor! así es como yo lo quiero. No salga vm. al ayre; observe vm. el régimen, y en pocos dias se hallará buena. Señoras, hasta la tarde.

SCENA II.

Emilia é Isabel.

Isab. Emilia.

Emil. Isabel.

Isab. Y bien: ¿qué piensas de tu amante?

Emil. Estoy tan descontenta, tan gustosa, tan enojada, tan satisfecha, que no sé si me queje ó me felicite, si castigue al Coronel, ó le perdone.

Isab. ¡Perdonarle! ¿tendrás tan poca firmeza y dignidad? El insufrible hablador de Prattle vá á esparcir este lance por todo el pueblo, y bien pronto será la noticia del dia. ¡Ah si tuviese yo un amante tan imprudente y atrevido que se burlase de mí, y osase engañarme de este modo, le despediría para siempre, y en mi vida le volvería á ver.

Emil. Ay, Isabel, si le amabas, ménos violentas serían tus resoluciones.

Isab. No: te lo digo: en mi vida. ¡Imprudente! venir con una ficcion tan propia para afligirnos; hacerte derramar lágrimas, y llenar tu alma de dolor. ¿Y con qué intencion? Con la de conocer toda la extension de su poder, satisfacer una necia y ridícula vanidad, alabarse de su victoria si resistes á esta prueba, y llenarte de baldones, tratarte de infiel y de perjura si reusas casarte.

Emil. Tienes razon; es un proceder chocante é indisculpable: ¡suponer una desgracia tan grande!

Pero, Isabel, considera, que ántes de haber oído á Prattle, hubiera dado la mitad de mi fortuna; ¡ah! la hubiera dado toda entera por cerciorarme de que esta horrible ventura no era mas que una suposicion.

Isab. ¡El Coronel d' Herby conducirse de este modo! Fondee vm. ahora á estos sugetos estimados, racionales, juiciosos, y hallará al fin que por algun lado son tan locos como los demas hombres.

Emil. Despues de todo, Isabel, este chasco me enseña á conocerme; y me descubre que tenia yo un concepto demasiado alto de mí misma: en verdad que comenzaba á sentir una extraña revolucion en mis sentimientos.

Isab. Bien te lo decia yo. ¿Pero has de perdonar al Coronel?

Emil. Me ha provocado tanto... Quisiera hallar un medio para vengarme, y castigarle.

Isab. Si yo fuera que tú, no me casaría en diez años.

Emil. ¡O! tú eres vengativa en exceso. Eso sería tal vez castigarme á mí misma.

Isab. Pues ello al fin es menester vengarse. ¿Cómo lo harémos? veamos, discurramos alguna invencion agradable que sea capaz de desesperarle.

Emil. Eso, eso es lo que yo quiero.

SCENA III.

Un Criado y las mismas.

Criado. Señora, el Capitan Johnson.

Emil. Que pase adelante.

SCENA IV.

Emilia é Isabel.

Emil. Ya estoy para recibir visitas. La agradable noticia del Doctor, me ha servido mas que todos sus cordiales.

Isab. Sí; ya estás buena: tus ojos han recobrado su viveza. Pero, hermana mia, tú eres fuertemente inclinada á los Militares, Mayores, Capitanes, Coroneles. ¿Quién es este Johnson?

Emil. Es el nombre supuesto de la Dama de Belaisla: como no tiene todavía vestidos de muger...

Isab. ¡Ah! me alegro: me ocurre una idéa feliz, Esta señorita puede servirnos de mucho.

Emil. ¿Cómo?

Isab. Para castigar al Coronel.

Emil. ¿De qué forma?

Isab. Haciéndola rival del malicioso d' Herby.

SCENA V.

Emilia, Isabel, Matilde con uniforme de Capitan.

Emil. Esta es mi hermana, señora; tengo el honor de ofrecerla á vm.

Isab. Me hallo informada de los infortunios de vm. y tomo en ellos el interés mas vivo.

Mat. ¿Cómo podré yo agradecer las bondades de dos hermanas tan generosas?

Emil. ¡Ah! señorita; desde que nos separamos he pasado crueles sobresaltos y aflicciones.

Mat. ¡Ay! ¿qué le ha sucedido á vm.?

Emil. El lance es tan ridículo, que me avergüenzo de contarlo.

Isab. Yo se lo diré á vm. en dos palabras. Emilia ama á un Coronel, jóven y de muy buena persona: ayer tarde llegó del sitio de la Habana, y ha traído la mas extravagante manía... Júzguelo vm. por sí misma. Para experimentar la constancia de Emilia, se ha presentado en casa en el estado mas deplorable, fingiendo haber perdido un ojo y una pierna en la campaña. Nosotras hemos des-

cubierto la impostura, y pretendemos vengarnos; pero nada podemos sin vm.

Mat. Dispongan vms. de mí como gusten; me tengo por dichosa en poderlas servir de algo. Pero yo intercedo por el Coronel; vm. le ama, no lleve vm. muy léjos su venganza.

Emil. Con vm. no es de temer que sea muy rigurosa.

Isab. ¿Querrá vm. contribuir á esta humorada?

Mat. Manden vms.; á todo estoy dispuesta. ¿Qué proyecto es el de vms?

Emil. Servirnos del disfraz de vm. para una agradable idéa: vm. parece muy bien en ese trage, y á mi hermana le ha ocurrido el pensamiento de darle zelos al Coronel, haciendo de suerte que tenga á vm. por un rival favorecido. ¿No es esto?

Isab. Eso es precisamente. Pero es necesario que muestre vm. firmeza y seguridad en su continente, y que tome el ayre de un amante satisfecho. Si lo hace vm. bien, hemos de desesperar al Coronel, y le hemos de hacer arrepentirse de sus astucias insultantes.

Mat. En otro tiempo me atrevería á prometerme á mi viveza y alegría el desempeñar bien un papel como éste: pero desde que estoy en Inglaterra,

la melancolía me oprime, y me hallo poco á propósito para servir á vms. ¿Pero cómo podré negarme á los deseos de vms.? haré quanto esté de mi parte para inquietar al Coronel.

Isab. El suceso pende principalmente de tí, Emilia: cuidado que no haya indulgencia ni debilidad, ni contemplacion; muéstrate fria, desdeñosa, altanera, picante: miéntras mas le ajes la vanidad, y le irrites, mas completa será la diversion.

Emil. No tengas cuidado: el conocimiento de su falsedad me infunde valor. Ahora verás si el amor ultrajado....

SCENA VI.

Un Criado y las mismas.

Criado. El Coronel d' Herby.

Emil. Que no se detenga.

Isab. Matilde, cuidado. Vamos, Emilia, ánimo: si te ablandas y muestras compasion, no mereces ser muger.

SCENA VII.

El Coronel, Emilia, Isabel y Matilde.

El Coronel se presenta cubierto el ojo con la cinta, y arrastrando artificiosamente la pierna.

Herby. Me hacen aguardar; entrar recado. ¿De quándo acá estas fastidiosas ceremonias? Ansioso de ver á vm., mi querida Emilia... mas perdone vm. creí que estaba sola... el estado en que dexé á vm... no pensé hallaria en visita.

Isar. Monsieur Johnson es un amigo íntimo de mi hermana: y sus visitas á qualquiera hora vienen bien.

Herby. ¿Cómo?

Emil. ¡Ah! Coronel, no esperaba yo á vm. tan pronto.

Herby. Ya veo que no he venido á muy buena ocasion.

Emil. A no haberse vm. anticipado, hubiera recibido en su casa un recado mio.

Herby. ¿Y para qué, señora?

Emil. Para ahorrarle á vm. la molestia de venir. Me hubiera vm. hecho favor en dexar su visita para

mañana: tengo hoy tantos asuntos...

Herby. ¿ Asuntos , señora? no lo entiendo.

Isab. Pues bien claro habla.

Emil. Capitan, ¿estuvo vm. anoche en la ópera?

Mat. Sí, señora.

Herby. Un rayo que cayese á mis pies no me asombraría tanto. Señora, Emilia, señorita.

Emil. D' Herby , Coronel, señor.

Herby. Yo creía, señora, yo creía...

Emil. Vm. creía, ¿qué?

Herby. Ni aun acierto á explicarme.

Emil. Modérese vm. ¿no vé vm. que estoy con gentes? ¿Le ha gustado á vm. la ópera, Capitan? ¿qué le ha parecido á vm. la música?

Mat. Excelente.

Herby. Señora, esta extraña, esta repentina mudanza...

Emil. Mudanza en mí, no por cierto, toda la mudanza está de parte de vm.: me refiero al juicio del Capitan. Este es el retrato del Capitan formado ántes de que se ausentase por una mano diestra: jamas he visto semejanza mas sensible. Considere vm., exâmine, compare: ¡ah! ¿quién podrá apartar los ojos de la hermosa copia? ¿Pero cómo fixarlos en el original? ¿Ha visto vm.

en su vida una pobre criatura mas desfigurada?

Herby. Paciencia, asísteme.

Mat. No puedo negarlo, señora. Esta triste cinta negra en el lugar de un ojo tan hermoso, tan vivo, quita á la fisonomía del Coronel toda el alma, y la expresion que se admira en su retrato: y el desayrado movimiento de esa pierna...

Herby. Señor Capitan, por su propio interés absténgase. Vm., Emilia, ¡ó Dios mio! ¿es posible? ¿debo persuadirme, señora? En otro tiempo estaba tan ciego por vm. y me encantáron de tal suerte sus atractivos, que la suponía un corazon sensible y generoso. Me lisonjeaba yo de que ni la ausencia, ni la distancia, ni los mismos infortunios serian capaces de alterar la constancia de sus sentimientos. ¡Ah! ¡qué insensato era! ¡qué bien me ha engañado vm.!

Emil. En mi vida, Coronel. Solo el pensarlo me sonroja. Miéntras amé á vm., se lo decia; y ahora no será mi corazon ménos ingénuo. Entre nosotros debe romperse enteramente todo trato y amistad; nada es capaz de reconciliarnos: todo se acabó ya.

Isab. ¿Lo entiende vm., Coronel?

Herby. Voto á... ya se acabó todo: ¿pues vm.

puede? ¿vm. se atreve?

Emil. ¿Y por qué no? ¿de qué nace esa extrañeza?

Isab. Vamos, vamos Coronel; confiese vm. que no está vm. ya para querido; pero la vanidad es un flaco de vm.: ella es la que le tiene á vm. un ojo cerrado, y le quita la vista del otro.

Herby. Por vida de... Esto ya es demasiado.

Emil. Despacio, Coronel: no hay que excederse. Conozco que mis discursos no son agradables; pero pese vm. las circunstancias, y hará justicia á mi sinceridad.

Herby. ¡O! yo he de perder el seso. ¿Es vm., Emilia? Este proceder odioso... ¿Sinceridad dice vm.? ¡Ah! esta es disimulacion detestable ...er-nal: sin duda...

Emil. Sosiéguese vm. ¿á qué viene toda esa furia? Si hubiese vm. perdido sus bienes; esto me parecería llevadero. ¿Pero cómo he de poder soportar á vm. en el infeliz estado en que se halla? ¿Quién me podrá recompensar los atractivos de su persona? Póngase vm. en mi lugar; consulte vm. su corazon, y dígame si en igual caso me hubiera permanecido fiel.

Herby. Falsa y pérfida muger: mírelo vm. bien, Emilia; mírelo vm. bien. Vm. va á manchar su

reputacion, y á perder para siempre su felicidad y la mia. Algun dia llorará vm. su inconstancia, y se avergonzará de su infidelidad. Sí, señora: por vida mia que se arrepentirá vm.; pero será tarde... Lo juro por los cielos: se arrepentirá vm. de esta conducta.

Emil. ¡O Dios mio! ¿por qué se empeña vm. en que le digá verdades desagradables? ¿me obligará vm. á explicarme sin rodéos, y aun sin cortesía? Entienda vm., pues, que no le puedo mirar sin horror. Ello es duro, pero es verdadero. Si por un frívolo punto de honor me empeñara en cumplir mis promesas y casarme con vm., jamas llegaría á vencer mi repugnancia y mi aversion. ¡Ah! nuestra union sería la mas violenta y desgraciada... ¿No lo piensa vm. así, Capitan?

Mat. Sí; pero...

Herby. Voto á... ¡Con qué firmeza, con qué audacia persiste en su abominable traicion! Señora, señora... yo me sofoco: el enojo y la rabia me ahogan. Una palabra; y al momento huyo de vm. para siempre.

Emil. Hable vm. quanto guste.

Herby. Responda vm., ingrata; y sea vm. ingénua. ¿Durante mi ausencia, ha recibido vm. los obse-

quios de este caballero?

Emil. Lo confieso, Coronel; bien lo vé vm., todo hablaba en favor suyo: yo no podia oponerle otra cosa mas que nuestras mútuas promesas; mas ahora que la suerte, y el infeliz destino de vm. nos separan á los dos, me parece que puedo corresponder...

Isab. El mudar es cosa divertida.

Mat. Pero en fin, señor Coronel: ¿era esta dama un bien de que vm. podia disponer? ¿Por haberle concedido á vm. una preferencia momentánea, perdió acaso todos sus derechos sobre sí misma? Ahora quiere rocobrar su corazon: es dueña absoluta de su mano, y puede dársela á vm., á mí, á otro qualquiera por cuya felicidad se digne interesarse.

Herby empuñando la espada.

Herby. Caballero, su presencia me incomoda, y sus palabras me ofenden: defiéndase vm. si tiene honor.

Isab. ¿Un desafio aquí, y de esta clase? Capitan, por favor...

Mat. No tiene vm. que detenerme, señora: no soy tan cobarde que consienta en batirme con tanta ventaja. ¿Me habia de servir de mis fuerzas y mi

destreza contra un infeliz que ha perdido la mitad de sí mismo? No: respeto estos restos miserables.

Herby. Sígame vm., Capitan; que yo satisfaré sus escrúpulos.

Mat. ¡Pobre hombre! me causa compasion.

Herby. ¡Compasion! defiéndase vm. digo, ó por vida de...

Mat. Qué, ¿hemos de reñir delante de estas damas?

Emil. Quita allá, Coronel, quita allá: ese vano furor le asienta á vm. muy mal en el estado en que se halla.

Herby se quita la cinta, y anda naturalmente.

Herby. Ya no puedo sufrir mas. Emilia, ya está vm. desengañada. Míreme vm. bien: vea vm. con vergüenza, con eterna confusion, que soy el mismo que ántes. Reconozca vm. su error, y duélase de perder un amante que la adoraba.

Emil. ¡Qué milagro!

Isab. ¡Qué prodigio!

Mat. ¿Será esto encanto?

Emil. Este hecho sobrenatural, contextado por tres testigos fidedignos, será el artículo mas curioso del diario. Isabel, es menester ponerlo por escrito, y remitirlo al instante.

Isab. ¡Qué piernas tan ágiles!

Emil. ¡Qué ojos tan hermosos!

Mat. ¡Qué cuerpo tan gallardo!

Emil. ¿Pero es posible que unas heridas tan peligrosas, no hayan dexado señal ninguna?

Herby. No señora: gracias al cielo no he experimentado semejantes desgracias; y con todos los dones que de él he recibido, voy á alejarme de vm., á huirla para siempre. Estos ojos fixos é inmobles en otro tiempo sobre sus atractivos de vm., no ven ahora mas que sus defectos, y mirarán á vm. siempre como la muger mas falsa, la mas pérfida, la mas disimulada.

Isab. ¿Pero cómo podia vm. andar con tanto trabajo? no puedo comprehenderlo.

Emil. Una suposicion como ésta...

Herby. Es verdad que he fingido... Pretendia experimentar su ternura de vm. y su fidelidad, y satisfacerme de la solidez de sus virtudes: ahora ya conozco á vm., y toda mi vida me alegraré del suceso de mi estratagema. ¡O Dios mio! ¿quién me diria?...

Emil. Si intentaba vm. perderme, no podia valerse de un medio mas infalible. ¿Pretendía vm. mostrarme su ternura? ¿Qué? ¡despues de una

larga ausencia en la que habia pasado por vm. tan vivas inquietudes, sobresaltos tan crueles, quando á su regreso debia vm. volar á mis pies, venir á llenarme de regocijo, y entregarse enteramente á tan naturales y dulces transportes; concebir dudas, formar proyectos insultantes, y dar entrada á sospechas injuriosas!... Me atrevo á decirlo: la ingenuidad y la nobleza de mi carácter, la conseqüencia de mi conducta debian haber inspirado á vm. mas miramiento y confianza.

Herby. ¿Cómo podré vituperarme mis sospechas quando el suceso las ha justificado?

Emil. Y voy á justificarlas ahora mismo, y delante de vm. Entrego mi mano al Capitan Johnson, y declaro á vm. que nada será capaz de romper el lazo que va á unir nuestros corazones.

Herby. ¡Dar vm. su mano!... Pero vm. puede provocarme, insultarme: su sexô de vm. la pone á cubierto de mi venganza. Por lo que hace al señor Capitan, ya nos verémos.

Mat. Quando vm. guste.

Emil. Ya nada tiene vm. que decirme: suplíco á vm. que se retire.

Herby: Sí, señora, me iré. Permita Dios, que si...

Ya la dexo á vm., y para no volverla á ver en mi vida: lo juro por el cielo y por la tierra... jamas; en mi vida: á Dios.

SCENA ULTIMA.

Belford y dichos.

Herby al irse se encuentra con Belford.

Belf. ¿A dónde vas, d' Herby?

Herb. Déxame huir.

Belf. Parece que estás furioso. ¿De qué nace este desórden y confusion? ¿No podré yo restablecer entre vms. la buena armonía?

El Mayor se ha ido adelantando al paso que habla con d' Herby; Matilde repara en él ahora, y dice:

Mat. ¿Qué oigo? ¿Qué veo? ¿El Mayor Belford? ¡O Dios mio!

Belf. Este eco de voz... ¿Pero qué? ¿En este trage? ¿Seré yo tan dichoso? ¡O Dios mio! Ella es. ¡Mi querida Matilde! ¡Ah d' Herby! Señoras, amigo; todos somos ya dichosos. ¡O mi querida esposa!

Mat. ¡Ah Belford!

Isab. ¿Qué? ¿es el Mayor á quien vm. amaba?

Herby. ¿Este Oficial es la dama de Bela-isla?

Belf. ¿Qué felicidad te ha traído aquí, mi adorada Matilde?

Emil. Mi hermano nos la ha recomendado.

Mat. Tengo una larga historia que referir á vm.

Belf. Y yo las mas agradables noticias que comunicarte. Tu padre, inconsolable por tu fuga, me ruega que te busque, y consiente en nuestra union. ¡Ah d' Herby! soy el hombre mas dichoso.

Herby. Y yo el mas miserable menguado.

Belf. Prattle te ha descubierto: ahora acaba de decírmelo.

Herby. Ya no me admiro de la conducta de Emilia. Belford, soy perdido: tú tenias razon. Soy un necio, un extravagante: he ofendido á mi querida Emilia: me he hecho culpable á sus ojos, y ridículo á los mios.

Belford á Emilia.

Belf. Ya lo oye vm., señora: yo no he sido su cómplice: siempre le he dicho que su delicadeza era una extravagancia. Pero permítame vm. que interceda por él: Matilde, une tus ruegos con los mios. Déxese vm. mover, señorita: con-

cédanos vm. su perdon.

Emil. ¿Cree vm. que lo merece, Mayor?

Belf. Por lo que hace á eso, es menester confesar... En fin, señora, en su bondad de vm. consiste toda nuestra esperanza.

Mat. Sus ojos baxos, su semblante tímido y melancólico... Mírele vm., señora: él le ama á vm., y está arrepentido.

Emil. Concebir una desconfianza tan baxa, burlarse de mi ternura y de mis penas, arrancarme lágrimas tan amargas... ¡Ah! ¿d' Herby, cómo ha podido vm?...

Herby. Soy un monstruo á mis propios ojos: merezco toda la indignacion de vm.: lléneme vm. de baldones; pero no me quite la esperanza de un generoso perdon.

Belf. Vamos, señora: mírele vm. con piedad; perdon, perdon para el pobre d' Herby.

Mat. Señora, merézcale yo á vm. esta gracia.

Emil. ¿Isabel, no te parece que lo hemos castigado bastante? ¿Me aconsejas que dé gusto á nuestros amigos?

Herby. ¡Adorable Emilia!

Isab. Es demasiado buena.

Herby. ¡Ah! Señora, yo consagraré toda mi vida á

hacerla olvidar esta ofensa. Belford, amigo mio, sea enhorabuena: despues de haberme portado tan mal con esta señora, ¿me atreveré?...

Mat. No era yo un rival muy temible; pero le hice á vm. temer: ¿no es verdad?

Belf. Olvídese ya todo. Pues estamos convenidos en los preeliminares, no tardémos en ratificar el tratado: harto felices somos los dos; yo en haber hallado á mi querida, y tú en no haber perdido la tuya.

Herby. Tienes razon, amigo. La alegría me vuelve la vida. ¡Oxalá que todos los valientes defensores del Estado tuviesen tan buenos quarteles de invierno!

FIN.

5

COMEDIA

EN CINCO ACTOS, Y EN VERSO

TITULADA

QUERER Y NO QUERER

ó

Dª CECILIA Y SUS VECINOS.

ORIGINAL

De Francisca Navarro.

CON [illegible]

Barcelona: Impren[illegible] le Torras, [illegible] *ueva.*

Año 1828.



PERSONAS.

Doña Cecilia. Viuda de dos maridos.
Doña Elena. Soltera hermana de D. Francisco.
Doña Ines. Hija de D. Francisco.
D. Jóaquin.
D. Enrique.
D. Cipriano.
D. Santiago. Novio de Doña Ines.
Teresa. Criada de Doña Cecilia.

La Escena es en la ciudad de Lorca. en una sala de casa Doña Cecilia.

ACTO PRIMERO.

Teresa. Antes de todo veamos
si estará el dia sereno,
ó si tendremos borrasca;
no he visto en mi vida un genio
semejante al de mi ama;
es cuando le dá por serlo
la mismísima dulzura,
pero si se muda el viento,
al mismísimo demonio
se transforma en alma y cuerpo.
Cecilia. Teresa de los diablos: (*dentro.*)
donde estás que no te encuentro?
Teresa. Aqui estoy Señora; aqui.

Sale Cecilia.

Cecilia. En los profundos infiernos
fuera mejor que estuvieras:
y Tomás?
Teresa. Está allá dentro.
Cecilia. Entre ese bribon y tu,
me haceis perder el sosiego;
¡que criados!... que criados!...
no encuentro ninguno búeno;
maldita sea mi suerte,
yo no sé lo que me pesco:
estoy de tan mal humor,

que con todo el universo
acabara en un instante.
Si viniese el majadero
de D. Joaquin, le dirás
que me espere en este puesto,
y entra tu á darme el aviso. (*Vase.*)
Teresa. Que torbellino! reniego
de quien me trajo á esta casa.

Salen D. Joaquin y D. Enrique.

Joaquin. A Dios Teresa; me alegro
de verte tan buena chica;
¿Y tu ama?
Teresa. Está allá dentro;
Voy á decirla que venga,
tomen Vms. asiento. (*Vase.*)
Enrique. Que te parece Joaquin?
saldremos con nuestro empeño?
Joaquin. Yo no aseguraré nada
Enrique, allá lo veremos,
esta señora es muy rara,
á su semblante halagueño
sus gracias y su dulzura,
y su escesivo talento,
no hay hombre que se resista;
sus ojos despiden fuego,
su casa está siempre abierta
á los jóvenes atentos
que la quieren visitar;
la acompañan al paseo,
á la tertulia, al teatro,
mas que tenemos con eso?

en hablándola de amores
les dice que ya cumplieron
la comision de tratarla,
y les quita todo medio
de poderla ver, y hablar.

Enrique. Con todo, nuestro proyecto
es escelente, y quien sabe
si la cogemos á tiempo
que está en el cuarto de hora...

Joaquin. Ella viene aqui, silencio;

Sale Doña Cecilia.

A vuestros pies Señorita.

Cecilia. Servidora vuestra.

Enrique Bello semblante. (*ap.*)

Joaquin. Señora
que haya V. vuelto celebro
tan famosa, ha estado V.
divertida?

Cecilia. Es muy ameno
aquel parage, y á mi
me gusta el campo en estremo
he estado contenta, sí:
en lo que cabe.

Joaquin. Me alegro.
Señora Doña Cecilia
que disimule V. espero
la franqueza de traer
conmigo á este compañero
que llegó ayer de Madrid.

Cecilia. D. Joaquin V. es muy dueño
de esta casa, y á su gusto

puede disponer, yo tengo
la mayor satisfaccion
en que aqui este caballero
me favoreza, desde hoy
puede contar con mi afecto,
con mi casa y facultades.

Enrique. Mi inutilidad os ofrezco
Señora, y ya que he tenido
la dicha de mereceros
tanto favor, si os parece
usaré de él, vendré á veros.

Cecilia. Cuando gusteis con franqueza
podeis venir, que yo en ello
tendré un placer escesivo.

Enrique. Que melodia de acento,
que cariñosa que amable;
Joaquin es un embustero (*ap.*)
que me ha querido burlar,
lo sensible de ese pecho, (*á él.*)
es imposible que pueda
resistir á los estremos
de un amante enternecido.

Joaquin. Adelante, y lo veremos. (*ap.*)

Enrique. Dí que soy un marquesazo
como una loma. (*ap.*)

Joaquin. Al momento. (*ap.*)

Cecilia. ¿Cual es vuestro nombre?

Enrique. Enrique Señora servidor vuestro.

Cecilia. Mucho me gusta ese nombre
de conoceros me alegro
con este nuevo motivo
otro tanto mas.

Enrique. Ves eso ?
hasta mi nombre la gusta; (*ap.*)
Señorita; yo no puedo
espresar mi gratitud.
Cecilia. Dejaos de cumplimientos
D. Enrique, yo soy franca;
lo he dicho como lo siento,
y no ecsijo gratitud
por un favor tan pequeño.
Enrique. Pues sea como gusteis.
Cecilia. Y venis por mucho tiempo
á esta ciudad?
Enrique. No Señora,
por ocho dias.
Cecilia. Lo siento.
Enrique. Ves? ya siente que me vaya; (*ap.*
ha seis meses que poseo
el título, y los caudales
que he heredado de mi abuelo,
y he de arreglar muchas cosas.
Cecilia. Sois un título? me alegro.
Enrique. Soy Marques de Monte-azul,
si en algo serviros puedo.
Cecilia. Jesus! sereis muy zeloso,
no dareis poco tormento
á la muger que os aprecie.
Enrique. La erramos de medio á medio. *ap.*
No es Monte-azul: Montezuma.
Cecilia. Eso es otra cosa, y puedo
saber á que habeis venido?
Enrique. Se lo digo? (*ap. á Joaquin.*)
Joaquin. Anda con tiento, (*id á Enrique.*)

que lo vas á perder todo.

Enrique. Hay mucho que hablar en eso
de mi venida Señora,
es un arcano, un secreto
que martiriza mi alma.

Cecilia. Si yo pudiera saberlo
tal vez os consolaria.

Enrique. Nadie mejor, pero temo
que si lo tomais á mal
me aborrezcais.

Cecilia. No lo creo,
Yo aborrecer? no es posible;
tengo el corazon muy tierno.

Enrique. Ay Señora yo os diria...

Cecilia. Pues decidme.....

Enrique. No me atrevo.

Cecilia. Si teneis algun pesar
esplicadlo sin rodeos,
no juzgueis curiosidad
el deseo de saberlo,
solo quiero consolaros,
el mayor placer que tengo
es cuando aliviar las penas
de mis semejantes puedo.

Joaq. Mira lo que haces Enrique. (*ap. á Enr.*)

Enriq. Yo no te pido consejo. (*ap. á Joaq.*)

Cecilia. Si decirlo no quereis,
molestaros mas no debo;
quizá os conviene callar
y.....

Enrique. Señora, yo no puedo
por mas esfuerzos que haga,

disimular el objeto
de mi venida.

Joaquin. ¿Que haces? *(ap. á Enrique.)*

Enrique. Con tranquilidad y sosiego
vivia yo, sin que nada
me tuviera descontento,
me enseñaron un retrato
que podia ser modelo
de gracias, y perfecciones,
ay Señora! cuan ageno
estaba mi corazon
de la inquietud, que al momento
turbó mi paz, mi reposo;
yo que me juzgaba esento
de los tiros del rapaz,
siento avivarse en mi pecho
una llama tan activa,
un irresistible fuego
que me devora, y consume;
impelido del deseo
de ver el original,
sin vacilar, me resuelvo
á venir abandonando
mis asuntos, que consuelo
encontré cuando Joaquin
dijo, que es amigo vuestro;
de placer enagenado
á mi destino agradezco
tan feliz casualidad,
disimulad si el estremo
de mi pasion, me conduce
á deciros sin rodeos

que os amo, que os idolatro;
en mi tendreis el mas tierno
de los amantes, Señora,
yo soy.....

Cecilia. Un hombre grosero,
que me ha venido á insultar
atropellando el respeto
que se debe á una señora;
un insolente.

Joaquin. Me alegro. (*aparte.*)

Enrique. Yo no sé lo que me pasa.

Joaquin. No te lo estaba diciendo. (*á él.*)

Cecilia. Y V. Sr. D. Joaquin.

Joaq. Ahora si que entra lo bueno. (*ap.*)

Cecilia. Que ha presentado en mi casa
á este Señor, tan ageno
de la buena educacion,
marchese con él muy luego,
y guardese en adelante
de presentarme sugetos
tan derretidos y amantes,
y tan poquísimo atentos.

Joaquin. Reparad Doña Cecilia...

Cecilia. No apureis mi sufrimiento
y quien ha sido el villano
que sin mi consentimiento
ha sacado mi retrato?
ahora dirán los necios
que soy una vanidosa,
que de bonita me precio
siendo fea, y que se yo...
y V. Señor que concepto

habrá formado de mi,
que me dá noticia luego
de ser rico, y ser Marques?
juzga V. tan avariento
mi corazon, que se prende
aun antes que del sugeto
de títulos y fortuna?
Enrique. Perdonad si soy molesto,
ofenderos no creí
que no lo hiciera á saberlo.
Cecilia. Marchaos vuelvo á decir.
no sé como me contengo;
que tenaces, vayanse.
Joaquin. Señora ya obedecemos.
No me has querido creer, (*á Enrique.*)
el resultado estás viendo. (*Vanse.*)
Cecilia. Por fin se han ido, Jesus
que sofocada me encuentro,
no es para menos el caso,
que injuria! que atrevimiento!
ay que congoja; Teresa. (*Se desmaya.*)

Sale Teresa.

Teresa. Señora... pero que veo!
está con el patatús;
de esta hecha cuando menos
algun hombre enamorado
la habrá dicho, yo te quiero;
siempre que se ha trastornado
este ha sido el fundamento;
ellos se mueren por ella
y ella se muere por ellos,

los ama y no los admite,
esto es lo que yo no entiendo;
pero vuelve del desmayo.
Cecilia. Teresa, que desconsuelo,
casi me pensé morir.
Teresa. Señora cuanto lo siento.
Cecilia. Déjame á solas un rato.
Teresa. Si os repite, estoy á dentro
llamadme, y luego vendré. (*Vase.*)
Cecilia. Bien está. Valgame el Cielo!
que fatal es para mí
el tal acontecimiento,
yo que amaba á D. Joaquin
con el interés mas tierno,
verme en la dura ocasion
de arrojarle con desprecio
de mi casa, yo le amaba
ignorando si en su pecho
me concede algun lugar,
bien que á él le pasa lo mesmo,
porque yo jamás á nadie
confio mis pensamientos
en asuntos amorosos,
él no sabe que le quiero,
ni yo sé si él me querrá,
mas nuestras almas de acuerdo
pueden estar sin decirlo,
cuantos aman en secreto?
D. Enrique no es malito
si fuese menos grosero,
si me hubiera visitado
á lo menos año y medio,

y despues me hubiera dicho
que me amaba, santo y bueno,
pero en decirmelo ahora
no prueba ser muy discreto,
y él de mi hubiera formado
malditísimo concepto
si yo le hubiera admitido,
son los hombres tan perversos,
que nada toman á bien;
dicen sino los queremos
que somos unas ingratas,
y aun juzgan algunos de ellos,
que solo por vanidad
despreciamos sus afectos
fingiéndonos desdeñosas,
y si les correspondemos
se burlan, nos llaman necias,
dicen que luego creemos
que se mueren por nosotras,
siendo solo un pasatiempo
el mostrársenos rendidos;
yo que los amo confieso
quando ninguno me oye...
Ahora que caygo en ello,
si D. Joaquin me quisiera
no viniera de escudero
con el dicho D. Enrique.

Sale Doña Ines.

Ines. Doña Cecilia me alegro
que haya V. vuelto tan buena.
Cecilia. Ayer noche me dijeron

que estabas en el teatro
cuando llegué.

Ines. Y al momento
que vine y lo supe, quise
entrar en este aposento,
pero me dijo mi padre
que ya estaba V. durmiendo.

Cecilia. Si: vine un poco cansada.

Ines. En los tres meses y medio
que V. se ha estado en el campo
hay muchas cosas de nuevo;
me voy á casar muy pronto.

Cecilia. Y que tal el novio, es bueno?

Ines. Bien lo parece, mi tia
dice que es un caballero
que me conviene bastante.

Cecilia. Y conoces si su intento
será burlarse de tí?

Ines. No lo sé, pero no creo
que sea tal su intencion.

Cecilia. Y tu le amas con estremo?
Responde?

Ines. Doña Cecilia....

Cecilia. Ya sabes que yo te aprecio,
y me debes hablar claro.

Ines. Le diré á V. lo que siento:
á mi no me gusta mucho.

Cecilia. Y es tan corto tu talento,
que sin que el novio te guste
te casas?

Ines. Como es el genio
de mi tia tan adusto,

la verdad le tengo miedo;
y en todas las ocasiones,
hago, no lo que yo quiero,
sino lo que ella me manda;
yo deseo al mismo tiempo
salir de la esclavitud
en que me tiene, y por eso
he cedido.
Cecilia. ¡Que imprudencia!
siendo tu padre tan bueno
porque no le cuentas todo
lo que pasa?
Ines. No me atrevo,
me falta resolucion.
Cecilia. ¿El aprueba el casamiento
sin saber tu repugnancia?
Ines. Si Señora, en su concepto
me caso muy á mi gusto.
Cecilia. Tu le engañas segun eso,
diciendo que amas al novio.
Ines. No Señora.
Cecilia. Pues no entiendo.....
Ines. Es que mi tia le dice,
que amo á el novio, que deseo
casarme, que por rubor
callo cuando se habla de eso,
ayer mismo dijo padre
estando ese caballero
presente; Ines, hija mia,
ya sabes que no deseo
mas que tu felicidad.
este Señor me ha propuesto

ser tu esposo; yo no hallo
el menor impedimiento
para que lo verifique,
pero si tu al himeneo
no tienes inclinacion,
ó no profesas afecto
al Señor, hablame claro;
y no temas que por eso
yo me incomode: mi tia,
con aquel mirar severo
que tiene, me insinuó
que respondiera, yo tiemblo,
y no sé que responder,
y ella dice, al himeneo
tiene bastante aficion,
aprecia á este caballero
y será feliz con él,
pero es tan corto su genio
que no te responderá.
Sin embargo yo deseo
(replicó entonces mi padre)
que ella me diga... no es cierto,
(mi tia le interrumpió
dirigiendo á mi su acento)
lo que yo he dicho hija mia?
yo bajé la vista al suelo
y dije que si entre dientes;
con esto padre ha resuelto
mi boda.
Cecilia. Que disparate!
y cual es tu pensamiento?
Ines. Casarme.

Cecilia. Con que casarte?
Ines. Y sino hay otro remedio,
que puedo hacer? diga V.?
Cecilia. Es un asunto muy serio
del que se trata hija mia,
tu corazon es sincero
conmigo, y con tu buen padre
con mas razon debe serlo;
si supieras el peligro
á *que* un frívolo respeto
te ha espuesto; te estremecieras;
es un yugo el casamiento
si con gusto se contrae
dulcísimo, es el consuelo
de dos personas unidas,
de dos fieles compañeros,
á quien su misma ternura
les hace mas llevaderos
los pesares de la vida,
uno á otro los defectos
se disimulan, que amor
es indulgente en estremo;
tienen una voluntad,
se sirven de un mismo lecho,
el uno está disgustado
si el otro no está contento,
y cuando el uno se ausenta
el otro está sin sosiego;
si llegan á tener hijos,
en ellos el fruto tierno
contemplan de su cariño,
sus caricias, embeleso

son de sus dias, y en fin,
no hay quien pueda por entero
esplicar de dos esposos
cuando lo son verdaderos,
las delicias hija mia;
cuan diferentes efectos
produce siendo á disgusto;
entonces el himeneo
es cadena tan pesada,
que no hay sublime talento
que la pinte, tal como es,
digalo quien su tormento
ha probado por tres años.
Ines, no permita el cielo
que te suceda otro tanto;
tu me ves mirar con tedio
á cuantos hombres ecsisten,
siendo mi pecho tan tierno,
tan sensible y amoroso,
que no habrá en el universo
quien me esceda en el amar;
yo me casé cometiendo
un error, que pagué caro;
lo demasiado severo
del caracter de mi padre
me alucinó, y presumiendo
salir de su esclavitud,
en otra mayor me veo;
yo no amaba á mi marido,
y no sé que fué primero
si casarme, arrepentirme,
desesperarme... no puedo

acordarme sin temblar.
El me amaba, y conociendo
que no le correspondia,
se introdujeron los zelos
en su corazon, y entonces
pasó de un amante tierno,
á un tirano el mas feroz,
me imponia mil preceptos
imposibles de cumplir,
me trataba con desprecio,
me insultaba á cada instante,
y ni aun tenia el consuelo
de llorar, sino á mis solas
por no irritarlo, el despecho
se apoderó de mi alma,
creció el aborrecimiento
que le tenia, y su vista
era mi mayor tormento;
cuanto hacia me ofendia,
me fastidiaba, y lo mesmo
le sucedia á él conmigo;
ni una hora, ni un momento
disfrutabamos de paz.

Ines. De escucharos me estremezco.

Cecilia. Pues aun no lo sabes todo.
Sobre poco mas ó menos
al año de estar casada
enviudé, y á poco tiempo
me apasioné ciegamente
de un jóven, que el mismo estremo
de amor me manifestaba;
me volví á casar creyendo

que teniéndonos amor
todo seria contentos,
felicidades... mas ay!
como me engañé! momentos
pasé sin comparacion
dichosos, pero cuan presto
voló mi felicidad!
descubrí que sus afectos
eran fingidos, que amaba
unicamente el dinero
que malgastaba á mi costa,
que de casarse, el objeto
fue disipar mi caudal,
que amaba á otra muger, zelos,
penas, incomodidades,
cuanto sufrí! mis lamentos
oia con frialdad,
yo procuraba atraerlo
con halagos, con finezas,
todo era inútil, él ciego,
obstinado, no escuchaba
mis quejas, mi sufrimiento
se apuraba, en fin la muerte
deshizo el nudo tremendo
de nuestra union, y á pesar
de su conducta y defectos
sentí su perdida mucho,
y cada vez que me acuerdo
vierto lágrimas por él.
Ines. No llegó V. á aborrecerlo
siendo tan ingrato?
Cecilia. No.

Odiaba sus malos hechos,
y á mi pesar le queria.
Ines. Pues yo no sé como hacerlo,
el caso es que ya mi padre
las cosas va disponiendo
para mi boda, y el novio
ha consentido ya en ello,
si yo me opongo, mi tia
se pondrá furiosa, y temo
que tenga malas resultas;
por otra parte estoy viendo
con lo que V. me ha contado,
que seré infeliz si cedo,
porque yo no amo á ese hombre;
de mi tia en el concepto
le amaré cuando me case,
aunque ahora no le tengo
aficion, ella me dice
que los que se aman primero
no son despues tan felices.
Cecilia. ¡Que equivocacion! mas creo
que ella tiene un interés
en que te cases, su zelo
por colocarte no es puro,
tu padre es tan majadero
en tratando de su hermana,
que cree que es un modelo
de virtudes, yo al contrario,
pienso no lo es en efecto
sino solo en apariencia,
y aunque me parece espuesto
desengañar á tu padre,

pues será contradiciendo
la opinion de Doña Elena,
no quiero mirar respetos,
voy á evitar tu desgracia,
le hablaré á tu padre; cuento
con que digas verdad cuando
te pregunte.....

Ines. Lo prometo.

Cecilia. El está fuera de casa?

Ines. Si señora.

Cecilia. A mi aposento
me voy, tu me avisarás
cuando venga, quiera el cielo
que salga bien con mi empresa,
y si llegas con el tiempo
á ser dichosa, dirás
á Doña Cecilia debo
el bien que disfruto ahora,
y en medio de tus contentos
me bendecirás mil veces.
¡A! si á todo el universo
pudiera hacer venturoso,
y serlo yo al mismo tiempo!

ACTO SEGUNDO.

Salen D. Cipriano y Doña Elena.

Cipriano. Alabado sea Dios.

Elena. Por siempre sea alabado.

Cipriano. No encontré á nadie hasta aquí.

Elena. Todos están ocupados,
Inesita ha entrado á ver
á Doña Cecilia.
Cipriano. Y cuando
se casa por fin?
Elena. Muy pronto,
aunque mucho me ha costado
he podido convencer
á Francisco, es tan pesado
en resolverse, queria
con rodeos dilatarlo,
yo le ponderé el amor
que tiene á D. Santiago
Inesita, aunque no sea,
el mentir en tales casos
no es culpa grave, le dije
que á pesar de mi cuidado,
pudiera ser que algun dia
estando fuera, el diablo
tentase á los pobres novios,
y sucediera un fracaso;
al fin consintió en casarla
como lo mas acertado;
¡ ay ! que felices seremos
cuando sin ningun reparo
podamos de nuestras cosas
hablar á menudo, y claro,
sin cifras ni abreviaturas.
Cipriano. No se tardará en lograrlo
casandose tu sobrina....
Elena. Se consigue en algun tanto
pero por entero no;

está empeñado mi hermano.
en vivir en esta casa,
porque está aparroquianado
de muchos años en ella,
muchas veces he tocado
yo este punto, y no he podido
adelantar nada; cuando
le digo, que aunque se mude
está bien acreditado,
y que buscarán su tienda
aun en lo mas retirado;
me dice que un comerciante
no debe andarse mudando,
que ademas está esta casa
en un parage muy sano,
que el jardin le gusta mucho,
y que fuera dar un chasco
á Doña Cecilia, dice
que nos hizo un agasajo
en no echarnos á la calle,
que fué atenta, y yo no hallo
que hiciera ningun favor;
perdió en el año pasado
un pleito, y perdió la casa
que habitaba hace ocho años,
se quiso venir á esta,
y no fué mal calculado
el cedernos la mitad,
un alquiler bien pagado....

Cipriano. Hablemos de nuestras cosas
y dejemos eso á un lado,
que tiene que ver la casa....

Elena. ¿Que tiene que ver? canario
si tiene que ver, no es nada,
el que nos estén notando
los vecinos las acciones.
Cipriano. Ellos se .están en su cuarto
y vosotros en el vuestro.
Elena. Pero si de cuando en cuando
quieren entrar, quien lo impide,
sabrán si yo estoy rezando,
si hablas tu conmigo á solas,
y si por caso tratamos....
no es regular que se enteren...
pero lo que mas cuidado
me dá, es Ines, ella si
que con el tiempo, á mi hermano
podia enterar de todo.
Cipriano. Mas los demas no harán caso
de lo que no les importa.
Elena. Yo veo el mal remediado
en casándose Inesita,
buen trabajo me ha costado
hacer ceder á su padre,
no, no, yo no quiero cargos
de conciencia, ella veria
como nosotros hablamos
tan de cerca, y con el tiempo
quizás hiciera otro tanto.
Yo rezelo que Inesita
pasará algunos trabajos
en casándose, que el novio
no le gusta, pero el caso
es quitarla del peligro

del mal ejemplo.

Cipriano. Me encanto
al contemplar tus virtudes.

Elena. Pero estamos malogrando
el tiempo, me adoras?

Cipriano. Sí.
y tu á mi?

Elena. Yo en el pantano
me he metido de tu amor,
y no saldré en muchos años;
pero ahora que me acuerdo,
en conversacion mi hermano
está con Doña Cecilia
porque ayer llegó del campo,
y ahora poco entró á ver
como la noche ha pasado,
no quisiera que saliera
hallándonos mano á mano,
yo me voy á mis quehaceres,
dá tu una vuelta entretanto;
despues bajaré á la tienda
para aprovechar el rato
(*Con los dedos espresa agarrar lo que pueda.*)
mientras mi hermano está fuera.
A Dios dueño idolatrado.

Cipriano. Elena de las Elenas,
objeto de mis encantos,
á Dios.

Elena. Que discreto y lindo
es mi amado Cipriano. (*Vase.*)

Cipriano. A fe mia, que esta vieja

es mas mala que el diablo,
hipocritona, embustera,
tiene un corazon de marmol,
sacrifica á su sobrina
por tener mas libre campo,
para sus vicios, y estafas,
está robando á su hermano,
y el pobre nada rezela;
ella interpreta por malo
lo que hacen los demas bueno,
yo á cuanto me dice callo,
y me voy con la corriente
porque no tengo un ochavo,
y si no fuera por ella
ayunaria al traspaso.
Vamos á dar un paseo. (*Vase.*)

Sale D. Francisco.

Francisco. Estoy aturdido, vamos
jamás lo hubiera creido
de mi hermana, desengaños
se ven en el mundo siempre,
mas el que yo estoy tocando
es ya de marca mayor,
yo hubiera sacrificado
á mi hija sin querer,
cuanto tiene un padre! cuanto!
que velar sobre sus hijos
ya sean buenos, ó malos,
que de peligros los cercan;
de mi hermana á los cuidados
entregué yo á mi Inesita,

y estaba tan confiado
en que su tia la amaba
cual madre, que recelado
nunca hubiera lo que pasa,
á no habérmelo avisado
esa muger celestial,
esa muger, cuyos rasgos
de nobleza, y de virtud,
estarán siempre grabados
en mi pecho, que interés
se tomaba al esplicarlo,
tan vivo, con que elocuencia
me pintaba el resultado
de un matrimonio á disgusto,
ó cuanto me han encantado
sus primeras espresiones;
D. Francisco, es muy estraño
que teniendo V. talento
se haya V. asi descuidado,
en educar por sí mismo
á su hija, equivocados
están los padres que encargan
tal comision á un estraño,
yo como á tal considero
en un empeño tan arduo,
á la mas tierna amistad,
al pariente mas cercano;
si se casara Inesita,
V. fuera su tirano
sin saberlo, su verdugo,
por no haber ecsaminado
á fondo su corazon;

no sabe V. cuan amargo
le hubiera sido despues
conocer que habia errado,
que su Ines era infeliz,
pero que habia llegado
la noticia á V. tan tarde,
que ya estaba echado el fallo
á la suerte de su hija;
tiemble V. de imaginarlo.
Esta fué la introduccion
de su discurso, Dios santo!
aun me parece la oigo;
aquel tono autorizado
de la razon cual persuade!
mas aun no he premeditado
como evadirme del yerno
sin que Elena... me ha encargado
tanto Ines que nada diga
por ahora... yo no hallo...
Pero Joaquinito viene.

Sale Joaquin.

Joaquin. D. Francisco como estamos?
Francisco. Muy bien D. Joaquin, y V?
Joaquin. Yo estoy siempre á los mandatos
de V.
Francisco. Muchísimas gracias.
Joaquin. Mucho siento incomodaros.
Francisco. No crea V. me incomoda,
antes para mi es muy grato
se proporcione servir
á los amigos en algo.

Joaquin. Diré á V. lo que me pasa,
algun tiempo he frecuentado
como V. sabe, la casa
de Doña Cecilia, usando
de aquella misma franqueza
que ella conmigo ha gastado.
le he presentado un amigo
á quienes ha agasajado
como acostumbra, él y yo
habiamos proyectado
hacerla entrar en carrera...
hacerla querer, el caso
es que mi amigo le dijo
que vió en Madrid su retrato,
que era Marques, que la amaba,
y nos puso como un trapo
á los dos, nos despidió,
yo ya estaba rezelando
lo mismo que ha sucedido,
pero aquel atolondrado
fué un imprudente, le dije
que fuese tentando el vado
poco á poco, y se empeñó
en ir de golpe y porrazo,
y á la primera visita
desembuchar, aun yo estraño
en su genio y su viveza,
que no nos rompió los cascos;
yo la estimo, su franqueza
hace agradable su trato,
quisiera continuar,
y porque no me dé el chasco

de volverme á despedir,
que V. la hablara he pensado,
disculpandome.
Francisco. Ya entiendo,
yo lo haré, pero no salgo
garante de las resultas,
ya sabe V. que es muy raro
en esa parte su genio.
Joaquin. Bien lo sé, demasiado,
y no sé á que atribuir
tal estravagancia, es claro
que aqui se encierra misterio,
en medio de un despejado
talento como el que tiene,
esa mania... no alcanzo...
es para volverse loco.
Francisco. Sabe V. que he proyectado
descubrir el fundamento
de su rareza? pensando
estoy como emprenderé
esta obra, ahora acabo
de ver en ella una accion
que confieso me ha dejado
aturdido, su alma es grande,
su corazon no es helado
cual nosotros suponemos
por lo que hace, hay arcano
como V. dice en su obrar
y yo voy á averiguarlo,
ó al menos pondré los medios.
Joaquin. Haga V. por indagarlo,
me alegraria saberlo,

al mismo tiempo, mi encargo
no descuyde V., me voy
que tengo mucho trabajo
esta mañana; hasta luego. (*Vase.*)

Francisco. Está bien. Pobre muchacho.
su sinceridad me gusta,
pero no me gusta tanto
su aficion á visitarla,
si sacaremos en claro
que tendré yo zelos de el.?
lo cierto es que ha mas de un año
que vino Doña Cecilia
á esta casa, y que prendado
quedé á la primera vista,
de su hermosura y su agrado,
que estando aqui no me pasa
sin verla un dia, y la hallo
mas afable cada vez;
mientras ha estado en el campo
la echaba bastante menos,
si sera amor disfrazado
en amistad el que le tengo?
no seria nada estraño;
lo que por Ines ha hecho
el corazon me ha robado,
y la quiero doble mas
que antes, pero es el caso
que nadie quererla puede
sin tenerselo callado
y....

Sale Ines.

Ines. Padre.

Francisco. Hija mia que
quieres? di.
Ines. Yo estoy temblando.
Francisco. Temblando? porque?
Ines. La tia
me insultará.
Francisco. Desgraciado
del que se atreva á ofenderte
viviendo yo.
Ines. Sin embargo,
no diga V. por ahora
nada de lo que ha pasado,
se lo encargo á V. de nuevo.
Franc. Te daré ese gusto, vamos,
y dilataré la boda
con cualquier pretesto.
Ines. Cuanto
le debo á V. padre mio!
deme V. á besar la mano
y me iré.
Francisco. Adonde?
Ines. A bordar,
que habrá la tia notado
que me he detenido mucho
con Doña Cecilia hablando.
Fran. Anda con Dios hija mia. (*vase Ines.*)
Hoy me parece la hallo...
pero Teresa se acerca,
y voy á ver si adelanto
algun terreno. Teresa?

Sale Teresa.

Teresa. ¿Que manda V.?

Francisco. Estoy pensando
que tu me puedes sacar
de una duda, cavilando
sobre la contradiccion
del caracter tan estraño
de tu Señora, estoy siempre
sin poder sacar en claro
la causa de esta mania,
si tu me dijeses algo
acerca de esto, seria
gran ventaja para entrambos;
para tí, porque ademas
de mi afecto, un buen regalo
tendrias mas qne seguro,
y yo en habiendo saciado
mi curiosidad, tranquilo
me quedaba.

Teresa. ¡Que marrajo! (*aparte.*)
pero sea lo que quiera,
á mi me importa el regalo
mas que callar, D. Francisco, (*á él.*)
yo no soy muger que hago
caso de los intereses,
sin mezcla de ellos, si en algo
puedo complacer á V.,
sin poner ningun reparo
lo haré.

Francisco. Asi lo considero;
pero hacerte un agasajo
es gusto mio, yo creo
que con esto no te agravio.

Teresa. No, de ninguna manera; (*ap*).

me hace V. favor, al grano.
V. quiere que le diga
lo que yo estoy observando
en mi ama de continuo?
Francisco. Justamente.
Teresa. Pues es raro
todo lo que en ella veo,
tiene dias, que un buen rato
podria dar á cualquiera
que la estuviera escuchando,
riñe sin saber porque,
no come, coge los trastos
y los tira por el suelo
cual hicieran los muchachos;
maldice su suerte, llora,
se tira del pelo... Vamos
es por demas lo que hace,
yo siempre estoy acechando
por detras de la manpara,
y á veces entiendo algo
de lo que dice, una vez
ví que estaba pateando,
despedazando un pañuelo,
y la oí que sollozando
pronunciaba estas palabras:
«que infeliz soy! hasta cuando
me seguirá la desgracia!
hasta la muerte; que amargo
es el vivir para mí
con mil pasiones luchando!
¡ó nunca hubiera nacido!
los hombres son tan ingratos,

tan viles, tan... yo no sé
lo que por mí está pasando;
yo á todos arrancaria
el corazon por mi mano,
ellos han puesto las leyes,
y para sí han apropiado
derechos que deben ser
comunes, esos malvados
que se precian de sensibles,
y no son sino tiranos;
de que me sirve la vida!
siempre sufriendo; callando
víctima de un pundonor
injusto." Y se entró llorando
al gabinete; otras veces,
sucede por el contrario,
como una niña se pone
á jugar, tiene un agrado
con todos que encanta, entonces
si alguna falta le hago,
me la disimula, rie,
me trata con mucho alago,
come y trabaja con gusto,
se pasea por el campo;
mas suele durar muy poco
esta serenidad, hablando
alguna cosa de amor,
ó una planta contemplando,
vuelve á su melancolía,
y llorar acostumbrado.
Franc. Pues habla cosas de amor?
Teresa. No se despegan sus labios

cuando está sola conmigo,
que no se mezcle un pedazo
del Dios Cupido.

Francisco. Esta es buena,
dime muchacha, has notado
si quiere algun hombre?

Teresa. No:
al contrario se ha obstinado
en aborrecer á todos.

Francisco. Acaso le habrán jugado
alguna mala partida,

Teresa. Como puede ser? si cuando
alguno le manifiesta
en sus espresiones algo
que toque de resbilon
á lo amoroso, insultado
se vé sin saber por donde
le ha venido, pero el caso
es que asi que ellos se van,
le dan esos arrebatos,
esa desesperacion
que se haria mil pedazos
ella misma, y muchas veces
se trastorna; ha poco rato
que la encontré desmayada;
habrá dos horas.

Franciseo. Ya caigo
por lo que seria, dime
no has hecho nunca reparo
si viene alguien con reserva?
ó si le traen recados,
cartas, ó si sola...

Teresa. Nada,
ni de mi se ha separado
en tres años que la sirvo,
pues si sale la acompaño,
y en casa me estoy con ella
y duermo en su mismo cuarto,
estoy bastante segura
de que no tiene entablado
festejo ni galanteo.
Franc. Pues entonces que diablos?..
D. Joaquin bien á menudo
la visita, y de su trato
creo no está mal contenta.
Teresa. En esto no hay que hacer alto
tambien la visita V.
sin haber nada de malo.
Francisco. Y acaso aunque la quisiera,
es malo el amar?
Teresa. Han dado
en interpretarlo asi
las gentes.
Francisco. Vamos, no hallo
la causa de un proceder
tan confuso, y tan estraño
si es verdad lo que me dices.
Teresa. Me atrevería á jurarlo
delante del mismo...
Francisco. Basta:
quien dos veces se ha casado,
quien llora y se desespera
á los hombres acusando
de inconsecuentes... de injustos...

ya creo haber aclarado
este enigma, la infeliz
el Japon habrá pasado
con los maridos, y ahora
teme dar con un malvado
que le vuelva hacer sufrir
lo que aquellos, el estado
de una muger mal casada
tan al vivo me ha pintado
cuando me hablaba de Ines,
que es preciso haya pasado
por ella, no queda dada.
Teresita te has portado;
baja á la tienda esta tarde
cuando yo esté, y sin reusarlo,
del género que te guste
elige vestido.

Teresa. Tanto
favor, Sr. D. Francisco?

Francisco. Calla, y haz lo que te mando.

Teresa. Está muy bien; yo aseguro (*ap.*)
que no elegiré el mas malo.
¿Quiere V. algo mas Señor?

Francisco. No.

Teresa. Me voy á mi trabajo;
hasta despues D. Francisco. (*Vase.*)

Francisco. Anda con Dios. Trastornado
me tiene la tal Cecilia,
y lo que estoy recelando
es que no solo la aprecio
sino que la estoy amando,
este interes por saber...

si... es amor no hay que dudarlo;
mas como poner las miras
en ella, si ha declarado
á todos los hombres guerra?
si desprecia á los muchachos
de veinte, hasta veinte y cinco;
que hará con un mamarracho
que pasa de los cuarenta?
los jóvenes sin embargo
le causarán mas temor
siendo lo que yo he pensado,
ademas ellos no tienen
tanta esperiencia, que paso
de comedia tan gracioso
seria dar yo en el clavo,
y lograr lo que no puede
un jovencito preciado
de su mérito, y figura;
es preciso poner cuantos
medios estén á mi alcanze,
voy á discurrir despacio
á mis solas algun plan
de ataque, y en alcanzando
solamente que me oiga
tengo mucho adelantado,
al menos mas que los otros
y esto para mi es un lauro.

ACTO TERCERO.

Doña Cecilia sola.

Cecilia. Válgame Dios! cuanto hago
es un puro desatino;
sofocar á D. Joaquin
y á D. Enrique su amigo!
arrojarlos de aquel modo
de mi casa! que delirio
se apodera de mi, siempre
que algun amante rendido
me esplica sus sentimientos?
que funesto es mi destino!
quiero, y deseo me quieran,
y cuando aquesto consigo,
soy yo misma, loca y necia,
quien de mi dicha me privo;
yo no puedo ser feliz
sino amando, es tan activo
de mi corazon el fuego,
que no sosiego ni vivo,
que no duermo ni descanso,
y en un padecer continuo
paso el curso de mis dias;
para mi no hay regocijos
en la tierra, solo amor
puede llenar el vacio
de mi tierno corazon,
el solo tiene atractivos
para la triste Cecilia;

victima de mi capricho
sea bien ó mal fundado
soy, ¿pero no está á mi arbitrio
el mudar de parecer,
desterrando este maldito
orgullo que me domina,
y me arrastra á un precipicio?
¿mas que dirá cualquier hombre
si sus finezas admito?
que soy una majadera,
que al instante me he creido
que se abrasa, y se consume
por mí; cuando está mas frio
su corazon que una nieve;
escuchará mis cariños
burlandose interiormente,
y con afectos fingidos
rendirá mi corazon
cada vez mas; mi alvedrio
estará al suyo sujeto,
él conocerá el delirio,
el estremo de mi amor,
y abusará, envanecido
de haber asi trastornado
mi cabeza, y mi juicio;
hará alarde en despreciarme,
empleará su artificio
en seducir á otra dama,
y para darme martirio
hará porque yo lo sepa;
con acento dolorido
le daré quejas amargas,

y cerrará los oidos
á mis voces y á mi llanto,
yo que antes habré creido
sinceras sus intenciones,
y su fé pura, á un capricho
atribuiré su mudanza,
y mi pecho enternecido
se prometerá atraerle
á fuerza de amor, suspiros
dulces caricias, finezas,
y cuanto estará á mi arbitrio
emplearé, todo en vano
será; pues mas engreido
de verse asi idolatrado,
mas cruel para conmigo
se volverá, mi pasion
crecerá con su desvio,
despedazarán los zelos
mi pecho, y empedernido
el suyo, se gozará
en aumentar mi suplicio;
y no contento con esto
esplicará á sus amigos,
á otros tigres como él
su triunfo; y el honor mio
será ajado, yo insultada
sin quedarme mas ausilio
que la desesperacion
y el desconsuelo; imagino
que me espongo á todo esto
sino resisto al principio
á ese Dios alma del mundo,

que como vendado y niño
acierta muy pocas veces
en el orden de sus tiros,
que cuando debe dejar
dos corazones heridos,
dispara, y los dos flechazos
suelen ir á un pecho mismo,
y el otro quedarse libre
sin que pueda lo espresivo
del uno, ablandar del otro
lo fiero y endurecido;
cuando aquesto reflecsiono,
el renunciar determino
las delicias del amor
que llevan siempre consigo,
para un adarme de miel
veinte quintales cumplidos
de acibar; y mal por mal
preferiré mi pecho altivo,
llorar á solas su suerte
antes que pueda un maligno
decir, que mi corazon
posee, no siendo mio
el suyo; sufra el desaire
quien osado y atrevido
quiera vencer mi teson,
vean que á ninguno admito,
que al menos de este placer
no me privará el destino.

Sale Teresa.

Teresa. Señora he puesto la ropa

al aire como V. dijo
un rato, ya está oreada,
donde meto los vestidos
en la cómoda ó....

Cecilia. Ya voy
que quiero en el cofrecito
poner todos los pañuelos
con los guantes y abanicos. (*Vanse.*)

Sale D. Francisco.

Francisco. Pues Señor, ya me parece
que la plaza se ha rendido,
y á pesar de mis rivales
se queda el campo por mio,
la primera tentativa
voy á hacer, en este sitio
quiero esperar ocasion
de atacar al enemigo;
que lejos estará ella
de conocer mi designio
por la arenga que la haré,
mas esto no es un delito,
aun para hacer cosas buenas
es fuerza usar de artificio
en ocasiones diversas;
si mis deseos consigo
es para hacerla feliz
sin echarme yo en olvido;
será madre de mi hija,
que tan sagrado apellido
es justo que se le dé
pues lo tiene merecido;

Joaquin llega, que ocurrencia,
este no es muy buen principio.

Sale Joaquin.

Joaquin. Tenga V. muy buenas tardes,
Francisco. Y V. téngalas amigo
muy buenas tambien.
Joaquin. Que tal?
pensó V. en mi encarguito?
Franc. No he dejado de pensar,
pero como me ha ocurrido
cierta idea, mi cabeza
está ocupada, y no he dicho
á Doña Cecilia nada.
Joaquin. Pues que idea, que ha podido
dilatar....
Francisco. La de casarme
con ella.
Joaquin. V.?
Francisco. Yo. Si amigo.
Joaquin. Permítame V. le diga
que se le ha vuelto el juicio.
Francisco. A mí?
Joaquin. Si señor á V.;
porque si los atractivos
de la juventud no pueden
hacer en su genio esquivo
ni aun la mas leve impresion,
como logrará rendirlo
un hombre que ya tendrá
cuarenta y cinco cumplidos?
ja ja ja.
Francisco. Riase V.

pero no me desanimo
por eso, pondré los medios...
Joaquin. No diga V. desatinos,
pero esto será una broma.
Francisco. Nada de eso Joaquinito,
soy formal ya V. lo sabe,
y hablo de veras.
Joaquin. Dios mio!
si me lo hará V. creer?
V. sueña.
Francisco. Ni deliro,
ni sueño, quiero casarme
con Doña Cecilia.
Joaquin. Digo
que está V. de buen humor.
Francisco. No lo crea V. amigo,
cosa es que se ha de saber
con el tiempo: V. escondido
puede tras de esa manpara
escuchar lo que la digo,
y se desengañará.
Joaquin. Pues me oculto, y no replico.
(*Se esconde.*) y *sale Doña Cecilia.*
Francisco. Señora Doña Cecilia.
Cecilia. Que quiere V. D. Francisco.
Francisco. Que si V. no se molesta
la dire....
Cecilia. Ningun amigo
me molesta á mi jamás.
Francisco. En estremo agradecido
estoy al favor de darme
un nombre tan distinguido.

Cecilia. No es favor, V. merece
que asi lo llame.
Francisco. Colijo
que es V. mi buena amiga,
pues lo que hace poco hizo
por mí, lo muestra bastante.
Cecilia. con mi deber he cumplido,
y nada mas.
Joaquin. Esto indica, (*aparte.*)
que lo que el viejo me ha dicho
es verdad por vida de....
Francisco. Yo Señora he recibido
de V. una gracia tan grande,
que si me hiciera el destino
dueño de grandes riquezas
sabria hacer...
Cecilia. D. Francisco,
no piense V. mas en eso,
pues yo Señor he tenido
tanto placer como V.,
la casualidad ha querido
que sea yo el instrumento
de hacerle feliz.
Joaquin. Que he oido!
hay mayor estravagancia!
no me ha engañado el maldito,
me marcho por no escucharlos. *Vase.*
Francisco. Jamas echaré en olvido
este rasgo generoso
de vuestra bondad, repito
que á V. tan solo le debo
el que lues no haya caido

en ese lazo fatal,
que la hubiera sumergido
en la desesperacion,
y á mi tambien, me horrorizo.
(*Se asoma á el postigo de una ventana que abra á la derecha y vuelve.*)

Ceci. Logramos llegar á tiempo
que es lo principal.

Francisco. Me aflijo
de ver que una sola hermana
que tengo, haya procedido
tan mal, cuando yo por ella
hice tantos sacrificios;
quisiera que todos fueran
sensibles y agradecidos
al bien que otro les dispensa;
abusar de un modo indigno
de la mucha confianza
que hice de ella!

Cecilia. Decidido
está V. á no obedecerme?
Me acuerdo que V. me dijo
que me tenia que hablar
algo....

Francisco. Estaba distraido,
y me olvidé del objeto
que aqui me trajo, deliro
por Ines, hablando de ella
no me acuerdo de que ecsisto.

Cecilia. Con mucho estremo la ama, (*ap.*)
si ha sido tan buen marido
como es buen padre...

Francisco. Un encargo
tengo para V., este chico
que se llama D. Joaquin,
esta mañana ha venido
bastante apesadumbrado;
dice que por el delirio
de un jóven poco prudente
le habia V. despedido,
pero que él nada sabia
del quimérico designio
de D. Enrique, que siente
el haber á V. ofendido
sin querer, y estar privado
de su amistad.

Cecilia. Joaquinito,
ha sido conmigo siempre
un muchacho atento y fino
que nunca se ha propasado,
por esto lo he preferido,
y ha sido el mas duradero
en visit.rme.

Francisco. Muy vivo
es; tiene mucho talento,
le conozco desde niño,
está muy bien educado;
su padre es amigo mio
pero nos tratamos poco,
el pobrecito me ha dicho
que con V. me interese
á favor suyo, y suplico
le vuelva V. á permitir
la visite.

Cecilia. Concedido
lo tiene, por dos razones,
una porque se ha valido
de V., y otra porque dice
que no habia intervenido
en la insolencia del otro.
Franc. Yo doy las gracias rendido
á mi señora vecina
por tanta bondad; y que ha sido
lo que ese jóven ha hecho?
que imprudencia he cometido!
disimule V. Señora
la libertad, yo retiro
la pregunta, si V. quiere
callar lo que...
Cecilia. Es muy sencillo,
y no tengo inconveniente
en que V. lo sepa; vino
con D. Joaquin D. Enrique,
y al instante el Señor mio
me dijo, que me adoraba,
que solo habia venido
por verme, y mil disparates
que no debia sufrirlos
una muger como yo.
Francisco. Demasiado atrevidos
son los jóvenes del dia;
son ademas burloncitos,
y casi estoy por decir
que si V. hubiera creido
sus ficciones amorosas,
serviria de platillo

este caso en el café,
yo compadezco el destino
del bello secso, otro tiempo
no estaban tan corrompidos
los hombres, eran sinceros,
consecuentes, sus cariños
salian del corazon,
sin ser jarabe de pico
sus espresiones y halagos,
perdian hasta el juicio
cuando á una muger amaban,
su amor era siempre fijo
á un objeto, pero ahora
han tomado por estilo,
el amar de mentirejas,
lo mas estraño que he visto
es que ellos del mismo modo
quieren ser correspondidos,
pues si por casualidad
en el grande laberinto
que llevan de cortejar,
hallan un pecho sencillo
que fiado en sus palabras
les demuestra el fuego activo
de su corazon, se burlan
y le desprecian, ¡que inicuos!
vamos yo me desespero
cuando veo de este siglo
el desórden, si yo fuera
muger, me pegára un tiro
antes que ninguno de ellos
hallara el menor abrigo

en mi corazon; si alguno
entre tantos, no es indigno
del amor de una señora,
como encontrarle? lo mismo
dice el bueno, que el malvado,
yo pudiera distinguirlo
que tengo mucha esperiencia
porque no soy ningun niño,
pero no siendo muger,
es inutil....

Cecilia. Ha cumplido
V. los cuarenta años?

Franc. Paso de cuarenta y cinco.

Cecilia. No, pues no lo manifiesta
V. mucho.

Francisco. Es que he vivido,
no como viven ahora
estos jóvenes loquillos,
sino como hombre de bien
aunque mal me está el decirlo;
las costumbres corrompidas
no dejan de hacer su oficio,
porque la naturaleza
no es de piedra, yo he querido
á una muger con buen fin,
ella me ha correspondido,
hemos resuelto casarnos
pronto, porque soy activo
para esas cosas; los padres
de uno y otro han convenido
en este enlace, se ha hecho,
y despues hemos tenido

una paz encantadora;
no me acuerdo haberle dicho
á mi muger en mi vida,
(bien que no me dió motivo)
mal sentada estás ahí;
ha querido mi destino
que la pierda, la he llorado
bastante: mas convencido
de que no tiene remedio,
pues á fuerza de suspiros
no puedo darla la vida,
me he conformado, y tranquilo
vivo, siendo sola Ines
quien ocupa mis sentidos,
jamás me ha faltado nada,
y asi es que desmerecido
no estoy.
Cecilia. Ya se vé, una vida
tan feliz amigo mio
no es para envejecer mucho.
Franc. No me faltan mis ratillos
de disgusto á la presente;
que á pesar de mi juicio
no soy insensible, amor
es el placer mas cumplido
que tiene naturaleza,
y de este placer me privo
porque temo no encontrar
lo que perdí, al tiempo mismo
tengo muy poca paciencia
para sufrir el martirio
de estar viendo á la que amara

sin tener ningun resquicio
de esperanza, yo amaria
para ser correspondido,
mas para ser despreciado
de ningun modo, reprimo
mis pasiones, me distraigo,
y hago por dar al olvido
el objeto.

Cecilia. Y porque causa?
ha probado V. lo esquivo
de la belleza qne adora?

Franc. Como? Si nada la he dicho
de lo que mi pecho siente.

Cecilia. Entonces no hay un motivo
para perder la esperanza:

Franc. Pues ella me abre camino (*ap.*)
le diré mas que pensaba.
Si lo hay.

Cecilia. No lo concibo.

Francisco. Yo sí.

Cecilia. Mire V. que gracia.

Franc. Sé que no qniere marido,
pues ha despreciado algunos
que su mano han pretendido,
y no me debo esponer,
yo tengo el genio muy vivo
y si llegara á casarme
debia ser hecho, y dicho,
porque cuando le dijera
á la Señora que estimo
que le tengo inclinacion,
seria ya decidido

á si decia que si
unir luego mi destino
con el suyo, y si decia
que no, tomar el partido
de no volverla á ver mas
por no padecer.
Cecilia. Me admiro
de ver que V. piense asi
teniendo tanto juicio,
por lo mismo que V. dice
que los hombres son indignos,
quc engañan á las mugeres
sin que puedan definirlos,
no pueden ellas llevarse
tan de ligero, el peligro
temerán á que se esponen
de ser burladas.
Francisco. Yo afirmo
mis palabras con el hecho,
si á una señora la digo
(es una suposicion)
que la quiero, prevenido
tengo el Vicario, y demas
para dejar contraido
al instante el matrimonio,
y le tengo ya rendido
el corazon tiempo hace,
y ademas he conocido
que ella me tiene aficion,
y han de hablar nuestros suspiros
y nuestras tiernas miradas
antes que la lengua, miro

primero si me conviene;
y ella tiene conocido
mi proceder y conducta;
me parece este el camino
mas seguro de acertar
en un casamiento; digo,
no hay regla sin escepcion.
Cecilia. Una duda me ha ocurrido;
V. dice que si esplica
á una dama su cariño
y no lo admite, se aleja;
tambien despues V. ha dicho,
que está de su amor seguro
antes que llegue á decirlo,
entonces ya sabe V.
que dirá que sí.
Francisco. Distingo,
aunque sepa que me quiere,
no sé si por un capricho
sin salir del corazon
me dirá que no al principio.
Cecilia. ¿Y entonces?
Francisco. Entonces? queda
de su imprudencia en castigo
por su poca ingenuidad
sin que sea su marido
el que iba á hacerla feliz.
Cecilia. Amigo, me han convencido
las espresiones de V.
mas perdone si le digo,
que es V. un poco insensible.
Francisco. Porque?

Cecilia. Porque su cariño,
con una sola palabra
se disipa.

Francisco. Y quien lo ha dicho?
me costara mil pesares,
pero á vencerme á mi mismo
estoy muy acostumbrado.

Cecilia. Es ya tarde D. Francisco,
y tengo por precision
que retirarme, infinito
fuera mi gusto en estarme
hablando con V.

Francisco. Estimo
esa buena voluntad
con toda el alma. Ha caido (*ap.*)
en la trampa, pobrecita.

Cecilia. Hasta despues vecinito.
Me voy antes que conozca (*ap.*)
la mucha impresion que hizo
ese discurso indirecto
en mi corazon. (*Vase.*)

Francisco. Dios mio,
disimular no podia
lo turbado, y conmovido
de su alma al escucharme,
mi intencion ha conocido
y la ocasiona una lucha
terrible, creo propicio
en tan agradable empresa
me favorezca el destino
en su decision; si, si,
amor no será el vencido,

sino el vencedor, porque
en sus ojos he leido
mi felicidad, Joaquin
se fué sin duda aburrido
á las dos ó tres palabras
que hablamos, porque ruido
oí de bajar la escalera,
y despues desde el postigo
le ví pasar por la calle;
pero voy...

Sale Elena.

Elena. Hermano mio,
allá está D. Santiago
esperándote; tu hijo
pues mañana lo será.

Franc. Te equivocas, ha ocurrido
cierta cosa, y no podrá
ser tan presto.

Elena. Que delirio!
querido hermano que es esto?
yo no alcanzo ni adivino
que causa puede alargar
este enlace.

Francisco. Lo repito,
no puede ser por ahora.

Elena. Mira que D. Santiaguito
está ansiando este momento,
y la Inesita lo mismo.

Franc. Habrá mayor embustera. (*ap.*)
Marchate Elena te digo,
y no me molestes mas.

Elena. Escúchame Francisquito,

faltarás á la palabra
que le diste ayer, de unirlo
con tu hija?

Francisco. Dejame:
no será nunca mi hijo,
ni puede, ni debe ser.

Elena. Hermano, que es lo que has dicho?
te habrá alguna mala lengua
puesto mal del pobrecito,
es un buen cristiano, y ama
mucho á tu hija.

Francisco. Me irrito; (*aparte.*)
que hipócrita!

Elena. Ella lo quiere,
y merece ser querido
de ti, de mi, y...

Francisco. Del demonio;
ya me tienes aburrido
y no quiero escuchar mas
tus necedades. (*Vase.*)

Elena. Se ha ido
sin respetar á su hermana,
y me ha dejado el inicuo
con la palabra en la boca;
pero aqui hay gato escondido,
el habló con D. Joaquin
y quizá le habrá pedído
á Ines para muger suya,
y D. Joaquin es mas rico
que el otro: Vaya eso es,
y siendo así, no me aflijo,
que se case con quien quiera
mientras salga del peligro.

ACTO CUARTO.

D. Joaquin solo.

Joaquin. Pues Teresa entró á avisarla
me esperaré aqui que venga
y salga lo que saliere
la diré que muy de veras
la amo, y si me despide
volveré, y aunque supiera
no adelantar mas que insultos
ya lo he tomado por tema
y he de venir cada instante,
vaya: si es una verguenza
que se la lleve este viejo,
cuando padecen por ella
tantos jóvenes.

Sale Elena.

Elena. Yo creo
sino me engañan las señas
que D. Joaquin está aquí;
no me equivoqué. Muy buenas
tardes Señor D. Joaquin.
Joaquin. Mi señora Doña Elena,
á los pies de V.
Elena. Yo pienso
que no está bien esta pieza
para hablar, porque es de paso,
y puede venir cualquiera.

Joaquin. Pues que tiene V. Sra.
que decirme?
Elena. Tengo... Venga,
véngase V. que allá dentro
lo sabrá.
Joaquin. Como V. quiera. (*Vanse.*)

Salen Cecilia y Teresa.

Cecilia. No has dicho que me esperaba
D. Joaquin?
Teresa. Es cosa cierta.
Cecilia. ¿Pues donde está?
Teresa. Que sé yo.
Cecilia. Eres Teresa embustera;
dí, porque me has engañado?
Ter. Engañado yo? esta es buena,
si dijo que aquí esperaba,
Cecilia. Ya vés que no.
Teresa. Y quien lo niega,
pero tal vez se habrá ido.
Cecilia. Que dices, si tal supiera...
á mi esta poca atencion y...
por vida de!.. que inquieta
estoy, todo me fastidia,
me incomoda y me molesta,
y ahora darme este chasco
para conclusion de fiesta;
si supiera D. Joaquin
como tengo mi cabeza,
se guardaria muy bien
de apurarme la paciencia;
vete tu, déjame en paz,

y donde yo esté no vuelvas
hasta que te llame.

Teresa. Bien.
segun el tiempo se trueca, (*ap.*)
hoy hace cuarto la luna. (*Vase.*)

Cecilia. Este Joaquin, quien creyera
que se burlaba de mí?
despues qne le doy licencia
para venir, me ha jugado
esta partida tan fea,
hacerme entrar el recado
y marcharse de aqui mientras...
que bien dice D. Francisco,
que jovenes tan troneras!
yo los quisiera querer,
por su figura me petan,
pero por sus cualidades
los aborrezco, yo fuera
tan feliz sino pensára
en ninguno, que molestia
es estar continuamente
con ellos en la cabeza
queriendo y aborreciendo
en una lucha tremenda,
sin saber como acertar;
ya tengo segun mi cuenta
veinte y tres años cumplidos,
y mi vecino cuarenta
y cinco, si no me engaña,
veinte y dos años me lleva,
es muy viejo para mí,
no lo quiero; pero necia

sabes si te quiere él?
si lo sé, que su indirecta
conversacion, á esplicarse
se dirigió, y su destreza
me gustó, fué su discurso
con mucha delicadeza,
dice las cosas de un modo
que las entiende cualquiera,
y si quiere puede hacer
como si nada entendiera,
lo demas es groseria,
mala crianza, estoy cierta
de que D. Francisco es hombre
de consumada prudencia,
de madurez, de juicio...
y si la verdad confiesas
Cecilia, no te disgusta,
aun no tiene canas, cuenta
con que serias madrastra,
y que importa? las pendencias
no fueran muchas; yo quiero
á Ines, y me quiere ella;
que castillos en el aire
estoy formando! pudiera
muy bien ser que D. Francisco
lleve la intencion siniestra
de ver si me hace caer
por burlarse luego, esta
sospecha es injusta, no,
no es capaz de eso, soy terca
en presumir mal de todos;
pero D. Joaquin se acerca

veré que disculpa dá.

Sale D. Joaquin.

Joaquin. Me alegro que esté V. buena,
Señora Doña Cecilia.
Cecilia. Y yo D. Joaquin quisiera
que V. fuese mas atento,
y que aqui no me tuviera
media hora.
Joaquin. Yo confieso,
que es verdad, pero fué agena
esa culpa, me llamó
la Sra. Doña Elena
y no me pude negar.
Cecilia. De los pies á la cabeza *mirándole.*
es perfecto, casi... casi... (*ap.*)
Esa disculpa es muy buena,
pero no me satisface.
Y sabe V. que á la fuerza
se ha empeñado D. Francisco
en que V. á mi casa vuelva,
que yo no queria.
Joaquin. Sé,
que con proteccion tan buena
lo habia de conseguir.
Cecilia. Que significa esa flema.
Joaquin. Nada Señorita, nada.
Que disimular no pueda (*ap.*)
mi pesadumbre!
Cecilia. Me gustan
muy poco las indirectas,
hableme V. claro, claro.
Joaq. Pues quiere V. que asi sea;

sepa V. que todos, todos,
están en la inteligencia
de que el Leon no es tan bravo
como en pintura le muestran,
que insulta V. á los demas
porque dá la preferencia
á un viejo.

Cecilia. Como! insolente!

Joaquin. V. al instante se altera
y no escucha mas razones,
le diré por vez primera
y última, lo que hace al caso,
y V. obrará como quiera;
yo la tengo á V. cariño,
mi aficion es tan sincera,
tan estremada, tan firme,
si mostrarle yo pudiera
por dentro mi corazon,
quizá se compadeciera
de mi situacion: me abraso,
me consumo y nada espera
mi amor en premio, el rigor
debe ser la recompensa
de estar un año adorando
en secreto, la belleza
de V., por no disgustarla
con esplicarme, y las fuerzas
me faltan para callar
viendo que voy á perderla
para siempre, yo no sé
lo que me pasa, estoy fuera
de mí, perdóneme V.

mas permítame siquiera,
el consuelo de venir
á verla con la franqueza
que antes, en esto solo
conoceré si V. aprueba
mis sentimientos, mi dicha
depende...

Cecilia. No hay dependencia
que valga, cuando primero
dice V. con insolencia
que prefiero á D. Francisco,
en seguida me ecsajera
su amor, es para obligarme
lindo medio.

Joaquin. Que imprudencia
he cometido! yo os juro
que mi intencion era buena
pero...

Sale D. Santiago acalorado.

Santiago. Perdonad señora
si la cólera me ciega,
y la libertad me tomo
de entrar hasta aquí.

Cecilia. Está buena:
y que se le ofrece á V.?

Santi. Que el Sr. conmigo venga,
y me dé satisfacion.

Joaq. Primero es justo que sepa
de que.

Santia. de haberme quitado
mi felicidad, yo era
dueño ya de un corazon

que amaba, y tu con bajeza
la has seducido.
Joaquin. Insensato,
no quedará tu insolencia
impune, mientes, yo soy
incapaz de la bajeza
que quieres acumularme.
Santia. Vamos, y menos arengas.
Cecil. Que es aquesto caballeros?
Santia. Que me ha quitado la prenda
de mi corazon, mi esposa.
Ceci. ¡Ay que maula tan completa! (*ap.*)
Joaq. Vamos. Señora es mentira
cuanto dice.
Santiago. No entretengas
el tiempo, vámonos pronto
adonde nadie nos vea. (*Vanse.*)
Cecilia. Que á tiempo por mi fortuna
este desengaño llega!
ya iba yo á precipitarme,
y mas blanda que una cera
estaba; cuan justamente
me infunden todos sospechas;
siempre quise á D. Joaquin,
y si creia que hubiera
algun hombre virtuoso
era él; pero que necia,
que credula soy, Enrique
es preciso que estuviera
de acuerdo con él, si: si;
con esto tan solo prueba
que no me tiene cariño,

porque si bien me quisiera
á presentarme otro amante
es imposible viniera;
lo que acaba de pasar
ninguna duda me deja
de que Joaquin solo trata
de vencer mi resistencia
por antojo, y su intencion
no cs la mas sana, pues vea
que sé vencerme á mí misma
y que asi como se quiera
no se engaña á una muger
que sabe por esperiencia
y por haberlo sufrido,
lo que es un jóven tronera;
me horrorizo de pensarlo,
voy á mi cuarto. Teresa?

Sale Teresa.

Teresa. Señora, que manda V.?
Cecilia. Está ya mi cama hecha?
Teresa. Si aun no es de noche.
Cecilia. No importa,
que me siento algo indispuesta,
y quiero acostarme un poco.
Ter. Pues voy al instante á hacerla.
No me costaria mucho (*ap*).
adivinar su dolencia,
si no es D. Joaquin la causa
que me corten una oreja. *Vanse.*

Salen Cipriano y Elena.

Elena. En esta bendita casa,
no hay donde hablar con reserva,

Inesita está en mi cuarto,
su padre ajustando cuentas
en la sala, los criados
en la cocina, esta pieza
es de paso y es espuesto,
porque la vecina entra
siempre que quiere: no hay nadie
(*registra la escena*)
por aquí: con gran cautela
le has de decir á Gines
que yo lo espero, que venga
al instante, que el asunto
de que se trata interesa
muchísimo, y en secreto
se lo has de decir, tu entra
por la puerta del jardin
con él: cuidado y cautela
es lo que se necesita;
toma la llave y....

Cipriano. Elena,
que pretendes de Gines?
sabes que es un calavera
de marca, y que si tu hermano
en la casa le cogiera,
le daria una paliza,
que cada vez que se acuerda
de los cortes de vestido
que os robó, se irrita.

Elena. Entera
confianza tengo en él,
el nos sirvió sin que hiciera
una falta en cuatro años,

lo de los vestidos era
cosa mia, y si le mando
que se tire de cabeza
á un pozo, lo hará por mí.

Cipri. Ay es una friolera; (*ap.*)
pues yo no haria otro tanto.
Que me dijeses quisiera
el motivo.

Elena. Es que á mi hermano
se le ha puesto en la cabeza
casarse con la vecina,
con esa muger tan necia,
tan vana, y loca, ya ves
que yo cargo mi conciencia
sino lo impido, ademas
ella será entonces dueña
de todo, yo no podré
hacer nada por tí, piensa
que no tendras que comer,
yo estaré siempre con ella
á matar, es cosa clara.

Cip. Y quien te ha dado esa nueva?

Elena. D. Joaquin, yo lo llamé
por preguntarle si piensa
en casarse con Ines.

Cipriano. ¿Que dices?

Elena. Formé esta idea,
porque mi hermano con el
estuvo hablando, y se niega
á cumplir á Santiago
la palabra, él titubea
dice que no, y se sonroja,

mas yo como no soy lerda,
presumo que entre el bribon
de D. Joaquin, y la pesca
de la vecina, distraen
á la chica sin la recta
intencion de matrimonio;
mi zelo, y mi diligencia
por el bien de los demas,
me hace pensar muy de veras
en impedirlo, le doy
á D. Santiago cuenta
de lo ocurrido, y el marcha
á tener una pendencia
con D. Joaquin: á mi hermano
le digo, que como piensa
casar con Doña Cecilia,
con una muger perversa,
licenciosa, que á su hija
vá á perder, y me contesta
que ya quisiera yo ser
tan virtuosa, y tan buena
como la que vitupero,
que soy hipócrita y necia;
para vengarme le digo
que viene á pasar con ella
la noche, un desconocido,
que entra y sale con cautela
por la puerta del jardin,
me dice que le dé pruebas
de tan vil acusacion,
yo creo que lo que resta
conocerás, y la causa

de hacer á Gines que venga.
Cipr. ¿Pero como introducirse
en la casa?
Elena. Dar la idea
queda á mi cargo, tu ves
todo lo pronto que puedas.
Cipriano. Y si por casualidad
tu hermano le conociera?
Elena. No puede ser le conozca,
él saldrá antes que amanezca,
irá muy bien embozado,
atravesará la huerta
y escapa por el paseo.
Cipriano. Estás Elena bien cierta
de que á Gines no conoce
la vecina ni Teresa?
Elena. De que lo han de conocer?
si hace que está el pobre fuera
de casa tres años. *Cipr.* Yo...
la verdad, porque tu veas
que te quiero complacer
lo haré, pero es muy espuesta
la empresa, si se arrojara
D. Francisco...
Elena. Que simpleza,
asomado á esta ventana
conmigo estará en acecha,
y si intentara cogerlo,
primero que dé la buelta
para salir al jardin,
el otro estará ya fuera.
Cipr. Y si despues la vecina

lo que le ha pasado cuenta
y...
Elena. Yo diré que es disculpa,
porque la infame, sospecha
que lo hemos visto salir,
y quiere de esta manera
cubrirse.
Cipr. Voy á servirte,
y salga lo que Dios quiera.
Ele. Ya tienes la llave marcha. (*Vase Cipr.*)
Procurará mi destreza
que Ines se acueste temprano,
y paraque nada vea
mi hermano, de nuevo, yo
me acostaré antes que venga
porque asi siempre lo hago,
Gines vendrá cual centella;
que vivo es aquel muchacho,
toda el alma se me alegra
de acordarme de aquel tiempo
que corria por mi cuenta
el cuidarlo, es tan bribon...
y es mucha nuestra flaqueza
para poder resistir,
me voy quedito á la huerta
que no tardará en venir,
debe entrar por la otra puerta
casa de Doña Cecilia,
pero la salida es fuerza
que sea por el jardin
porque mi hermano lo vea;
y si por casualidad

Francisco no se moviera
de casa esta noche; entonces...
pero ahora se me acuerda,
por fuerza debe salir,
pues D. Silverio le espera
para darle unos papeles
de comercio que interesan;
debo precaverlo todo,
si la vecina dijera
esta noche alguna cosa...
como tiene en esta pieza
Francisco su cuarto, temo...
pero yo haré de manera
que él las obligue á callar,
y le dejen por la guerta
salir; y sino me ven
los criados, aqui fuera
detras de aquesta manpara
me ocultaré, hasta que sepa
que mi hermano se ha encerrado
en su cuarto, voyme á fuera. (*Vase.*)

Sale Cecilia.

Cecilia. En ninguna parte puedo
sosegar, estoy inquieta;
D. Joaquin es un malvado
como todos, no le cuesta
ningun trabajo fingir,
ya es preciso que resuelva
que partido he de tomar,
esta vida me molesta,
es muy sosa y desabrida,
y por mas que me contenga

el que los hombres son malos,
me grita naturaleza
sin cesar; que unirme á uno
es el medio que me queda
de ser menos infeliz,
mas la eleccion es espuesta;
vivir sola es para mi
una agonia muy lenta,
D. Francisco me parece
que ya su edad no le deja
pensar con la variedad
que á los jóvenes, mas guerra
que él me hiciera D. Joaquin,
pero tambien la esperiencia
de su mal proceder, hace
que á mi pesar le aborrezca;
mi sensibilidad es grande,
y si D. Francisco llega
á obligarme con amor,
dedicando sus finezas
á mi sola, le amaré,
será á su lado completa
mi felicidad; dejemos
á la suerte por sí mesma
obrar y...

Sale D. Francisco.

Francisco. Felices noches.
Cecilia. Téngalas V. muy buenas.
Francisco. Tan solita?
Cecilia. Si señor.
Franc. Y triste segun las señas.
Cecilia. No dejo de estar un poco.

Franc. ¿Si adivinase la pena
que la entristece y oprime,
seria V. tan sincera
que me diria que si?
Cecilia. Porque no?
Francisco. Tengo licencia
para hacerlo?
Cecilia. Si señor.
Franc. Se me entorpece la lengua. (*ap.*)
Cecilia. Con cuanta espresion me mira. (*ap.*)
Franc. Lucha V. con mil ideas
contrarias?
Cecilia. Cierto que sí.
Franc. Y quiere V., y no quisiera?
Ceci. Y bien, que quiero, y no quiero?
Francisco. Entender, y que la entiendan.
Pues que calla prosigamos. (*ap.*)
Dire mas; V. es muy tierna,
y creo que del Dios Marte
no puede ser compañera.
Cecilia. Pues que es eso del Dios Marte?
Franc. Lo Diré con menos letras;
V. firmara las paces
á quien declaró la guerra.
Cecil. Y quien me impide lo haga?
Franc. Yo señora lo dijera
pero...
Cecilia. Diga V.
Francisco. El temor
de no hallar lo que mas cuesta.
Cecilia. Quien es tan costoso?
Francisco. Aquello,

que á largos años se cuenta
con muchisima escasez.
Cecilia. Ni una palabra siquiera
os entiendo.
Francisco. Vecinita,
eso lo dice la lengua,
sin que en ello el corazon
á tener parte se atreva.
Cecilia. ¿En que?
Franc. En el desentenderse.
Ceci. Y el que yo me desentienda,
le parece á V. bien?
Francisco. Si.
Cecilia. Una pregunta ligera
haré á V., que es lo que va
tan escaso en nuestra era?
Franc. Un hombre de bien, sincero,
é incansable en la tarea
de amar á una muger sola,
despues de encontrarla buena;
no hablaré mas por no errar.
Cecilia. Y ya para lo que resta.
Franc. Esto va perfectamente. (*ap.*)
Si V. me lo permitiera
la diria...
Cecilia. Diga V.
Franc. V. con dolor observa
que los jóvenes del dia...
Cecilia. Hablemos de otra materia.
Franc. Trataremos de los viejos?
Cecilia. Menos enfado me diera.
Francisco. Muchas gracias.

Cecilia. Y Porque?
Franc. Por el favor que dispensa
V. á las canas.
Cecilia. Y V.
las tiene? que le interesa
el agradecer por otros?
Fran. Mucho me importa que sean
del gusto de V. los viejos.
Cecilia. Ser de mi gusto? V. sueña,
á quien le gustará un hombre
que pase de los sesenta.
Franc. El asunto se mejora. (*ap.*)
Con que segun esa cuenta
no soy viejo todavia,
pues no llego á los cincuenta.
Cecilia. ¿Quien duda que es asi?
Franc. Entonces
seré jóven?
Cecilia. Ni por esas.
Franc. ¿Pues que seré yo señora?
Cecilia. Estará V. en la edad media.
Franc. En la que reina el juicio?
Cecilia. Y se ignoran las rarezas.
Franc. Y si en esa misma edad
hallara V...
Cecilia. ¿Que?
Franc. La prenda
que va tan escasa.
Cecilia. Entonces....
Hablemos de otra materia.
Franc. Diga V. de que.
Cecilia. Yo digo...

que se me quema la cena,
y voy corriendo á apartarla
que mi criada está fuera;
hasta mañana vecino.
Franc. Que seguiremos la mesma
conversacion?
Cecilia. Lo veremos,
que se me quema la cena. (*Vase.*)
Franc. Compiten con su talento
las gracias que la rodean,
no me quiero entristecer
con las infames sospechas
que ha procurado infundirme
mi hermana; y aunque se arresta
á decir que me hará ver
el sugeto que se interna
casa de Doña Cecilia,
cuando en el caso se vea
de no cumplir lo que ofrece,
con una escusa cualquiera
tratará de alucinarme;
tal vez dirá que está fuera
el incognito esta noche,
despues que en vela me tenga
hasta el dia para verlo;
Voy que Silverio me espera,
y he de acostarme temprano
porque levantarme es fuerza
antes del amanecer. (*Vase.*)

Sale Elena.

Elena. Ya tomó por fin la puerta.

(*Despues de escuchar á la puerta de Doña Cecilia.*)
Cipriano entra quedito.
Y Gines?
Cipriano. Abajo espera
que salga tu hermano ¡ay!
si por el hambre no fuera (*ap.*)
no mirara á esta muger
á la cara. (*vuelve á escuchar.*)
Elena. En la escalera
oigo yo á Doña Cecilia
hablar con Gines; ya cierran
la puerta y se queda dentro;
voy á salir de esta hecha
con la mia, me parece
que los oigo de mas cerca,
pero no los puedo ver,
tu marchate antes que vuelva
Francisco; no tardará
segun me ha dicho: yo alerta
estaré hasta que se acueste.
Cipriano. Pues á Dios.
que zalamera (*ap.*)
é hipocrita.
Elena. Ven temprano
por la mañana, que sepas
el resultado de todo.
Cipri. Así lo haré. Hasta la vuelta. (*Vase.*)
Elena. Válgame Dios, lo que vale
ser una muger completa
y bondadosa, el señor
sus virtudes recompensa,

y en todo la favorece.
Consentir que se perdiera
con esa muger mi hermano,
fuera una culpa muy fea
para mí, y aunque me valga
de este medio, siendo buena
mi intencion no importa, el caso
es evitar... pero llega
mi hermano, muy pronto vuelve.

Sale D. Francisco.

Francisco. Tengo dolor de cabeza,
y me quiero recoger.

Elena. ¿Hago que traigan la cena
aquí?

Francisco. No quiero cenar.

Elena. Cuando ya esté el dia cerca
te llamaré.

Franc. Bien está.

Elena. Me alegraré pases buena
noche, á Dios.

Francisco. Anda con Dios.

(*Se entra en su cuarto y cierra; Elena se ha ido y se vuelve á asomar y vase.*)

(*Sale Teresa á obscuras con mucho tiento toca la puerta del cuarto.*)

Teresa. D. Francisco.

Francisco. Esta es Teresa.

Teresa. ¿Está V. acostado ya?

Franc. No muchacha, mas espera
que ya salgo.

Sale.

Teresa. Chito, chito,

sintiera que nos oyeran.
Francisco. ¿Hay alguna novedad?
Tere. Ha llamado á nuestra puerta
un joven muy azorado,
salimos á la escalera
y le pidió á la señora
que por Dios le recogiera,
que lo venia siguiendo
la justicia, mi ama seria
le dice que porque causa;
él entonces le contesta
que por haber defendido
á un infeliz, que en quimera
iban muchos contra él,
y que á uno de la caterva
habia dejado muerto
cuando la justicia llega,
lo siguen, pero él corriendo
por muchas calles traviesa
hasta llegar á esta casa,
que como cae la huerta
fuera ya de la ciudad,
saliendo antes que amanezca
por ella, puede salvarse;
la señora mas no alterca
y le dice, que se quede
si es tanta su contingencia,
él le pide por favor
que los vecinos no sepan
nada de esto; mas mi ama
como Tomas está fuera,
que marchó esta tarde al campo

tiene temor, pues pudiera
ser un malvado este hombre
y dar una mala vuelta.

Francisco. ¿Adonde está él?

Teresa. En un cuarto.

Francisco. Tiene cerrada la puerta?

Teresa. De su cuarto?

Francisco. Pues de que?

Teresa. Si señor.

Fransisco. Si yo pudiera
por el ojo de la llave
verle la cara.

Teresa. V. crea
que se opondrá la señora.

Franc. Razones que la convenzan
paraque me lo pern ita
le daré yo, bien pudiera
ser enredo de mi hermana,
mucha casualidad es esta;
ve Teresa ya te sigo.

Teresa. Está bien. (*Vase.*)

Franc. Cuando no pueda
conseguir el conocerle,
pondré de modo la puerta
del jardin, que no podrá
salir ninguno por ella
hasta que yo le ecsamine
de los pies á la cabeza,
y si es como me presumo
una farsa, el cielo quiera
que contenga mi furor
la reflecsion y prudencia.

ACTO QUINTO.

Elena y Cipriano.

Cipriano. ¿Que hay Elena?
Elena. Que ha de haber!
yo no sé lo que me pasa,
antes del amanecer
como ya dispuesto estaba,
llamé á mi hermano, y me dijo,
aun es muy temprano: aguarda,
que tengo que hablar contigo;
y por el brazo me agarra,
diciéndome: mala lengua:
muger infame, villana.
no te es tan desconocido
como tu me lo pintabas,
el sugeto que debia
salir esta madrugada
por la puerta del jardin;
aqui le tienes: pasmada
me quedé cuando del cuarto
salió Gines: aterrada,
y sin poder responder
quiero volverme á mi estancia;
pero él no quiso soltarme:
mas irritado me habla,
y me dice: descubiertas
están todas tus patrañas,
me tenias engañado:

mas ya conozco tu alma;
casar querias á Ines
para vivir á tus anchas,
y ahora por ser la dueña
absoluta de mi casa,
querias alucinarme,
quitando el honor y fama
á una dama respetable;
este vil no respirara
á no haberme confesado
la verdad: si saqueaba
mi casa, á tí dá la culpa:
en su presencia te hallas:
desmiente su acusacion.
Yo no respondí palabra;
mas que, todo por Dios sea;
y me dijo: esta mañana
marchate donde tu suerte
te conduzca, buena ó mala;
y agradece á ser mi sangre
que no castigue tu infamia
entregándote á las leyes;
y lo mismo este canalla
por no descubrirte á tí,
que vaya con Dios y vaya
tambien en la inteligencia,
que á la primera que haga
las pagará todas juntas
si yo lo sé: que desgracia!
tanta astucia y precaucion
no me han servido de nada.
¿Que tengo de hacer amigo?

Cipri. Haz lo que te dé la gana.
Elena. Tu me respondes así?
cuando toda mi esperanza
la tenia puesta en tí:
nuestro amor...
Cipriano. Es patarata,
nadie te puede querer:
tu vejez, tu mala facha;
y despues tu hipocresia,
y mal corazon, no halagan
á nadie.
Elena. ¡Valgame el cielo!
de mal corazon me tachas,
cuando te estoy manteniendo
por caridad.
Cipriano. No la usaras
conmigo, si tu interés,
á hacerlo no te obligara.
Elena. Que interés? hombre maligno,
Cipriano. Que interés? muger malvada,
el de seguir tus caprichos,
y aqui me quedo.
Elena. ¡Que haya,
tal ingratitud en el mundo!
Cipr. Yo creo que no se hallan
los ingratos mas que en él.
Elena. Vete de aqui: antes que haga
un escarmiento contigo.
Cipri. Me voy de muy buena gana;
y si á otra muger engaño,
la buscaré mogigata
que vale mas que ellas sufran,

que no las otras. (*Vase.*)

Elena. Pirata:
insolente bruto, espera;
espérate, que te haga
la cabeza de un sillazo
tortilla; que desgraciada
soy! siempre está la virtud
perseguida, é insultada.

Sale D. Joaquin.

Joaquin. Buenos dias Doña Elena:
le tengo que dar las gracias,
porque me ha espuesto á perderme
con sus chismes.
Elena. V. habla,
de veras?
Joaquin. Y muy de veras.
D. Santiago está que salta:
en fin, se ha portado V.
él sin saber, se casaba,
que Inesita no lo quiere,
que es V. quien lo engañaba;
y yo sin casar me quedo,
siendo V. tambien la causa.
Elena. ¡Siendo yo la causa! como?
Joaquin. Doña Cecilia me amaba,
aunque no me lo decia:
y á mi no me disgustaba;
por los embustes de V.
ella vió sacar la espada
para mí á D. Santiago,
diciendo, que le quitaba

el objeto de su amor:
le ha creido: y esto basta
para odiarme; si señora.
Elena. Un cordel á la garganta
voy á echarme. Con que V.
á Doña Cecilia amaba?
¡si yo lo hubiera sabido!
me perdí yo misma! vayan
vayan por amor de Dios,
los trabajos que se pasan
en esta vida: ay de mí!
yo no sé lo que me pasa.
Joaquin. Si yo no hubiera sabido
sosegar con mis palabras
á Santiago, por V.
uno á otro una estocada
nos hubieramos pegado
sin que, ni porque: en la infancia
nos hemos querido siempre;
y aunque por las circunstancias
nos tratamos poco ahora
nos queremos, y la santa,
la bendita Doña Elena,
queria que:::
Elena. Basta, basta,
D. Joaquin: hermano mio,
que somos de tierra y mala
sé muy bien; y le perdono
las injurias que me haga:
mas digame, quien ha dicho
que la Inesita no amaba
á Santiago?

Joaquin. El demonio.
Elena. Estoy atemorizada:
Joaq. Se lo ha dicho D. Francisco,
que ya conoce las maulas
de V.
Elena. Todo por Dios sea:
todas las buenar cristianas
tienen mucho que sufrir,
mas que parece.
Joaquin. Que charla
este demonio de vieja?
Elena. Otro demonio: caramba,
que está la lengua de V.
muy mordáz y endemoniada,
y como yo me endiable,
he de romperle la estampa
de un sillazo: aunque soy vieja
como V. dice, las canas
no me han quitado las fuerzas:
vayase muy noramala
el bribon; y llame vieja....
Joaquin. Vaya: Doña Elena, vaya,
que se esplica V. amiguita,
todas las buenas cristianas
olvidan de cuando en cuando
la prudencia, la templanza,
y...
Elena. Mejor es retirarme,
por no ser mas insultada
de este picaro.
Joaquin. Se va,
sin decir una palabra,

Elena. De mí se burla el inicuo!
Vase y sale Doña Ines.
Ines. D. Joaquin: tengo una gracia
que pedir á V.: es verdad,
que la vecina se casa
con mi padre?
Joaquin. Que sé yo.
Esta es otra que bien baila. (*ap.*)
Ines. Me han dicho que V. lo sabe:
por eso le preguntaba.
Yo me alegraria tanto!
no seria mi madrastra
la vecina, sino madre:
es tan buena: tiene un alma
tan generosa.
Joaq. Cual hieren,
mi pecho sus alabanzas:
cuanto mas buena la pintan,
mas se entristece mi alma;
pero esta niña es preciosa, (*ap.*)
estoy por enamorarla
y vengarme del desaire
que es regular que me haga
Doña Cecilia.
Ines. ¿Con que
V. no lo sabe?
Joaquin. Nada
señorita sé.
Ines. Quisiera
decir á V. en confianza
una cosa.
Joaquin. Diga V.

Ines. Que presente V. le haga
al Señor D. Santiago,
que yo no soy su contraria:
que aunque mi tia queria
que por fuerza me casara
con él, yo no le aborrezco;
pues mi tia es la culpada
solamente; no quisiera,
que ninguno se agraviara
por culpa mia.

Joaq. Muy bien.
Que candor! V. me manda
otra cosa señorita?
pues haré de buena gana
cuanto V. guste.

Ines. Me mira
con mucha atencion. (*ap.*)

Joaq. Me encanta
ese modo de pensar
bella Inesita, V. ama
el claustro?

Ines. Yo? no señor.

Joaq. Pues que idea tan estraña
es la de V. en despreciar
á Santiago?

Ines. Adivinarla
puede cualquiera, ese joven
no me gusta.

Joaq. Si lograra
yo la dicha de agradaros,
mi ventura no trocara
por la corona de un rey.

Ines. Jesus! que pronto se inflama
vuestro corazon, mas esto
pase por ser una chanza.
J*ooquin*. Es de veras Inesita:
que me dice V.?
Ines. Yo? nada.
J*oaq*. Nada, con que no merezco
una respuesta?
Ines. Parada (*ap*.)
me ha dejado, yo no sé
que decirle, á mí me agrada
pero no se lo diré
que me dá verguenza.
J*oaquin*. Calla, (*ap*.)
buena señal, no perdamos
del todo las esperanzas.
Ya que sigue V. callando (*á ella*.)
puedo esperar que mañana
me diga V....
Ines. Yo no sé.
Estoy mas atribulada, (*aparte*.)
permita V. me retire (*á él*.)
por si mi padre me llama. *vase*.
J*oaq*. Es bonita como un cielo,
se ha puesto tan colorada
cuando la he dicho... Me voy
y en esta misma mañana
vuelvo, y si Doña Cecilia
sigue con la estravagancia
de querer al cuarenton,
muy buen provecho le haga. (*vase*.)

Sale Doña Cecilia y despues Teresa.

Cecil. Las cosas que han ocurrido,
en esta noche pasada!
estoy aturdida; vamos:
yo estaba tan descuidada,
y se me tendia un lazo
paraque me criticaran
de hipocrita, nada menos;
que en publico despreciaba
á los hombres; y en secreto
sin decoro me trataba
con ellos. Valgame Dios!
de lo que es capaz un alma
como la de Doña Elena.
Teresa. Señora: dice la blanda
la bendita Doña Elena
que D. Joaquinito....
Cecilia. Calla
y otra vez á D. Joaquin
no me nombres: en mi casa
no entrará mas.
Teresa. Si es que dice...
Cecilia. Sea lo que fuere, nada
quiero saber, su amistad
me pudiera ser amarga
con el tiempo; la ocasion
es fatal para una dama,
que sabe amar y sentir.
Teresa. Señora: V. amar?
Cecilia. Mañana
lo has de saber: es igual

que lo sepas hoy: yo amaba
á D. Joaquin: mi placer
era mostrarme tirana
con él, y con los demas,
porque nunca se burlaran
de mí; ó por no dar con uno
que despues me maltratara:
D. Francisco, me parece
que no tendrá tantas faltas
como un joven para esposo:
quizá me equivoque; nada
de particular tuviera,
¿pero que muger se casa
que esté del todo segura
de su suerte? en fin, cansada
de vivir sola, he resuelto
casarme con él: me ama,
ó al menos me lo parece;
despues saldrá lo que salga.

Teresa. Permítame V. Señora
la pregunte, si se casa
por cálculo, ó por amor.

Cecilia. Por las dos cosas.

Teresa. Pensaba,
que era por cálculo solo,
como teme V. le haga
con el tiempo D. Joaquin,
segun se ha esplicado, amarga
su situacion: me creí...

Cecilia. Es prevencion necesaria:
yo pecaré de ignorante,
pero no de confiada.

Amo á D. Francisco: en mí,
creo que no habrá mudanza;
pues me conozco, en amar
soy constante y estremada;
seré dichosa con él;
pero si me visitara
como hasta aquí D. Joaquin,
pudiera ser que olvidara
con el tiempo su perfidia;
y mi reposo turbara:
que estar viendo de continuo
á una persona que amaba
en otra ocasion, seria
imprudencia muy marcada;
por otra parte, mi esposo
pudiera dar en la gracia
de dudar de mi cariño;
y como poco le falta
para tener blanco el pelo,
con facilidad pensara,
que me habia distraido;
y si en ello se empeñaba,
podia ser lo lograse
a mi pesar, en venganza;
porque á los hombres les nacen
los zelos entre las canas:
y entre los zelos se crian
des cosas opuestas: rabia,
contra el que los tiene: amor,
al objeto que los causa.

Teresa. V. piensa bien señora;
pero creo no repara,

en que D. Francisco tiene
dentro de casa una hermana.
Cecilia. Hermana! sino lo fuera,
quizá en ello me parara;
pero....
Teresa. Como es tan perversa!
Cecilia. Quiere echarla de esta casa
hoy mismo; Inesita viene.
Teresa. Y yo me voy. (*Vase.*)

Sale Doña Ines.

Cecilia. De mañana
te has levantado Inesita,
ya vienes tan bien peinada...
Ines. Es lo primero que hago.
No sabe V. lo que pasa,
D. Joaquin dice me quiere,
y si de veras hablara
y mi padre consintiera
á mi no me desagrada,
tiene muy buena persona
y es espresivo.
Cecil. Que infamia!
engañar á esta inocente. (*ap.*)
Ines. Mi padre, no digais nada (*Viéndolo venir.*)
hasta que hablemos despues. (*Vase.*)

Sale D. Francisco.

Franc. ¿Está V. algo descansada
de la mala noche?
Cecilia. Sí;

me dormí esta madrugada,
despues que V. se llevó
aquel hombre: que miradas! (*ap.*)
parece que está V. triste. (*á él.*)
Franc. Siento vecina en el alma
tener que hacer diligencias
para mudarme de casa.
Ceci. Que, no está V. bien en esta?
Franc. No Señora.
Cecilia. Porque causa?
Franc. Porque en ella... yo no puedo
articular mas palabra.
Cecilia. ¿Que tiene V. D. Francisco? (*Con dulzura.*)
Franc. Señora... mudar de casa
me conviene.
Cecilia. V. delira.
Franc. Yo... no sé lo que me pasa.
Cecilia. Y si yo lo adivinase
V. me lo confesara?
Franc. Si señora: si señora.
Cecil. Tiene V. incierta esperanza
sobre una respuesta?
Francisco. Sí.
Cecilia. Quisiera V. una fianza,
antes de hacer la pregunta?
Francisco. Si señora.
Cecilia. Y si le daban
esta seguridad? entonces...
Francis. Entonces, yo preguntara
á la que el alma me roba,
si me llevaba en el alma.

Cecilia. Y si decia que sí?
Franc. De una vez se coronaran
mis deseos, y los suyos.
Ceci. D. Francisco: es lo que basta.
Pues nos hemos entendido,
puede V. mudar de casa.
Franc. Señora: que dice V.?
Cecil. Lo que V. señor acaba
de escuchar.
Franc. Por vida de...
que este desaire me haga! (*ap.*)
Señora, me mudaré:
á este fin voy á buscarla.

Se entra en su cuarto.

Cecil. ¡Que mi orgullo no me deje,
ceder! ya dispuesta estaba
á casarme; y de improviso
he respondido... mi alma
se entristece; y no hay remedio:
él con burlas no se anda,
y si á la primera vez
le dicen que no, las planta.
Pero él sale.

Sale D. Francisco.

Franc. A Dios señora.
Cecil. D. Francisco V. se marcha?
Franc. Si señora, á obedecer
á la dueña de esta casa:
á buscar habitacion.
Cecilia. No tiene V. que buscarla,

pues está en la suya.
Franc. Yo no tengo ninguna.
Cecilia. Vaya,
que no me ha entendido V.?
Franc. La proposicion es clara:
de casa mudese V.
Cecil. Y quien de aquesta mudanza,
habló primero?
Franc. Yo fuí:
mas V. despues....
Cecilia. Cachaza:
si le digo que se quede,
se atreverá V. á dejarla?
Franc. No señora.
Cecilia. Yo no quiero
que jamás V. se vaya.
Franc. Ni yo jamás quiero irme.
Cecilia. Pues quedémonos en casa.
Francisco. Y ahora?
Cecilia. Que hemos de hacer?
Franc. Tener la boca cerrada,
que á veces dicen las obras,
mucho mas que las palabras.

Le dá la mano á Doña Cecilia y ella le alarga la suya.

Está V. contenta?
Cecilia. Sí:
y V.?
Franc. Si es cierto se halla,
placer completo en la tierra,
es el que mi pecho acaba

de recibir, tal ventura
á fe mia no esperaba.

Sale Teresa.

Teresa. D. Joaquin señora espera
licencia para entrar.
Cecilia. Anda,
y dí que no puede ser;
y que no vuelva á esta casa.
Franc. Espera: díle que venga.
Teresa. Carambas y como manda! (*ap.*)
si tendrá ya las licencias
de marido? (*Vase.*)
Cecilia. Y porque causa?...
Franc. Tengo que hablarle.

Sale D. Joaquin.

Joaquin. Señores
buenos dias.
Franc. Que mudanzas,
suele nuestra suerte hacer
amigo!
Joaquin. Quizá no es tanta
como á V. se le figura.
Franc. ¿Porque razon?
Joaquin. Si agraviada
está de mi la señora,
yo le probaré, que en nada
he pretendido ofenderla:
que fué enredo de su hermana
de V., y quiza convencida,
se muestre menos ingrata.

Franc. Con V. menos esquiva?
Joaquin. Conmigo, si Sr.
Franc. Vaya,
 á que me pongo á reir?
Joaquin. Me dá gusto la soflama.
Franc. Y á mí me dá compasion
 V.
Joaquin. Yo? puede guardarla
 para sí, que acaso tarde
 muy poco en necesitarla.
Franc. Joaquinito: está V. triste?
Joaquin. D. Francisco me dán ganas
 de decirle á V. que está
 equivocado; esa dama
 no puede ser...
Franc. Para V.
 que está conmigo casada.
Joaquin. Habla V. de veras.
Franc. Que?
 si á los mozos despreciaba,
 como habia de querer
 á quien! ja, ja, ja...
Joaquin. Son raras
 las mugeres: está visto.
Franc. Amigo no entienden nada
 los jóvenes, y confian
 en solo la circunstancia
 de sus pocós años; vale
 mas que el mérito, la maña
 en algunas ocasiones.

Sale Elena.

Elena. Ya está mi ropa liada:

voy á llamar á mi hermano,
para ver si me señala
algo, con que pasar pueda (*ap.*)
como hasta aquí descansada;
porque el trabajar es cosa
para mí, un poco pesada.

Joaq. Por no ver á esta muger (*ap.*)
estoy por marcharme.

Franc. Nada
de rencores Joaquinito,
esto no sea una causa
para reñir: yo he tenido
mas suerte, y me conformara
si hubiera sido al reves.

Joaquin. Ya me hago cargo:
una gracia
tengo que pedir á V.

Franc. Yo le doy á V. palabra
de servirle en cuanto pueda

Joaq. Pues es que Inesita...

Cecilia. Basta,
un caballero agraviado
á quien el señor robaba
la esposa, vino á pedirle
dentro de esta misma casa
satisfaccion, si mi hija
fuera Ines, yo la negara
á un hombre que asi procede.

Joaq. Se equivoca V. madama,
el que vino á provocarme
fue el mismo que se casaba
con Doña Ines.

Franc. Es verdad.
Teresa. Esto es lo que yo intentaba
esplicar á mi señora
me hizo callar y...
Franc. No hablaba
de memoria el pobre hombre.
Joaq. Si tal, pues yo no pensaba
en eso, hace poco rato
que la dije que le amaba
y lo repito, ella viene,
V. puede preguntarla
y verá como es así.
Cecilia. No es tanto como pensaba,
pero al fin es variable. (*ap.*)

Sale Doña Ines.

Franc. Inesita dime amabas
á D. Joaquin?
Ines. No Señor.
Franc. Y él te ha dicho esta mañana
que te quiere?
Ines. Si señor.
Franc. Y tu que dices?
Ines. Yo nada.
Cecil. Le gusta, á mi me lo ha dicho
hace poco.
Franc. Si V. trata
de casarse con mi hija
se la daré cuando haya
pasado algun tiempo, cuando
vea que no es por venganza

sino por amar de veras
pretension tan impensada;
y he de ver á ella primero
ciegamente apasionada
de V.

Joaquin. A todo me convengo.

Franc. En cuanto á lo demas nada
tengo que decir de V.
Ola! la bendita alaja (*repara en ella.*)
de mi hermana, ¿no te he dicho
que jamás te presentaras
delante de mí? creí...

Elena. Mira lo que me señalas
primero para vivir:
pues no me iré, sin que hagas
una justa obligacion
de mantenerme; y te engañas
en pensar que salga yo,
ni aun á tiros de esta casa,
hasta que se verifique.

Franc. Su desverguenza me pasma:
¿aun te atreves á abusar
de mi mucha tolerancia?
Vete Elena: no me obligues,
á que un disparate haga.

Cecil. No se altere V, tambien
una cantidad diaria
tengo yo que dar: y creo,
que V. no me dirá nada
por eso.

Franc. Como es posible?

Elena. Será para algun mal alma. (*ap.*)

Cecilia. La de Doña Elena es
la pension que yo indicaba
á V., fuera de disputas;
y no se hable mas palabra
de este asunto.

Franc. Lo comprendo;
V. de que aprenda trata
á obrar bien, se engaña V.
El que comete una falta
por debilidad, ó capricho,
suele despues repararla
con el arrepentimiento.
Si el ofendido le ampara
con una accion generosa,
queda en su pecho grabada
para servirle de guia
en lo sucesivo, un alma
que ya se cree perfecta,
y está de su obrar ufana,
no conoce sus defectos:
las intrigas, las venganzas,
las bajezas, son virtudes,
si ella debe egecutarlas.
Ella sola es virtuosa,
todas las demas son malas;
y aunque V. le haga ese bien,
no conseguirá que salga
de su error; y que conozca
que obra mal; y aun apostara,
á que atribuye á su suerte
el estado en que se halla;
y no á su mal proceder,

No le arriendo la ganancia:
aborrecida de todos,
miserable, despreciada;
sin amigos, sin parientes;
cual se merece arrojada
del seno de su familia:
este es el premio que alcanza
la hipocresia; al contrario
la virtud, por mas que hagan
los que intentan destruirla,
á la corta, ó á la larga
brilla como el claro sol:
la consecuencia es bien clara:
ella á su propio interés
sacrificar intentaba
la felicidad de Ines:
dejar á V. deshonrada.
Cuando pensó hacer su dicha,
sumergiendo en la desgracia
á dos víctimas, entonces,
su ruina fabricaba:
ella se mira perdida:
V. en los brazos descansa
de un hombre de bien, que aprecia
sus virtudes, y sus gracias:
bien estimada de cuantos
la conocen, y la tratan,
por sus bellos sentimientos.
¡Hija mia! tu edad escasa (*á Ines.*)
puede sacar gran partido
de esta leccion: es muy sana;
y te puede ser muy útil

si sabes aprovecharla.
Elena. Aunque mas me vituperes
yo pienso bien y me basta...
Franc. Vé V. si es lo que yo he dicho?
La sobervia, la ignorancia,
y la vil hipocresia,
por mas que se diga y haga
nunca se dán á partido;
Dios nos libre de estas plagas.

FIN.

FÉ DE ERRATAS.

Pág.	Lín.	Dice.	Debe decir.
17.	15.	persones.	personas.
22.	21.	¡A !	¡Ah!
id.	27.	Flena.	Elena.
37.	15.	resbilon.	resbalon.
39.	12.	dada.	duda.
48.	7.	con.	Con.
75.	15.	guerta.	huerta.
77.	22.	Diré.	diré.
79.	1.	Porque.	porque.
84.	10.	Frausisco.	Francisco.
90.	7.	buenar.	buenas.
96.	28.	des.	dos.



[Ruiz de Alarcón, Juan]

QUIEN ENGAÑA MAS

Á QUIEN.

PERSONAS.

Don Diego, galan.
Hernando, su criado.
Don Henrique, galan.
El duque de Milan
Don Sancho, viejo.
Don Juan, galan.
Un Forastero.
Tristan, Gracioso,
Ricardo, Escudero.
Doña Elena, *dama.*
Doña Lucrecia, dama.
Inés, criada.

La escena es en Milan.

ACTO PRIMERO.

ESCENA PRIMERA.

SALA EN CASA DE DOÑA ELENA.

Don Diego y Doña Elena.

Diego.

Yo vine, Elena querida,
á Milan á pretender;
no á competir, no á perder
por temerario la vida.
El Duque sé que consquista
con poder, y amor tus prendas;
no sé como te defiendas,
ni como yo le resista;
que en la gran desigualdad
de su estado, y mi ventura,
la confianza es locura,
y el valor temeridad.

Elena.

A quien de veras desea,
y á quien estima el favor,
no deja vista el amor
con que los peligros vea;
y si acusan la osadía
pensamientos castigados,
atrevimientos logrados
condenan la cobardía.
Giges humilde villano,
pretendió, y gozó atrevido
la corona del Rey Lido,

y de la Reyna la mano;
Víriato fue un pastor,
Tolomeo fue un soldado;
y uno, y otro por osado
se coronó emperador.
Venció animoso Teseo
la voraz biforme fiera,
para que Ariadna fuera
de su victoria trofeo.
El Tracio, músico amante,
con el canto lisonjero,
candados rompió de acero,
puertas abrió de diamante;
y su Eurídice perdida,
contra el estatuto eterno,
desacreditó el infierno,
vió la luz, volvió á la vida.
¿Tú, pues, porqué desconfias,
y con frívolas escusas
temeridades acusas
en lícitas osadías?

Diego.

Porque en esos, el intento
no dejó de ser locura,
aunque tuviesen ventura
en lograr su atrevimiento;
y yo, para merecerte,
intentar tal desvarío,
si en mis fuerzas no me fio,
no he de fiarme en mi suerte.

Elena.

En las empresas de amor,
toda la felicidad
consiste en la voluntad,
y es la fortuna el favor;

y no siendo yo mudable,
tu desconfianza es loca,
mientras gozas de mi boca
el céfiro favorable.

Diego.

Mal lo entiendes, pues si aliento
tu céfiro en mi favor,
su tranquilidad mayor
causa mi mayor tormento;
que es el Duque poderoso;
yo pobre, aunque soy honrado;
y cuanto yo mas amado,
ha de estar él mas celoso;
y tu mas cierta esperanza,
es mi peligro mayor,
pues ha de ser tu favor
la espuela de su venganza.
Y así, pues, de cualquier modo
ha de ser fuerza perderte;
yo quiero evitar la muerte
para no perderlo todo.

Elena.

No soy tan necia, ni es justo,
que quiera tener segura
con su rigor mi ventura,
y con su pena mi gusto:
y asi, quiero que te impida
esos temores mi amor,
aventurando mi honor,
para asegurar tu vida

Diego.

¿Cómo?

Elena.

Invencion se me ofrece,
cuanto atrevida, segura;

pero ya la noche oscura
luces del sol desvanece,
y á mi padre estoy temiendo;
vuelveme á ver á deshora;
que no tengo espacio ahora
de decirte lo que emprendo.

Diego.

Cuando la noche ligera
en su carro tachonado
de estrellas haya pasado
la mitad de su carrera,
en tus balcones veré
anticipada la aurora.

Elena.

Yo el sol que mi pecho adora
en ellos aguardare.

ESCENA II.

Decoracion de Calle.

Don Enrique y Tristan de noche con linterna encendida.

Tristan.

¿Hoy la viste y ya la adoras?

Enrique

Si, Tristan, que es Dios amor,
y su poder el favor
no ha menester de las horas.
Con razon la solicito,
que es, segun me han informado,
noble, y rica.

Tristan.

Buen bocado;
pero costará buen grito.

¡Plegue á Dios no des venganza
á la ofendida Lucrecia,
á quien tu rigor desprecia,
y enloquece tu mudanza;
y cuando vuelvas amante
como primero á querella,
no te suceda con ella
lo que al otro caminante!

Enrique.

¿Y que fue el caso?

Tristan

Pasaba
por la quinta de un su amigo,
cuando el cielo, ya mendigo
de luces, amenazaba,
con negros preñados senos,
de las nubes tempestades,
negadas de oscuridades,
y acreditadas de truenos.
Rogóle, que se quedára;
mas resistió el caminante,
y pasó, al fin, adelante;
y en partiendole, dispara
el Austro su artillería,
y sacudiendo las alas,
lluvias de líquidas balas
airado á la tierra envia.
El caminante afligido,
á la quinta bolvió huyendo;
cerrada la halló, y diciendo:
abridme, que arrepentido
vuelvo yá; le respondió
el otro: en vano os volvisteis,
porque si os arrépentisteis,
tambien me arrepiento yo.

Yo temo el mismo desden
en Lucrecia, que ofendida,
la has de hallar arrepentida;
cuando tú lo estés tambien.

Enrique.

Si consíste su venganza
en llegar á arrepentime,
mi muerto amor es tan firme,
que no es sujeto á mudanza:
mas ya han habierto un balcon;
de Elena.

Tristan

¿Quierés hablar?

Enrique.

Primero me he de informar
del estilo, y condicíon,
y las costumbres de Elena;
que el doctor, si cuerdo es,
antes le informa, y despues
las medicinas ordena.

Tristan.

Fuí á llamar cierto dia,
para un enfermo un doctor,
y él sin saber el dolor,
ó enfermedad que tenia,
me dijo: mientras se ensilla
mi mula, mancebo, id,
y que le sangren decid,
que yo voy luego.

Enrique.

La silla
de su mula merecía,
tan sábio fisico.

ESCENA III.

Dichos, Elena é Inés á la ventana.

Elena.

Inés,
esto es amor, esta es
su violencia y tiranía.

Inés.

No culpo su atrevimiento
en quien como tú le adora;
mas dificulto, señora,
que consigas el intento.

Elena.

Bien se, que es dificultoso,
mas cuando entiendan mi engaño,
vendrá á ser el mayor daño,
publicarse que es mi esposo,
y esta es mi mayor ventura.

Inés.

Del Duque temo el rigor.

Elena.

Pues sabe tanto de amor,
disculpará mi locura.

Tristan.

Gente viene

Enrique.

Cubre bien
esa linterna.

Tristan.

Por Dios,
que ó yo me engaño, ó son dos.

Enrique.

¿Pues no somos dos tambien?

Tristan.

Pocos somos.

Enrique.

Pues, Tristan,
el temor puedes vencer,
que yo he de reconocer
cualquiera, que de galan
de Elena indicios me dé,
que á este fin apercibido
de esa linterna he venido.

Tristan.

Si estás resuelto, yo haré
lo que suelo.

ESCENA IV.

Dichos, don Diego y Hernando de noche.

Diego.

Centinela
en esta esquina has de ser,
que el Duque tiene poder,
y rondando se desvela.
En viendo gente, al instante
me avisa.

Hernando.

Advertido quedo,
que sino el cuidado, el miedo
me hiciera ser vigilante *Retirase.*

Tristan.

De los dos se queda el uno,
y el otro, segun parece,
es sin duda quien merece
ser Júpiter de de esta Juno.

Enrique.

Señas hace á la ventana.

Elena.

¿ Es don Diego?

Diego.

Soy, señora,
el que tu belleza adora,
como á deidad soberana.

Elena.

Logremos, pues, los instantes:
oye, mi bien, la invencion
con que aspiro en mi aficion
á ser ejemplo de amantes.

Diego.

Ya te escucho.

Tristan.

¿ Pues qué esperas,
con esto que viendo estás?

Enrique.

Con esto me alientan mas
esperanzas lisonjeras.

Tristan.

¿ Por qué?

Enrique.

Porque he visto ahora,
que es humana esta muger,
y yo quiero pretender,
mas que á Penelope, á Flora.

Tristan.

Concluyóme tu argumento,
don Enrique, que no en vano,
dijo el refran castellano:
quien hace un cesto, hará ciento.

Enrique.

Con todo, me viene á dar
esta esperiencia cuidado;
porque el zelar ha empezado

donde empezó el esperar;
y así, para prevenir
los casos, quiero, Tristan,
conocer este galan,
con quien he de competir.

Tristan.

¿Cómo?

Enrique.

Fingirme quisiera
justicia.

Tristan.

Delito es grave:
mas culpa que no se sabe,
es como sino lo fuera.

Enrique.

Con esta traza imagino
que aseguro tu temor.

Diego.

Los quilates de tu amor
muestra tu ingenio divino,
y me dispongo al efecto.

Elena.

Pues recibe este papel, (1)
para que suplas con él
de la materia el defecto,
si algun punto se te olvida.

Inés.

Gente viene.

Elena.

A Dios.

Diego.

Elena,
mañana acaba mi pena.

---

(1) *Deja caer un papel y don Diego no le halla*

Elena.

Mañana empieza mi vida.

ESCENA V.

Dichos, menos Elena é Inés.

Hernando.

¡Pese á tal, señor! ¿no vés,
que viene gente, qué esperas?

Diego.

Avisarmelo pudieras (1)
á mejor tiempo.

Enrique.

¿Quien es?

Diego.

¿Quien me lo pregunta así?

Enrique.

La justicia.

Diego.

Un caballero
soy español.

Enrique.

Saber quiero,
que aguarda parado aquí.

Hernando.

Aquí nos coge.

Diego.

Sacando
un lenzuelo, salió en él
acaso envuelto un papel,
y le estabamos buscando;
que puede ser que me importe.

---

(1) *Don Diego recata el rostro.*

*

Tristan.

Buena la trazó.

Diego.

Y querria,
que pues es la cortesia
tan natural de la Corte,
y á sazon habeis llegado
con esa luz, permitais,
para que os satisfagais,
y yo salga de cuidado,
que le busquemos.

Enrique.

De Elena *ap.*
debe de ser el papel;
lleve uno mio por él. (1)
Mas me obliga vuestra pena.
que el buscar satisfaccion;
que en vuestro modo se vé,
que escede á la mayor fee
sola vuestra informacion.

Diego.

Merced me haceis.

Enrique.

Yo sospecho,
que le he hallado; veislo aquí.

Diego.

Dios os guarde, que de mí
podeis estar satisfecho,
que de vuestra cortesia
no olvide la obligacion.

---

(1) *Saca un papel de la faltriquera, y arrójale en el teatro, y luego lo levanta él mismo, y se lo dá á don Diego.*

Enrique.

Vuestra hidalga condicion
ha dado egemplo á la mia.

ESCENA VI.

Enrique y Tristan.

Tristan.

Felizmente ha sucedido,
si te hubieras informado
del nombre, casa, y estado.

Enrique.

El temor no es advertido,
y el delito es temeroso:
aun de su rostro no puedo
dar señas.

Tristan.

Ni yo, que el miedo
me cegó, y él receloso
lo encubrió; pero, señor,
¿qué buscas? (1)

Enrique.

Este papel;
que uno mio dí por él
á este amante.

Tristan.

¡Lo que amor
sabe de engaños!

Enrique.

Yo leo:
tén, y alumbra.

Tristan.

¿Pues aquí,

(1) *Alza Enrique el papel de Elena.*

tanta priesa tienes?

Enrique.

Sí,
que es mal sufrido el deseo;
mi sospecha confirmó,
que dice la firma: Elena.

Tristan.

Por su mano se condena,
quien firma lo que escribió.

Lee Enrique.

Yo tengo en Lima un hermano llamado don Juan de Herrera, que salió de aquí con don Estevan de Herrera, hermano de mi padre, veinte años ha, siendo él de siete. Nadie en Milan le conoce; y esto, y el estar mi viejo padre casi ciego, me asegura, para que finjas ser este hermano mio, y que te vienes por haber muerto nuesto tio; y asi viviendo conmigo, perderás los rezelos que te atormentan. Elena.

Tristan.

¡Hay enredo mas estraño!

Enrique.

¿No fuerá bueno, Tristan,
á Elena y á su galán,
darles con su mismo engaño?

Tristan.

Heróica hazaña seria,
si la alcanzases, señor;
que dar con la misma flor
es flor de la fullería.
Y digo, si esta invencion
consiguieses, que no fueras
Don Enrique de Contreras,
sino otro Griego Sinon.

Enrique.

Si de la edad la mudanza,
y el transcurso de los años,
para tan nuevos engaños,
á Elena dan confianza
segura, de que su hermano
no puede ser conocido;
siendo yo recien venido,
y teniendo de la mano
de la misma Elena escrito
este papel: ¿qué he de hacer?
Si se viniere á saber,
disculpa es de mi delito.
¿Quién puede mejor que yo
fingir que es Don Juan?

Tristan.

Bien dices:
los osados son felices,
que los temerosos no.

Enrique.

¡Qué bien sabes obligar
animando y concediendo!

Tristan.

Yo soy criado y pretendo
servir, y no aconsejar.

Enrique.

Animo, pues, que á lo menos,
cuando no alcanze mi amor
así de Elena el favor,
impediré los agenos.

Tristan.

Con eso vendrás á ser
el perro del hortelano,
y con el nombre de hermano
la podrás hablar y ver;

y gozar de los regalos
y su hacienda, aunque despues,
como villano entremes,
acabe la historia en palos.

Enrique.

Mi seguridad, Tristan,
consiste en este papel.

Tristan.

¿Cuál fué el que diste por él
al engañado galán?

Enrique.

Verélo.

Tristan.

Que puede ser,
que en este fingido intento
te dañe, siendo instrumento
de venirte á conocer.

Enrique.

El romance en que la história
de Doña Lucrecia y mia
á Don Alonso escribia,
era, si tengo memoria.

Tristan.

Pése á mí!

Enrique.

¿Pues qué rezelas?

Tristan.

Ver que te nombras en él.

Enrique.

Poco freno es un papel,
á quien pone amor espuelas.
Yo he de emprender, vive Dios,
esta hazaña.

Tristan.

Yo ayudarte.

Enrique.

Todo con ingénio y arte
se alcanza. Mueran los dos
á manos de su invencion.

Tristan.

Llegado á determinar,
lo que importa es madrugar,
y hurtarles la bendicion. *Vánse.*

ESCENA VII.

Sala en casa de Lucrecia.

Don Diego, Lucrecia y Hernando con una luz.

Diego.

Lucrecia, la obligacion
del que á pagar se condena
la mas constante aficion,
no es para el cuerpo cadena,
sí es para el alma prision:
agradecer tu favor
es razon, mas es rigor
que pongas con duro imperio
prisiones de cautiverio
en los contentos de amor.

Lucrecia.

¡Ay Don Diego! mi cuidado
no rezela injustamente,
que un constante enamorado,
solo de su prenda ausente
suele hallarse violentado:
vuestra escusa dá ocasion
á mas zelosa pasion;
porque presumir es justo
que falta en mi casa el gusto
á quien la llama prision.

Diego.

¿No es prision la que gozar
de la libertad me impide?
¿Y no es rigor obligar
á un pretendiente á que olvide
sus aumentos por amar?
Viniendo yo á pretender
oficios que me han de hazer
honrado y rico, es error
atender solo al amor,
pudiendo á todo atender.

Lucrecia.

En vano quereis valeros
de escusas, que nadie ignora,
que por cortesanos fueros
se visitan á deshora
damas, y no consejeros.

Diego.

¿Pues solo con los oidores
se pretende? ¿No hay señores
que conviene grangear?
Terceros no he de obligar?
¿No he de conquistar favores?
Y hasta ahora tú, en efecto,
solo esperanzas me das,
y no es intento discreto
querer por ellas no mas
que viva yo tan sujeto.

Lucrecia.

Si á la posesion te opones
con fingidas dilaciones,
diciendo que el casamiento
puede ser impedimento
de alcanzar tus pretensiones;
¿porqué te quejas aquí

de que solas esperanzas
has alcanzado de mí,
si en lo demas que no alcanzas
te debes quejar de tí?

Diego.

No me quejo, mas te advierto
que aunque tuvieras por cierto
que á otros gustos atendia,
mientras tú no fueras mia,
no hicieras gran desacierto:
cuanto mas, cuando el cuidado
de tu pecho rezeloso,
debe estar asegurado
con la palabra de esposo
que mi firmeza te ha dado;
y al fin, mientras mi aficion
no llega á la posesion
que en tí pretende y adora,
no es el venir á deshora,
esceso que dé ocasion
á un incendio tan violento.
A tu cuarto te retira,
moderando el sentimiento
con que me culpas, y mira,
que apuras mi sentimiento
con celos tan mal fundados,
que parecen afectados;
y pensaré, por los cielos,
que finges, como los celos
los amorosos cuidados.

Lucrecia.

Solo falta que me arguyas,
con causas mal presumidas,
de engañosa, y que atribuyas
á mi fe culpas mentidas,

para desmentir las tuyas;
mas pues mi vista te enfada,
del mal voy desengañada,
que en ser tu esposa pretendo,
que si deseada ofendó,
¿qué he de esperar alcanzada?

ESCENA VIII.

Don Diego y Hernando.

Hernando.

Señor, no la dejes ir,
pues te dá ocasion tan buena
para acabar de reñir,
y con tu adorada Elena
has de ir mañana á vivir.

Diego.

Déjala con su pasion,
que la tengo obligacion,
y no puedo serle ingrato;
pues con tan hidalgo trato
sustenta mi pretension,
remediando con largueza,
como sabes, mi pobreza.

Hernando.

¿Luego mudas parecer,
y determinas perder
la ventura, y la belleza,
que te ofrece la ocasion
de Elena, con la invencion
que esta noche habeis trazado?

Diego.

¿Como puedo enamorado
perder tan alta pasion?

Hernando,

¿Pues que has de hacer?

Diego.

Ocultar
de Lucrecia mi mudanza,
mientras pueda sustentar,
desmentir, y dilatar
mi invencion, y su esperanza,
hasta que habiendo logrado
con Elena mi cuidado,
ni tema su sentimiento,
ni pueda impedir mi intento
la palabra que la he dado.

Hernando.

Dices bien, que es de temer,
si airada se desenfrena,
la furia de una muger.

Diego.

Llega la luz, que de Elena
el papel quiero leer.

Hernando.

¿Señor, no es de la invencion
memoria?

Diego.

Si.

Hernando.

Las dos son,
y pues la leccion sabemos,
mañana la pasarémos. (1)

Diego

¿Quieres tú, que un corazon,
loco de amor, que ha alcanzado
letras de su dulce dueño,
sin haberlas trasladado

---

(1) *Llega la luz Hernando, y habre el papel de Enrique don Diego.*

al alma, le rinde el sueño
tranquilamente el cuidado?
La letra no es de muger,
y son versos.

Hernando.

Con leer
saldrá tu imaginacion
presto de esta confusion:
no te quieras parecer
al necio, que cuando dá
el reloj pregunta la hora;
lee, pues que él lo dirá,
y no discurras ahora,
que dando el reloj está.

Lee Diego.

«La ocupacion cortesana,
»don Alonso, no me deja
»escribiros tantas veces,
»cuantas mi amistad quisiera.

. . . . .

ESCENA IX.

Dichos y Lucrecia al paño.

Lucrecia.

Mal se sosiega un agravio:
ved si en vano se rezela
mi pecho; leyendo está
un billete.

Hernando.

Las tinieblas
de la noche te engañaron,
y en vez del papel de Elena
hallamos este romance,
descuido de algun poeta.

Diego.

Eso es lo cierto, á buscarle
al punto importa que vuelvas.

Hernando.

¿Al punto?

Diego.

Al punto.

Hernando.

¿Na basta
buscalle cuando amanezca?

Lucrecia.

¡Quien los pudiera entender!
¿qué consultas serán estas?
Mas, pues, habla con recato,
cierto es que son en mi ofensa.

Diego.

¿No echas de ver cuanto importa?

Hernando.

¿Qué importa cuando se pierda,
si de memoria sabemos
cuanto contienen sus letras?

Lucrecia.

Ya me falta la paciencia.
Enemigo ¿qué secretos,
y qué pláticas son estas?
Suelta el papel. *coge el papel.*

Diego.

Necia estás
de zelosa.

Lucrecia.

Acaba, suelta.

Diego.

Si con eso has de dejarme,
tómale, para que veas
tu locura en mi verdad,

y en tu engaño mi paciencia.

Lucrecia.

Yo lo veré.

Hernando.

Mal conoces
de mi señor la fineza.

Lucrecia.

¿Pues vos, qué habeis de decir,
alcahuete?

Hernando.

Tomaos esa.

Lee Lucrecia.

"La ocupacion cortesana,
»don Alonso, no me deja
»escribiros tantas veces,
»cuantas mi amistad quisiera:
»demas, que para encantar
»hay aquí tantas sirenas,
»que el mas prevenido Ulises,
»en este golfo se anega.
¿Tantas sirenas, don Diego,
hay en Milan que os diviertan?
¿Luego no soy sola yo
ni son sin causa mis quejas?

Diego.

Prosigue el papel, verás
cuan sin razon me condenas.

Lee Lucrecia.

»Y porque me habeis pedido,
»que os dé siempre larga cuenta
»de mis cosas, atended,
»que aquí mi historia comienza.
»Libre de amor paseaba,
»cuando Dios, y en hora buena,
»di en una Circe, en hechizos....

¿Don Diego, qué Circe es esta?

Diego.

El papel lo dirá, lee.

Lee Lucrecia.

»Como Venus en belleza,
»al fin toda me agradó.
¿Y tú agradástele á ella?

Diego.

El papel lo dirá, lee.

Lee Lucrecia.

»Seguila y supe quien era.
Claro está, que no te habia
de quedar por diligencia.

Lee.

»Y en buen hora sea mentado,
»la tal dama era doncella.
¿Que importa? dale palabra,
como á mí, cuando lo sea,
mas ya no debe de serlo,
pues que dizes que lo era.

Diego

Pesada, Lucrecia, estás:
¿ dí, que indicios argumentas,
que soy quien escribe yo,
si nó es aquesa mi letra,
ni en mi vida hice una copla?

Lucrecia.

El papel lo dirá, espera.
»Era, aunque huerfana rica,
» en nombre y beldad Lucrecia:

Diego.

¿Como?

Lucrecia

¿Vés como el papel
averigua lo que niegas?

¿En coplas anda mi nombre,
y mi fama en estafeta?

Diego.

¿No hay mas Lucrecias que tú?

Lucrecia.

Para tí no hay mas Lucrecias,
donde tantas cosas juntas
te culpan, y te condenan.

Hernando.

¿Señor, qué puede ser ello?

Diego.

Un confuso mar me anega.

Lee Lucrecia.

»Admiréme, entré entré en su casa,
»honestamente compuesta,
»donde una Aldonza, su tia,
»era el dragon de Medea.
¿Hay mas Lucrecias que yo?
¿Al fin, ni es tuya esa letra,
ni has hecho verso en tu vida?

Diego.

Prosigue el papel, Lucrecia,
sin glosarle hasta acabarle,
que me apuras la paciencia.

Lee Lucrecia.

»Era una vieja Creusa,
»aquello, y Dios nos defienda,
»que llamo estantigua yo,
»y que llaman otros dueña.
»Doña Claudia, y doña Julia,
»eran de labor doncellas,
»que ya son tambien donadas
»las familias escuderas.
»Su poco de gentil hombre
»era jayan de la puerta,

»de la silla precursor,
»y Judas de la despensa.
»Un perro braco de falda,
»con collar, y con guedejas,
»era delicia del dueño,
»y tormento de la dueña.
¿Tambien de estas niñerías
importaba darle cuenta?

Hernando.

¡Qué bien informado estaba
el socarron del poeta!

Lee Lucrecia:

»Los pasos acostumbrados
»de un pobre que galantea,
»anduvo mi amor siguiendo,
»ya en visitas y ya en fiestas.
»Paró al fin en concertar
»que me casase con ella,
»que el tramposo y codicioso
»facilmente se conciertan.
¿Cómo es es esto del tramposo?
¿Don Diego, saber quisiera
de cual de los dos se entiende?

Diego.

De mí, si tanto me aprietas,
y á preguntar te anticipas
lo que es mas fácil que sepas,
prosiguiendo, sin matarme
con tus comentos, la letra.

Lee Lucrecia.

»Hicele promesa, al fin,
»de esposo, que las promesas,
»para engañar deseosos,
»son poderosas terceras.
Acabose; la celada,

don Diego, está descubierta:
¿al fin, habeis de engañarme?
¡Buena quedara de necia,
si á crédito de palabras
la posesion os vendiera!
¿Así paga obligaciones,
asi beneficios premia,
así á finezas se obliga
quien de tan noble se precia?

Diego.

Dame, Lucrecia, el romance,
deja que todo lo lea,
entendamos este enigma.

Lee don Diego.

»La promesa pudo tanto,
»ó tanto el amor en ella,
»que por no ser yo Tarquino,
»Lucrecia no fué Lucrecia,
»y antes de ser desposada,
»la hermosa infanta fue dueña.

Lucrecia.

¿Como?

Hernando.

Malo.

Diego.

¿Pues qué dices,
Lucrecia? Ahora comienzan
mis descargos, y tus culpas,
porque yo hasta ahora, apenas
alcancé de tí una mano;
y esto es fuerza, pues confiesa,
que alcanzó la posesion,
que de otro amante se entienda.

Lucrecia.

¿Fundar quieres tus disculpas

¿En lo que fundo mis quejas?
¿Si antes de alcanzar te jactas,
despues de alcanzar, qué hicieras?
¿Quién te fiará su honor?

Diego.

Oye el papel, no pretendas
rebatir mis argumentos
con sofísticas respuestas.
»La posesion conseguida, *Lee.*
»me enseñó la diferencia
»de alcanzar, á desear,
»pues en gozando sus prendas,
»como otras veces solia,
»aborrecila, y dejela.
¿Yo, por dicha, hete dejado,
Lucrecia?

Hernando.

Por Dios, que aprieta
el argumento.

Lucrecia.

¡Ah traidor!
diceslo así, porque piensas
ejecutarlo tan presto,
que ya por hecho lo cuentas.

Hernando.

Sola una muger podia
responder tal sutileza.

Don Diego Lee.

»Con salud, y en este estado,
»don Alonso amigo, queda
»en Milan para serviros,
»don Enrique de Contreras.

Lucrecia.

¡Ay de mí!

Hernando.

¡Ah! noramala.

Diego

¿Qué don Enrique, Lucrecia,
es este?

Lucrecia.

¿Si estos enredos
por desobligarte inventas?

Diego.

¿Qué aun á tan claras probanzas,
buscas frívolas respuestas?

Lucrecia.

¿Pues, don Diego, cuándo fuese
esta historia verdadera,
no hay mas Lucrecias que yo?

Hernando.

Darnos quiere con la nuestra.

Diego.

No, con estas cincunstancias
no hay en Milan mas Lucrecias;
fuera de que yo, engañosa,
no es esta la vez primera,
que tuve nuevas confusas,
que ahora son evidencias,
de este amor de don Enrique:
y de aquí, porque lo sepas,
nació el dilatar mis bodas,
y el no cumplir mis promesas.

Lucrecia.

¡Ah Enrique vil! ¿no bastaba *ap.*
hacerme sola una ofensa?

Diego.

¿Quien de si misma sabia
este delito, esta afrenta,
reñia tan rigurosa,

y hablaba tan satisfecha ?
Quédate, falsa, liviana,
quedate; y ya, ni tu lengua
me nombre, ni en tu memoria
viva esperanza tan muerta;
que convencida tu culpa,
y averiguada mi ofensa,
pues sin honor pretendias,
que yo la mano te diera,
no podrás negar al menos,
que es tan limitada pena
dejarte, y que á mi piedad
debes gracias, y no quejas.

Lucrecia.

Aguarda, señor.

Hernando.

Por Dios,
que te ha venido de perlas
la ocasion para dejarla.

ESCENA X.

Lucrecia.

Escucha, don Diego, espera;
¿ mas qué detengo con ruegos
á quién hube con ofensas ?
¡ Ah villano don Enrique !
plega á Dios, que pues me cuesta
tu engaño el honor, te cueste
a tí la vida mi afrenta.

ESCENA XI.

SALA EN CASA DE DON SANCHO.

Don Enrique y Tristan de camino, y don Sancho.

Sancho
En tan buen hora volvais,
hijo querido, á mis ojos,
cuantas lágrimas, y enojos
con la ausencia me costais.
Volvedme á abrazar; la muerte
de don Estévan de Herrera,
mi hermano, solo pudiera
con la venturosa suerte
de veros, tener consuelo;
que á tantos años de ausencia
faltaba ya la paciencia.

Enrique.
Bien sabe, señor, el cielo,
que quisiera el corazon,
para evitar tus enojos,
que me volviese á tus ojos
menos funesta ocasion.

Sancho.
Cosas son que Dios ordena.

Tristan.
Hasta hora bueno vá. *ap.*

ESCENA XII.

Dichos y Elena.

Elena.
¡Qué vino mi hermano yá!

Tistan.

Aquí es Troya

Enrique.

¡Amada Elena!

Elena.

¡Pero qué es esto? ¡ay de mi! *ap.*

Enrique.

¡Es posible que te veo!

Elena.

Yo te abrazo, y aun no creo,
que tal dicha merecí.

Tristan.

Eso á los bobos: que ha dado *ap.*
vuesta invencion en vazio;
y esta es la hora en que fio,
que huvierades vos tomado
por mas dichoso partido,
que una mina rebentára
y los huespedes volára.

ESCENA XIII.

Dichos é Ines.

Ines.

Aunque esta dicha he sabido
la postrera, no lo soy
en el gusto: dale á Ines,
don Juan mi señor, los pies.
¡Mas ay!

Enrique.

Los brazos te doy.

Tistan.

Ya tengo mi quebradero *ap.*
de cabeza tambien yo.

Inés.

¿Qué es esto, Elena?

Elena.

Llegó
el hermano verdadero
cuando aguardaba el fingido.

Tristan.

A nublo tocan: su pena
publican Ines y Elena.

Sancho.

Fatigado habreis venido,
entrad, hijo á descansar.

Enrique.

Con veros he descansado.

ESCENA XIV.

Dichos menos don Sancho.

Tristan.

Vive Dios, que la han tragado.

Enrique.

Ninguno puede alcanzar,
Tristan, sino se aventura:
ya logré el atrevimiento,
fortuna logre el intento
de lograr esta hermosura. *Vase.*

Tristan.

Ya con su engaño, señor,
se engañó Elena; confia,
que la mayor fullería
es dar con la misma flor.

ESCENA XV.

Dichos menos don Enrique.

Elena.

¿Cómo haremos, Inés, dí,
para avisar á don Diego
de este caso?

Inés.

Tu amor ciego
solo confia de mí
tu secreto.

Elena.

Pues tomar
puedes luego, Inés, el manto,
que por lo que importa tanto,
todo se ha de atropellar.

ESCENA XVI.

Inés y Tristan.

Tristan.

Inés,

Inés

¿Qué quieres?

Tristan.

Espera:
yo sea muy bien venido.

Inés.

¿Qué se hubiera perdido
cuando mal venido fuera?

Tristan.

¿Con tan necia ceguedad
respondes á mis cuydados?

mas siempre en los desposados
la primera es necedad.

Inés.

¡Y qué espacio para mi prisa!
suelta.

Tristan.

Irás á calentar
agua de piernas, y dar
un prefume á la camisa
para el huesped, por cumplir
con uso tan escusado.

Inés.

Ese es mi mayor cuidado;
iré á lo menos á huir
de un huesped tan deseoso
en todo de parecerlo,
que aun no ha dejado de serlo
en la parte de enfadoso. *Vase.*

Tristan.

¡Ah, Inés, como estais cerril!
pues ¡ay! de vos, si os abrasa
amor ageno; que en casa
se os ha entrado el alguacil.

ACTO SEGUNDO.

ESCENA PRIMERA.

SALA EN CASA DE DON SANCHO.

Don Diego y Hernando de camino.

Hernando.

¿En fin, hoy vamos los dos,
si la tramoya nó erramos,
á vivir con quien amamos?

Diego.

Fuerza es ya.

Hernando.

Pues denos Dios,
la ventura de un soplon
que lo tiene por oficio,
sin que en algun beneficio
le acomoden la faccion.

Diego.

Acometamos, Hernando;
pues yá la suerte se echó.

Hernando

Animo, señor, que yo,
vive Dios, que voy temblando;
mas en una duda están
solícitos mis cuydados.

Diego.

Di.

Hernando.

Si por nuestros pecados
vienen cartas de don Juan,
á su padre ¿qué has de hacer?

Diego.

No es esa dificultad,
que con la caduca edad
tanto ha llegado á perder
la vista el viejo, que Elena,
ó yo le hemos de servir
de secretario, y fingir,
ó que la carta es agena,
ó mas antigua la fecha,
que mi partida; de modo
sabremos trazarlo todo,
que ni indicio, ni sospecha
del engaño ha de tener.

Hernando.

Otra duda: si en Milan
hay quien conozca á don Juan,
ó á ti ¿cómo puede ser,
no se desate el enredo?

Diego.

Viveré tan retirado,
tan secreto, y recatado,
que lo dilate, si puedo,
hasta vér de mi intencion
el efecto.

Hernando.

Bien está,
que entre tanto morirá
el Leonero, ó el Leon.

Diego.

Entrémos.

Hernando.

Nombre de Dios,
turbados nuevo los pies.
Este es el viejo.

ESCENA II.

Dichos, don Sancho y Tristan.

Sancho.

¿ Quien es ?

Diego.

O miente el alma, ó sois vos,
señor don Sancho de Herrera.

Sancho.

Yo soy.

Diego.

Padre de mi vida,
dadme esa mano querida.

Tristan.

Malo.

Sancho.

¿ Qué dezis ?

Diego.

¿ Qué espera
vuestra mano, y vuestros brazos,
que á vuestro hijo don Juan,
padre mio, no le dán
tan deseados abrazos ?

Sancho.

¿ Vos sois don Juan ?

Tristan.

Aqui es Troya : *ap.*
voy á avisar á mi dueño. *Vase.*

Diego.

Yo soy don Juan.

Sancho.

¿ Velo ó sueño ?

Hernando.

Errada vá la tramoya. *ap.*

Diego.

Si lo dudais, porque vengo
sin vuestra orden, padre mio,
con la muerte de mi tio,
pienso, que disculpa tengo.

Sancho.

O estoy loco, ó vos lo estais;
ó hay aqui muy grande engaño.

Diego.

¿Qué es esto? ¿Qué tan estraño,
padre, y señor, recibais,
tras tantos años de ausencia,
á un hijo recien venido?

Sancho.

El seso tengo perdido,
sino pierdo la paciencia.

ESCENA III.

Dichos, Enrique y Tristan.

Enrique.

¿Qué es esto, padre?

Diego.

¡Ay de mi!

Hernando.

Acabóse; padre, dijo.

Sancho.

Que teniendo solo un hijo,
hallo, como veis aqui
dos, que afirman que lo son.

Enrique.

¿Que decis?

Sancho.

Este galan,
dice tambien, que es don Juan;

Diego.

Y es verdad.

Enrique.

¡Ay tal traicion!

ESCENA IV.

Dichos, y Elena.

Elena.

¡Qué gran yerro (¡ay desdichada!)
que no le avisase Inés!

Tristan.

Libra el remedio en los pies,
que aquí no has de ganar nada.

Enrique.

¿Sois loco, ó sois embustero?

Diego.

Si el disgusto no temiera
de mi padre, yo os dijera
si lo soy, con este acero;
pero de vuestra insolencia
la verdad ha de vengarme.

Enrique.

A mi me quita el sobrarme
tanta razon, la paciencia,
y quiero daros la pena
en el campo.

Diego.

Venid.

Hernando.

Vamos.

Tristan.

Con esto nos escapamos.

Diego

No me avisáras, Elena. *ap.*

Enrique.

Tenerme, padre, es en vano.

Diego.

Suelta.

Elena.

Detente por Dios,
que en cualquiera de los dos
pierdo amante, ó pierdo hermano.

Tristan.

¡Qué no le deje salir!
la escapatoria nos quita.

Sancho.

Esta cuestion solicita
mi tierno amor decidir,
como padre, y asi quiero
en duda, á entrambos llamar
mis hijos, mas que arriesgar
la vida del verdadero,
por castigar al fingido.

Enrique.

Yo no lo podré sufrir.

Diego.

Ni yo; dejadnos salir.

Hernando.

Ya, sospecho, que han sentido
en la calle la cuestion,
y viene gente.

ESCENA V.

Dichos, el Duque y dos criados.

Duque.

¿Qué es esto,
don Sancho?

Sancho.

El cielo ha dispuesto
señor, que en tal ocasion
mi dicha os haya traído.

Diego.

Este es el Duque ¡ay de mi!

Duque.

Pasaba acaso, y oí
desde la calle el ruído,
y como os tiene mi pecho
amistad tan verdadera,
si yo mismo no subiera,
no quedára satisfecho.
Contadme el caso.

Sancho.

Mi pena
escuchad. *hablan en secreto.*

Hernando.

El andaria,
como otras veces solia,
rondando la calle á Elena,
y nos ha cojido aqui,
sin podernos escapar:
hoy pienso que ha de vengar
sus celos el Duque en tí.

Diego.

El no me ha visto jamás,
y el secreto de mi amor
me libra de ese temor.

Tristan.

¿De qué parecer estás?
¿qué habemos de hacer aqui?

Enrique.

Lo dicho dicho, Tristan.

Tristan.

¿Mas si fuese este el galan
de anoche?

Enrique.

Yo no le ví
el rostro; mas es muy llano,
que no es él, que no podia
Elena, viendo que habia
llegado á Milán su hermano,
dejar de avisarle luego;
este es sin duda, Tristan.

Elena.

Dí siempre, que eres don Juan,
que ningun daño, don Diego,
puede resultar mayor,
que á los dos nos sucediera,
si acaso el duque viniera
á sospechar nuestro amor.

Diego.

Yo lo haré.

ESCENA VI.

Dichos, é Inés con manto.

Inés.

Triste de mi, *ap.*
que pienso que ha sucedido
el daño que hemos temido.
¿Señora?

Elena.

Ay, Inés, por tí
está á riesgo de perder
don Diego la vida, y yo
la opinion; ya sucedió
cuanto mal pude temer.

Inés.

Fuí á su casa á buscalle,
dijéronme, que se habia
hoy mudado, y todo el dia
he andado de calle en calle,
con mas lenguas preguntando,
y mirando con mas ojos,
que tienes ahora enojos;
y al fin, ni de él, ni de Hernando,
hasta ahora pude hallar
quien me diese nueva alguna.

Elena.

Trazólo asi la fortuna,
que cuida de mi pesar.

Sancho.

Este es el caso, que ha dado
ocasion á esta pendencia;
y como su larga ausencia
en mí memoria ha borrado
las especies de su cara,
y con la debilidad
de mi ya caduca edad
los órganos desampara
de la visíva potencia,
la virtud, y haber pasado
de niño á varon, le ha dado
tan forzosa diferencia,
ni puedo desconocer,
ni conocer á ninguno;
y mas dando cada uno
señas, que bastan á hacer,
que les dé crédito igual.

Duque.

¡Quien pudo intentar mayor
atrevimiento!

Criado 1.

Señor,
escucha; ó me acuerdo mal,
ó este que ahora llegó
es el fingido don Juan,
que yo le he visto en Milan
otras veces

Criado 2.

Tambien yo,
y en la calle le he encontrado
de Elena, y aun con acciones
de amante, que á sus balcones
le vi mirar con cuidado;
y este enredo habra emprendido
con orden de Elena.

Duque.

Si,
que el aborrecerme á mi,
de ageno amor ha nacido.
Elena lo habra trazado
por poderle hablar, y ver,
que es galán, ella muger,
ciego amor, yo desdichado:
estoy por darle la muerte.

Criado 1.

¿El nombre quieres cobrar
de tirano?

Duque

¿He de pasar
por este agravio?

Criado

De suerte
te podrás hacer vengado,
que padezcan él, y Elena
de su delito la pena,

sin mostrarte apasionado.

Criado 2.

Desterrarlo de Milan
es remedio, y es castigo.

Criado 1.

Tu parecer contradigo.

Duque.

¿Pues por qué?

Criado 1.

Porqué podrán
quebrantando tu precepto,
verse los dos, que no es
tan corto Milan, que estés
seguro, de que en secreto
no pueda en su confusion
proseguir ocultamente
su amor; y cuando el se ausente,
si es verdadera aficion
la de Elena, como estás
coligiendo de este esceso,
ha de seguirle, y con eso
del todo la perderas.

Duque.

¿Tal error pueden hacer
mugeres que nobles nacen?

Criado 1.

Si las comedias nos hacen
de lo que es, ó puede ser
viva representacion,
desengañarte podia
lo que han hecho cada dia
las infantas de Leon.
Lo segundo has de escoger;
que á ninguno mal sucede,
previniendo lo que puede

sin milagro acontecer.

Duque.

¿Bien dices, mas qué he de hacer,
si todo lo dificultas?

Hernando.

¿Qué saldrá de estas consultas?

Criado 1.

Escucha mi parecer.
Afirmemos, que este amante
de Elena, es falto de seso,
pues este mismo suceso
es informacion bastante,
y mandarás, que en la casa
de los locos, con cuidado
le tengan aprisionado,
mientras el ímpetu pasa
de su furioso accidente.
Y así le darás la pena
de su locura, y Elena
viendo, aunque engañosamente,
divulgada la opinion
en Milan, de que es furioso,
no pudiendo ser su esposo,
le perderá la aficion.

Duque

¡Qué bien lo sabes trazar!
no sin razon en mi pecho,
de tu ingenio satisfecho,
te doy el primer lugar.

Sancho

El tiempo, señor, dirá
cual es el don Juan fingido
de los dos.

Duque.

Yo lo he sabido,

que informacion tengo ya,
don Sancho, de que es un loco
el que dices, que llegó.

Hernando.

Salió la sentencia.

Criado. 1.

Y yo
he sabido que no es poco,
porque yo le he visto hacer
sin número, desatinos.

Criado 2.

Locos hay por mil caminos,
mas nadie lo puede ser
tanto como este español.
Yo soy testigo, que un dia,
que dió en que engastar quería
en una sortija el sol,
por cogerle no cesó
de dar saltos contra el cielo,
hasta que el oscuro velo
de la noche lo escondió.

Hernando.

Oigan como se levanta
un testimonio.

Sancho.

Su intento
confirma este pensamiento.
Mas, señor, lo que me espanta
es, que informado viniese
de señas tan verdaderas,
y tan en seso, y de veras
hablase, que me pusiese
en confusion tan pesada.

Triston

Escucha, cuando don Juan

mi señor entró en Milan,
se apeó en una posada
á informarse de tu estado,
y tu casa, por no andar
á caballo á preguntar
en pueblo tan dilatado.
Allí con esta ocasion
contó sus casos, y creo,
por los efectos que veo,
que se halló á la relacion
este loco, y desde allí
en esta locura dió;
y aun si no me olvido yo,
me parece que le ví.

Sancho.

Este es sin duda el suceso.

Enrique.

Claro está, que nadie fuera
tan osado, que emprendiera
sin ser loco tal esceso.
Mil sospechas me ha engendrado *ap.*
Tristan, esta novedad,
que has visto.

Tristan.

Sino es verdad,
lindaménte la han trobado.

Hernando.

¿Qué dices de esto?

Diego.

No alcanza
mi discurso, la intencion
del Duque, en esta invencion.

Elena.

Entre temor, y esperanza, *ap.*
de un cabello estoy pendiente.

Hernando.

¿No tratas de replicar?
Advierte, que con callar
te confiesas delincuente.

Diego

Bien dices. Oyendo he estado,
señor....

Duque

Basta, no le oigais
mas locuras ¿Qué aguardais?
Haced lo que os hé mandado

Criado 1.

Dadme la espada.

Diego.

Apartad,
solo al Duque la daré.

Duque.

A mi me la dad.

Diego.

Si haré,
fiado en que mi verdad
brevemente hará, señor,
que me la mandeis volver;
y en tanto, mandad prender
tambien mi competidor.

Duque.

Acabad, llevadle.

Criado 1.

Andad.

Diego

¿Hay suceso mas estraño?
¡que tenga premio el engaño
y castigo la verdad! *Llevanle.*

Hernando.

Quiero escaparme callando,

no me hagan tambien prender.

Elena.

Sigue á don Diego, hasta ver
donde le llevan, Hernando.

Hernando

¿O Inés, no nos avisáras?

Inés.

Todo el dia os he buscado.

Hernando.

Si mal nos hubiera estado,
á fé que tú nos hallaras.

ESCENA VII.

El Duque, don Sancho, Elena é Inés.

Sancho.

Hijo, la mano besad
al Duque.

Enrique.

Los pies os pido.

Duque

Vos seais muy bien venido;
los brazos os doy, alzad.
Don Sancho, á Dios, y goceis
muchos años á don Juan.

Sancho.

Los términos de Milan
al Africa dilateis.

Duque.

¡O Elena! ya estoy quejoso,
de que habiendo estado aquí
tanto tiempo, hayais de mí
escondido el rostro hermoso.

Elena.

Del suceso de mi hermano

la turbacion me ha impedido
haberos, señor, pedido
antes de ahora la mano.

Duque.

Alzad, alzad, que agraviais
mi estimacion.

Sancho.

Blason es
nuestro el besar vuestros pies.

Elena.

Como quien sois nos honrais.

Duque.

Vedme mañana, don Juan,
que á premiar en vos me mueve
la razon, lo que le debe
á vuestro padre Milan.

Sancho.

Quien os sirve, señor, queda
premiado. Es justo, y prudente
el Duque. *Vase.*

Enrique.

Fortuna, tente,
un clavo pon á la rueda.

Elena.

¡Ay, don Diego desdichado!
¿cómo vivo?

Inés.

Siempre yo
temí lo que sucedió.

Tristan.

De buena hemos escapado.

ESCENA VIII.

SALA EN CASA DE LUCRECIA.

Lucrecia y Ricardo.

Lucrecia.

Muy poco os debo, Ricardo;
¿no volvierades á darme
la respuesta ayer, sabiendo
los cuidados que combaten
mi pensamiento zeloso?

Ricardo.

Señora, acabé tan tarde
anoche la diligencia,
que de mi industria fiaste,
que no quise interrumpirte
el sueño; y porque no hace
el que ha de dar malas nuevas,
lisonja en apresurarse.

Lucrecia.

¿Malas nuevas?

Ricardo.

Y tan malas
como nuevas.

Lucrecia.

Hablad, dadme
el veneno de una vez,
que es mas rigor dilatarle.

Ricardo.

Siguiendo aquella muger,
que por don Diego tu amante
llegó ayer á preguntar
anduve como mandaste,
de una iglesia en otra iglesia

de una calle en otra calle
que sin comer, consumí
en esto mañana y tarde.
Vine á parar por la noche
á una casa, que por grande,
y suntuosa, ofrecia
de noble dueño señales.
Quise entrar, con intencion,
si pudiera de informarme,
y hallé de gente del Duque
ocupados los humbrales.
Reparé, y arriba oí
voces, que fueron bastantes,
por estar el Duque dentro,
á prometer novedades.
A saberlas me detuve
curioso, y en esto sale
don Diego, entre alguna gente,
que dió indicios de llevarle
preso, segun colegí
desto, y de que daba al ayre
quejas de engaños premiados
y castigadas verdades.
Seguilos, y le llevaron,
al fin (¡desdicha notable!)
á la casa de los locos,
que le aprisionan por carcel.
Esta mañana volví
antes de verte, á informarte
de quien habita la casa
donde sucedió el desastre,
y supe, que es un don Sancho
de Herrera, su dueño, padre
de Elena, doncella en quien
celebra la fama un angel.

Esto solo saber pude,
mira si erré en dilatarte
las nuevas, que si pudiese,
fuera mejor que callase.

Lucrecia.

Mas cordura hubiera sido,
pues me dejan nuevas tales
mas penada, y mas confusa,
informada, que ignorante.
¿Loco don Diego, qué es esto?
¿Cuerdo ayer? ¿perdió tan fácil
el seso? ¿qué puede ser?
Sin duda los zelos hacen
efecto en él tan violento.
Claro es, pues llevaba un áspid
en el pecho, y un infierno
en la memoria de hallarme
sin honra, cuando en mi mano
fundó sus felicidades:
¿qué mucho que enloqueciese?
A falso, á traidor, á infame
don Enrique, plega á Dios
que rebolcado en tu sangre
me pagues tantas ofensas,
pues que de una vez quitaste
seso, y esposa á don Diego,
y á Lucrecia honor, y amante.
Mas entre mil confusiones,
y entre mil sospechas arde
zeloso mi corazon
de esta Elena, cuyas partes
celebra tanto la fama;
que entrar en su casa, hallarle
el Duque en ella, y prenderlo
por loco, dificultades

son, que el pensamiento anegan.
Vuelve, Ricardo, á informarte
de todas las circunstancias
de este caso, que no cabe
el corazon en el pecho.

Ricardo.

Yo lo haré; mas ti tomases
mi parecer, no trataras
de esto mas, pues ya casarte
no puedes con él, si es loco;
y sino, puesto que sabe
tu deshonor, claro está
que él no ha de querer casarse.

Lucrecia.

Ricardo, todo es así,
mas dejarlo, fuera darme
por vencida y sus sospechas
confesára por verdades.
Demas, que le tengo amor,
y no es posible que falte,
aunque el desengaño sobre,
la esperanza en un amante:
y así no admireis, que inquiera
de estos tan confusos lances
la verdad, que de curiosa
lo hiciera, sino de amante.
Fuera, de que puede ser,
puesto que vino el romance
de don Enrique á las manos
de don Diego, que llegase
á saber por este medio
donde está, para obligarle
á que el honor, con la mano;
ó con la vida me pague.

Ricardo.

Basta: yo voy á servirte.

Lucrecia.

Mirad no volvais á hablarme,
Ricardo, sino venís
de todo informado: baste,
que ofensas me martiricen,
y que desprecios me agravien,
sin que dudas me atormenten,
y confusiones me maten.

ESCENA IX.

Sala en casa de don Sancho.

Don Enrique y Tristan.

Tristan.

Ya eres, capitan, señor.

Enrique.

Tristan, ya soy, capitan.

Tristan.

Y muy presto, de Milan
has de ser gobernador;
segun el amor promete,
del Duque; mas no es segura,
ni de un tahur la ventura,
ni el honor de un alcahuete.

Enrique.

¿Pues soylo yo?

Tristan.

Tú deseas
no serlo, mas el señor
quiere á Elena, y de su amor,
solicita que lo seas;
y así, aunque serlo no quieras,

pues con este fin te dá
y tú tomas, claro está,
que para con Dios lo eres;
y de esto vengo á sacar
en tu bien desconfianza,
porque quita, sino alcanza,
el que dió por alcanzar.

Enrique.

Bien vá hasta ahora; confia
Tristan; que el que empieza bien
ha hecho lo mas.

Tristan.

Tambien
un filósofo decia;
que puesto que viene á ser
lo esencial el acabar,
no hace nada en comenzar
el que tiene mas que hacer.
Y supuesto que te opones
al deseo enamorado
del Duque, y con tal cuidado
impides sus pretensiones,
en conociendo tu intento,
dará contigo al traves,
que ha de ser culpa despues,
cuanto es hoy merecimiento.

Enrique.

Hoy del mar en que me veo,
pienso á la orilla salir;
que no puede ya sufrir
tanto silencio el deseo:
demas, que importa abreviar,
que es de mi atrevido intento,
un engaño el fundamento,
y poco puede durar.

Tristan.

¿ Determinas declararte?

Enrique.

Si, Tristan.

Tristan.

¿ No ves el daño
que te amenaza ?

Enrique.

El engaño,
el ingenio, industria, y arte,
todo lo alcanza; de modo,
antes que lo llegue á hacer,
á Elena he de disponer
que me asegure de todo.
Y si le vengo á decir
que soy su amante, en un punto
ha de llegar todo junto,
declarar, y conseguir.

Tristan.

¿Y si acaso te resiste,
ó entra su padre, y te halla
en la amorosa batalla?

Enrique.

En eso mismo consiste
el fundamento engañoso,
de otro medio que prevengo,
para la intencion que tengo
de llegar é ser su esposo;
que este papel ha de ser
de mi disculpa, y mi intento
el cauteloso instrumento. *Muestra el papel.*

Tristan.

Ella viene.

Enrique.

Hoy has de ver,

que el amor lo alcanza todo;
solos nos deja á los dos.

Tristan.

Esto es hecho; ¡plega á Dios,
que no nos ponga de lodo!

ESCENA X.

Enrique, Elena, y Tristan al paño.

Enrique.

¿No me das, querida Elena,
la norabuena?

Elena.

No sé,
si será bien que te dé,
hermano, la norabuena
de tu privanza, y de ver
esa merced, que hoy te ha hecho
el Duque, cuando sospecho,
que subes para caer.
No son, don Juan, los servicios
de mi padre, lo que en ti
premia el Duque, amarme á mi
te negocia esos oficios;
y asi es fuerza, averiguado
que su injusto fin conoces,
ó que afrentado los goces,
ó los pierdas castigado.

Enrique.

Hermana, bien sé, que nace
mi privanza de tu amor,
mas no admitir el favor,
y la merced que me hace,
es darme por entendido
de su aficion, y mostrarme,

sino consiento obligarme,
de su intencion ofendido.
Y fuera notorio error
el publicarme celoso,
que es el Duque poderoso,
y es mi paciencia el amor;
y asi, mi cuidado intenta
casarte, y quitarle asi
una vez, la causa en ti
de su amor, y nuestra afrenta.
Pero tú, hermana querida,
el esposo has de elegir,
que no quiero redimir
mi peligro con tu vida.
Dime, si tienes amor;
declaráme, Elena mia,
tu corazon, y confia,
que no con piedad menor,
si tienes á quien querer,
juzgue, y remedie tu pena,
que tu misma. Bien sé, Elena,
que aunque noble, eres muger;
y aunque sé, que eres honrada,
sé que eres moza tambien,
y no es culpa querer bien,
si es la aficion recatada.

Tristan.

Qué bien dispone su intento.

Enrique.

Prevencion es importante *ap.*
saber quien es el amante,
que le ocupa el pensamiento:
procuraré divertir
antes de él su corazon;
que le diga mi intencion;

porque para introducir
segunda forma, espeler
es forzoso la primera.

Elena.

¡Que buena ocasion tuviera *ap.*
don Diego ahora, de ser
mi esposo, si lo pasado
no le hubiera sucedido!
Pero mi hermano ofendido,
y él en tan mísero estado,
con la opinion de furioso
divulgado, claro está,
que don Juan no lo querrá
por su cuñado y mi esposo.
Yo, en efecto le he perdido,
pues declarar el engaño,
fuera acrecentar el daño,
y hacer de todo ofendido
al Duque de su intencion,
y de su injuria á mi hermano;
y pues hablar es en vano,
calle y sufra el corazon.

Enrique.

Habla, sola estas conmigo,
no dudes, no te suspendas,
ni recatada me ofendas,
cuando amoroso te obligo.

Elena.

Si he de decírte verdad,
hasta ahora, hermano mio,
no ha rendido mi alvedrio
al amor su libertad;
y el suspenderme, don Juan,
no es dudar, es recorrer
la memoria, para vér,

que caballero en Milan
para mi esposo me agrada,
y mirados uno á uno,
hallo al fin, que con ninguño
estaré á gusto casada.

Enrique.

Yo no te doy á escoger
para ese efecto el mejor:
si tienes á alguno amor
es lo que quiero saber;
que no estando enamorada,
la eleccion me toca á mi,
y el obedecer á ti,
si el que eligiere te agrada.

Elena.

Verdad te he dicho, don Juan.

Enrique.

Júralo, Elena querida.

Elena.

Por tu vida, y por mi vida,
que no hay hombre de Milan,
que yo quiera. Verdad juro *ap.*
pues que mi adorado preso
es de España.

Enrique.

Pues con eso
de tu verdad me aseguro:
escucha. Si un caballero
noble, y español te doy
por esposo, de quien soy
retrato tan verdadero,
en talle, en rostro, en edad,
y en todo, que si quisiera
decir, que soy él, venciera
el engaño á la verdad:

¿quisierasle, hermana, dí:
Olvida, que soy don Juan,
mirame como á galan,
que está muriendo por tí,
y examina allá en tu pecho
tu secreta inclinacion.

Tristan.

No vá mala la invencion.

Elena.

¡Válgame Dios! ya sospecho *ap.*
algun gran mal, y no en vano,
porque mostrarse en mirarme,
en socorrerme, obligarme,
siempre amante mas, que hermano;
preguntarme tan curioso,
que amante me dá cuidado;
décir, que es vivo traslado
del español, que mi esposo
quiere hacer; pedirme aqui,
que olvidando, que es don Juan,
le mire como á galan,
que está muriendo por mi;
sin duda el amor tirano
le privó de entendimiento....
¿mas que nuevo pensamiento
me ocurre? ¿sino es mi hermano?
¿Si la invencion nos hurtó?
Puede ser; porque tratando,
desto ayer, me dijo Hernando,
que don Diego se dejó
en la calle mi papel,
donde él lo buscó otro dia,
y no lo halló, y ser podia,
que este hubiese hallado en él
su instruccion, y nuestro daño:

y no es menor presuncion
el venir en ocasion,
que parece, que al engaño
se procuró anticipar,
¿pero qué estoy discurriendo,
si es tan facil, consintiendo,
obligarle á declarar?

Enrique.

¿Qué respondes?

Tristan.

La sentencia
sale aquí.

Elena.

Que no podia
darme la ventura mia,
quien halle correspondencia
en mi esquivo corazon,
sino el que has dicho, si de él
eres retrato fiel,
conforme á tu relacion.

Enrique.

¡Hay hombre mas venturoso! *ap.*
¿Luego bien podré, seguro
de que tu gusto procuro
en dartele por esposo,
tratando, siendo verdad,
que soy su traslado en todo?

Elena.

Digo, que si, y es de modo
el gusto y conformidad,
que siento, si le pareces
tan del todo, que he mirado
con atencion y cuidado,
antes de ahora mil veces,
las partes que puso en ti,

de talle, de gentileza,
de entendimiento, y nobleza,
el cielo, y dicho entre mi:
¡O si fuera tan dichosa
mi suerte, que mereciera
ser de un hombre, que tuviera
iguales partes, esposa.
Y aun, pero callar es justo,
que á liviandad juzgarás
lo demas.

Enrique.

Dí lo demás;
no me des penado el gusto
que recibo de saber;
que es tan dichoso mi amigo,
que su retrato contigo
tanto pudo merecer.

Elena.

Digo, don Juan, que mi pecho
alguna vez ha pasado
adelante, y me ha pesado
de ser tu hermana.

Tristan.

Esto es hecho;
declaróse, vive Dios.

Enrique.

¿Luego si yo no lo fuera,
y ser tu esposo quisiera,
estuviéramos los dos
conformes en el intento?

Elena.

De ello puedo asegurarte.

Enrique.

¿Pues qué tardo en declararte,
Elena, mi pensamiento?

¿Qué aguardo, que no te esplico
la verdad? Dame la mano,
tu amante soy, no tu hermano.

Tristan.

Arrojose el mancebico.

Elena.

¿Qué dices?

Enrique.

Dale los brazos
á tu amante, y á tu esposo.

Tristan.

Andallo.

Elena.

Aparta engañoso.

Enrique.

Acaba.

Elena.

Dos mil pedazos
me podras primero hacer;
que cuanto he dicho fingí,
por saber lo que de tí
me dieron siempre á entender
tus ojos.

Enrique.

Si tu mentiste,
ya me llegué á declarar,
y forzando he de alcanzar,
si engañando prometiste.

Elena.

¿Padre, señor?

Tristan.

Voces dá,
el negocio vá perdido,
porque don Sancho ha sentido
la pendencia, y viene ya.

¿Qué haceis? Advertid, que viene *sale*,
vuestro padre.

Enrique.

De enojado *ap.*
rabio. ¡Qué me haya engañado!
Remediarlo me conviene. (1)
Vive Dios, que he de abrazarte.

ESCENA XI.

Dichos, don Sancho é Inés.

Sancho.

¿Qué es esto?

Elena.

Escucha, señor,
los engaños de un traidor.

Enrique.

Tienes razon de quejarte; (2)
habla, descansa.

Sancho.

Un papel *ap.*
de la manga le ha adquirido.

Elena.

Por fuerza, padre ha querido
abrazarme, que el infiel
que estás viendo, no es don Juan.

Enrique.

Dices verdad ¿qué mas quieres?

Sancho.

¿Qué dices?

---

(1) *Saca un papel de la faltriquera.*

(2) *Hace don Enrique que le saca un papel de la manga, de suerte que lo vea don Sancho.*

Enrique.

No te alteres:
digo que soy un galán,
señor, que á tu hija adora.
¿Elena, quédate mas
que decir?

Elena.

No: lo demas
le tocá á mi padre ahora.
Inés, tú has de llevar luego
unas cartas de mi hermano,
porque de su propria mano
las copie al punto, á don Diego.

Inés.

¿Para qué?

Elena.

Pues la ficcion
de que es don Juan, cobra ya
nueva fuerza, esta será
provechosa prevencion.

ESCENA XII.

Don Sancho, Enrique y Tristan.

Tristan.

¡Cielos! ¿En que ha de parar?
¡Qué lo confesase todo!
Mas confesar, es el modo
mas astuto de engañar;
y él sabe mas que Merlin.

Sancho.

Loco estoy.

Enrique.

Ahora atento
escucha del fingimiento

que has visto, señor, el fin.
Tristan me dió noticia, de que ha poco
el criado de aquel, que intentó osado
fingir que era tu hijo, ó cuerdo, ó loco,
trajo á Elena un papel, y ella lo habia
leido, y en la manga lo tenía;
pues yo como ofendido del engaño,
que pretendió, y del lance tan estraño
en que me ví por él, quise informarme
por el papel del fin, y fundamento,
de su engañoso intento,
y temiendo que Elena, si entendiera
mi intencion, el remedio previniera,
me parecio consejo conveniente,
para contraminarle cautamente
sus intentos, cogerle, si pudiese
el billete, sin que ella lo entendiese:
quise aquí ejecutarlo, y entre amores,
blandas caricias, y requiebros, darle
un abrazo intenté, para sacarle
de la manga el papel, sin ser sentido;
el pecho sospechoso, y ofendido
huyó Elena, diciendo:
¿eres galan don Juan, ó eres hermano?
y al fin, el llegar tú, y al mismo punto
conseguir yo mi fin, fue todo junto,
pues de la manga sin sentirlo Elena,
la saqué este papel, que en lo que digo, (1)
si tú lo dudas, sirva de testigo.

Sancho.

Yo te la ví sacar. Verdad parece, *ap.*
mas no del todo me aseguro: quiero

(1) *Muestra el papel.*

disimular, que el tiempo, y la paciencia
daran de las sospechas evidencia.
Que susto tan estraño
recibí del engaño,
que le juzgué evidente,
viéndote confesar tan llanamente.

Enrique.

Eso mismo debiera
obligarte á dudarlo, que no fuera
tan nécio yo, ni juzgo tan liviana
á Elena, que sino fuera mi hermana,
cometiera arrojado el amor mio,
estando en casa tú, tal desvario:
mas de esto no hay que hablar; señor leamos
el pápel, que esto importa, y prevengamos
remedios con secreto.

Sancho.

Eso conviene

Enrique.

Retírate, Tristan, donde si viene
Elena, nos avises.

Tristan.

Descuida: él es otro segundo Ulises.

Lee Enrique.

"Elena, si te dueles de mis males
»si de tu amor no sienten las señales,
»tú sola puedes remediar las penas,
»que padezco entre locos y cadenas.
»Un medio solo puedo hallar bastante
»á este fin, y es, que finjas, que es tu amante
»Don Juan, y no tu hermano,
»que siendo con tu padre poderoso
»tanto tu amor, y acumulando indicios
»que tu sabrás trazar, tengo por llano,
»que puesto que le tiene sospechoso

»de la verdad el caso sucedido,
»quedará facilmente persuadido.
»Grave es la empresa, yo te lo confieso;
»mas en quien ama no hay culpable esceso.“

Enrique.

¿Qué te parece?

Sancho.

Temerario intento.

Enrique.

Y aun por eso esforzaba el fingimiento,
ahora, y con pregunta semejante,
me indujo á confesar que era su amante.
Padre, peligros del honor, no sufren
plazos, ni dilaciones;
el Duque amante ha puesto en opiniones
la opinion de mi hermana;
y este loco, á quien es cosa tan llana,
que Elena tiene amor, no obliga menos:
casémosla, señor, corra por cuenta
de su esposo el cuidado de su afrenta.

Sancho.

Bien fuera, mas al Duque temo airado,
que es poderoso, y es enamorado.

Enrique.

Escucha, pues, atento.
Llegando de las Indias á Sevilla,
contraje allí amistad con don Enrique
de Contreras, un joven, por sus partes,
y sangre, tal, que á Elena honrar pudiera,
si ella mas alta calidad tuviera:
pasó conmigo á Italia, y está ahora
en Nápoles; yo intento
hacer con él de Elena el casamiento:
yo mismo iré á tratarlo,
que es hacerlo por cartas, dilatarlo;

y concertado ; ó hecho por poderes,
para mas brevedad, á darle efecto,
mi hermana partirá con gran secreto
á Nápoles, de modo,
que de esta suerte se consigue todo,
que ella se casa bien y tú, finjiendo,
lloroso, y enojado,
con el Duque, que Elena se ha escondido,
y que presumes, que él, pues la ha querido,
la oculta, harás, que trate mas de darte
satisfacciones, viéndote agraviado,
que de mostrarse sin razon airado.

Tristan.

¡Señores, hay quien crea
industria igual?. por Dios que me marea.

Sancho.

Mi sospecha cesó, porque si él fuera *ap.*
su amante, y no su hermano, ni quisíera
darle otro esposo, ni le hubiera dado
el zelo de mi honor tanto cuidado.

Enrique.

¿Qué dices?

Sancho

Que me agrado, y que ya habias
de haber partido, porque el mal es grave,
y remedio suave
no ha de poder curarlo.

Enrique.

Mañana he de partir á ejecutarlo.

ESCENA XIII.

Enrique y Tristan.

Tristan.

¿Señor?

Enrique.

¿Qué dices?

Tristan.

Que me tienes loco:
¿quién te enseñó á engañar?

Enrique.

En las escuelas
de amor aprendí engaños y cautelas.
A Nápoles me parto, de allí envio
poder para casarme con Elena;
partase de Milan, y en tierra agena
la tengo en mi poder: mira si puedo
dudar el fin dichoso de este enredo.

ACTO TERCERO.

ESCENA PRIMERA.

DECORACION DE CALLE.

Lucrecia con manto y Ricardo.

Ricardo.

Esta, señora, que ves,
es de don Sancho de Herrera
la casa.

Lucrecia.

Serlo pudiera
de un gran señor.

Ricardo.

Esta es
la misma, de donde preso
salió don Diego, y aquí
donde el falso Enrique ví;
cuando de todo el suceso
los lances vine á saber,
como mandaste.

Lucrecia.

Subid,
y que le aguarda, decid,
para hablarle, una muger.
Mas tened, que en el zaguan,
prevenciónes de camino
se me ofrecen; ya imagino,
que se ausenta de Milan

el traidor.

Ricardo.

Lo que rezelas,
señora, se ha confirmado,
que hablando con su criado
baja con botas y espuelas.

ESCENA II.

Dichos, don Enrique con botas y espuelas, y Tristan.

Enrique.

Ya sabes lo que has de hacer
en esta ausencia, Tristan;
solo te dejo en Milan,
á velar, y á deshacer
los indicios que mi enredo
pueden descubrir.

Tristan.

Señor,
pierde seguro el temor;
de todo advertido quedo;
confia de mi lealtad,
que mil veces moriria,
antes que por culpa mia
se supiese la verdad.

Enrique.

Siempre ha mostrado tu amor
en las obras tus deseos:
llega el caballo.

Lucrecia.

Teneos.

Enrique.

¿Quién es?

Lucrecia.

Enrique traidor.

sin vergüenza, sin honor,
pensábaste, dí, ausentar,
fementido, sin pagar
tan justa deuda.

Enrique.

¡Ay de mí!
No des voces.

Tristan.

Jamás ví
encuentro con tanto azar.

Lucrecia.

Enrique...

Enrique.

Habla mas quedo.

Tristan.

Calla, diablo; voces dá,
diciendo Enrique, y está
bamboneando el enredo.

Lucrecia.

Nunca vió la cara al miedo
la verdad, no; y ofendida
la razon, es mal sufrida;
no tienes que reportarme,
que el honor has de pagarme
con la mano, ó con la vida.

Enrique.

Escuchame.

Lucrecia.

En vano son
las palabras, engañoso,
mientras la mano de esposo
no cumpla tu obligacion.

Enrique.

Digo, que tienes razon;
¿quieres mas?

Lucrecia.

Cuando te vas,
¿qué satisfaccion me das
de la deuda en confesarla.

Enrique

Presto volveré á pagarla.

Lucrecia

¿Qué sé yo si volverás,
siendo, Enrique, forastero?

Tristan.

Dalle á Enrique; esta muger *ap.*
nos ha de echar á perder,
señor.

Enrique.

Remediarlo espéro. *ap.*
Lucrecia, decirte quiero
verdades, que te podrán
asegurar. De Milan
soy vecino, esa que ves
es mi casa, don Sancho es
mi padre, y yo soy don Juan;
no don Enrique, entendiendo
poderme ocultar de tí,
llamarme Enrique finjí;
mas pues en vano pretendo
ocultarme ya, en volviendo,
de ser tu esposo te doy
palabra, como quien soy.

Lucrecia.

Eso no; necia seria
en fiar para otro dia,
lo que puedo cobrar hoy,
y mas cuando haciendo estan
informacio[illegible]ue intentas
mas en[illegible] los que inventas,

deciendo, que eres don Juan;
que de algunos, que en Milan
te conocen de tu estado,
y nombre me habia informado
cuando me fie de ti.

Diego.

La maquina acaba aquí, *ap.*
si don Sancho lo ha escuchado.
Mira que es tarde, señor,
sube.

ESCENA III.

Dichos y don Sancho al paño.

Sancho.

¿Qué voces serán
las que oigo en el zaguan.

Enrique.

A Dios, Lucrecia

Lucrecia.

Traidor,
sin restaurarme el honor,
no has de partir.

Enrique.

Bueno fuera
que por tí no me atreviera.
Suelta.

Lucrecia.

En Milán hay Justicia,
que castigue tu malicia.

ESCENA IV.

Dichos y Elena desde el paño.

Elena.

¿Qué es esto, señor?

Sancho.

Espera.

Enrique.

Pues tanto me aprietas, digo,
que ni te debo el honor,
ni en tí hay sangre, ni valor,
para casarte conmigo.

Lucrecia.

Eso merece, enemigo,
la que de ti se ha fiado.

Enrique

Tristan, si nos ha escuchado
don Sancho, sabe enmendar
con mentir, ó con negar,
el error.

Tristan

Pierde cuidado. *Vanse.*

Lucrecia.

Traidor fementido, parte
huyendo discurre el suelo,
que el Duque, Milan, y el Cielo,
me ayudarán á alcanzarte.

ESCENA V.

Don Sancho, Elena y despues Tristan.

Sancho

La causa de la cuestion
no puede bien entender;
mas con Tristan he de hacer
de todo averiguacion.
Mancebo.

Tristan.

¿Señor? Por Dios *ap.*
que pienso, que han escuchado

todo cuanto aquí ha pasado.

Sancho

¿ Qué esto pasa , y que sois vos
cómplice destos delitos ?
Llegaos , llegaos.

Tristan.

Ya me llego.
Visto nos ha todo el juego ;
mas tales fueron los gritos
de aquel demonio , ó muger.

Sancho.

Todo cuanto ha sucedido ,
traidor , he visto , y oido ,
y lo primero há de ser ,
que vos , que andais de por medio
en las maldades que veis ,
la justa pena lleveis.

Tristan.

Lo ha oído todo , no hay remedio. *ap.*

Sancho.

¿ Inés?

ESCENA VI.

Dichos é Inés.

Inés.

¿ Señor ?

Sancho.

Al momento
vaya un criado , y aqui
me traiga un verdugo. (1)

Tistan.

¿ A mi ,
que castigo , qué tormento
quieres darme ? ¿ en qué he pecado ?

¿puedes con razon culpar
en un criado el callar?

Sancho.

En ayudar sois culpado.

Tristan.

Tampoco en eso lo he sido;
porque si loco de amor
don Enrique, mi señor,
por Elena, se ha fingido
don Juan...

Sancho.

¿Qué escucho?

Tristan.

¿Debiera,
si de mi se confió,
descubrir el caso yo,
aunque la vida perdiera?

Sancho.

¡Válgame Dios!

Elena.

Ya verás,
padre, que no te engañé.

Sancho

Mas descubro que intenté; *ap.*
pero saber lo demas
con cautela, es conveniente.
Yá yo de todo tenia
indicios; pero queria
hacer probanza evidente
de todo el caso, primero
que emprendiese la venganza.

Tristan

Fácil era la probanza;
que puesto que es forastero,
hay algunos en Milán,

que á Enrique en España vieron,
y en Madrid le conocieron,
donde sus padres están.

Sancho

¿Pues cómo se prometia
de tanto engaño el secreto?

Tristan

Con abreviar el efecto,
que por eso no salia
de casa, por escusar,
que alguno le conociera,
y el secreto descubriera:
¿mas puedes, señor, culpar,
que te haya servido yo,
como criado fiel?

Sancho.

No; mas decid, ¿el papel
que de la mano sacó
á Elena?

Tristan.

Fue fingimiento,
que Elena no le tenia;
don Enrique lo traia
escrito para el intento,
que puedes yá colegir
del suceso; ¿pero quien
culpará que sirva bien,
el que bien puede servir?

Sancho.

Nadie, ni fuera razon;
¿pero, quien es esta dama
con quien riño?

Tristan.

Ella se llama
Lucrecia, y la posesion

de su persona, y honor
le entregó, como has oído,
con palabra de marido,
que le dió Enrique.

Elena.

¡Ah traidor!

Sancho.

¿Y donde vive Lucrecia?

Tristan

En Palacio, y es hermosa,
noble, rica, y virtuosa;
mas Enrique la desprecia
con esperanza de hacer
con Elena el casamiento,
que á Nápoles lleva intento
de casarse con poder
desde allá con ella, y luego,
que en el suyo, sin defensa
la tenga en Nápoles, piensa
dar efecto á su amor ciego.
Dios sabe si lo he intentado
estorbar; ¿mas quien podrá
resistir á quien está
con amor determinado?

Sancho

Bien decis, y ya os remito
la pena que mereceis;
mas porque no le aviseis
de que sepa su delito,
quiero que esteis encerrado
en ese aposento: entrad.

Tristan.

Señor...

Sancho.

¿Replicais? callad.

Tristan.
Servir es ser desdichado.

ESCENA VII.

Don Sancho, Elena y don Juan.

Elena.
¿Qué te parece, señor,
que esté por falto de seso,
triste, maltratado, y preso
mi hermano por un traidor?
¿Y qué pensases, que yo
te engañaba?

Sancho.
Aun tú creyeras
que te engañabas, si oyeras
los enredos que fingió.

Elena.
¿Y á mi hermano tardarás
en librar de tanta pena?

Sancho
Importa pensarlo, Elena,
por si hay mas.

Elena.
¿Qué quieres mas
que una probanza tan clara?

Sancho.
Si tantos hay que afirmaron,
que le vieron, y le hablaron
antes que en mi casa entrára,
tantas veces en Milan,
y que es loco, y refirieron
los dislates que le oyeron;
¿he de creer, que es don Juan?

Elena.

Que le vieron es muy cierto;
mas Hernando su criado,
de la ocasion me ha informado,
que á estar le obligo encubierto.

Sancho.

¿Y fué?

Elena.

Que noticia tuvo,
que el Duque me pretendia,
y averiguarlo queria
secreto, y por esto estuvo
rondando mi puerta, y calle:
muchos dias recatado.
El Duque está enamorado,
y debieron de encontralle
sus cuidadosas espías,
mirando hácia mis balcones,
ó con algunas acciones
atento á saber las mias;
y conociendole aquí,
aquella noche, informaron
de ello al Duque, y le obligaron,
á que celoso de mí,
creyendo, que es mi galan,
por vengarse, y estorbarme,
que con él pueda casarme,
fingiese loco á don Juan;
y es clara esta presuncion,
pues el Duque, y sus criados,
secretos, y recatados,
maquinaron la intencion.

Sancho.

Piénsolo así; que si allí
verdad sencilla tratáran,

ni de mi lo recataran,
ni se escondieran de tí.

Elena.

No es la luz del sol mas clara;
mas véje á ver, y podrás
de el, padre, informarte mas,
que, ni yo te aconsejára,
que te arrojes sin hacello.

Sancho.

Bien me aconsejas

Elena.

Espera,
que mejor traza pudiera
darnos evidencia de ello;
hacerle escribir, y ver
si es la letra de mi hermano.

Sancho.

Dices bien.

Elena.

Pues yo prevengo
las cartas suyas que tengo,
desde las Indias escritas,
mientras tú le vas á hacer
escribir en tu presencia,
para que en esta esperiencia
engaño no pueda haber.

Sancho.

Voy á ejecutarlo luego.

ESCENA VIII.

Elena é Inés.

Inés.

Qué prevenida has andado
en hacer, que haya copiado

de letra suya don Diego
las cartas, que mi señor
de tu hermano ha recibido.

Elena.

Fuera de que le han servido
para informarse mejor
mi padre, que yá leellas,
por su edad no ha de poder,
las ha de dár á leer,
y reconociendo en ellas
las razones de don Juan,
no recelará este engaño.

Ines.

El enredo es mas estraño
que vió en mil siglos Milán.

Elena.

Atrevido es el intento:
mas quien supiere de amor,
sabrá perdonar mi error,
y alabar mi entendimiento.

ESCENA IX.

PALACIO DEL DUQUE.

El Duque y criados.

Duque.

Abrázame. ¿Qué Don Juan,
es cierto que se ausentó?

Criado 1.

Por mis ojos le ví yo,
señor, partir de Milán.

Duque.

No puedes haberme dado
otra nueva mas gustosa,

que guarda á su hermana hermosa
el nécio, con tal cuidado,
que la paciencia perdía.

Criado 1.

No ví jamás forastero
tan reposado y casero,
porque no ha salido un dia
siquiera á ver la ciudad.

Duque.

Pues si puedo antes que él vuelva
he de hacer que se resuelva
la endurecida crueldad
de Elena, á aliviar mi pena,
que usando de mi poder,
París segundo he de ser,
pues ella es segunda Elena....
Mas su padre viene aquí.

ESCENA X.

Dichos y Don Sancho.

Sancho.

Dadme los pies.

Duque.

Levantad,
Don Sancho ¿qué novedad
pudo tanto, que de mí
os acordasteis?

Sancho.

Señor,
escuchad lo que han podido
de un don Enrique atrevido
el engaño y el amor.

Criado 2.

Sospecho que ha de emprender (1)

(1) *Habla en secreto.*

el Duque algun grande esceso,
que amor le priva del seso.

Criado 1.

Desde el decir al hacer
muy grande distancia veo.

Criado 2.

Resuelto está.

Criado 1.

Poco importa;
que la razon le reporta,
si le enloquece el deseo.
Muchos verás que enojados
con los ardores primeros,
arrebatados y fieros
juran hacerse vengados,
y despues mudan intento;
porque el mismo amenazar
les sirve de mitigar
la furia del sentimiento.

Duque.

¿Hay mayor atrevimiento,
y mas si acaso el traidor
tuvo indicios de mi amor?
Julio.

Criado 1.

Señor.

Duque.

Al momento
en postas, en cuyos pies
las alas del viento ofendas,
has de partir, porque prendas
al falso Don Juan.

Sancho.

No es

dificultoso alcanzarlo,
que hoy se partió de Milán.

Criado 1.

¿Y hácia donde vá Don Juan?

Sancho.

En el camino has de hallarlo
de Nápoles.

Duque.

Pues no vuelvas,
¿qué te detienes?

Criado 1.

Señor,
si volar sabe el amor,
no habré menester espuelas. *Vase.*

ESCENA XI.

Dichos menos el criado.

Sancho.

Ahora si sois servido,
resta que á Don Juan mandeis
sacar de prision, pues veis
que sin culpa ha padecido.

Duque.

Advertid que ser podria
otro engañoso galán.

Sancho.

¡Jesus; señor! es don Juan,
si es clara la luz del dia;
con que estas cartas veais (1)
que me escribió de su mano
de Lima, vereis que en vano
nuevo engaño rezelais;

---

(1) *Mira el Duque las cartas.*

y con ellas cotejad
esta letra y esta firma,
que si es la misma, confirma
claramente esta verdad,
pues ahora en mi presencia
escribió.

Duque.

Una misma es
la letra y firma.

Sancho.

Y despues
de esta tan clara esperiencia,
le examiné diligente
en cosas de que colijo
esta verdad, que mi hijo
las supiera solamente.

Duque.

¿Pues cómo le vieron antes
tantas veces en Milán
mis criados, si es Don Juan?

Sancho.

Por negocios importantes
anduvo en Milán secreto,
y aun el nombre se mudó;
que Don Diego se llamó
por dar mas seguro efecto
á su disfráz; y si allí,
que era loco os refirieron,
no digo que lo fingieron,
ni cupo jamás en mí
pensamiento que ofendiese
la fé de vuestros criados:
lo que pienso es que engañados
de alguno que pareciese
á mi hijo, lo afirmaron,

ó con alguna intencion,
por ventura en ocasion
que ellos presentes se hallaron,
loco Don Juan se fingió.
Y puesto que si es engaño,
es para mí solo el daño,
y quiero sufrirlo yo;
vos no me podeis negar
esta merced.

Duque.

Bien decís;
Don Sancho, lo que pedís
parta luego á ejecutar
ese criado con vos.

Criado 2.

Vamos: ¡sucesos estraños! *Vase.*

Sancho.

Prospere infinitos años
vuestro estado, y vida, Dios. *Vase.*

ESCENA XII.

El Duque.

Duque.

¿Quédante mas invenciones,
mas novedades, mas casos,
para impedirles los pasos,
fortuna, á mis pretensiones?
¿No basta la resistencia
de Elena sin aumentarme
estorbos para quitarme
la esperanza y la paciencia?
Yo de esto con causa infiero,
que en Milán quiso ocultarse
Don Juan para asegurarse.

ESCENA XIII.

SALA EN CASA DE DON SANCHO.

Hernando por una puerta, y por otra Elena é Inés.

Hernando.

Elena, Victoría, Inés,
Elena

Elena.

¿Qué es esto, Hernando?

Hernando.

Adelantéme volando,
señora, porque me dés
albricias de que Don Diego
viene libre.

Elena.

Esta cadena
recibe.

Hernando.

Con tal Elena,
no cante la suya el griego.

Elena.

¡Qué dieron fin nuestros daños!
¡Don Diego, qué te he de ver!

Hernando.

Tantò han podido vencer
las prevenciones y engaños.

ESCENA XIV.

Dichos; Don Diego y Don Sancho.

Diego.

¡Querida hermana!

Elena.

Don Juan;

¡ posible es que tal deseo ;
he cumplido, que te veo
en mis brazos!

Sancho.

¡Cómo dan *ap.*
sus afectos naturales
probanza de la verdad !
¡ Con qué amorosa piedad
se abrazan, dando señales
la secreta simpatía
de la sangre!

Diego.

Ya yo olvido
la noche que he padecido,
viendo tan alegre dia.

Elena.

No me dés tantos abrazos,
no demos que sospechar.

Diego.

Bien dices. Volved á dar
la mano, padre, y los brazos,
que no acabo de creer
que libre y con vos me veo.

Sancho.

De mi amor y mi deseo
podeis lo mismo entender.
Hoy el contento mayor
de mi vida he recibido;
quien ser padre no ha sabido,
no ha sabido que es amor.

Inés.

Inés, tambien á tus pies
te dá del fin de tus penas
mil alegres norabuenas.

Diego.
Yo te lo agradezco, Inés,
Sancho.
Hijo.
Diego.
¿Señor?
Sancho.
Preveníos
para ir á besar la mano
al Duque luego.
Elena.
¿Mi hermano,
cuando descréditos mios,
y suyos, tan engañoso
intenta el Duque, á besarle
ha de ir la mano?
Sancho.
Obligarle
conviene, que es poderoso,
é importa disimular,
aunque nos quiera ofender;
que á quien hemos menester
es fuerza lisongear. *Vase.*

ESCENA XV.

Don Diego, Elena, Inés, Hernando, y Tristan á una ventanilla baja de reja.

Tristan.
Al fin, por lo que he podido
entender de lo que hablan,
ha venido el verdadero
Don Juan ya; pero, ó se engañan
mis ojos, ó el Don Juan es
el que la noche pasada,

porque lo dijo que lo era,
llevaron de esta á la casa
de los locos. ¡Qué bien dicen,
que la verdad adelgaza,
mas no quiebra! ¡O si en albricias
de esto me desencerraran!

Diego.

¿Hernando, fuese don Sancho?

Hernando.

Fuera ha salido.

Diego.

Pues guarda
esa puerta, porque avises
si volviere, que está el alma
rebosando, los favores
de dicha tan deseada.
¿Bella Elena, dueño mio,
es posible, que mis ansias,
salen á puerto seguro
de tan confusa borrasca?

Tristan.

¿Qué es esto?

Elena.

Todo lo alcanza
la constancia, y la porfia
de quien tan de veras ama,
como tú, don Diego mio.

Tristan.

Víve Dios, que no es su hermana,
sino su dueño: otra es esta;
entendida está la maula;
con la misma flor nos dan.
Gran dicha ha sido escucharla,
pues así me ha dado el cielo
torcedor, con que les haga,

que de esta prision me saquen.

Diego.

Solo una cosa me falta
de averiguar, que con duda
me obliga á desconfianzas.

Elena.

Dila, pues.

Diego.

¿Quién pudo á Enrique
darle nuestra misma traza,
sino tú?

Tristan.

Ahora entro yo:
yo lo diré, si me sacan
de está prision.

Elena.

¡Ay de mí,
que Tristan nos ha escuhado!

Hernando.

Perdidos somos.

Diego.

¿Elena,
qué es esto? No me avisáras.

Elena.

Descuido fué.

Inés.

¡Hay tal desdicha!

Elena.

No me acordé de que estaba
Tristan, donde nos podia
escuchar.

Tristan.

¡O cuales andan
con el gusano, de ver
que yo he sabido la chanza!

Diego.

Podrá ser, que todo el caso
no haya entendido.

Tristan.

¿No acaba
señor don Juan, ó don Diego?

Hernando.

Acabóse.

Tristan.

¿No le agrada
el concierto? ¿Por salir
de sospechas, no es barata
mi soltura? Pues no sé
quien saldrá de mas pesada
prision de los dos; que zelos
son dura prision del alma,
siendo del cuerpo la mia.

Hernando.

¿Qué hemos de hacer?

Elena.

¡Hay desgracia
semejante!

Diego.

¡Qué descuido!
Vive Dios...

Hernando.

Aquí se acaba
la tramoya.

Diego.

Claro está,
que Tristan no ha de callarla,
si le damos libertad,
á Enrique, y él con la rabia
de mi dicha, ó mi desdicha,
será lengua de la fama,

con don Sancho, y con el Duque;
pues sino hacemos que salga
de esta prision, á don Sancho
le ha de decir en venganza,
y por obligarle así
á soltarle, lo que pasa.

Hernando.

Pienso que no fuera malo,
pues él dijo que tú estabas
loco, darle con la suya,
y hacer que goce la plaza,
que en la casa de los locos
dejaste desocupada.

Diego.

Ni tengo el poder del Duque,
ni para remedio basta
acreditarle de loco;
que con tales circunstancias,
en pudiendo publicar
lo que ha oido, es cosa clara,
que diera fuertes sospechas,
ya que no hiciera probanza.
Estoy por darle la muerte.

Elena.

Lo mismo hará la amenaza
que la ejecucion en él.

Diego.

¿Caso de tanta importancia
he de fiar al temor?

Elena.

¿Es mejor que á mas desgracias
nos espongas, dando al Duque
materia de su venganza;
pues al fin ha de saberse?

Hernando.

Oye, señor, una traza.

Tristan.

¿Qué saldrá de esta consulta? *ap.*
Brava confusion les causa,
ver que su secreto sé.

Diego.

Dices muy bien.

Elena.

Estremada
industria, mientras el tiempo
mejor nos la ofrece.

Diego.

Salga
Tristan de prision.

Tristan.

Valióme *ap.*
entenderles la maraña.

Hernando.

Ven conmigo, Inés.

Elena.

Abrevia,
no venga mi padre.

ESCENA XVI.

Don Diego, Elena y luego Tristan.

Diego.

¿Hay ansias,
hay temores, hay cuidados
mayores, que los que pasa
el que tiene de un engaño
pendiente sus esperanzas?

Tristan.

Dejad que mi boca á besos

pues no puedo con palabras,
á vuestros pies agradezca
tan grande merced.

Diego.

Levanta,
y dí, pues lo has prometido,
¿quién le dió á Enrique la traza
de hacerse hermano de Elena?

Tristan

Con una linterna estaba
en la calle, y con él yo
una noche en asechanza.

ESCENA XVII.

Dichos, y Hernando é Ines con un cordel.

Inés.

¿Un cordel ha de bastar
para servir de mordaza?

Hernando.

¿Por qué no? ¿Quiereslo ver? (1)
no es posible hablar palabra.

Tristan.

Este es el caso.

Elena.

¿Estás ya
satisfecho?

Diego.

Mas probanza
no es menester, que el papel
que yo llevé lo declara.

Tristan.

Y porque no espera mas,
señores, á Dios.

---

(1) *Atraviesase el cordel Hernando por dentro de la boca y prueba á hablar.*

Diego.

Aguarda.

Hernando.

Abrid la boca; mancebo.

Tristan.

¿Así cumples lo que tratas?
Aquí de Dios.

Diego.

Vive el cielo, *Saca la daga.*
que te dé mil puñaladas,
si dás voces, ó resistes.

Tristan,

Pues yo, señor...

Hernando.

Calle, y abra
la boca.

Diego.

Yo, si resiste,
se la abriré con la daga. (1)

Hernando.

Hable ahora si pudiere.

Diego.

Quien los secretos no calla
de su dueño, de los mios
no merece confianza.

Hernando.

Vengan las manos, y sepa (2)
el hablador noramala
que quien por callar no sufre,
ha de sufrir porque habla.

---

(1) *Atanle el cordel atravesado por la boca al celebro, como mordaza, y él da voces.*

(2) *Atale las manos.*

Inés.

Mi señor viene.

Diego.

A buen tiempo.

ESCENA XVIII.

Dichos y don Sancho.

Sancho.

¿ Qé es esto ?

Hernando.

Si antes llegaras
te taparas los oidos.

Sancho.

¿ Cómo ?

Hernando.

Porque no le daban
libertad, este lutero
no dejó santo, ni santa,
en toda la letanía.
á quien no dijese infamias
blasfemando.

Sancho.

¡ O mal cristiano !

Inés.

Y dijo que renegaba.

Hernando.

Sí, que renegaba dijo.

Sancho.

¡ Jesus ! ¡ Jesus !

Diego.

Lo que pasa
han contado

Elena.

Yo temí

que un rayo nos abrasara.

Sancho.

Con razon.

Hernando.

Pues con las voces,
que ahora no articuladas
está dando, apostaré,
que reniega con el alma,
por no poder con la boca.

Sancho.

Hagan luego una mordaza
de hierro con su candado;
y este castigo no basta.
Entradle en ese aposento,
y del cabello á la planta,
dos mil azotes le dad.
¡Jesus, Jesus, Dios me valga! *Vase.*

Hernando.

Ya empiezo á desatacarle.

Diego.

Bien se ha hecho, Elena.

Elena.

Nada
se hace bien, mientras con bien
de estos peligros no salgas.

Ines.

Tristan, paciencia, que así
los habladores la pagan.

Hernando.

No hay que hacer, sino tascar
el freno, y sufrir la carga.

ESCENA XIX.

PALACIO DEL DUQUE.

El Duque y el criado segundo.

Criado 2.

Ya, Señor, Julio ha llegado
con Enrique á la ciudad,
y á saber tu voluntad
antes de entrar ha enviado:
ordena lo que ha de hacer.

Duque.

Parte, y dí, que á mi presencia
le traiga, que la inocencia,
ó culpa, quiero saber
de sus lábios, que ha tenido
en sus engaños Elena,
antes que darle la pena
resuelva que ha merecido.

ESCENA XX.

El Duque y Lucrecia con manto.

Lucrecia.

Gran Duque de Milan, de cuya espada
teme el mundo el valor, jamas vencida;
Lucrecia desdichada,
el rostro á vuestros pies pone ofendida,
hasta que el desagravío le conceda
honor, con que mirar el vuestro pueda.
En tranquila quietud, en paz segura,
muchos bienes gozaba en pocos años,
cuando mi suerte dura,
que cuidadosa fabricó mis daños,

al ciego amor, de quien estaba agena,
tomó por instrumento de mi pena.
Un falso, un alevoso, un fementido,
Enrique entonces, y don Juan ahora,
lisonjeó mi oido
con dulce voz, y lengua encantadora;
y con palabra que me dió de esposo,
solicitó, alcanzó, y huyó engañoso.
De suerte se ocultó, que la esperanza
perdí, de que jamas alcanzaria
remedio, ni venganza:
halléle, al fin, que de Milán partia,
acusé su traicion, oyóme esquivo,
hablóme falso, y fuese vengativo.
Este es el caso, duque poderoso,
mirad, si es bien que cuando el mundo os llama
justiciero, y piadoso,
para que se oscurezca vuestra fama,
sufrais que una muger viva ofendida,
libre el delito, y la razon vencida.

Duque.

Alza Lucrecia, y cobra confianza,
de que con la cabeza, ó con la mano,
tu honor, ó tu venganza
hoy satisfaga tu ofensor tirano,
que preso viene ya, y el cielo, creo,
que la ocasion previno á tu deseo.

ESCENA XXI.

Dichos, el Criado primero, y Enrique de camino.

Criado 1.

Tu mandamiento, señor,
cumplí como vés.

Lucrecia.

¡Ah falso!

Enrique.

Dame tus pies

Duque.

Atrevido
Enrique, Enrique villano,
que no tiene sangre noble
quien hace tales engaños;
¿cómo osaste, di, ofender,
no solamente á don Sancho,
sino á mí, diciendo, que eras
don Juan?

Enrique.

De amor abrasado.

Duque.

¿Y cómo á mover te atreves,
esos fementidos labios?

Enrique.

En ese papel de Elena (1)
verás todo mi descargo,
que mis enredos han sido
por orden suya trazados;
y si has sabido de amor,
no solo perdon aguardo
de mi error, sino piedad.

Duque.

¡Ah enemiga! Estos engaños, *ap.*
quien sino tu los hiciera.
Vive Dios, que he de vengarlos
publicando tu bajeza.
Parte, Julio, y á don Sancho
dí, que traiga á Elena aquí,

---

(1) *Dale un papel, y lee el Duque.*

que averiguar cierto caso
en su presencia conviene.
Hoy la opinion y la mano *ap.*
del que adoras perderás;
la fortuna lo ha ordenado
cansada de tu rigor,
y ofendida de mi agravio.
Enrique, escucha Lucrecia.

Lucrecia.

Señor.

Duque.

Llega.

Enrique.

¡Ay desdichado! *ap.*
Todo el mal me viene junto.

Duque

O no me indignes, negando
la verdad, ó morirás,
mira, que estoy enojado:
¿Conoces esta muger?
¿Sabes, que á darle la mano
te obliga su honor, Enrique?

Enrique.

Presto estoy para pagarlo.
Tiene Lucrecia testigos; *ap.*
ya á Elena perdí ¿que aguardo?
el confesar es forzoso.
No puedo, señor, negarlo.

Duque

Pues conque su esposo seas
me verás desenojado:

Enrique.

Resistir fuera delito. (1)

---

(1) *Vále á dar la mano.*

Duque.

Detente, que á Elena aguardo,
y quiero saber si estas
á ella tambien obligado.
No quiero, sino quebrarle *ap.*
los ojos, con que la mano
les dés en presencia suya
á Lucrecia.

ESCENA XXII.

Todos, y Elena con manto,

Sancho.

A tu mandado
venimos, señor, los tres.

Duque.

Esto fue fuerza, don Sancho...
Elena ¿es tuya esta letra?
Pero ya lo ha confesado
la grana de tus megillas... (1)

Elena.

Yo tengo en lima un hermano;
no puedo negar, que es mia.

Duque.

Pues á Enrique has disculpado,
supuesto que él se fingió
por orden tuya tu hermano.

Sancho.

¡Ah enemiga de mi honor!

Duque.

Enrique dadle la mano
á Lucrecia.

Enrique.

Tuyo soy.

(1) *Lee Elena el papel.*

Lucrecia.

Yo, tu esposa.

Duque.

Así mi agravio,
y tu liviandad castigo;
pues te quita un mismo caso
el amante, y el honor.

Elena.

Eso no, que restaurarlo
sabré yo, que quiero mas
que vos quedeis indignado,
que perdida mi opinion.
Ese papel de mi mano
á las de Enrique llegó,
como él dirá, por engaño,
puesto que yo lo escribí
para don Diego de Castro,
que es el que teneis presente,
y es mi esposo, y no mi hermano.

Sancho.

¡Otro enredo!

Hernando.

Declaróse.

Duque.

Vive Dios que estoy rabiando
de enojo.

Diego.

No os admireis,
señor, porque á tales casos
obliga el amor violento
de un príncipe enamorado;
y así, pues fué la intencion
del engaño, no indignaros,
y sois justo, á vuestros pies,
que me perdoneis aguardo.

Criado

¿Qué has de hacer? Pide justicia,
y tú no has de ser tirano.

Duque.

Cuente el mundo entre mis glorias
esta hazaña, pues alcanzo
victoria de mis pasiones:
gozadla felices años,
don Diego.

Diego.

Mostrais, al fin,
que sois príncipe cristiano.
Vos, señor, con el perdon
me dad la mano.

Duque.

Casados *ap.*
están yá ¿qué puedo hacer?
La mano os doy, y los brazos.

Enrique.

Y yo al auditorio gracias,
y este egemplo, en que he mostrado
que aun el engaño mejor,
es dar con el mismo engañ,
quien mas engañare, al fin
quedará mas engáñado.

Quien engaña mas á quien.

Ya hemos dicho anteriormente, al examinar *La verdad sospechosa* y *Las paredes oyen*, que en casi todas sus comedias se propuso Ruiz de Alarcon un fin moral, cuando la mayor parte de sus contemporáneos cuidaban solo de divertir é interesar á los espectadores, sin pretender instruirlos. Aun en las comedias púramente de intriga, como la presente, se advierte siempre aquella intencion dramática, y muchas veces la manifiesta al fin de la comedia. Así concluye esta:

Enrique.

Este ejemplo, en que he mostrado,
que aun el engaño mejor
es dar con el mismo engaño,
quien mas engañare al fin
quedará mas engañado.

Prescindiendo de este mérito, que es muy esencial en un poéta cómico, tiene además esta pieza el del plan, que está bien concebido y ordenado, y el de la accion, que camina á su fin sin embarazo alguno, á pesar de la complicacion de intereses en los personages, que producen situaciones variadas y agradables. Don Diego y Doña Elena son los principales, y cautivan la atencion desde la primera escena, en que aquel se muestra cobarde por la competencia del Duque, y Elena le anima con reflexiones y ejemplos para que deseche el temor.

Enrique.

Yo vine, Elena querida,
á Milan á pretender

no á competir, no á perder
por temerario la vida,
El Duque sé que conquista,
con poder y amor tus prendas:
no sé como te defiendas,
ni como yo le resista;
que en la gran desigualdad
de su estado y mi ventura
la confianza es locura,
y el valor temeridad.

Elena.

. . . .
Viriato fue un pastor,
Tolomeo fue un soldado,
y uno y otro por osado
se coronó emperador.
. . . .
El Tracio músico amante,
con el canto lisonjero
candados rompió de acero,
puertas abrió de diamante;
y su Euridice perdida,
contra el estatuto eterno,
desacreditó el infierno,
vió la luz, volvió á la vida.

Este interes que inspiran desde luego los dos amantes crece despues rapidamente, cuando Enrique, apoderándose del billete que Elena dirije á don Diego, se introduce en su casa fingiendo ser su hermano. Las escenas primera y siguientes del segundo acto aumentan los obstáculos y ponen á los dos amantes en la situacion mas apurada. Elena no conocia á su hermano, y juzga engañada que lo es ciertamente don Enrique, hasta que se manifiesta en la escena X, que es una de

las mejores de esta comedia. Entonces forma el proyecto de libertar á don Diego del hospital de locos en donde le habia encerrado la rivalidad del Duque, y el compromiso de don Enríque con Lucrecia facilíta la ejecucion de sus deseos, y prepara el desenlace que es muy ingenioso y nada deja que desear al espectador.

No hablaremos del lenguage y versificacion porque tienen la misma propiedad y elegancia que ya hemos manifestado en el examen de otras piezas de este poeta dramático insertas en la coleccion.

QUIEN MUCHO ABARCA...

PROVERBIO EN UN ACTO Y EN VERSO,

original de

Pedro María Barrera.

Al Sr. D. Man.l Cata

s. affmo

El autor

UBEDA: 1865.
Imprenta de D. Juan José Gorriz,
calle Postigo, número 6.

Este proverbio ha sido escrito teniendo á la vista «**El último mono...**» bellísima composicion del eminente Serra.

PERSONAJES.

EL GENERAL.
D. JOSÉ, banquero.
D. ANSELMO, diputado.
D. RAIMUNDO, periodista.
D. DÁMASO, empleado en telégrafos.
PABLITO, escribiente meritorio.
JULIETA.
ANTONIA.

ACTO ÚNICO.

Sala lujosísima en casa de Julieta, en Madrid. Año de 186...

ESCENA I.

El general.

Estará en el tocador.
Solo son las doce y diez. (*Mirando el reló.*)
Segun dijo la doncella,
muy pronto tendré el placer
de ponerme una vez mas,
como futuro, á sus piés.
Y hoy de fijo rompo el fuego;
no hay remedio; la diré
que me abraso, que no puedo
esperar ni medio mes,
que quiero casarme á escape,
al vapor...—Si no hay mujer
mas bella en todo Madrid!
Y aquel gracejo y aquel
donaire, aquellas miradas
¿dónde me las deja usted?...
Cierto que ella, cuando más,
soñó con un coronel;
pero merece otra cosa
mas elevada; eso es.
Soy capitan general
y me envidian mas de cien
y no trueco mi fortuna

por la fortuna de un rey.
Bulle el mundo á mi redor,
comparándose tal vez
con Alejandro. Qué necio,
qué crítico tan novel
es el tal mundo! Siquiera
ha llegado ha suponer
que, en faltándome Julieta,
me falta la intrepidez,
la táctica, todo, todo
lo que fragua mi valer.
Pero mejor: su ignorancia
es probable que aun me dé
mas aplauso cuando sepa
que tuve la esplendidez
de tomar por compañera
una huerfanita en quien,
candor y virtud sobrando,
faltaba fortuna y prez,
y cuya felicidad
yo bondadoso labré.
Y cómo me quiere! Es cosa
que al cabo me hará perder
el juicio.

ESCENA II.

El general. D. José.

José. Saludo al héroe.
Gen. Qué miro? Usted, D. José,
por aquí.

José. Mondo y lirondo.

Gen. Ignoraba...

José. Yo, á mi vez,
extraño...

Gen. (*Con misterio.*) Si usted supiera!

José. Si yo le contara á usted! (***De igual modo.***)

Gen. Hombre! sí?

José. Hay novedades!

Gen. Diablo! Los moros del...

José. Eh!
quién se acuerda de los moros?
Me caso!

Gen. Usted?

José. Claro es.

Gen. Lo celebro; pero eso
no me esplica...

José. (*Con reserva.*) Y si mi bien
viviese aquí?

Gen. (*Estupefacto.*) Julieta?

José. Qué intuicion, Dios de Israel!
Sí, señor, Julieta.

Gen. (*Con sequedad.*) Hablemos
gravemente.

José. (*Enojado.*) O me es infiel
mi cabeza en este instante,
ó hablo cual lo suelo hacer;
cual le conviene á un banquero
principal.

Gen. Yo le diré.
Francamente, me ha estrañado
hallar dentro del troquel

de sus palabras, la idea
de que piensa contraer
matrimonio con la bella
Julieta.

José. La pediré
hoy su mano.

Gen. Pero estais
seguro...

José. Ché! ché! ché! ché!
llevamos de relaciones
desde el dia de S. Andrés
para acá.—Ved comprobantes.
«Apreciable D. José: (*Leyendo una carta.*)
su proposicion me honra.
Acepto. Le amo tambien,
y será feliz si es suya
Julieta Picornell.»
—Fecha, la dicha.

Gen. Oh!... mujeres!
que víboras!

José. Cómo? qué?...
Es víbora una pollita
tan dulce como la miel,
tan pura como la plata
de mis arcas?

Gen. Puede ser
que acerteis; pero lo dudo.

José. General!

Gen. Sed mas inglés,
mas flemático. Escuchad
atento. No citaré

el nombre; pero hay alguno
que ahora abandona el cuartel
de Cupido y que veia
el ídolo de su fé
en esa niña insensata
que parece lo es de usted.
No tema que una pistola,
ó billete descortés,
coloquen su honra ó su vida
en peligro. Una mujer,
que de dos escucha amores,
poquísima cosa es
para que estos dos se infamen
y agujereen la piel.
El uno está convencido
de que fuera sandez
exponerse; usted indague,
banquero, antes de caer
en las garras...

José. Basta, basta.

Gen. O será... lo que yo sé.
(Voy á cumplir como debo.)
Adios.

José. Adios.

ESCENA III.

D. José.

Qué soez!
pues no dijo...—Y, qué demonio!
no seria yo el primer
amante burlado, ni ella

fuera la primera infiel.
Pero venir á arrojarme
en mis barbas... Si no sé
cómo me contuve, si aun
me dan ganas de correr
en su busca y estamparle
la bofetada mas... eh!
tengamos carácter, sí.
Cómo habia de querer
á nadie mas que á su Rosthchild?
Alguna broma, tal vez;
así, una burleta... puede;
no de veras. No fué Abel
mas puro que ella. Qué ufano
del brazo la llevaré,
ó al lado en mi carretela,
por el Prado, y el tropel
de gente, con cuánta envidia
me contemplará! pardiez!..
y me tiene hecho un chiquillo
y me domina... jé! jé!.. (*Riendo.*)
Es tan bella, incita tanto
su porte, su candidez!
Nada! Me caso, me caso
sin remedio.

ESCENA IV.

D. José. D. Anselmo.

Ans. Hola! José,
tú por aquí?..—Y Julieta?
José. Aun no la he podido ver.

Tú vendrás, segun calculo,
á felicitarla.

Ans. (*Con fingida indiferencia.*) Pché!

José No?

Ans. Tomado cual detalle
de mi visita...—Di: ayer
no estuviste en el Congreso?

José. No.

Ans. Lo siento. Pronuncié
un discurso...—Qué discurso!
Ni Demóstenes, aquel
orador...

José. Si, si; comprendo.

Ans. Fué capaz de componer
cosa mas grande; yo mismo
de mi genio me admiré.
—Le dí una tunda al Gobierno!
Revolví tanto el pastel
monstruo de la situacion,
que no tardará en caer
una semana—qué digo!—
ni cuatro dias, ni tres.

José. Recibe la enhorabuena
mas cordial.

Ans. Si, ya sé...

José. Siento que no me avisáras
con tiempo. (Qué estupidez
la de este chico!)

Ans. Fué cosa
casi improvisada.

José. Bien!

trabaja que el porvenir
te pertenece. El laurel
de la gloria buscará
honroso puesto en tu sien.

Ans. Gracias, querido profeta,
gracias. Leerás...

José Leeré
la sesion desde el principio
hasta el fin.

Ans. No es menester
tanto. Te fastidiarias.
Despues que yo habló Granel
y ya sabes que no vale
un palote.

José. Ya lo sé.

Ans. Ahora te diré el objeto
principal...—Tuve el placer
de conocer á Julieta
en la casa del Marqués
del Hielo—Hace medio año—
Me miró; yo la miré;
la hablé, me habló y quedé preso
de sus gracias en la red.

José. Cómo, cómo?

Ans. Si, mi Creso,
la quise, la idolatré
con frenesí; ella admitió
mi súplica y, tan cruel,
tan esquiva se presenta
á mis caprichos, que ya es
una condicion vital

para mí, llevarla al pié
del altar. Mucho me cuesta
la independencia perder;
pero no de otra manera
de su hechizo gozaré
y, ya te he dicho, ó es mia
ó me lleva Lucifer.

José Tendrás pruebas.

Ans. Soy prudente.

José Sin embargo...

Ans. Este clavel *(Puesto en un ojal*
me dió en el Príncipe anoche. *del levita.)*

José (Es el que yo le mandé
coronando un ramillete.
—El general! yo! este!.. tres!!!...
que horror!—Mujeres, mujeres!...
malditas de Dios, amen.)
—Oye, Anselmo, tú obrarás
como gustes, mas yo sé
que es preferible la muerte
á cargar...

Ans. La lengua ten
y no insultes...

José Calma, calma,
Continúo— su esbeltez,
su donaire, su belleza,
son de lo que no se vé
todos los dias; su alma
es mas negra que la pez.

Ans. Repara...

José Sus intenciones

lo mas perversas.

Ans. José!

José Tú, ten esquisito tacto,
piensa mucho, indaga ó hiel
envenenará tu alma
muy pronto.

Ans. Uf!..

José Yo tambien
fui víctima de su mágia;
pero tantas cosas sé
en este instante...

Ans. Habla, habla.

José Echa primero un cordel
á tu cuello que los lazos
de himeneo. (Cumpliré
del modo que me aconseja
el pundonor. Ella al ver
con claridad, bramará
de cólera.)—Hasta despues.

ESCENA V.

Anselmo.

Me ha dejado estupefacto;
yo no sé lo que me haga.
Dijo— «Piensa mucho, indaga
y ten esquisito tacto.»
—Qué me desgarra en pedazos
el corazon? suerte cruel!
—«Echa primero un cordel
á tu cuello que los lazos
de himeneo» —Vamos cuerdo.

Anselmo. ¿Será verdad
que, uniéndome á esa beldad,
me desprestigio, me pierdo?..
Oh! qué idea! —Ese bribon
dice que tambien la quiso,
y ahora pretende... preciso,
robarme su corazon.
Ella es pura cuanto bella;
él sabe que yo la adoro;
yo soy pobre; él tiene oro...
oh! venir con oro á ella!...
Ella! alma noble y sencilla
cuyo poderoso aliento
solo ante el genio, el talento,
lleno de pasion se humilla!
Bueno que la criminal
multitud trague la treta;
pero Julieta, Julieta
que desprecia el vil metal!...
—Alguien llega.

ESCENA VI.

D. Anselmo. D. Raimundo

Raim. Usted aqui!
oh! Déjeme que le abrace.
Ans. Raimundo! (*Abrazándole.*)
Raim. Cuánto me place
poder estrecharle asi!
Dios inspiró á V. sin duda
ayer; muy pronto la fama
le aclamará; eso se llama

decir la verdad desnuda.

Ans. V. siempre tan amable.

Raim. Amabilidad!! —Justicia.
La situacion se desquicia
como usted otra vez hable.
Qué nervio, qué intrepidez
en el ataque!.. El lenguaje,
qué desprovisto de ambaje,
qué lleno de fluidez!...
Ya tengo una redondilla
sintetizando el discurso.

Ans.—Hombre! (*Con marcado afecto.*)

Raim.— Le daremos curso
mañana en... la gacetilla.

Ans.—Gracias. (*Con marcada frialdad.*)

Raim.— Hoy faltaba espacio
y á mi pesar...

Ans.— No, no es cosa...

Raim.—Y.. ¿ha visto usted á la diosa
de este encantado palacio?..

Ans.—Aun no he tenido el placer
de saludarla.

Raim.— Y qué bella
la hizo Dios!

Ans.— Luz que destella
bajo forma de mujer.

Raim.—Si viera V. cual me inspira
y cual su célico encanto
arranca sentido canto
á las cuerdas de mi lira!

Ans.—Ella fué quien me inspiró

el discurso de ayer tarde.
Raim.—Por ella en mi pecho arde
el Etna.
Ans.— Si?
Raim.— Porqué no?
Ansel.—Pero V. le ha dicho...
Raim.— Toma!
que si le hé dicho..? y no en vano.
Hoy la pediré su mano
á esa cándida paloma.
Ans.—Pero...
Raim.— Juzgo con razon
que, al felicitarla, nada
mejor que tratar la ansiada,
dulce, conyugal union.
Ans.—Usté está sin duda loco!
Raim.—D. Anselmo!
Ans.— Yo á lo mismo
vengo...
Raim.— Le rompo el bautismo
si es que vuelve...
Ans.— Eh! Poco á poco.
Entre personas de honor
se termina de otro modo.
Raim.—Si, si; á todo me acomodo.

ESCENA VII.

Dichos. D. Dámaso.

Dám.—¿Qué ruido es este, Señor?
Raim.—Dios sin duda pone á usté
en medio de mi camino:

me servirá de padrino.

Dám.—Yo padrino!— Y ¿para qué?

Raim.—Para un duelo.

Dám.— Fuera, chucho!
Y ¿con quién?

Ans.— Conmigo.

Dám.— Bravo!
la resolucion alabo;
nos divertiremos mucho.

Ans.—A muerte!

Raim— Si tal, á muerte! (*Remedán-*

Dám.—Si, si; exterminio, venganza! *doles.*
—Vamos, yo tengo esperanza (*Natural*)
de evitar caso tan fuerte.

Ans.—No puede ser.

Raim.— No es posible.

Dám.—¿Quieren ustedes callar?
Qué manera de charlar
tan... tan...— Parece imposible
que dos personas de peso
se precipiten asi.
Veamos las causas.

Ans.— (*Con énfasis.*) Si, si;
discutamos. Yo confieso
que en pos de la discusion
marcha la luz.

Raim.— Es inútil.

Dám.—Cómo que... —Nada mas útil
que la reconciliacion.

Ans.—Oh! tanto...

Raim.— Eso ser no puede.

Dám.—¿Quieren hacer el favor
de callar? —Vamos, señor
don Raimundo ¿qué sucede?
Raim.—Ha tenido la osadia
don Anselmo de poner
los ojos en la mujer
que era la ventura mia.
Ans.— Qué dice? —Es una impostura.
Raim—¿Cómo impostura?
Dám.— Canario!
Ans.—Esa mujer, al contrario,
era toda mi ventura,
y él la requiere de amores.
Raim.—Eso no es cierto.
Ans.— Y se atreve...
¡qué insolencia!.. infame.
Raim.— Aleve.
Dám.—Válgame Cristo, señores!
Una mujer indiscreta
que se desprecia á sí misma,
es la causa de ese cisma?
¿Cuándo y cómo una coqueta,
autómata sin segundo,
inconstante mariposa
que ni un momento reposa
en su abandono profundo;
que es incapaz de pensar
y mucho mas de sentir;
que solo sabe fingir;
que no puede dominar
su veleidoso albedrio,

su inclinacion repugnante,
ha sido razon bastante
para un atroz desafio? (*Pausa.*)
—Vean, pues, qué sin fundamento
se vituperan y exaltan.
¡Por un corazon do faltan
las fibras del sentimiento,
expone un hombre su vida!
Tanto vale, á mi juicio,
arrojarse á un precipicio
tras una fruta podrida. (*Pausa.*)
—Parece que se han calmado,
eh?..

Ansel— Yo cedo por entero;
¡qué lástima, caballero,
que no sea diputado!

Raim.—Si lo explica de esa suerte...

Dám.—No es natural?

Raim.— Si, por Dios!

Dám.—Ahora bien ¿cuál de los dos
piensa ya en un duelo á muerte?
—Ninguno; pues!

Ans.— Don Raimundo,
mi mano...

Raim.—(*Estrechándosela.*) Cosa es corriente.
Caiga sobre este incidente
el olvido mas profundo.

Ans.—De usted espero el favor (*A Dámaso.*)
de admitirme por amigo.

Dám.—Mil gracias; lo mismo digo.

Ans.—Anselmo de Bella-flor.

Dám.—Dámaso Zinc Galvanelo.
Ans.—(A ella... esperarla es en vano.)
Señores... *(Saludando.)*
Dám.— Beso su mano.
Raim.—(Me ha dejado como hielo
el corazon su perfidia.)

ESCENA VIII.

D. Dámaso. D. Raimundo.

Dám.—Y ahora que solos quedamos
hablaremos de un asunto
que hace tres dias ó cuatro
me ocupa y para el cual cuento
con V.
Raim.— Si para algo
le soy útil...
Dám.— Ya ve V.
que á su ofrecimiento franco
con mi peticion precedo
sin rodeos—Voy al caso.
Yo tambien á una mujer
adoro y afortunado,
pues de mi ardiente cariño
hace su total encanto.
Quisiera —y aqui entra V.—
obsequiarla con un ramo
poético, un conjunto
de poesias, aplicando
á otra idea de las flores
el leguaje figurado.
Raim.—Pero eso, usted ya conoce

que, careciendo de datos,
no podremos hacer nada
con sentido intencionado
y resultará un librejo
insulso.

Dám.— No tal: pensando
eso mismo he reunido
cuanto será necesario
para que V. prontamente
se pueda poner en autos.
—V. verá. (*Saca un paquete de cartas.*)

Raim. Cartas?

Dám. Si;
todo el paquete.

Raim. Diablo!

Dám. Y puesto que Julieta
no terminará en buen rato
su toilete, que hoy será régia
para celebrar su Santo,
empezaré á leer á V.
estos papeles.

Raim. (Qué cáustico
se me agarra! Dios me dé
paciencia para aguantarlo.)

Dám.— Primer documento.—Es
mi declaracion.

Raim. Veamos.

Dám. (Lée.) «Señora: es usté un iman
y yo un pedazo de acero
que necesita imantarse
con sus influjos magnéticos.

Soy un Jefe de estacion
del telegráfico cuerpo
y, aunque jefe, con rubor
confieso que subalterno.
Tengo siete mil reales
todos los años, de sueldo,
y tendré otro poco más
cuando me coja un ascenso.
En el hombre y la mujer
puso Dios segun comprendo
los dos polos de la pila
súblime del universo.
Le trasmito este despacho
con bastantes elementos
para evitar que haya pérdida
de corrientes y que luego
donde yo ponga «te amo»
resulte en esa «te temo.»
Va contestacion pagada
que inmediatamente espero
al lado del aparato
con un receptor soberbio.
Que no mande V. corriente
contínua, por Dios le ruego,
pues entonces mi palanca
quedará sin movimiento.
Tengo los vasos porosos
de mi corazon al pelo,
para cuando V. se digne
echar el sulfato en ellos
de su admision y poner,

como suplico y deseo,
el hilo y plancha de tierra,
de mi puro amor en premio.
Sus pies besa el que la adora.
Dámaso Zinc Galvanelo.»
—De aquí podemos sacar
la primera flor del ramo.

Raim.—O una introduccion.

Dám.— Lo mismo
me dá; si es mas de su agrado
puede hacerla.—Continúo.
Respuesta.—Segundo dato.
(Lée.) «Eléctrico caballero:
hoy mismo me puede ver;
su proposicion me honra;
acepto; le amo tambien
y será feliz si es suya
Julieta Picornell.»

Raim. Pero es Julieta?

Dám. Julieta.

Raim. Pues estamos en un caso
idéntico.

Dám. Cómo?

Raim. Como
que ella es el ídolo falso
de mi amor; la que engañó
miserable al diputado....
y á usted... y á mí...

Dám. Oh! calle V.,
por favor.

Raim.— Perosi callo

no le podré colocar
donde deseo, animado
por la idea de que vengue
con nosotros el engaño.

Dám. Ella perjura!

Raim. Lo mismo
esclamé yo há poco rato
del estupor en el colmo.
Si, señor, yo, que, anhelando
unir su destino al mio,
llegué á juzgarla el dechado
de su secso; que escribí,
en poco mas de medio año,
cerca de un millon de versos
á su beldad dedicados
y á su virtud... su virtud
que comparé sin empacho
con la de la Santa Madre
del Redentor; yo que, al lado
de esa sirena engañosa,
su belleza contemplando,
las horas vi resbalar
adormido por el mágico
perfume de sus ficciones,
un mundo mejor soñando
para los dos; yo, que, en fin,
la rendí culto idolátrico.

Dám.—Ella perjura!

Raim.— Perjura
tres veces, tres! que sepamos.

Dám.—Oh! me repugna esa idea

y dudo que la haya amado,
Mi corazon es tan noble
que á saber...

Raim.— Eso está claro.

Dám.—Eh! La desprecio.

Raim.— Bravísimo!
Eso es pundonor.— Me marcho:
V. medite: es preciso
que lleve el condigno pago.

ESCENA IX.

D. Dámaso.

Señor, señor, es verdad?..
¿Encierra tanta maldad,
tanto cinismo esa pérfida?
No lo quisiera creer.
Y yo gozoso adoraba
en ella y, cuando soñaba,
cual pura vision angélica
me la figuraba ver!..
(Suena una campanilla esterior.)
D. Anselmo, D. Raimundo,
yo!..¿quién sabe?.. todo el mundo
acaso sea partícipe
de ese amor universal.
Y luego dicen que el hombre
es un animal sin nombre
si de amor no cruza el piélago!
Ay! Quién fuera ese animal!..
(Nuevo repique.)
Feliz, mil veces feliz,

quien no cometió el desliz
de tocar con fuerza eléctrica
los resortes de su ser.
Feliz el que por divisa
lleva— «Sueño es la sonrisa,
sueño son las tiernas lágrimas,
las gracias de la mujer.»
(Nuevo repique.)
Y yo con tanta alegria
hoy á demandar venia
que pusieran pronto término
á mi insoportable afan.
Yo con intencion sencilla...
(Ultimo repique.)
—Qué diablo de campanilla!
Es esta la vez vigésima
que oigo su dilin-dilan.
En fin; puesto que es preciso
dejar este compromiso
y aqui tengo todo el fárrago
con que alimenté mi amor;
(El paquete de cartas que conserva en la mano.)
puesto que existe averia
en su corazon y un dia
yo llegara á ser la fábula
del vulgo murmurador;
tomemos otro camino
en que brille mi destino
sin los reflejos fatídicos
que le rodean aquí.
Ahoguemos los sinsabores

en otros nuevos amores
y un rico Perú ganándome
olvidaré un Potosí.

(*Despues de entresacar algunas cartas del paquete, deja este sobre una mesa, guardando aquellas en un bolsillo: todo mientras recita los últimos versos.*)

ESCENA X.

D. Dámaso. Antonia,

que saca en el delantal varias tarjetas, cajitas, un retrato etc.

Dám.—Hola! Me alegro que llegues.
Ant.—Mire usted. (*Mostrando el delantal.*)
Dám.— Si, zarandajas,
chucherias.
Ant. Son regalos
que ha mandado para el ama
una porcion de amiguitos.
(*Dejándolo sobre la misma mesa que estan las cartas.*)
—Y usted ¿qué ha traido?
Dám.— Nada.
Ant.—Nada! Siendo...
Dám.— Chist! Silencio
y escucha atenta.
Ant.— ¿Qué manda
usted?
Dám.— A tu señorita,
sin quitar una palabra,
le vas á decir —D. Dámaso
estuvo aqui esta mañana,

para darle parte á usted
de su boda.

Ant.— Usted se casa?

Dám.—Cabal! Y con un pimpollo
de quince abriles y un alma
vírgen. (Ojalá!)—Prosigo—
V. creyó le engañaba;
pero él conociendo á V.
y sus pasiones elásticas,
en tanto aquí prometia
en otra parte juraba
y hoy sus promesas inmola
de su juramente en áras.
Aprenda usted á vivir;
abandone V. la táctica
que observa y, si no prefiere
á la dicha la desgracia,
no olvide que la mujer
es una flor delicada,
que orgullosa se alza un dia
llena de vida y fragancia
y que al siguiente ha dejado
de existir— Como post-data
añades— El porvenir
de la coqueta malvada
es mas negro que la suerte
de un condenado.

Ant.— Sin habla
me deja usted! (Uno menos.
¿Quién le habrá dicho?.. qué lástima!)

ESCENA XI.

Dichos. Pablito.

Pabl.—Muy buenos dias, D. Dámaso,
muy buenos dias, muchacha.
Dám.—Salud, salud al futuro
ministro de Hacienda.
Pabl.— Vaya!
V. siempre que me vé
hiere mi insignificancia.
Dám.—Qué mal pensado es V..!
¿Quién ignora que en España,
no ya un señor escribiente
meritorio, sinó un maula
cualquiera, que ayer sabia
que no sabia gramática,
hoy las riendas del poder
puede tener confiadas?
Todo es el temperamento
amigo mio.
Pabl.— Mil gracias
por lo bien que usted augura
para mí. *(Un tanto resentido.)*
Ant.— Qué rosas blancas
tan bonitas! *Contemplando un ramillete que
tendrá Pablito.)*
Pabl.— Han costado
un dineral; pero es tanta
la aficion de Julieta
á estas flores que el que la ama
no puede por menos de

trabajar hasta encontrarlas.

Dám.—Cómo! Es usted...

Pabl.— Si, señor...

Ant.—Sabe usted... (*A Pablito.*)

Pabl.— Muchacha, calla;
no seas entrometida
que es vicio feo.

Ant.— (A que espanta
á D. Pablito..?)

Pabl.—(*A Dámaso.*) Yo soy
el futuro de esa dama
bellísima.

Dám.— Compadezco
á usted.

Pabl. Oiga! Y por qué causa?

Dám.—Dios le ponga en buen camino.
—Lo dicho: ni una palabra
has de olvidar. (*A Antonia.*)

Ant. Está bien.

ESCENA XII.

Pablito. Antonia.

Pabl.—Vaya usted en hora mala
señor....—No escuchó: lo siento
que ya cargándome voy.
—Di á tu señora que estoy...
Antonia, corre, al momento...

Ant.—Ha visto V. que importuno
es ese señor...

Pabl. Si, si;
y otra vez..., lo que es á mi

no me fastidia ninguno.
—Anda, vé...

Ant.— Y todas sus trazas
son porque doña Julieta
siempre que le habla le espeta
riquísimas calabazas.

Pabl.—El se atreve...

Ant.— Cosa es cierta,
y me dá la comision...

Pabl.—Toma ese napoleon
y calla como una muerta,

Ant.—Gracias.

Pabl. Pero vé á seguida
y muéstrale que mi anhelo...

Ant.—(Ya soltó para un pañuelo.)
Al punto.

ESCENA XIII.

Pablito.

Señor, qué vida!
Si otro, puesto en mi lugar,
en vez de un ángel de gracia
tropezara por desgracia
con una mujer vulgar,
y á mas hubiera un segundo
de una posicion mejor,
que le brindara el amor
á la novia mas profundo,
¿qué esperanza le quedaba
para hacer frente al abuso?..
A no matar al intruso

en el canal se arrojaba.
Feliz yo que toco al cielo.
Pongamos el ramillete...
(Echándolo en la mesa.)
—Hola! Una caja, un paquete
de cartas, un guardapelo,
un lazo verde, un retrato...
es de mi bella... *(Lo contempla embelesado y lo besa repetidas veces.)*—Oh! divina.
Hasta en papel me fascina
y me deja turulato.
—Tarjetas... —Un rengloncito
á mas del nombre hay en todas.
—Vea usted lo que son las modas!
¿Y qué se pondrá aquí escrito?
(Lée en una.) «Señora, hemos terminado.»
(En otra.) «Señora, hemos concluido.»
(En otra.) «Señorita, me despido.»
(En otra.) «Señorita, hemos tronado.»
(Estupefacto.) Eh..? No cabe duda. Y son
todos personas de peso.
Un Demóstenes, un Creso,
un Pirro y un Ciceron.
Y yo estas flores compré
empeñando mi reló!
Oh! Pues no se burla, no;
tambien la abandonaré.
Pero antes, por bien ó mal
oirá verdades de á folio.
¿Que se ejerza el monopolio

hasta en el mundo moral!!
—Aquí llega.

ESCENA XIV.

Pablito. Julieta.

Julieta.— Pablo mio!
Pabl.—Hágame V. la merced
de dar tregua al desvario
y no llamarme de usted
porque no serlo confio.
Julieta.—Qué pasa?
Pabl.— Pregunta estraña!
Julieta.—Habla, dime ¿qué patraña
causa de tu enojo es?
Pabl.—Pida V. cuenta á un francés
de lo que ocurre en España.
Julieta.—No comprendo.
Pabl.— Yo imagino
que eso es todo lo que pasa;
con un candor peregrino
V. pregunta al vecino
lo que sucede en su casa.
Julieta.—Oh! Me estás martirizando.
Dime...
Pabl.— Tenga V. mas calma
que ya iremos aclarando
todo.
Julieta.— Padece mi alma
esa frialdad contemplando.
Pabl.—Si V. resulta inocente
de los cargos que le haré,

me verá bajar la frente
confuso y humildemente
su indulgencia rogaré.

Julieta.—Basta! mi amor te perdona.

Pabl.—Aun no pido ese perdon.

Julieta.—De mi inocencia te abona
mi palabra. ¿Quién encona
contra mí tu corazon?
¿No recuerda tu memoria
haber dicho placentero
mil veces que soy tu gloria?
¿No sabes que yo te quiero
con un cariño sincero?..
¿Qué ocasiona tu mudanza?
¿En qué te pude ofender?
Háblame con confianza
y no robes la esperanza
á una infelice mujer

Pabl.—Tome usted una tarjeta. (*Dándosela.*)

Julieta.—(*Lée.*) «El General Zulueta.
Señora, hemos terminado.»

Pabl.—¿Qué dice V... Julieta?

Julieta.—Ay, Pablo!.. te han engañado.
(Cielos! quién me habrá vendido?)

Pabl.—Otras dos. (*Dándoselas.*)

Julieta.— Pero...

Pabl.— Adelante.

Julieta.—(*Lée.*) »Señora, hemos concluido.
Señorita, me despido.
José Gil— Raimundo Infante.»

Pabl.—Señora, V. palidece.

Julieta.—Yo... —No sé, me encuentro mal.

Pabl.—No será V. criminal,
pero mucho lo parece.

Julieta.(Situacion mas infernal!)
Pablo!..

Pabl. No hemos acabado.
Esta otra del diputado
Bellaflor.— Lea usted, hijita.

Julieta.—(*Lée.*) «Señorita, hemos tronado.»

Pablo.—Qué dice V... señorita?

Julieta.—Qué horror!.. hierve mi cabeza.

Pabl.—Tiene V. razon —Qué horror!
Símbolo de la pureza
estas flores, con candor
(Tomando el ramillete.)
os dedicaba mi amor.
—Ya probó V. su inocencia!

Julieta.—Pablo! ten piedad...

Pabl. Oh! si,
piedad... —Feliz ocurrencia!
Pregunte usté á su conciencia
si V. la tuvo de mí.
—Aun hay mas.

Julieta.— Por Dios, perdon!

Pabl.—Estos recuerdos marchitos
la dicen... *(Las cartas, retrato etc.)*

Julieta.— Ten compasion.

Pabl.—Que llevan ciertos delitos
la pena del Talion.

Julieta.—Tú me quisiste.

Pabl.— Verdad:

cometi esa necedad.
Hoy la quiero... ya V. vé
cuánto!.. (*Tira y pisa el ramo.*)
Julieta.— Inaudita maldad!
Pablito.—Señora, á los piés de usté.

ESCENA ÚLTIMA.

Julieta.

Se vá!.. y todos!.. Oh baldon!
y para ciertos delitos
dijo no habia perdon...
Ah! Bien lo repite á gritos
mi angustiado corazon.

FIN DEL PROVERBIO.

LA RECOMPENSA
DEL ARREPENTIMIENTO.

DRAMA EN TRES ACTOS
Y EN PROSA.

POR EL Dr. D. ANTONIO MARQUES Y ESPEJO,
Pensionado por S. M., y autor de otras varias piezas en prosa y verso.

O Melibœe! Deus nobis hæc otia fecit.
Virg.



VALENCIA:
EN LA IMPRENTA DE ILDEFONSO MOMPIÉ.
AÑO 1823.

PERSONAS.

D. Ambrosio, rico comerciante.
Julian, huérfano joven.
D. Lorenzo.
Francisco, criado antiguo de la casa de D. Ambrosio.
Doña Manuela, muger de este.
Adela, su hija.
Elena, camarera y confidenta de Doña Manuela.

La escena es en una quinta ó casa de campo de la ciudad de Sevilla: una gran puerta al medio con dos rejas á los lados, que van á dar á un jardin, que ha de verse desde afuera.

Nota. *Deseoso el Editor de este Drama de disipar las falsas congeturas, formadas malignamente al tiempo de su representacion, sobre el argumento de él, protesta con toda la verdad propia de su carácter, no haber tenido jamas la menor noticia, de que este caso haya sucedido en Valencia; pero sí, en una ciudad de Francia, habiendo llegado á escribir de él Mr. P. L. B. célebre literato de aquella nacion.*

ACTO PRIMERO.

ELENA Y FRANCISCO ARREGLANDO una mesa para el desayuno de sus amos.

Elena. Vamos, despáchate: los vasos, las bandejas.

Franc. No me dejas resollar siquiera, sin embargo de mi mucha actividad.

Elen. En nuestro oficio nunca hay demas.

Franc. Mala cosa es el servir.

Elen. Mejor es la de ser servidos.

Franc. Si llego yo á ser amo algun dia....

Elen. Qué es lo que harás?

Franc. Servirme á mí mismo.

Elen. Con eso no te quejarás de nadie.

Franc. Ni habrá quien se queje de mí.

Elen. Si todos pensaran asi en el mundo....

Franc. No habria en él ni amos ni criados, y cada cual estaria en su puesto debido.

Elen. ¿Y de que viviriamos en ese caso nosotros?

Franc. A nadie le faltan sus brazos y piernas para ganarse la vida.

Elen. Vaya que no te puedes quejar del Sr. D. Ambrosio.

Franc. No, seguramente.

Elen. ¿Y de su muger?

Franc. Mucho menos.

Elen. Pues por lo que hace á la señorita su hija....

Franc. Todos la estiman, y se la puede servir de balde.

Elen. Sí, todos la estiman; pero D. Lorenzo.... yo creo....

Franc. Qué?

Elen. Que la ama; y está proyectando....

Franc. Proyectos inútiles!

Elen. Como!... ¿Crees tú eso, en efecto?

Franc. Toma, si lo creo! Pues si Julianico no la deja. Nadie echa de ver, que sin dar ellos á entender que se buscan, se estan siempre encontrando.

Elen. Como se han criado juntos....

Franc. Se aman sin saberlo.

Elen. (*Con viveza*) ¡Calla, que me estremeces!

Franc. Y por qué? Julian es pobre en apariencia, pero nuestro amo le quiere mucho, porque se lo merece; es muy atento, juicioso, bello muchacho, y muy vividor.

Elen. Sí; pero Julian es un huérfano, que no sabe siquiera quienes son sus padres.

Franc. ¡Y que le hace eso, cuando se tiene un mérito personal!

Elen. Bien; pero D. Lorenzo es muy rico, y no mal parecido.

Franc. El mejor mozo es siempre el preferido.

Elen. ¿Y tú crees que lo es Julianico?

Franc. No hay duda en eso, y nuestro amo lo echará tambien de ver asi; porque le sobran los bienes de fortuna, y no es vanidoso.

Elen. Vaya, acabemos con esto. D. Lorenzo madruga mucho; habrá ya dado su paseo por el jardin, y vendrá con gana de desayunarse.

Franc. Yo no sé en qué consiste, que en cuanto me oyes hablar de Julian, mudas corriendo de conversacion.

Elen. (*Como embarazada.*) Ahora no de-

bemos hablar mas que del chocolate.

Franc. Mira, Elena, he notado mil veces, qu quieres poco á D. Julian, á pesar de qu fuiste la que le tragiste aqui de edad d dos años. Entonces llorabas por él, mien tras que se le entregabas á la señora: ell lloró tambien al recibirle; y yo hubiera llo rado mas que vosotras, si el ama no me hu biera hecho salir de alli.

Elen. Sí; recuérdame ahora lo que sé mejo que tú.

Franc. Ya se ve que debes saberlo mucho me jor que no yo; aun por eso, siempre qu te hablo de ello, aparentas un aire de mi terio....

Elen. De misterio!... yo! por qué?

Franc. Qué sé yo! pero mira, tal vez le ha bia entonces. Nuestro amo pasó á la Ame rica para recoger una herencia; tuvo va rias dificultades; duró su ausencia cuat años, y á su vuelta se halla con....

Elen. Con un desgraciado niño, que recog su muger caritativa.

Franc. Yo no sé por qué mi imaginacion pára hoy en esto; pues mas de diez y och años ha que no habia pensado ya en ell Lo cierto es que Adela y Julianico hari un hermoso grupo.

Elen. (*Cortando la conversacion.*) Franci co, mira que no hacemos mas que habl y mas hablar, y no nos acordamos de qu perdemos nuestro tiempo.

Franc. (*Sacando su muestra.*) Las ocho.

Elen. Y D. Lorenzo?

Franc. Sin duda que habrá ya vuelto de su paseo. Voy á ver si se le ofrece algo. (*Mirando la mesa.*) Ya está todo corriente.

Elen. Sí, todo.

Franc. Hasta luego, Elena. *Vase.*

Elen. A Dios, Francisco. — Mal rato me ha dado con sus recuerdos; sin embargo él no sabe nada. Este fatal secreto solo le sabemos mi ama y yo; y, gracias á Dios, no hay el menor indicio de una fragilidad.... Infeliz Julian, ¡cuántas lágrimas ha costado tu nacimiento! Por fortuna el tiempo derrama sobre las heridas mas profundas un bálsamo consolador, que las hace olvidar. Por lo tocante á este amor imaginario, ú verdadero, entre Julian y Adela, no creo que nos deba dar gran cuidado: los dos son bastante virtuosos, y se dejarán dirigir con facilidad hácia el fin mas ventajoso.

Salen D. Ambrosio y D. Lorenzo.

D. Amb. Buenos dias, Elena. Sube á llamar á mi espesa, dila que hemos dado ya nuestrá vuelta por el jardin D. Lorenzo y yo, y que no nos vendria mal el desayuno cuanto antes.

D. Lor. Mucho mas, si nos concede el honor de su compañía. *Vase Elena.*

D Amb. Continuemos con nuestra conversacion. Adela tiene los diez y ocho años....

D. Lor. Y es perfecta en todo.

D. Amb. En otros tiempos se creía deshonrado un padre, sino se estaba muy quieto esperando á que le vinieran á pedir su hija. Nuestros abuelos, con su política goda, tenian este modo de pensar; por lo que á mí toca, juzgando que un hombre de bien no puede tener una luz mas segura que su propio corazon, no me detengo en semejantes formalidades. Tú eres mi amigo, Lorenzo.

D. Lor. Y me creo digno de serlo.

D. Amb. Encuentras preciosa á mi hija, segun me lo acabas de decir.

D. Lor. Asi la juzgan todas las personas de juicio.

D. Amb. Igualmente, que todas las damas, que le tienen, saben estimar á mi amigo.

D. Lor. Bien; pero no todas le aman.

D. Amb. Adela tiene su corazon libre, y el hombre amable que logre mi aprobacion, no se deberá temer una negativa de mi hija.

D. Lor. Tampoco basta eso para un hombre de delicadeza.

D. Amb. Verdad es; pero como no puedo cortejarla por ti, te tomarás el trabajo de insinuarte con ella. En una palabra; la amas tú? dímelo.

D. Lor. A lo menos estoy muy dispuesto á ello.

D. Amb. Pues tambien hallarás á Adela dispuesta para amarte, porque entre los buenos corazones reina la simpatía.

D. Lor. Mucho lo deseo, amigo mio.

D. Amb. Mas sin embargo, en caso de que estuviese inclinada á algun otro, no insistiré yo en esto; tú te consolarás, y yo igualmente: ¡desgraciados los padres que sacrifican la felicidad de sus hijos á sus convenios particulares! pero no nos paremos en una suposicion, que carece de todo fundamento. Volvamos á mi asunto; mi plan es este: no tengo mas que á Adela, y no quiero separarme de ella; nombrándote yo mi yerno, me estrecho mas con mi amigo, adquiero mayores derechos sobre su corazon, me aseguro mi tranquilidad para siempre, dando mi hija al hombre mas juicioso que conozco; y para que nadie pueda quejarse de la fortuna, cuento asociar á Julian á mi comercio.

D. Lor. Lo acertarás haciéndolo asi; pues es un joven muy estimable.

D. Amb. Por tal le he tenido siempre; y el pensar yo en su bien estar, es aumentar el de mi esposa. A mi vuelta de América, me presentó esta criatura, que no me retuve á los principios, mas que por pura complacencia. Mi fortuna era harto escasa entonces: mi muger tenia poca edad, y no podia yo mantener muchos hijos.... En fin he adoptado este; y ni aun he querido penetrar el misterio de su nacimiento, que en la realidad me importa muy poco: por otro lado, cuando he hablado algo de esto, me ha manifestado mi muger una repugnancia

declarada por toda especie de explicacion. Sin duda que debe su nacimiento Julian á alguna que á ella la interesa mucho; porque sino, no se prestaria mi esposa....

D. Lor. Tal vez alguna de sus amigas, seducida....

D. Amb. Sea lo que quiera, he respetado su secreto. Me he aficionado á este chico; le he criado con Adela; ha crecido á mi vista, y ha sobrepujado mis esperanzas. Sus tareas han contribuido al buen éxito de las mias; le debo una gran parte de mis riquezas, y yo le corresponderé asegurándole las suyas. Ya te he descubierto los sentimientos de mi alma. Si hallases en mis proyectos algo que no te acomode, te ruego me lo digas con la misma franqueza que acabas de ver en mi corazon.

D. Lor. En ellos hallo otras nuevas razones, que me obligan á estimarte mas.

D. Amb. Con que estamos conformes?

D. Lor. Sí: siempre que piensen aqui todos como yo.

D. Amb. No debes dudar del consentimiento de mi esposa; y yo mismo te proporcionaré prontamente la ocasion de que hables de nuestros designios, porque conviene que la pidas tú mi hija. Vamos, abrázame, yerno mio.

D. Lor. Con todo mi corazon, padre amado. (*Abrázanse.*)

D. Amb. Ya estan aqui.

Salen Doña Manuela, Adela y Julian.

Adel. (*Corriendo á besar la mano á su padre.*) Buenos dias, padre mio.

D. Amb. Felices, querida mia.

Jul. Logradlos, señor, muy buenos. (*A D. Ambrosio.*)

D. Amb. Asi los tengas tambien, hijo mio. (*A su muger.*) ¿Y tú, querida, cómo estás?

Doña Man. He pasado bien la noche.

D. Amb. Me alegro; quiero que este dia sea feliz; y un sueño apacible deja la imaginacion tranquila y risueña. Vamos, vamos á desayunarnos, porque tenemos que tratar luego de unos asuntos muy serios. (*Siéntanse, y se sirve.*)

D. Lor. Me parece, señora, que habeis hecho bien de veniros á vuestra quinta: un cielo sereno, este aire puro, el jardinito bien cuidado, todo esto disiparia la melancolía mas reconcentrada.

D. Amb. Y el placer, ademas de eso, de tener á su rededor un marido tierno y sensible; una hija adorada, y muy digna de serlo; un segundo hijo....

Doña Man. (*Ap.*) Ah! un segundo hijo!...

D. Amb. Y un amigo fiel, que á porfía te estiman: estos son unos medios seguros de vivir dichosa.

Doña Man. Y lo soy seguramente, en cuanto puedo.

D. Amb. Tu virtud se lo merece.

Doña Man. (*Ap.*) Mi virtud!

D. Lor. He! por mas justo que sea un elogio, siempre confunde algo. — ¿Cómo halla el chocolate la señorita Adela?

Adel. Excelente, Sr. D. Lorenzo.

D. Amb. Pero aun la gustan mas los bizcochitos que la sirve Julianito. Se nos va haciendo muy obsequiante y galan.

Jul. (*Con timidez.*) Como me lo permite su madre....

D. Amb. Bien, si, Julian, yo me alegro. (*A D. Lorenzo*) Confieso que la mutua ternura de estas criaturas me da un grande placer.

Adel. (*Ap. y dando con el codo á Julian.*) Bravo, bravo, ¿no lo oyes?

D. Amb. Supongo (*á su muger.*), que tambien tú lo tienes: pronto probaré yo á Julian, ¡cuán agradecido te estoy del regalo que de él me has hecho!

Doña Man. (*Ap.*) Agradecido! (*en voz alta y con timidez.*) Bastante has hecho ya por él.

D. Amb. Debo hacer mas de justicia, pues su celo por mí, su actividad é inteligencia esperan la recompensa.

Jul. Me avergonzais, D. Ambrosio.

D. Amb. Oidme un instante, hijos mios. Yo empecé por poca cosa, y mis deseos eran tan limitados como mis medios. Jamas me he creido que la industria de un comerciante fuese propiedad suya: he pensado

por lo contrario, que debia esta industria emplearse en el bien de la sociedad, y que su fortuna particular estaba unida con la general. Por lo tanto, nunca he calculado lo que me podia valer la pobreza de mis semejantes; ni he procurado engruesarme con la sangre de los desgraciados. He llenado mis almacenes en los años de abundancia, para abrirlos en los de escasez: he vendido á todos precios, y me he sabido decir á mí mismo: ,,mi trabajo me dará ,, mas tarde lo que presto hoy á la huma- ,, nidad indigente;" y como pocas veces engañan sus especulaciones al hombre de bien, yo he prosperado mucho mas de lo que podia prometerme. No os recuerdo estos hechos por gloriarme de haber cumplido con mis obligaciones, sino porque el buen egemplo de los padres es para los hijos el mejor medio de alentarnos á la virtud. En fin, me encuentro poderoso; mi comercio es inmenso; necesito de un compañero que me procure mi descanso; y este compañero mio va á ser Julian.

Adel. (*Dando con el codo á Julian.*) Bravo!... bueno!

D. Amb. Hoy mismo quedará hecha nuestra escritura de sociedad (*á Julian.*): serán contra mí solo las pérdidas, y llevarás cuarta parte en las ganancias.

Jul. Jamas podrán mis expresiones....

D. Amb. Dejémonos de cumplimientos: yo

no hago mas que cumplir con un deber sagrado; y me creo que no se quejará mi hija de las ventajas...

Adel. No, padre mio: yo, no!

D. Amb. (*A Doña Manuela que se enternece y llora.*) Por lo tocante á ti, querida, juzgo que serás con Julian tan indulgente como tu hija. Tú le estimas muy particularmente, y te debes interesar en esto. El hacerle bien es lo mismo sin duda que complacerte.... pero tú lloras!...

Doña Man. ¡Cuánto te debemos todos!... ¡y yo mucho mas que ellos!...

D. Amb. Lorenzo, da tu brazo á mi esposa, y os ireis á dar una vuelta por el jardin. (*Se levantan.*) (*A su muger.*) Tiene que comunicarte cierto asunto, y allí estareis mas á gusto: esa arboleda recuerda unas felices memorias: pronto hará veinte años que te declaré yo en ella mi amor por la primera vez. Los árboles han envejecido, pero mi corazon está lo mismo. Tú bajas los ojos, Adela. Ello es que llega un tiempo en que toda joven tiene que darse á la reflexion. (*Á D. Lorenzo.*) Vamos, anda, amigo mio. (*Vase D. Lorenzo con Doña Manuela.*) Yo me entro á mi cuarto. Julian, en la quinta se puede uno entregar á sus negocios lo mismo que en la ciudad: entrarás á buscarme dentro de un rato. (*Vase.*)

Adel. ¿Qué dices á esto, amigo mio? ¿Em-

piezas ya á tranquilizarte con seguridad?

Jul. Un corazon como el mio, ¡cuándo está sin inquietud!

Adel. Pero hay ciertas inquietudes indiscretas.

Jul. Y tambien las hay bien fundadas.

Adel. Julian, tú tienes gusto en atormentarte, y á mí me sabe eso mal. ¿No has oido á mi padre? ¿No conoces lo que nos prometen sus disposiciones para lo venidero? ¿Quién te ha dicho que no ha encargado á D. Lorenzo que prevenga y examine á mi madre sobre un matrimonio?

Jul. ¿Y quién te ha dicho á ti que haya él pensado en mí?

Adel. Pues ¿en quién querrás que piense? ¿Crees tú que se haya escapado á su penetracion nuestro amor?

Jul. Me desesperaria yo de que tuviese de él la menor sospecha. Mis sentimientos son tan puros como el objeto que me los inspira; pero se juzga de los hombres por los hechos; y las apariencias estan contra mí. Sus mismos beneficios....

Adel. Llámalos mas bien las cortas señales de su agradecimiento.

Jul. Ese pretendido agradecimiento da aumento á mi ingratitud.

Adel. ¡Ingrato tú, Julian!

Jul. Sí: lo soy, Adela. ¡He debido yo amarte! ¡he debido tampoco decírtelo!

Adel. Sí, amigo mio. Has debido amarme,

porque me has hallado amable; y me lo has debido decir, porque un hombre de bien dice siempre lo que piensa.

Jul. ¡Y debias tú escucharme!

Adel. Qué! ¡ha de oir una á todos los hombres, y ha de ser sorda para con aquel únicamente á quien se da la preferencia!

Jul. Adela, el efecto mas terrible de las pasiones es el disimularse siempre lo que tienen de reprehensible. ¡Mira hasta qué extremo nos extravia ya este vivo fuego, que nos priva casi de la razon! Tú nos juzgas inocentes cuando nos estamos amando en secreto; cuando con una reserva culpable ofendemos á tus padres, mis generosos bienhechores. Aunque nuestras leyes no señalan penas contra los ingratos, la opinion pública los cubre de oprobio: ¿nos atreveremos á despreciarla?... ¿Te enterneces, Adela?

Adel. Tú haces mi existencia penosa.

Jul. Perdóname; pero debo decirte la verdad.

Adel. Todo eso me lo habias de haber dicho antes.

Jul. A los quince años pocos reflexionan bien.

Adel. Estás exagerando siempre los obstáculos que pueden contribuir á nuestra desunion, y tu imaginacion solo te ofrece ideas funestas. Mi madre era tambien muy rica, y mi padre, que como tú no tenia mas que

sus virtudes, logró inmediatamente el consentimiento de sus padres.

Jul. Pero á lo menos él conocia á los suyos, á quienes se miraba con consideracion; pero yo.... yo no sé quién soy, y sé solo hacerme justicia.

Adel. No, Julian: tú no te la haces; y sino mudas de ideas y de estilo, reñiré contigo.

Jul. Qué! ¿bien podrias, Adela?

Adel. ¿No puedes tú atormentarme?

Jul. Pues habla, ¿dime qué es lo que debo hacer?

Adel. ¡Dejarte conducir, ingrato! Tú temes á mis padres; D. Lorenzo es su mayor amigo; tiene toda su confianza y la mia; yo, yo le hablaré. Piensa tambien en que mi madre te quiere tanto como yo; qne mi padre te estima, y te mira con mucha atencion.

Jul. ¿Y si por último se negasen?...

Adel. En ese caso te cogeria de la mano; te llevaria á su presencia; nos echaríamos á sus pies, y les diria yo: aqui tienen ustedes, padres mios, el hombre que me he escogido por esposo; es el único, el solo que puede hacerme dichosa: espero que no me separarán ustedes de él.

Jul ¡Qué temible es ese instante!

Adel. No tal, Julian. Y si á los principios se negasen....

Jul. Me veria yo desterrado de aqui, perdido y deshonrado.

Adel. Nada de eso, amigo mio. Un hombre de bien nunca deshonra á otro por una falta involuntaria. En un instante no se olvidan diez años de trabajo continuo, de estimacion y de cuidados: sobre todo, lo que me negasen hoy, me lo concederian muy gustosos mañana.

Jul. ¡Ay mi amada Adela, cuánto te debo!

Adel. El ocuparme de tus intereses, ¿es mas que proporcionarme los mios?..Pero te insta ya el tiempo; no te hagas esperar; cumpliendo con sus deberes actuales, es como se hace uno digno de cumplir con otros mayores, (*con una risita de ternura*) cuyo peso te ayudaré á llevar yo algun dia. (*Julian la coge y besa la mano.*) Tuya es ya, amigo mio. El vicio huye hasta de las apariencias; pero la inocencia se fia de la virtud. (*Vase Julian.*) Amable joven! el amor debe reparar los agravios que te ha causado la fortuna. Ah! mi Julian será tierno, honrado como mi padre: yo seré agasajadora, atenta, virtuosa, como mi madre; la armonía de nuestro buen proceder familiar les recordará su juventud, y hará la ventura de sus antiguos dias. (*Yendo hácia D. Lorenzo que sale.*) ¿Habeis dejado ya á mi madre, Sr. D. Lorenzo?

D. Lor. Si señora: ahora mismo.

Adel. ¿Se trata, segun creo, de asuntos mas importantes?

D. Lor. Importantísimos en efecto.

Adel. ¿Qué no tienen que ver conmigo?

D. Lor. Que os son particulares.

Adel. (*Con timidez.*) Como soy naturalmente curiosa, D. Lorenzo....

D. Lor. Esa curiosidad es muy natural.

Adel. Sin duda, pues, que se está tratando de mí.

D. Lor. Mayor es todavía la que yo tengo por saber, ¿cómo tomareis vos este asunto?

Adel. No hagais que me consuma: decidme algo mas.

D. Lor. Solo deseo hablaros....

Adel. Y yo oiros al punto.

D. Lor. Sin embargo, es tal mi confusion....

Adel. (*Interrumpiéndole con viveza.*) Pues qué! ¿no seria mi madre del mismo parecer que mi papá?

D. Lor. Al contrario: piensan lo mismo uno que otro.

Adel. ¿Y pensais tambien como ellos?

D. Lor. En un todo absolutamente.

Adel. ¿Con que podré tranquilizarme?

D. Lor. ¡Asi pudiera yo estar tan tranquilo!

Adel. D. Lorenzo, explicaos mas claramente.

D. Lor. (*Observándola.*) Vuestros padres, que solo piensan en vuestro bien, quisieran vuestro establecimiento.

Adel. Ah! con que quieren que me case.

D. Lor. ¿No os acomoda su proyecto, señorita?

Adel. ¿Y por qué no?

D. Lor. ¿Con que lo aprobais?

Adel. Conforme.

D. Lor. Cómo?

Adel. Si quieren mis padres casarse por mí....

D. Lor. No son capaces de eso.

Adel. Pues si quieren que me case yo....

D. Lor. ¿Consentireis en ello?

Adel. (*Con viva sonrisa.*) Será preciso resignarse.

D. Lor. No dejaria de ser duro para vuestro esposo el deber vuestra mano á vuestra resignacion solamente.

Adel. (*Con timidez.*) Antes de que yo me explique mas, decidme, D. Lorenzo, quién es el que me destinan.

D. Lor. Le creo de algun mérito.

Adel. Joven?

D. Lor. Si.

Adel. Muy amable?

D. Lor. Eso lo direis vos misma.

Adel. Habita?... dónde?

D. Lor. En esta quinta, durante toda esta estacion.

Adel. Cómo se llama?

D. Lor. ¡Es posible que se necesita nombrárosle!

Adel No, mi estimado D. Lorenzo. ¡Cuán aliviado ha quedado mi corazon! Qué! ¿No reprobará mi padre un amor....

D. Lor. ¡Pues si es él quien le ha causado!

Adel. Yo me temia, que tal vez la preocupacion....

D. Lor. ¿Qué es lo que decís?

Adel. Que me temia yo que la escasez de su fortuna.....

D. Lor. No os entiendo, Adela.

Adel. Qué! ¿no me quereis entender?

D. Lor. ¿Pues de quién me hablais?

Adel. ¿De quién me estais hablando vos mismo?

D. Lor. (*Despues de un instante.*) ¿Amais á Julian, señorita?

Adel. ¿A qué otro queriais que yo amase?

D. Lor. Mucho siento tener que deshacer una equivocacion que apreciais tanto; pero...

Adel. (*Con mucha viveza.*) Qué! ¿no es él el nombra lo por mi padre?

D. Lor. No, Adela.

Adel. Ay infeliz de mí!

D. Lor. Infeliz! No, no lo sereis. Se ha creido que yo pudiera conveniros; se ha engañado; ya no hay mas. Julian posee vuestro corazon; vuestros padres son prudentes; él obtendrá vuestra mano; yo creo que será así.

Adel. Pero ¿creeis que consentirán?....

D. Lor. Solo desean vuestra fecilidad.

Adel. Mi estimado D. Lorenzc, me hariais el favor de hablarlos.

D. Lor. Sí, mi estimada Adela, les hablaré yo mismo.

Adel. ¡Cuánta es vuestra bondad!

D. Lor. No es excesiva, á la verdad. El sa-

crificio es muy penoso ; pero conozco que es muy necesario.

Adel. ¡Julian está tan inquieto; sufre tanto!...

D. Lor. Y Adela participa de su justa impaciencia. Vamos! Hace un instante que me lisonjeaba yo de ser vuestro esposo; y ahora me veo limitado al empleo de vuestro confidente. Quedemos pues en esto : voy á decir á vuestro padre que no me quereis.

Adel. ¡Ay, eso es muy duro!

D. Lor. Sí ; pero muy cierto.

Adel. Bien.... mas....

D. Lor. (*Repitiéndose.*) Vaya, pues le diré que no me quereis, lo cual siento yo mucho ; pero que estais amando á otro, cuyas bellas prendas justifican vuestro cariño.... no es verdad?....

Adel. Eso, eso es precisamente.

D. Lor. Y que el que agrada mas á su hija, es el que mas la conviene.

Adel. Asi; lindo! D. Lorenzo.

D. Lor. Ya veis que lo entiendo; vaya pues, dejadme por un rato.

Adel. (*Hace que se va y vuelve.*) Pero que no se lo digais tan á secas; tomad el asunto desde mas largo.

D. Lor. Esa es mi intencion.

Adel. Me entrego en vuestras manos con la mayor confianza. *Vase.*

D. Lor. La comision es bastante rara ; pero cumplo con ella muy gustoso, y sentiré no quedar lucido.

Sale D. Ambrosio.

D. Amb. (*Con aire alegre.*) Y bien, Lorenzo, hablaste á mi muger, y has tenido tambien aqui á mi hija. Me parece hallarte con cierta alegría, que me persuade que todo va bien.

D. Lor. A lo menos espero que no irá mal.

D. Amb. ¿Consiente mi muger?

D. Lor. Sí: y me ha manifestado su satisfaccion por mi matrimonio con su hija del modo mas lisonjero, que no debo sin duda mas que á la amistad que sabe me tienes.

D. Amb. Por lo tocante á mi hija estoy muy seguro....

D. Lor. Consiente tambien en casarse: me ha abierto su corazon con la enérgica franqueza de una joven que ama por la primera vez.

D. Amb. Mira ahora si hacía yo bien de burlarme de tus temores y ridícula modestia.

D. Lor. (*Ap.*) No eran sino muy fundados.

D. Amb. Pues se debe, amigo mio, orillar este asunto prontamente.

D. Lor. Sí: cuanto antes será mejor.

D. Amb. Hacer venir un escribano....

D. Lor. Y firmar el contrato.

D. Amb. (*Como que se va.*) Voy á hacer que le llamen.

D. Lor. Te lo aconsejo asi: que si sobreviniese alguna dificultad, yo procuraré vencerla antes de su arribo.

D. Amb. Dificultad! no preveo ninguna, á menos que no la hagas tú nacer.

D. Lor. Al contrario: yo me acomodo á todo; pero ocurre un pequeño incidente que me embaraza un poco, y del que debo informarte.

D. Amb. Un incidente!

D. Lor. Sí.

D. Amb. Dímelo, y al punto te satisfago.

D. Lor. Voy á hablarte. Tu hija se casa....

D. Amb. Y qué mas.

D. Lor. Pero no conmigo.

D. Amb. Y no contigo?

D. Lor. No, no es conmigo.

D. Amb. Lorenzo!....

D. Lor. Oh! Vas á enfadarte? ¿Te crees que sea yo el único hombre del mundo que pueda casarse con tu hija?

D. Amb. Ningun otro conozco que la convenga como tú.

D. Lor. Pues Adela tiene quien la conviene mucho mas.

D. Amb. ¡Adela con una pasion, y me la ha ocultado!

D. Lor. Las solteras tienen siempre cierta segunda idea: y el padre mas querido y respetado las inspira una suerte de temor que se opone á la confianza.

D. Amb. ¿No soy yo su mejor amigo?

D. Lor. Seguramente.

D. Amb. Con que me lo debia decir todo.

D. Lor. Ya te lo digo yo ahora: ¿no es lo mismo?

D. Amb. Asi, no te hubiera expuesto á un disgusto....

D. Lor. Si yo no me quejo de eso, ¿qué te importa?

D. Amb. ¿Pero conoces tú al sugeto?

D. Lor. Perfectamente.

D. Amb. ¿Y apruebas tú la eleccion de mi hija?

D. Lor. Es digna de ti, y de ella.

D. Amb. Del mal el menos: de mucho peso es para mí tu aprobacion. Sin embargo, amigo mio, quiero antes de responder, saber quién es el hombre que hace la propuesta.

D. Lor. Es muy justo, y voy á hacerte su retrato físico y moral en dos palabras. Él es joven.

D. Amb. Qué mas?

D. Lor. De una hermosa presencia.

D. Amb. Algo es eso.

D. Lor. Tiene mucho talento.

D. Amb. Mejor.

D. Lor. Un excelente corazon....

D. Amb. Bueno, bueno!

D. Lor. Y todas las virtudes que hacen á un hombre estimable.

D. Amb. Bravo!... ¡Adela le amaba silenciosamente, y ella ha esperado para declararse á que se tratara de darla á un otro! Esta reserva me incomoda, porque no me la merezco. El sugeto que acabas de pintarme, puede aspirar á todo; y Adela debia contar con su padre, confiando enteramen-

te en él. Ese joven ¿tiene algunos bienes?

D. Lor. Ni un ochavo; pero qué importa?

D. Amb. Alguna riqueza no desaria el asunto, aunque á la verdad la felicidad no se compra. Se llama él?..

D. Lor. Julian.

D. Amb. Lorenzo!...

D. Lor. Ambrosio!

D. Amb. Qué me propones ahí?

D. Lor. Lo que acabas de aprobar: el nombre no hace nada á la cosa.

D. Amb. Nada hace el nombre, sí; el hombre es el todo.

D. Lor. ¡Con que Julian será tu yerno?

D. Amb. Hablemos un poco, y te responderé despues.

D. Lor. Oh! tú vas á oponer algunas antiguas y ridículas preocupaciones, á la mas dulce inclinacion de la naturaleza.

D. Amb. No señor; pero veamos cómo hará usted para escusar la conducta de Julianico.... Un joven, á quien he criado, por quien tanto he hecho....

D. Lor. Y que ha sabido corresponder con su respeto, su gratitud, con quince años de trabajo, y con el aumento rápido de tus caudales.

D. Amb. ¡Atreverse á amar á mi hija, y amarla secretamente! ingratitud! seduccion!...

D. Lor. No; ni lo uno, ni lo otro. Entre jóvenes de una misma edad, no hay mas seductor que el amor.

D. Amb. Amigo, tú eres tolerante!...

D. Lor. Porque soy prudente.

D. Amb. Y yo no, ¿no es verdad? Ademas, no hay cosa mas natural que el desear saber, con quién hace uno sus alianzas; y Julian, que ni siquiera conoce su familia...

D. Lor. Ya estamos en ese punto: pues; preocupaciones, en lugar de buenos principios! ¿Conoces tú un hombre mas apreciable que Julian?

D. Amb. No.

D. Lor. Él es....

D. Amb. Todo lo que quieras; ya lo hemos dicho; honrado, juicioso, activo y muy inteligente.

D. Lor. Y con esas buenas cualidades, ¿quién tiene necesidad de padres? Antes de que la sabia filosofía nos ilustrara, un hombre vano se adornaba hasta con las virtudes de sus mayores, y admirábamos á un necio, tal vez malvado, condecorado con un gran apellido: tontería, puerilidad! El hombre, que yo admiro, no es el que brilla con un resplandor prestado, sino el que nada debe á los otros, solo todo á sí mismo. Esto es lo que me sucede con Julian. Tú mismo estás tan penetrado de esta verdad, que le asocias á tu comercio; ¿y quieres negarle tu Adela? Tú, buen patriota, buen padre, y buen marido, ¿no te correrías de condenar á tu hija á que devorase su corazon; á no

ver en ti mas que el autor de sus penas? ¡Tú perderias su estimacion, la de tu muger y la mia por unas necias opiniones! Pero no será, no; conozco á mi amigo; él no puede ser dichoso sino por la felicidad de su familia; él abjurará un momento de error, y coronará la pasion de dos criaturas, cuya gracia no habré yo implorado en vano.

D. Amb. Lorenzo, bien lo sabes; yo soy fuerte, pero no obstinado; y jamas me he negado á las buenas razones. Si yo creyera que mi muger aprobase....

D. Lor. Dejemos eso á cargo de Adela y Julian: el amor es muy elocuente; ellos la hablarán al corazon, y el de una madre no tiene mas gusto que ceder á sus hijos.

D. Amb. Díces bien; y por otro lado, ama tanto ella á este joven...

D. Lor. Que tal vez no tendrás mas mérito que el de haberte anticipado á su consentimiento. Vamos: el escribano, el escribano. (*Muy alegre.*)

D. Amb. (*Sonriéndose.*) Sí, sí, enviar por él á la ciudad al instante. (*A Doña Manuela que sale con Elena.*) Querida mia, voy á hacer llamar á mi escribano, y dentro de dos horas, todo el mundo estará aqui feliz y contento. Te estoy disponiendo una sorpresa.... de tal naturaleza.... pero Adela te lo dirá todo. (*Vase con Don Lorenzo.*)

Doña Man. Qué sorpresa será esta!

Elen. Algun nuevo rasgo de su generosidad.

Doña Man. Feliz es para mí este dia; pero mis remordimientos no me dejan disfrutarlo.

Elen. Qué cruel sois, señora, para vos misma; os juzgais con un rigor....

Doña Man. ¿Habrá algun ser virtuoso que pueda absolverme?

Elen. ¿Y habrá tampoco ninguno que tenga por un crimen la fragilidad de un momento, borrado con mas de veinte años de virtudes?

Doña Man. Amada amiga, tú no conoces el estado de un corazon atormentado por la memoria de una falta irreparable. Julian vivirá con abundancia y comodidades; pero se lo deberá á mi marido: á este buen D. Ambrosio, á quien he engañado, y estoy engañando aun, sin poderle hacer saber este terrible suceso. Es un bienhechor, un esposo tierno y sensible, y está muy distante de poder sospecharse, que sus mismas bellas prendas aumentan mi dolor. (*Llorosa.*)

Elen. (*Ap.*) ¡Cuánto me compadece su estado!

Doña Man. Confieso sin embargo, que el matrimonio de Adela y D. Lorenzo templa la amargura de mi situacion. Se casa mi hija con un hombre amable; será dichosa, y esta union va á calmar unos temores, que

cada dia tomaban mayor aumento.

Elen. ¿Qué mas os quedaba aun que temer?

Doña Man. Te lo diré en fin, mi querida Elena. Habia creido notar entre Adela y Julian algunos indicios, que prueban mas que una pura amistad: miradas furtivas, suspiros involuntarios, confianza extremada, suma reserva, tristeza sin motivo, síntomas de la esperanza y del rubor.... Nada se escapa á la vista de una madre. Me he estremecido mil veces, considerando que el crimen, igualmente que la virtud, puede ser hereditario; entonces sentia yo haber retenido junto á mí á este triste Julian. Sin embargo, ¿qué podia yo hacerle? Demasiado orgullosa para revelar mi pasada debilidad, y harto tierna para abandonar un hijo, he querido mas exponer mi reposo que su existencia.... Pero D. Ambrosio, que habla de mi virtud; que llama á Julian su segundo hijo; que me da gracias.... Ah! la terrible verdad está distante de su idea; toda entera está en su boca.... (*Llorosa.*)

Elen. Tranquilizaos por Dios, señora.... Si se notasen vuestras lágrimas!...

Doña Man. Ni aun logro de la satisfaccion de poderlas derramar libremente.... Ah!...

Elen. (*Asustada.*) Creo que entra Francisco. Disimulad, señora.... Retiraos de aqui....

Doña Man. Elena, tú me amarás siempre; asi mé lo has prometido.... y si he perdido

mis derechos á tu estimacion, aun los tengo á tu sensibilidad. (*Elena la besa la mano, ella la abraza llorosa y se va.*)

Sale Francisco con botas, látigo y un pliego ó carta.

Elen. ¿Qué hay, amigo Francisco? ¿Dónde vas tú con ese equipage?

Franc. Ya soy correo; voy en posta á Sevilla, y todas mis aprensiones, que tratabas de quiméricas, son ya efectivas y reales.

Elen. ¡Cuentos y mas cuentos!

Franc. Ahora verás como se puede creer lo que se ha visto y oido.

Elen. ¿Y qué es lo que has oido? veamos.

Franc. Adela abrazaba á su padre, y Julian estaba de rodillas á los pies de él....

Elen. ¿Y qué prueba eso?

Franc. Que van á casarlos.

Elen. (*Conmovida.*) ¿Te dejarás de esas suposiciones?

Franc. Esto es suponer aun! Pues ¿y el escribano, á quien voy yo á llamar?

Elen. Eso es para el matrimonio de Adela con....

Franc. Con Julian....

Elen. Con D. Lorenzo.

Franc. Dale! con Julian, yo lo digo. Estaba él dando las gracias al amo con una ternura, con tal expresion....

Elen. Es que le da parte en su comercio, y debe el escribano hacer la escritura de asociacion.

Franc. (*Con admiracion.*) Sí, sí!

Elen. (*Remedándole.*) Sí, sí. Adela se casa con D. Lorenzo; este es negocio concluido desde esta mañana.

Franc. No; D. Lorenzo no tenia trazas de ser el novio. Mucho será que yo me haya engañado.

Elen. Pues, válgame Dios! ¿y á ti qué te importa?

Franc. Yo lo sabré antes de volver aqui.

Elen. Y eso? Cómo?

Franc. Cuando el escribano estienda allá el contrato, yo le iré leyendo por detras de su espalda.

Elen. Pues márchate pronto, y con eso lo sabrás antes.

Franc. Tienes razon; voyme al punto, pero yo queria antes despedirme de ti.

Elen. Gracias.

Franc. (*Al marcharse.*) Ya sabes tú que siempre he sido muy atento contigo. (*Vase.*)

Elen. ¡Qué curiosidad! ¡Qué habladurías! Este hombre me inquietaria, si esta boda no estuviese enteramente concluida; sin embargo, sus reflexiones, y las observaciones de su madre, me sobresaltan algo, á pesar de que los hechos las contradicen. Tiene razon mi buena señora: no hay sosiego para el culpable; pues que la sola amistad que me une con ella es tan agitada y penosa. (*Vase.*)

ACTO SEGUNDO.

Doña Manuela y Elena.

Doña Man. Ay Elena! mi agitacion me acompaña por todas partes: antes tuve un instante de alivio, pero ahora vuelven á acometerme mis temores con mayor fuerza.

Elen. Sois, señora, ingeniosa para atormentaros con vuestras quiméricas aprehensiones.

Doña Man. Ahora creo estar viendo lo que tengo que temerme.

Elen. ¿Qué es lo que puede hacer nacer vuestros sustos?

Doña Man. Acabo de pasar por la habitacion de mi marido; he visto á Julian y Adela: una mirada mia, rápida como el relámpago, ha confirmado mis sospechas; me ha parecido ver el delirio, la embriaguez del amor. D. Ambrosio se regocijaba con sus arrebatos. ¡Es que los cree inocentes!

Elen. La bondad de mi amo debe motivar nuestros penosos presentimientos.

Doña Man. Con un hombre como mi esposo, Adela y Julian no tendrán necesidad de mas, que de declararse; el mismo D. Lorenzo podrá favorecer una llama, que él es incapaz de sentir. Elena! hay una mano invisible, que no deja al delito impune, y que va á descargar sobre mí.

Elen. Os olvidais, señora, de vuestros amigos; os olvidais de vos misma, y perecereis víctima de la ilusion ó de la realidad.

Doña Man. El sepulcro es el único asilo que me queda; dichosa yo, si mi reposo no es tambien inquietado en él, ó por los horrorosos recuerdos, ó por las venganzas que me he merecido. (*Siéntase.*)

Julian que sale se dirige á Doña Manuela.

Jul. Todo cuanto interesa á los hombres, la estimacion de los juiciosos, los dones de la fortuna, y los favores del amor, se reunen hoy para hacerme olvidar mis primeras desgracias: vuestra aprobacion es tan solo lo que falta á mi felicidad.

Doña Man. Qué dices? (*Levantándose de la silla.*)

Jul. Yo os debo mi educacion, mi probidad, y mi exjstencia, que vos, señora, me habeis conservado; mi gratitud os satisfaria, si fuese posible corresponder dignamente á semejantes beneficios: sin embargo aun podeis aumentarlos; ó mas bien, si no escuchaseis mis ruegos, nada habriais hecho por mí.

Doña Man. Escuchas esto? dí, Elena. (*Ap.*)

Jul. Teneis una hija, á la cual no debia yo pretender, ni amar; una fiebre ardiente me consumia, sin que pudiese encontrar mi remedio; yo era todo de Adela, cuando no me sospechaba ningun peligro. Educada conmigo, acostumbrada á verme, á

inspirar y á sentir esta dulce confianza que sorprende las almas, me amaba tambien, cuando ignoraba aun que tenia un corazon....

Doña Man. ¡Qué horrible confianza! (*Ap.*)

Jul. Un hombre generoso sabe nuestra situacion, y lleva nuestros votos á los pies de vuestro esposo. D. Ambrosio no se ha desdeñado de admitir á un sugeto, que solo tiene en su abono la activa amistad por sus protectores; se ha dignado acogerme; ha mirado á su hija; ella se ruborizó, y él me ha nombrado su yerno.

Doña Man. (*Dejándose caer sobre una silla.*) Infeliz de mí! Este es mi último golpe.

Jul. Anda (me dijo él) á verte con mi esposa; dila que te destino para que hagas feliz á mi hija, y aquella te abrirá sus brazos.

Doña Man. (*Incorporándose muy agitada.*) Julian.... Julian!... tú quieres!... esperas!...

Jul. Yo, señora, nada quiero; tan solamente suplico. Sin Adela no hay felicidad para mí; y sin mí, no puede haberla para ella.

Doña Man. (*Con desesperacion.*) No, jamas!.. jamas!...

Jul. (*Suplicando.*) Adela es vuestra hija, y á mí me habeis servido de madre.

Doña Man. Ay infeliz! y lo soy! (*Con turbacion.*)

Jul. Ah! si yo pudiera creeros!

Doña Man. Ah! si pudiera yo olvidarlo!

Jul. Pues! ¡y aun asi me negais á Adela!

Doña Man. (*Procurando sosegarse.*) No habeis nacido el uno para el otro.

Jul. Decidme por qué, y yo responderé y destruiré vuestras razones.

Doña Man. Tú lo crees vanamente.

Jul. Estoy muy cierto de ello.

Doña Man. Ah! si yo pudiera hablar!

Jul. Yo, señora, os lo ruego.

Doña Man. Porque ignoras lo que me pides.

Jul. (*A Adela que llega.*) Adela, se me desecha. ¡Mira lo que debo yo á tu madre! El oprobio de la desgracia de mi nacimiento, que no deberia recaer sobre mí...

Adel. Calla, no prosigas; calla.

Jul. Todo me obliga al silencio. Pero tú, que me has dado tu corazon; tú, que tienes ya la aprobacion de tu padre; tú harás hablar á la naturaleza, y la razon. (*Cogiéndola de la mano.*) Ven, Adela mia, ampárame; échate conmigo á los pies de una madre sensible, que me desecha, y que no se negará á tus súplicas.

Adel. y Julian. (*De rodillas.*) Madre....

Doña Man. ¿Estariais, hijos mios, en esa postura, si yo pudiese prestarme á vuestros ruegos? Qué! Adela! ¡tú quieres ser madre, y no conoces la fuerza del sentimiento que me debes!

Adel. Yo no sé, madre mia; pero me parece que jamas mi hija abrazaria en vano mis rodillas. ¿Qué se ha hecho aquella ternura

vuestra, que no pensaba mas que en mi felicidad?

Doña Man. Hija cruel! ¿el corazon de una madre se puede mudar nunca?

Adel. Pues dadme ahora la prueba.

Doña Man. Ya está dada mi sentencia; y no puede revocarse.

Adel. (*Incorporándose con firmeza.*) Pues tambien mi padre ha dado la suya.

Doña Man. ¿Y querrias tú sostenerla?

Adel. (*Señalando á Julian.*) ¿Qué teneis que decir de él?

Doña Man. Nada.

Jul. Nada! y no será ella mia!

Doña Man. No; jamas.

Jul. (*Sollozando.*) Sois una injusta.... tirana!

Adel. (*Con viveza.*) Julian, mira que hablas con mi madre! (*A su madre.*) Perdonadle, madre mia, perdonadle: la fuerza de su dolor le arrebató, señora; esta ha sido la primera vez de su vida, y será ya la última.

Jul. Sí: me he extraviado.... Pero ¿debo pagar vuestros beneficios con el sacrificio mas penoso?

Doña Man. (*Cogiendo de la mano á Adela, y encarándose á ella.*) Adela! Dios te haga virtuosa: la inclinacion del crimen es muy facil; la muger mas pura puede ser debil; y la memoria de una flaqueza es tan penetrante!...

Adel. Pero ¿qué tienen que ver esas reflexiones con nuestro amor?

Doña Man. ¡Vuestro amor!... Ah! hija mia! ya lo habia yo previsto; el crimen es hereditario.

Adel. ¡Si no os entiendo!

Doña Man. ¡Ojalá que jamas puedas entenderme!

Adel. Madre mia, os lo ruego por la última vez: tened piedad de vuestra hija; ella tiene vuestra misma sensibilidad; tiene vuestra alma. Pues que amasteis algun dia, acordaos ahora, y no os opongais á mi pasion.

Doña Man. (*Abrazando á los dos.*) ¡Hijos mios, si supieseis el tormento que me estais causando; si pudieseis leer en este corazon que estais despedazando, y cuyo dolor es mucho mas agudo que el vuestro!... Compadeceos de una madre que os ama; no la expongais á unos combates inútiles para vosotros, y dolorosísimos para ella; y sobre todo procurad no acusarla ante vuestro padre; sus ruegos y su autoridad serian tambien en vano; no lograriais mas que el aumento de mis males, sin mudar en nada mi resolucion.

Jul. Nosotros moriremos así, y será por causa vuestra.

Doña Man. (*Con un tono seco, y con delirio.*) El dolor no mata, Julian, no: yo te lo aseguro.

Adel. (*Llorosa.*) ¿Y qué le diremos á mi padre?

Doña Man. Yo no sé... pero mi sosiego está en vuestras manos: consultad con vuestra delicadeza y con vuestro reconocimiento: ellos os inspirarán.... Idos, hijos mios, dejadme.

Adel. (*Cogiendo de la mano á Julian.*) Vente, querido, ven: si no podemos ser dichosos, al menos lograremos llorar juntos. (*Vanse.*)

Doña Man. ¡Qué prueba esta, Dios mio, qué prueba! ¡Mil veces ha estado para escaparse de mis labios la terrible verdad!... Ay!... mis fuerzas estan debilitadas. (*Siéntase.*) Esta criatura ha nacido para mi desgracia, y para la suya.... La naturaleza los arrastra el uno hácia el otro.... Pues que mi secreto no es sabido, puedo aun continuar callando, y coronar un ardor.... pero, cielos! me extravío!... Infeliz! ¡un crimen horroroso aun para los mismos salvages!

Sale Francisco muy alegre.

Franc. (*Chasqueando el látigo.*) Ya estoy de vuelta de la ciudad: hemos venido á galope.

Doña Man. No me importunes, Francisco.

Franc. (*Siempre alegre.*) Os hallo triste, señora: ¿es que habeis adivinado el secreto de Adela, y estais aun creyendo que se la casa con D. Lorenzo? no, no, des-

engañaos, es para Julian. El escribano viene ahí conmigo; está hecho ya el tratado; yo le he visto, y le he leido.... Este pobre Julian.... ¡qué guapo! Ahora me remozo yo.

Doña Man. (*Incorporándose con fuerza.*) Oyes; salte, vete de aqui pronto.

Franc. (*Como aturdido.*) Qué! ¿no me entendeis, señora?

Doña Man. Que salgas te digo: quiero estar sola.

Franc. (*Al irse.*) ¡No alcanzo por qué sea esto! ¡qué diablos ha sucedido aqui! (*Vase.*)

Doña Man. Parece que se han declarado todos contra mí: este pobre criado quiere demostrar su afecto, y desgaja mas mi herida.... ¡Qué insoportable existencia!.. Cielos! D. Lorenzo ahora!...

D. Lor. Vengo de ver á Julian y Adela. Los dejo agobiados de dolor, y en el llanto: ¿y sois vos, señora, la que causa su desgracia? Siempre me hubiera pensado que la madre mas tierna y prudente daria al menos los motivos de una negativa que está sin duda fundada sobre unas fuertes razones, pero que nadie puede comprehender.

Doña Man. No podeis adivinarlas en efecto, pero existen realmente. Bien echais de ver mi situacion: ella es cruel; compadecedme, y no exijais mas.

D. Lor. Yo no debo limitarme á una compasion esteril: permitidme algunas reflexio-

nes que os dignaréis disimular, porque las hallaréis razonables. Vuestro esposo ha consentido en la felicidad de su hija y de un joven á quien amais con ternura : tal vez le ha movido á ello el deseo de complaceros, tanto como el de prestarse á mis ruegos : este matrimonio está arreglado; vuestros hijos tienen el placer de anunciároslo por sí mismos; vienen á vos con la confianza que les inspiran un amor inocente, y la costumbre de vuestras bondades; se esperaban una nueva prueba de ellas, y solo encuentran una desabrida severidad que les desecha, y no persuade.

Doña Man. No es porque les desee ningun mal.

D. Lor. Asi lo creo, y me complazco en persuadírmelo : mi estimacion por vos me lo asegura ; y espero que la justificareis explicando la causa de vuestra negativa, con la franqueza á que me juzgareis acreedor.

Doña Man. Eso es lo que no puedo.

D. Lor. Pues es preciso, señora.

Doña Man. (*Ap.*) Está visto !... ¡No me dejarán un instante!

D. Lor. Mi amistad os importuna, porque es eficaz y prudente, y conoce los males que puede causar vuestro silencio. Unos hijos que se desesperan; un esposo sensible, pero fuerte, capaz de ceder á las razones sólidas, pero que no sufrirá una reserva ofensiva; la paz desterrada de vuestra casa; las

disensiones y los odios, cuyos tristes efectos nos serán comunes á todos: ved aqui, señora, lo que va á ser una familia, unida despues de tanto tiempo, por tanto tiempo dichosa, y que lo seria siempre sin vuestra incomprehensible resistencia.

Doña Man. Yo os desengañaria con una sola palabra; pero esta palabra aumentaria los males que temeis. ¿No se ha de permitirme mi secreto?

D. Lor. No, señora; nadie los tiene de esta naturaleza; una alma noble no sacrifica los que la rodean á algunas fantasías, ni al capricho: ya lo dije: perdonadme: sí, á un capricho; pues si tuvieseis razon, no dejariais de exponerla.

Doña Man. Pues bien, yo hablaré: vuestras instancias me agobian. ¿Quereis que yo pierda vuestra estimacion, la de mi esposo y de mis hijos? ¿quereis que me pierda yo á mí misma? Voy á satisfaceros. Ah! asi como asi este secreto me oprime y consume, y no puedo guardarlo por mas tiempo!...

D. Lor. (*Ap.*) Me estremezco!

Doña Man. Ese Julian, á quien quiero yo tanto, y que se quiere casar con mi Adela... Ese Julian, sin quien no puedo vivir, y que tal vez me juzga su enemiga.... (*Ocultando su rostro sobre el hombro de D. Lorenzo.*) Yo no puedo proseguir, D. Lorenzo.... no, no lo diré.... Ay amigo!... yo soy una muger desgraciada y criminal, que

no se atreve á mirar á su esposo; que tiembla delante de su amigo; y que corre á donde oculte sus lágrimas, sus remordimientos y su desesperacion! (*Vase.*)

D. Lor. ¡Qué es esto, cielos!... ¡Me deja anonadado y confundido!... La muger mas honrada en la apariencia, ¿seria la mas culpable?... Este Julian, á quien ella quiere tanto; este Julian, sin quien no puede vivir; su esposo, á quien no se atreve á mirar.... ¡Se habrá apoderado de este corazon, que parecia formado solamente para los sentimientos dulces y puros, una pasion desordenada y terrible!... ¿Y á esta pasion sacrifica ella su Adela?.. Pero Julian ¿puede ser su cómplice? No: ¿qué es lo que digo? sus arrebatos amorosos por esta soltera amable no se pueden fingir: él tiene una alma inflamada que se exhala, y que es incapaz de un crimen. ¡Con que es á sus celos, á los que esta muger sacrifica sus hijos! ¿y lo consentiria yo? ¡tan enemigo que soy de la opresion y la injusticia! No: de ningun modo: ¡perezca el delito, y sea la virtud dichosa!...

Sale D. Ambrosio.

D. Amb. (*Con alegría.*) Ya está ahí el escribano. Trae estendido el contrato, y solo falta que mi muger le vea.

D. Lor. Ahora mismo acaba de salir de aqui.

D. Amb. ¿La han hallado los chicos? ¿Está informada de esto?

D. Lor. Sí: lo sabe ya todo.

D. Amb. Ha debido sin duda demostrar su sorpresa....

D. Lor. Y de una manera muy decidida.

D. Amb. Grande debe ser su contento.

D. Lor. No tanto como nos esperábamos.

D. Amb. Cómo! ¿Querrá disimular el placer que la causa este matrimonio? Las casadas ¿tendrán igualmente que las solteritas su cierta segunda idea?

D. Lor. La alegría te hace chistoso, pero no feliz en proyectos.

D. Amb. El de la boda de mi hija, con quien ella tanto ama, espero que no tendrá ningun obstáculo.

D. Lor. Al contrario: ese es precisamente el que le tiene, y de tal clase, que no le vencerás, si no te vales de toda tu firmeza.

D. Amb. Juzgo que quieres chancearte: ¿qué inconveniente hay que pueda temer yo?

D. Lor. Una oposicion formal de parte de tu esposa.

D. Amb. No es posible.

D. Lor. Es muy seguro.

D. Amb. ¿Y qué razones alega para oponerse?

D. Lor. Se niega á darlas.

D. Amb. Ya ves por lo mismo que esa es una chanza.

D. Lor. No lo hace sino de veras.

D. Amb. ¿Qué debo pensarme de eso? ¿cuales pueden ser los motivos de su negativa?

D. Lor. Si yo hablara con un hombre sin carácter, me valdria de rodeos, suavizaria las imágenes ...

D. Amb. No, amigo mio, tengo bastante firmeza para escuchar la verdad.

D. Lor. Pues bien, llegarás á oirla: esta confianza que voy á tener contigo, me es harto dolorosa, porque sé que ha de afligirte; pero no oigo mas que la voz de la inocencia, y las leyes de la equidad.

D. Amb. Sea lo que quiera lo que tienes que decirme, habla ya: soy un hombre de resignacion.

D. Lor. Tus hijos han estado con tu esposa; la han presentado sus votos, y ella los ha desechado; la han suplicado, y se ha mantenido inexorable; se la han dejado desesperados, y han venido á hacerme el depositario de su dolor. Yo la he hablado por mi parte con toda la energía de la amistad, del raciocinio, y de la delicadeza; pero no he logrado mas que la misma negativa, y el mismo silencio. Las pasiones violentas se chocaban en su corazon, y la echaban en el desorden mas terrible; por último, algunas palabras de su agitacion me han dado ciertas sospechas, que la reflexion ha confirmado.

D. Amb. Acaba; di, ¿qué sospechas?

D. Lor. Las pasiones son terribles, sus males inesperados y rápidos, y la muger mas prudente suele á veces carecer de fuerzas

suficientes para contrarestarlas.

D. Amb. (*Gritando.*) ¡Mi muger ha faltado!...

D. Lor. Tu muger ha combatido mucho tiempo; sus remordimientos atestiguan....

D. Amb. ¡Y qué me importan sus combates, ni sus ansias!

D. Lor. Estas palabras, que son las que mas se han introducido en mi corazon, y la he oido decir casi mortal, pueden fijar tu opinion, y te darán alguna idea de la conducta de tu esposa: ,, Este Julian, á quien quiero yo tanto, y que se quiere casar con ,, mi Adela... Ese Julian, sin quien no puedo vivir... mi esposo, á quien no me atrevo á mirar; y su amigo, delante del cual ,, tiemblo...."

D. Amb. ¡Julian es el amante de mi esposa, y pretende á Adela!

D. Lor. No; Julian es muy honrado.

D. Amb. Ah! si yo pudiera creerlo!

D. Lor. Yo respondo de su probidad.

D. Amb. Con que mi hija será dichosa; y mi imprudente esposa llorrrá sola su locura.

D. Lor. Sí; que sea Adela feliz, tú debes quererlo y ordenarlo: pero su madre ¿llegará á serte extraña? Un error, solo ideado, por el que ella misma gime, ¿la quitará sus derechos á tu piedad? ¿la abandonarás á sus penas?

D. Amb. No, amigo mio; harto conozco nuestra debilidad humana, y cuanta nece-

sidad tenemos todos de indulgencia. Como no tenga yo que reprehenderla mas que por el error de un momento; como pueda oir aun el lenguage de su deber, y la virtud; y si llego á tener algun ascendiente sobre su alma, yo la haré avergonzarse, la reduciré á la razon, y la restituiré su esposo.

Francisco corriendo apresurado.

Franc. Señores: Julian se ha encerrado en su cuarto; está hecho un delirante; no ve, no oye, ni entiende. Yo quise consolarle, porque soy y fui su amigo. ,, Anda (me ha di- ,, cho) ensillame un caballo; voy á partir, ,, y á dejar esta casa para siempre." He querido replicarle; me arrojó de allí, y vengo á preguntar al amo, si debo obedecerle.

D. Amb. Guárdate muy bien de eso: vuélvete allá á buscarle; dile que le quiero ver al momento; y que le prohibo que salga de mi casa sin mi orden.

(*Vase Francisco.*) Ahora le estimo mas; él no consulta mas que con la gratitud y el honor; pero no marchará. Si se necesita una víctima, no es él quien debe ofrecerse. Está formada mi resolucion, y será inalterable.

D. Lor. Prosigue con ella, y serás justo con todos. Voy á dejarte: muéstrate padre tierno, y esposo severo, sin olvidarte de que la excesiva indulgencia, aflojando los nudos de la sociedad, la lleva á su disolucion.

(*Vase.*)

D. Amb. Veinte años de una conducta irreprehensible desmentidos en un dia; el delirio de la juventud en la edad de la razon; la opinion pública despreciada; ¿y por quien, esto? por un joven que no se acuerda de ella... Tú, á quien yo tanto he amado, ¡es posible que no pienses en que tu hija, inocente y virtuosa, ama tambien á ese Julian, delante del cual no tiene porque correrse!... (*Viendo llegar á Julian.*) pero él llega.... (*Yendo hácia él.*) Sabes que mi hija te ama, que te la he apalabrado, ¡é intentas huir de aqui! Mi muger tambien te estima; ¡y quieres olvidarme á mí igualmente, cuando no he dejado de hacer algo por ti! ¿no consideras las consecuencias de tu intento? Vaya, amigo mio, las ocupaciones serias, y algunos objetos interesantes, te distraerán tal vez; pero ¿qué la queda á mi Adela cuando te haya perdido? El sentimiento de haberte amado, y el vacío de un corazon, donde el amor es una necesidad. Reflexiona bien esto, y sabe, que el vano orgullo de cumplir con unas obligaciones exageradas, no puede seducir á un hombre de mi carácter.

Jul. Ni yo tengo ese orgullo, ni exagero; pero conozco mis deberes, y cumpliré con ellos, por mas penosos que son para mí. No señor; no pretendo introducir la discordia en vuestra casa; no quiero ver sus furores en ella; ni que dos esposos, felices hasta

ahora, tengan que acusarme de su desunion.

D. Amb. Yo me espero ya esas disensiones; estoy dispuesto, y sabré terminarlas.

Jul. Yo voy á precaverlas.

D. Amb. Di mas bien, á hacerlas mas amargas. Mi hija volverá á pedirme á Julian, y yo se le pediré á su madre.

Jul. Su madre me desecha.

D. Amb. ¿Y sospechas tú la causa?

Jul. No señor; mas, quiero respetarla.

D. Amb. Tú te indignarias, si la supieses.

Jul. ¡Qué lenguage!... acaso, ese rigor.... ¡Acusais á vuestra esposa!

D. Amb. ¡Si la acuso! (*Moderándose.*) No, amigo mio, no.... siempre es digna de mí.

Jul. Ah! ¡en este caso no soy del todo desgraciado! *Ap.*

D. Amb. (*Con una fingida indiferencia.*) Algunas preocupaciones.... ciertos errores.... que no dejan de serme sensibles, pero que no cambian mis proyectos.... El aspecto de vuestra felicidad me quitará mis disgustos. (*Julian hace un ademan de sentimiento.*) No; no los tengo ahora; pero voy entrando en edad, y por lo mismo necesito aqui de ti. Renuncia á tu designio: debes á mi hija esta señal de condescendencia, y la debes á mi amistad. Quédate á mi lado; te lo ruego, y te lo mando, persuadido á que no me querrás afligir, ni desobedecerme. Pon, hijo mio, en mí toda tu confianza; no te

asustes de un obstáculo pasagero, pues juzgo que no es suficiente para contener á un buen padre. (*Vase.*)

Jul. Aunque se explica poco, ha dicho lo bastante para confirmar mi resolucion. El golpe está ya dado. Ya no hay aqui armonía, ni estimacion. Que D. Ambrosio lo apruebe ó no, voy á salir de esta casa, y mi ausencia restablecerá el orden y la paz, que mi debilidad acabaria de desterrar de ella.... Pero, y Adela!... ¡dejármela sola, abandonada á sí misma! ¡representármela en mi imaginacion continuamente combatiendo sus deseos, y despedazando su corazon!... Esta idea insoportable me perseguirá por todas partes.... Héla aqui. (*Yendo á ella que sale.*) Vienes oportunamente, para poder sentenciar entre el amor y el deber. Ven á sostener mi aliento, ó á hacerme despreciable para siempre; decide en fin de la suerte de tu madre; y dime si ella debe vencer, ó tu amante.

Adel. ¡Qué triste alternativa!

Jul. Se necesita que determines pronto; mañana, esta noche, dentro de una hora tal vez no será ya tiempo.

Adel. ¿Y es á mí á quien preguntas? Consúltalo con tu probidad; á ella sola debes oir.

Jul. Con que debo ausentarme.

Adel. Márchate; yo sé padecer y callar.

Jul. Pero me llevaré tu imagen.

Adel. Y yo me quedaré con tu corazon.

Jul. Cuando se ha llegado á amar una vez de veras....

Adel. Eso sí; es para siempre ya.

Jul. Me dirigiré hácia nuestro egército: la gloria y el amor darán elevacion á mi alma.

Adel. Pórtate como un buen español, que aqui, (*señalando á su corazon.*) aqui está tu recompensa.

Jul. Yo me la mereceré. Servir bien á su patria, y amar con honor á su hermoso dueño....

Adel. Eso es lo que debe hacer el hombre de bien, y cuanto hay que esperar del noble español.

Jul. Pues á Dios, Adela.

Adel. (*Llorando y cogiéndole la mano.*) A Dios.... á Dios.... ¿Hasta cuando?

Jul. Mucho nos enternecemos, y quien llora, no se arranca de lo que ama.

Adel. Harto hacemos por los otros; demos al menos un instante á nuestro amor. (*Se abrazan; pausa de silencio; y saca ella un retrato que le da.*) Aqui tienes mi retrato; yo le destinaba para mi esposo. Mi padre te ha dado ya este título; mucho tiempo ha que tu Adela te habia nombrado en secreto: este retrato de derecho es tuyo; tómale. Haz que él aumente tu ternura, y que te aliente á la virtud. Ya te dejo; (*al marcharse ella.*) no pienses mas en

volverme á ver; las fuerzas humanas tienen sus límites, que no deben traspasarse. (*Vase.*)

Jul. (*Despues de haber mirado el retrato en silencio le besa.*) ¡Con que esto es todo lo que me queda de ella! ¡Aqui está todo mi consuelo!... Adela sola tendrá cuenta de mis sufrimientos; los demas me olvidarán pronto en el seno del reposo.

Sale Francisco.

Franc. Desde que me echaste de tu cuarto, te voy buscando por todas partes. Julianico quiere sufrir solo, y yo estoy empeñado en dividir con él sus quebrantos.

Jul. Te debo mi educacion; siempre te has manifestado mi amigo; pero te he confiado mi secreto, y no me le has guardado.

Franc. Yo no he buscado mas que el medio de servirte, he podido equivocarme, pero mi intencion era buena.

Jul. No siempre basta eso; bien lo ves. Me has expuesto á unas quejas que me honran, pero que debias tú escusarme.

Franc. ¿Puedo reparar mi falta?

Jul. Puedes muy bien, y espero que lo harás.

Franc. No tienes mas que hablar; Francisco es todo tuyo.

Jul. Espero, amigo mio, que me concederás un servicio, que será el último que me prestes.

Franc. Mándame, Julianico.

Jul. Disponlo todo para esta noche, y me marcharé sin despedirme de nadie. Te dirigiré alguna vez las cartas para Adela; tú se las entregarás, y me remitirás sus respuestas.

Franc. ¿Estás ya resuelto?

Jul. Irrevocablemente; de fijo.

Franc. Pues bien; tú partirás: pero tambien te pido otra gracia, y tu condescendencia te asegurará de la mia.

Jul. Explícate; ya me conoces.

Franc. Yo ya soy viejo; pero tengo con que vivir sin necesidad de estar á cargo de nadie: este es el fruto de mi trabajo, y de veinte años de economía. Puedo tal vez ser util á un amigo desgraciado, á quien impedirá su dolor pensar en su fortuna. Querido Julianico, te seguiré yo donde vayas; y solo á esta condicion haré lo que me mandas. Mis consuelos serán sencillos como yo; no tendré ningunás retóricas; pero si un buen corazon, y tú entenderás su lenguage.

Jul. ¡Hombre honrado y respetable!... Hé aqui á los que humilla el orgullo loco! Francisco, tu propuesta no me admira; pero no puedo aceptarla.

Franc. Tu negativa me ofende, Julian: ¿te crees, que el que ha cuidado de ti en tu infancia, no sea digno de ser el compañero de tu juventud?

Jul. Amigo, yo voy al egército; tendré una

vida errante y laboriosa, y no te permite ya tu edad....

Franc. ¿No soy yo español tambien? ¿No tengo, como tú, una patria que defender, y sangre que ofrecerla?

Jul. (*Abrazándole.*) Ya no me niego mas; sí, partiremos juntos. Cuidado con que seas activo y discreto. Aqui estaré en este salon á las doce de la noche; dejaremos estos sitios silenciosamente: esta casa en que tú has pasado tus mejores dias, y donde, esta misma mañana, me lisonjeaba aun la fortuna con la esperanza mas dulce y falsa. (*Vase.*)

Franc. Si señor, le seguiré por todas partes: ¿qué puedo hacer de mejor? El amo al punto hallará un criado, y Julian buscaria en vano un amigo: el infortunio no los procura. Ah, Ah! Aqui está mi confidenta.

Sale Elena.

Elen. Por último te veo; una hora lo menos que te voy buscando.

Franc. (*Con sequedad.*) ¡Qué lastima!

Elen. Adela ha descubierto á su madre el proyecto de la partida de Julian: ella lo aprueba.

Franc. Haz tus comisiones por ti misma, y no me rompas la cabeza.

Elen. Vaya que el Sr. Francisco está muy sobre sí.

Franc. El Sr. Francisco aborrece á los que se valen de todos los medios de la adula-

cion para hacer la corte á sus amos. ¿Usté cree que no la he observado yo, como observo á los demas? ¿cree usté que se me ha escapado el odio que tiene á Julian? Pues usté es la que le pierde, y por consiguiente no volverá ya á hacer migas conmigo. Hablo á usté con toda franqueza: yo he vivido con usté con mucha armonía, pero jamas me ha engañado, y tal vez seré el único de casa á quien no ha podido usté engañar. (*Hace que se va.*)

Elen. Pero ¿en qué quedamos sobre mi comision? Necesito una respuesta para mi ama.

Franc. (*Al entrarse.*) Pues bien; que esten en esta sala á media noche en punto, que aqui se nos verá. (*Vase.*)

Elen. (*Sola.*) Asi son la mayor parte de los hombres; los mas juzgan por las apariencias, y sus sentencias son sin apelacion. Lo peor está en que tiranos de sus mugeres, no las dejan sus secretos sobre asuntos en que deberian respetarlas. (*Viendo salir á Don Ambrosio, y D. Lorenzo.*) Pero huyamos de aqui, pues llegan los dos amigos, cuya indiscrecion no cesa de mortificar á mi ama, cuando evita que su voz, como un rayo, no les hiera. (*Vase y salen ahora.*)

D. Amb. No pensemos ya en los medios suaves; el extravío llega al colmo, y no me deja ya ninguna esperanza. Lo he intentado por todos los medios, y solo he conse-

guido la vergüenza de haberme abatido inutilmente.

D. Lor. (*Ap.*) Ya lo habia yo previsto.

D. Amb. Yo la he rogado que piense en su honor, y en la tranquilidad de su marido: la he prometido valerme de mi autoridad; y se ha mantenido sorda á mis súplicas, rebelde á mi voluntad: la he afeado su criminal pasion; y mis quejas la han indignado. Persiste en que ningun amor tiene á Julian: dice que ese detestable afecto no puede tener lugar, ni siquiera en su idea; pero que jamas, que nunca será él esposo de Adela. En fin, amigo, las lágrimas y sollozos han dado fin á esta conversacion, que decide la desgracia de mi vida.... yo estaba dispuesto á perdonarla; conozco que hacía mal, pero me habia enternecido. Salia yo de alli muy despacio: pero ni una sola palabra me dijo para retenerme, ó desarmarme: el nombre de Julian estaba sin cesar en sus labios, y me ha vuelto mi brio, avivando mi indignacion.

D. Lor. Ya has hecho lo que te prescribía tu delicadeza. Este paso era necesario, pues que podia ser util; otra segunda tentativa seria intempestiva y peligrosa.

D. Amb. ¡Yo volver mas junto á ella! me envileceria solo el pensarlo. La volveré aun á ver, pero por la última vez, y para obligarla á que firme el contrato.

D. Lor. Esa prueba te será muy costo-

sa ; procurarán todos aplacarte.

D. Amb. Será muy en vano; mi corazon está cerrado para ella ; y no será accesible á ningun sentimiento, ni aun al de la compasion.

D. Lor. Me lastimo de ti, y te respetaré siempre.

D. Amb. Evitemos sin embargo una publicidad ; estas escenas de horror deben pasar entre nosotros solos. Esta sala está harto independiente y retirada : hácia la media noche, cuando todos se entregarán al descanso , menos la culpable , y sus víctimas, entonces se ha de concluir aqui este contrato matrimonial. Vamos á prepararlo todo. No será hecho bajo de muy favorables auspicios : ¡ ojalá que sea mas dichoso que el mio ! (*Vanse.*)

ACTO TERCERO.

El teatro está muy escasamente iluminado, para que demuestre ser media noche. Al correrse el telon Francisco estará sentado, como de espera , de botas , y con un látigo en la mano. Alzándose de la silla , saca su relox , y va á ver la hora que es , hácia la luz del único farol que habrá colgado y encendido.

Franc. La hora consabida y propia. Bueno ! todo está ya dispuesto : hechas las dos

maletas, ensillados los caballos, y la puerta falsa abierta: nada nos puede faltar ni detener.... Sí; pero estos caballos no son nuestros.... pues bien, se les volverá á enviar con un propio; despues de esto, que nos busquen: no seria poco diestro el que nos hallase. (*Sacando una bolsa de badana.*) Aqui hay ya con que pueda mantenerse mi buen amigo un par de años por lo menos: durante este tiempo se suavizará su pena; él se hará conocer, y logrará alguna buena colocacion: entonces sí que será verdaderamente el hijo de sí mismo...¡

Sale Julian.

Jul. Estás ahi?

Franc. Sí; aqui estoy.

Jul. ¿Lo tienes todo dispuesto?

Franc. Todo absolutamente.

Jul. ¿Sin que nadie lo haya notado?

Franc. Nadie lo sabe.

Jul. Pues no perdamos ni un momento. Vamos.

Franc. ¿Han dado en casa las doce?

Jul. Sí; ¿por qué?

Franc. Porque vendrá aqui mi ama; quiere verte, y hablarte un instante.

Jul. Francisco, ¡volviste á ser indiscreto!

Franc. No han podido rastrear nada los que se oponen á vuestra partida; mas era inutil hacer un misterio de ella á una perso-

na que se alegraría que estuvieses ya bien distante de aqui.

Jul. Sí; pero pudieras ahorrarme de una despedida inutil, y penosa.

Franc. La han pretendido; el negarse era exponerse á nuevas medidas, é impertinencias, que nos hubieran quitado la libertad de obrar.

Jul. Tu fin está ya cumplido; vámonos de aqui. (*Echando á andar.*)

Franc. Ya os sigo; vamos.

Jul. (*Parándose.*) Aqui es donde he pasado diez y seis años con ella; donde nos hemos entregado con seguridad á los dulces sentimientos de una pasion inocente; y tambien es aqui, donde se forjaba mi desgracia en el seno mismo de la felicidad!... (*Muy triste.*) En cuanto amanezca el dia, vendrá Adela á esta sala, que nos gustaba tanto; recorrerá estas piezas, por donde hemos correteado tantas veces; se sentará á las sombras de esos céspedes, donde se nos pasaban las horas con tanta rapidez; buscará á Julian por todas partes, y Julian no estará ya ahí! Ah Francisco! ¡qué recuerdos me persiguen en este instante!... Partamos; vamos.

Doña Manuela sale con una bugía que deja sobre una mesa.

Franc. Gente viene.... Ah! es mi ama.

Jul. ¡Habeis querido aun verme, señora! ¿puede seros agradable mi presencia?

¿creeis que la vuestra pueda consolarme?

Doña Man. Francisco, avisa por esa ventana si viniese alguno. (*Francisco sale por la puerta de en medio, y se pone por la parte de afuera de una de las dos rejas.*) Tienes derecho para pensar lo que gustes, y estoy dispuesta para oir lo que me digas; pero escúchame un instante. Nuestra separacion era inevitable; tal vez lo conozcas algun dia: esta separacion será larga, larguísima, y he querido verte por la última vez; volverte á abrazar; llorar por ti y por mí; darte algunos avisos que te podrán ser muy útiles; y asegurarte, en fin, que jamas te faltaré.

Jul. No me hableis ya de vuestros donativos; los concedeis á mucha costa: un hombre de mi carácter de nadie necesita; yo sabré sobrellevar mi suerte, si no puedo vencer mi adversidad; y por lo tocante á vuestros consejos, tan preciosos en otro tiempo, son para mí superfluos en este.

Doña Man. Ay Julian! ¡qué yerros han causado la preocupacion y la injusticia!

Jul. La preocupacion!... la injusticia! ¡á nadie subyugan tanto como á vos misma, y á mi solo es á quien ellas maltratan! No me detengais, señora; dejadme partir.

Doña Man. Espera un instante: vuélveme tu corazon....

Jul. ¡Para que le despedaceis mas á salvo!

Doña Man. Tu mejor amiga es la que te ins-

ta y ruega á que no la deseches: es una madre extraviada y sensible, que sufre por ti y para ti; que quisiera.... que no puede...

Jul. (*Sollozando.*) Ay! una madre!... una madre!

Doña Man. (*Reprimiéndose.*) Te he servido de tal; he cumplido con esos deberes.

Jul. No teneis que acordarme lo pasado; vos misma lo borrais de mi memoria. Si es verdad que os debo infinito, ¿hago yo menos hoy? Renuncio á todo cuanto me hacia apreciable la vida; dejo á mi Adela; huyo de vuestro esposo; voy á echarme en un mundo desconocido; sin empeños, sin esperanza, sin otro amigo, que un viejo que se enternece de mis males, y quiere dividirlos conmigo. Yo me expongo á todo, lo desprecio todo; y ¿por quién? por vos sola, ¡muger despótica, y cruel!.. No; ya no tengo madre; no la tengo ya; habeis puesto entre los dos una eterna separacion.

Doña Man. Tú me acusas.... me ultrajas, y no puedo quejarme de tu injusticia.

Jul. En la situacion en que me hallo, ¿sé yo lo que me hago?

Doña Man. (*Llorosa.*) Ah! y yo? ¿me conozco yo á mí misma? Mi discurso me abandona.... mi desorden llega á su colmo.... se confunden mis ideas, sin union.... Julian, yo pierdo en ti la mitad de mi ser. Ni puedo verte, ni separarme de ti.... No opon-

go á tus deseos mas que la imposibilidad.... la desesperacion.... algunas lágrimas estériles, que no pueden sosegarte.... Sí; tú me aborreces; debes hacerlo asi, lo conozco; pero por mas indigna que me juzgues, déjame gustar aun del placer de ser madre. Julian... hijo mio, hijo de mi alma, mis brazos estan para ti abiertos; ¿temes arrojarte á ellos?... (*Julian dudoso.*) Julian! (*La abraza: rato de silencio. Llega con precipitacion Francisco.*)

Franc. Señora! que he visto luz en el cuarto de D. Lorenzo, y juzgo haber oido la voz de mi amo Hay ya movimientos por la casa: démonos prisa, ó vamos á ser descubiertos.

Doña Man. ¡A Dios, criatura desgraciada! Por donde quiera que huyas, estarán abiertos siempre mis ojos para verte. Escríbeme; te lo suplico; tus cartas aliviarán mis penas: se las leeré á nuestra Adela, que las necesita tanto como yo. A Dios... jamas te apartes de la virtud; óyela, y síguela siempre. Olvida tu nacimiento; llena la honrosa carrera que vas á empezar: haz que tus hazañas, y tu gloria puedan llegar hasta mí; que la celebre yo en secreto, y que pueda yo decirme: mi Julian es un héroe, que me hace olvidar su triste nacimiento... (*Julian hace que se va.*) Ven aqui, hijo mio, que vuelva yo á abrazarte; repíteme que no me aborreces, y me quedaré mas tranquila.

Jul. (*Abrazándola.*) Quién! yo aborreceros! lo intentaria en vano.... no tengo bastante valor para ello. (*Se echa en sus brazos; la mira con ternura; hace que la va á abrazar otra vez; se detiene; y se marcha muy agitado. Francisco va á seguirle.*)

Doña Man. (*Llamándole.*) Francisco? mi estimado Francisco? mira que cuento contigo, que jamas le dejarás!

Franc. Dejarle yo! no señora, no; antes la vida: aqui hay un buen corazon.

Doña Man. Toma esta cartera: ahí tienes varias letras; no rehuses el gasto, y que nada le falte.... Adviértele que me escriba; cuidado con que me escribas tú tambien. Sobre todo, Francisco, cuidado con que seas tú siempre su amigo y su consuelo. A Dios. (*A él, que está parado oyéndola.*) Vaya, anda; marchaos, y que el cielo os guarde y conserve.... (*Una corta pausa.*) Ah! si hay un justo equilibrio entre el bien y el mal, ¡cuales deben de ser las delicias de la virtud, pues que un solo instante del vicio basta para emponzoñar la vida mas dichosa!... He perdido ya á Julian; empieza ahora mi suplicio, y cada dia me le hará mas insufrible. Un esposo que me amenaza, por un lado; una hija que padece, por otro, acusándome los dos de un rigor, que repugna á mi alma, y la atormenta; el abandono que se sigue al menosprecio; un fin

doloroso y próximo: esta, esta es mi suerte, y yo me la quise.... No te quejes, muger infeliz; debieras haber pensado todo esto antes de faltar á tu deber, y á tu esposo; sino te asustó la infamia, ¡por qué temes sufrirla!... (*Adela y D. Lorenzo salen con dos palmatorias encendidas que ponen sobre la mesa. D. Ambrosio trae cogido de la mano á Julian; se ilumina enteramente la escena.*)

D. Amb. Tú partes! te ausentas! Ven aqui, inconsiderado; sé docil, y déjate conducir. Mira ahí á tu Adela: ahí la tienes.... mírala, mira sus lágrimas; y huye luego si puedes.

Jul. Adela, mi Adela!

Adel. ¿Te he vuelto á hallar, ó te voy aun á perder?

D. Amb. (*A Doña Manuela.*) ¡Tú aqui tambien! me has adivinado: vamos á concluir con unos debates que han durado demasiado; espero que no me obligarás á que use yo de mis derechos; no pienses oponerme mas una resistencia inutil, y prepararte á obedecerme.

Doña Man. Cuidado con que quieras precisarme á ello.

D. Amb. Pocas palabras, y vamos á los hechos. Si es que llego á engañarme; si miras á Julian con sentimientos honrados, pruébamelo al momento. (*Sacando el papel del contrato y poniéndole sobre la me-*

sa de escribir.) Aquí tienes el contrato matrimonial de tu hija; fírmale al punto.

Doña Man. Tú me ordenas un crimen.

D. Amb. Al contrario; quiero ahorrártele.

Doña Man. Cometo el mas horroroso, si te obedezco.

D. Amb. (*Muy irritado, por grados.*) Cómo! si me obedeces! No te queda ya mas partido.

Doña Man. Mírame á tus rodillas: (*Echándose á sus pies.*) ten compasion de mí.... En toda mi vida no he cometido mas que una sola falta....

D. Amb. Pues sabe repararla.

Doña Man. Ay de mí! No es posible.

D. Amb. Todo se repara si hay valor.

Doña Man. Con el valor!.. no; con la muerte.

D. Amb. (*Levantándola.*) Esta es última vez: obedece.

Doña Man. Mira que hablo, si insistes; pero, si digo una sola palabra, te aniquilo, y nos perdemos.

D. Amb. (*Arrebatado de cólera, la coge de la mano, y la arrastra hácia la mesa.*) Ya no escucho mas, nada. Venga usté; vamos.... Ahí está la pluma.... cógela.... firma.... firma....

Doña Man. (*Escapando y atravesando con velocidad el teatro.*) No, no, no; yo no firmaré un incesto! ellos dos son mis hijos! (*Cae sobre un sofá á la izquierda; Adela en los brazos de D. Lorenzo; D. Ambro-*

sio se apoya sobre la mesa, y Julian está de pie en medio del teatro con los ojos fijos en la tierra, y en la actitud de la desesperacion.)

Rato de silencio.

D. Amb. ¡Qué golpe, cielo santo!... (*A D. Lorenzo.*) Ay, amigo!... Hija mia! mi amada Adela!... (*A su muger.*) ¡Cuanto mal acabas de hacerme! Yo creía obligarte á hacerte estimable, y ahora hemos perdido hasta la misma esperanza.... ¡Qué lance este, Dios mio!... (*Yendo hácia ella con furia.*) Has incurrido en efecto en un crimen irreparable: no me abatiré yo hasta el punto de afeártele: mira si sentencias tú misma, haciéndonos justicia á todos.

Doña Man. Me la estoy haciendo ya desde el desgraciado dia en quebranté mi deber. He pasado veinte años en el dolor y las lágrimas: hoy mismo has sido buen testigo de ello.

D. Amb. Sentimientos inútiles! hay ciertas cosas que no puede olvidar un hombre delicado.

Doña Man. No te pido el olvido de un yerro imperdonable: nada debe esperarse de aquellos, cuya estimacion se ha perdido; pero no quieras deshonrarme por una publicidad escandalosa; no eches sobre toda mi vida una mancha que tal vez ya he borrado. No tengo mas delito contra ti, amado esposo, que el no haber resistido al

amor que me inspiraste; el haber consentido en tu enlace que me honraba. No era ya digna de él, pues que estaba cometido mi crimen desgraciado, antes de conocerte. Olvidéme de mi honor por un solo momento; despues tú propio has sido testigo de la vida que he pasado, aunque no de las penas secretas que supe devorar por mi arrepentimiento. Por él te ruego que no me eches de tu casa: solo te pido que me dejes vivir en ella, sola y retirada; yo me prohibiré los mas simples placeres; evitaré tu amada presencia; no veré mas que á mi hija, cuando me lo quieras permitir, y consientas en ello. Sea esta la recompensa de mi arrepentimiento.

D. Amb. No señora, no, no debemos vivir jamas juntos: nuestra separacion no se hará de un modo ruidoso: la publicidad me deshonraria igualmente que á vos; (*Doña Manuela y Adela se ponen de rodillas con los brazos tendidos hácia él.*) y yo pensaré cuando esté mas tranquilo, en los medios que convendrá emplear.

Adel. (*Llorando.*) Perdonadla; perdonad á mi madre, padre mio!

D. Amb. (*A su muger.*) Te pones á mis pies, y solo piensas en ti. Mira el estado cruel á que has reducido á tus hijos; considera las lágrimas que van á derramar; calcula los males de una pasion desesperada en dos corazones subyugados enteramente por ella;

piensa el horroroso futuro que les espera; que este triste cuadro esté siempre presente á tu idea, y cause tu eterno suplicio. (*Doña Manuela va de rodillas, y abraza llorosa las de su marido.*) Déjame, déjame. (*Volviéndose de espaldas.*)... Oh mugeres! mugeres! ¡si reflexionaseis, antes de cometerle, cuan bajo es el vicio! (*Adela y su madre se alzan del suelo.*)

Adel. No penseis en nosotros, padre mio; yo espero que lograremos mi hermano y yo vencernos.... yo me acostumbraré por grados á no ver en Julian mas que mi hermano.

D. Amb. (*Con un movimiento de horror.*) ¡Tu hermano!... tu hermano! (*Mira á Julian, ve sus extremos de desesperacion, y se acerca á él diciéndole:*) No, Julian; nada temas. Confia en mí; yo soy rígido, pero justo; no es á ti, á quien debo acusar de tu nacimiento, ni te castigaré jamas por las faltas de tu madre.

Jul. ¡Me dispensais aun vuestra compasion! Ah! ¡pues tambien podré suplicaros á favor de esta madre desgraciada! (*Se le pone de rodillas: al verle hacen lo mismo.*)

Jul. Adel. y Doña Man. Perdon, gracia, perdon!

D. Amb. (*Enternecido.*) Dejadme; ya os lo he dicho, dejadme; aunque sorprehendierais mi corazon, se quedaria mi razon inalterable, y seria yo inflexible.

D. Lor. Inflexible! y por qué? El prudente calcula las circunstancias mas ó menos graves; nunca cede á los movimientos de un amor propio ofendido; no conoce mas que la justicia, y sabe hacérsela á sí mismo, y á los otros.

D. Amb. Yo soy justo, y lo demuestro.

D. Lor. Ni lo eres, ni puedes ahora serlo; estás muy interesado en este asunto, para que puedas sentenciar con imparcialidad. (*Alzándoles.*) Alzad del suelo, familia respetable; yo me constituyo vuestro defensor. Oyeme, amigo. (*A D. Amb.*) No menos me irrita á mí el vicio, que lo que puede á ti indignarte: si yo creyera que pudiese hallarse en tu esposa, la abandonaria á su suerte. Sin duda que ha sido culpable; ¿pero cuándo? en una edad en que no se está alerta contra unos lazos que no se sospechan, y en que se ha caido ya, antes de haber pensado en defenderse. Lo fue en un tiempo en que ignoraba si existias. Hoy tú, marido riguroso con exceso, la condenas, juzgándola por un instante de olvido; mas yo sobre su vida entera establezco mi juicio, y la sentencio. Por cerca de veinte años ha causado ella tu felicidad; durante los mismos, su afabilidad, su ternura, sus prendas morales y domésticas han hecho que envidien tu suerte cuantos esposos te han conocido; y veinte años de felicidad ¿no borran una falta, cuya confesion de-

bes solamente á un esfuerzo noble, de que la virtud únicamente es capaz? Sí; si el vicio no la causase horror; si hubiese contraido su costumbre, ella hubiera dejado casar sus hijos, y por su segundo crimen hubiera envuelto el primero entre una obscuridad eterna. Esta idea ha sublevado su alma honrada y pura, y no ha dudado entre ella y su deber. ¿Es pues por este hecho, por el que puede reconocerse una muger culpable? Yo por él, muy al contrario, veo una muger criminal anteriormente en su estado de soltera; mas desde que tuvo dueño, arrepentida y virtuosa. = Aun hay mas: esposo tierno, ¿crees poder separarte de una esposa adorada? ¿Tendrás valor para ello, aunque tal tu intencion sea? ¿Quién la reemplazaria en esa alma que ella enteramente llena, y cuya necesidad de amar constituye ya su esencia? ¿Juzgas tú que la amistad la baste? Desengáñate. Aunque depositario yo de tus placeres, no me buscarás ya mas para confiarme unas penas de que querria yo ahorrarte; tú las devorarás en silencio; tu soledad te hará insoportable, y llamarás en vano á una esposa desterrada y perdida, cuya desgracia te la hará mas amada aun: entonces su falta desaparecerá ante una larga serie de años; no pensarás mas que en las cualidades estimables que podian hermosear el fin de tu carrera, y tú la acabarás en el seno del fastidio y de los senti-

mientos.... Ambrosio, mi amado amigo, no te armes de una severidad, cuyos efectos recaerian sobre ti. Desprecia la preocupacion. Odio contra los perversos, é indulgencia para el debil. ¡Es una cosa tan dulce el perdonar, y mucho mas á lo que se ama!... Aqui tienes tu muger. (*Mientras dice las lineas que siguen, coge la mano de Doña Manuela, y la pone en la de su marido; ella la llena de lágrimas. D. Ambrosio se vuelve hácia ella; la mira con ternura; la abre sus brazos, y ella se echa en ellos.*) Está esperando su sentencia: añade á todos los títulos que tienes sobre ella ya, los sagrados derechos de la gratitud. (*Instante de silencio.*)

D. Amb. Pero, estas criaturas!... estas desgraciadas criaturas!...

D. Lor. Por lo tocante á Julian verificará su viage, es indispensable, y él mismo advertirá su necesidad; la esperanza alimenta el amor, pero este muere cuando la esperanza: la ausencia los reducirá prontamente al estado sereno y tranquilo, que no se atreven ellos á prometerse hoy.

D. Amb. ¡Ojalá, mi digno amigo, que puedas tú algun dia consolar á mi Adela! Este es mi único deseo por ahora. ¡Así lograremos reunidos!...

D. Lor. ¡Qué pueda el cuadro de este instante no borrarse jamas de la idea del sexo mas amable!

FIN.